
EL AMOR ES
UN CAMPO
DE BATALLA.
MARIPOSA
LEXIE AXELSON
CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Advertencia de contenido

Playlist

Dedicatoria

Capítulo 1 . Kade

Capítulo 2. Violet

Capítulo 3. Violet

Capítulo 4. Violet

Capítulo 5. Violet

Capítulo 6. Kade

Capítulo 7. Violet

Capítulo 8. Violet

Capítulo 9. Kade

Capítulo 10. Violet

Capítulo 11. Kade

Capítulo 12. Violet

Capítulo 13. Violet

Capítulo 14. Violet

Capítulo 15. Kade

Capítulo 16. Violet

Capítulo 17. Violet

Capítulo 18. Kade

Capítulo 19. Violet

Capítulo 20. Violet

Capítulo 21. Violet

Capítulo 22. Violet

Capítulo 23. Violet

Capítulo 24. Violet

Capítulo 25. Kade

DOS MESES DESPUÉS

Capítulo 26. Kade
Capítulo 27. Violet
Capítulo 28. Kade
Capítulo 29. Violet
Capítulo 30. Violet
Capítulo 31. Kade
Capítulo 32. Violet
Capítulo 33. Kade
Capítulo 34. Kade
Capítulo 35. Violet
Capítulo 36. Violet
Capítulo 37. Kade

Capítulo 38. Violet
Capítulo 39. Violet
Capítulo 40. Violet
Capítulo 41. Kade
Capítulo 42. Violet
Capítulo 43. Violet
Capítulo 44. Violet
Capítulo 45. Violet
Capítulo 46. Violet
Capítulo 47. Violet
Capítulo 48. Violet
Capítulo 49. Violet
Capítulo 50. Kade
Epílogo. Violet
Kade
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Dedicatoria

Agradecimientos

Notas

Créditos

Mariposa

Lexie Axelson

Traducción de Selena González Rodríguez



Advertencia de contenido

Esta historia trata temas y situaciones que pueden perturbar a algunos lectores, como escenas sexuales bruscas y gráficas, intento de agresión sexual, guerra, trastorno de estrés postraumático, violencia gráfica, alzhéimer, cáncer, intento de suicidio, muerte, fantasía de no consentimiento, juegos con sangre, asfixia, fetiche con el dolor y escupir. Algunos lugares y escenas son poco realistas o imprecisos.

Playlist

Worship, Ari Abdul
How To Save A Life, The Fray
Chasing Cars, Snow Patrol
everything i wanted, Billie Eilish
BITTERSUITE, Billie Eilish
Champagne Coast, Blood Orange
Cinnamon Girl, Lana Del Rey
Mariposa traicionera, Maná
Take My Breath Away, Berlin
As The World Caves In, Sarah Cothran
All The Stars, Kendrick Lamar y SZA
Elastic Heart, Sia
We Belong Together, Ritchie Valens
Hurt, Johnny Cash
Love Me Harder, Ariana Grande
Father Figure, George Michael

Para aquellos que perdieron la esperanza:
sois inquebrantables.

Capítulo 1

Kade



—Joder, viejo, ¿cuándo piensas sentar la cabeza?

Sonrío como un demonio y miro a Booker.

—Eres insufrible, Caos. —Le dedico un corte de mangas—. Otro día más con la misma historia. ¿Tú ves que tenga tiempo para dedicarle a alguien? Nunca estoy en casa. No tendría sentido.

Estamos muy alto. Sobrevolamos las montañas en una zona de guerra a diez minutos de nuestro objetivo.

—¡Sargento maestro! —Una mano me toca el hombro.

Giro la cabeza con brusquedad hacia Owen Pearl, el soldado más joven del equipo. Es pelirrojo y tiene la nariz cubierta de pecas; su nombre en clave es Chico.

Aparta la mano en cuanto capta el mensaje de que no me gusta que me toquen. Ni siquiera me gusta hablar antes de las misiones, pero Booker es mi mejor amigo, por lo que con él hago una excepción. Pero ¿Chico? Más le vale tener una buena excusa.

Enarco la ceja de la cicatriz y, a pesar del pasamontañas con diseño de calavera, Chico percibe mi expresión molesta. Traga saliva y se revuelve en el asiento del Black Hawk.

—Se-señor, ¿permiso para hablar?

Claramente lo he intimidado por la forma en la que tartamudea y se mueve inquieto, además de su tic nervioso por excelencia.

Asiento.

—Solo quiero decirle que es un honor formar parte de esta misión. Todos le conocen. Todos están al tanto de sus entrenamientos con Grim. Aspiro a tener una carrera tan exitosa como la suya. ¿Algún consejo?

Me tenso. Frunzo el ceño y endurezco la mirada. Él me observa a la espera de que le dé una respuesta.

El Black Hawk gira bruscamente y provoca que todos los presentes se quejen y se agarren con fuerza.

—Joder, odio volar. —Booker se levanta el pasamontañas lo justo para dejar al descubierto la boca, coger una bolsa y echar la pota dentro.

Me río. El tío siempre se marea.

—Cabronazo, apunta hacia allí. —Le doy un empujoncito en el hombro hasta que se gira hacia Slater, situado a su lado—. Un consejo... —respondo pensativo. Saco mi último proyecto del bolsillo y trabajo en la calavera de Punisher para Adam. Me gusta tallar madera en mis ratos libres.

Un pedazo de madera cae al suelo mientras ladeo la cabeza y me encojo de hombros.

—Mantente con vida. Sobrevive.

Chico se ríe con ingenuidad y me mira boquiabierto. Sigue riéndose, como si esperara que fuera a unirme a sus carcajadas torpes y quebradas. Con el ceño fruncido, entrecierro los ojos.

—Ah, ¿lo decía en serio? —Se le borra la sonrisa.

No respondo.

—¿Y ya está? ¿Sobrevivir? —Mueve la mano, desconcertado.

—No te quedes paralizado —añado.

Me observa a la espera de que añada algo más, pero asiente cuando ve que no rompo el contacto visual.

—Vale. Genial. Supongo.

—¿Qué tal está tu hijo Adam? —gruñe Booker a mi lado. Su cara verdosa recupera el color poco a poco.

—No hablamos, pero, por lo que sé, le va bien. Su madre me contó que planea pedirle matrimonio a su novia de toda la vida. No la conozco, pero Penny habla maravillas de ella.

—¿Tiene un hijo? —Chico se mete en la conversación—. Se lo pregunto porque... —Se lleva la mano enguantada al bolsillo y saca una ecografía en la que se ve un óvalo del tamaño de un guisante con una flecha apuntando hacia él y una marca que pone «Latido»—. Oficialmente, soy el padre de este pequeñín —dice con orgullo. Le brillan los ojos de puro entusiasmo—. Todavía no sabemos el sexo, pero ojalá sea una niña. Vengo de una familia de hombres, así que espero ser el primero en romper la maldición de los Pearl.

—Joder, Chico. ¿Ya te has puesto a tener hijos? ¡Si solo tienes veintiún años! —grita Booker por encima del estruendo que produce la maquinaria del helicóptero. Se inclina sobre mí y echa un vistazo a la foto que sostiene Chico.

—Yo lo tuve a los diecisiete, así que mejor me callo —mascullo.

—Bestia. Treinta segundos. —La voz robótica y estoica del piloto resuena en mi oído.

—Recibido.

Dejo mi pequeño proyecto a un lado y me guardo mi cuchillo favorito en el uniforme antes de hacerle una señal a los demás.

—¡Silencio!

Todos se ponen tensos, enderezan la espalda y cambian el chip. Nos ponemos la máscara que llevamos en cada misión, y no me refiero solo a los pasamontañas. Una especie de silencio inquietante nos envuelve antes de que comience la operación, siendo conscientes de que este vuelo en helicóptero podría ser el último.

Aseguramos la zona a pesar de la tormenta de arena que azota el pueblo. El trabajo está hecho. Todos volvemos a casa sanos y salvos.

Slater y Booker escoltan a uno de los objetivos, lo guían por la salida del edificio medio derruido. El susodicho masculla una retahíla de palabrotas entre dientes y se resiste todo lo que puede. Es un

extremista responsable de la tortura a sangre fría y el asesinato de cientos de familias y soldados.

Chico no se aleja mucho. Echa un vistazo a nuestro alrededor, alerta, en busca de cualquier otra amenaza, aunque ya hemos asegurado la zona. Ha logrado tomarse la misión con calma, aprendiendo e interiorizando lo que le enseñamos los operadores veteranos.

—Buen trabajo, Chico —digo por encima del hombro.

Me recoloco el rifle sobre el hombro cuando lo veo en la esquina del pasillo. Mira a un lado, a solo unos metros de donde se encuentra. Se queda paralizado, con los ojos como platos, sin apartar la mirada del interior de una habitación que ya estaba asegurada.

—¿Chico?

Le tiemblan los dedos alrededor de la pistola.

Está dudando.

Mierda.

Dos disparos suenan y le atraviesan. Su cuerpo se sacude con cada impacto y cae al suelo de golpe. Los micrófonos se encienden y disparan preguntas una y otra vez.

—¡Hombre herido! ¡Hombre herido!

Corro hacia él y llevo a cabo aquello para lo que me entrenaron. Sigo las reglas del combate y neutralizo la amenaza con mi propia arma. Tres disparos y un hombre con la mirada cargada de odio cae al suelo.

Examino a Chico, quien ya está siendo atendido por nuestro personal médico designado.

Arrodillado, evalúo el daño.

Una bala le ha atravesado la carótida. Su corazón dejará de latir en treinta segundos. Le quito el pasamontañas y me dejo caer a su lado en un charco de sangre. Tiene el cabello rubio rojizo de punta por la electricidad estática. La sangre le sale de la boca a borbotones. Tose y respira con dificultad mientras intenta hablar.

«Quince. Catorce. Trece. Doce».

—D-dile a mi m-mujer que... —tartamudea débilmente. Se traga la sangre antes de continuar—. Q-que la quiero.

«Once. Diez. Nueve. Ocho».

—Lo sé, hermano. Estoy contigo. Todos estamos contigo.

«Siete. Seis. Cinco. Cuatro».

Junta los labios y, mientras las lágrimas resbalan por su pálido rostro, toma su último aliento.

«Tres. Dos. Uno».

Cierro los ojos con fuerza y aprieto los dientes con rabia.

Su primera misión y... está muerto en combate.

—No —susurro, inexpresivo—. Estaba a punto de ser padre... *no*.

—Se ha ido —informa Booker cuando todos entran para escoltar a Chico al MEDEVAC.

Joder.

Capítulo 2

Violet



7 de agosto de 1965

Querido Graham:

Espero que recibas pronto esta carta. Sé que dije que no te escribiría... pero aquí estoy. No paro de pensar en aquel día que entraste en el restaurante con ese uniforme. Me pareciste el hombre más guapo que jamás había visto. El corazón me iba a mil mientras te tomaba nota. Me daba hasta miedo que fueras capaz de oír mis latidos. No me puedo creer que vinieras única y exclusivamente a comprarle algo para comer a tu tía y... míranos ahora. Desde que te fuiste de despliegue, cada vez que se abre la puerta y suena la campana, le pido a Dios que seas tú el que entre por ella. Sé que no tienes ni idea de cuándo volverás y sé que solo ha pasado una semana desde nuestro último día juntos. Aun así, espero que, cuando vuelvas a casa, podamos ir a Wrightsville Beach, tal y como prometimos.

Atentamente,

Grace

Mi abuelita sonríe mientras le leo una de las cartas que me ha pedido. Me siento en una silla junto a su cama del hospital y sostengo con ambas manos un papel ligeramente arrugado que ha cobrado un tono amarillento debido al paso del tiempo. Su cabello, que una vez fue pelirrojo y ahora es completamente blanco, cae sobre su almohada. Y sus pecas parecen moverse cuando una mueca reemplaza esa sonrisa dichosa que antes iluminaba su rostro.

Hoy es un buen día. Se ha despertado con algo de fuerza y ha sido capaz de pasear alrededor del estanque del hospital Greenville. Esta mañana me llamó para que viniera y pudiera cobrarse el único favor que le debo: leerle todas estas cartas.

Desde que le diagnosticaron cáncer, quiere pasar más tiempo conmigo. Y como mi abuela lo es todo para mí, hago todo lo que me pide.

Se pasó toda la vida advirtiéndome de que me mantuviera alejada de los militares; nunca entendí por qué. Quizá ahora me dé la respuesta. Siempre supuse que era porque vivíamos en una ciudad militar. Pues ella está casada con mi abuelo, un cartero jubilado que no guarda ninguna relación con el ejército.

Por desgracia, mi abuela no solo está batallando contra el cáncer. Que le diagnosticaran alzhéimer fue un batacazo inesperado. Desde aquel día, solo tenía una petición para mí, pero no ha querido decirme cuál era.

Hasta hoy.

Tras graduarme en Entrenamiento Básico, asistí de inmediato a la Escuela Militar de Paracaidismo durante tres semanas. Saltar desde los aviones me pareció de lo más emocionante. Pensaba que estaría asustada la primera vez, pero la adrenalina y el entusiasmo opacaron el miedo y me llenaron de confianza. Después de ganarme mi Insignia de Paracaidista, me fui a Carolina del Norte, donde se encuentra la base principal de las fuerzas de operaciones especiales. Sobreviví a la Selección. Fui la única chica de mi clase y me lo curré mucho para conseguirlo. El esfuerzo valió la pena porque ahora estoy de permiso y puedo disfrutar de pasar tiempo con mis abuelos antes de regresar al curso.

—Abuelita..., ¿puedo hacerte una pregunta? —Doblo la carta manuscrita y la guardo de nuevo en una pequeña caja de madera.

—Claro, *mija* —responde con voz ronca mientras se acomoda en la cama y abraza su osito de peluche azul. Lo tiene desde que era una adolescente.

—¿Qué son estas cartas? ¿Quién es este hombre?

Mis abuelos llevan juntos media vida, ¿de verdad me está diciendo ahora que compartió su corazón con otro hombre que no era mi abuelo?

El sol entra por la ventana y proyecta rayos dorados sobre su rostro.

—*Mija*. Es el único favor que te pido. —Entrelaza las manos sobre su regazo—. Sé que estás muy liada con el trabajo y que pronto volverás a irte. Por favor, léeme estas cartas siempre que estés en casa. Quiero recordar a mi primer amor antes de que sea demasiado tarde. No me malinterpretes, quiero a tu abuelo. Hemos pasado unos años maravillosos juntos, pero creo que en la vida se puede amar a más de una persona. Yo elegí a tu abuelo, pero mi primer amor fue Graham.

Me quedo con la boca abierta.

—¡Abuelita! —Me llevo la caja al pecho por la sorpresa. ¿Estuvo enamorada de otro hombre? Por lo que sé, lleva con mi abuelo desde que tenía diecinueve años. Fue su primer y único novio—. Creo que al abuelo no le haría gracia todo esto, abuelita. No querría que te leyera estas cartas. ¿Graham ha sido la razón por la que querías que me mantuviera alejada de los hombres militares durante todos estos años? —Cierro la caja de madera y la deslizo por el suelo de baldosas hasta guardarla debajo de la cama, donde estaba antes.

Sé que puedo tomar mis propias decisiones, por supuesto, para algo tengo veinte años, pero sus palabras se me quedaron grabadas desde que era niña. Aunque eso no me frenó a la hora de unirme al ejército, una decisión que tomé para honrar a mi difunto padre, veterano de guerra.

—Tu abuelo lo sabe. Pero esto es entre tú y yo, ¿entendido? Es lo único que te pido, por favor —me suplica, levantando las cejas.

Nunca podría decirle que no. Echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que mi abuelo no sospecha nada. Por suerte, está concentrado en el periódico, bolígrafo en mano, resolviendo un crucigrama.

—Bueno, ¿y por qué te casaste con el abuelo en vez de con Graham? —La curiosidad me puede. ¿Por qué acabó con mi abuelo Ramón si a quien amaba era a ese tal Graham?

Ella sonríe, de nuevo, y sus ojos marrones brillan con orgullo.

—Paciencia. Vayamos carta por carta, ¿vale? Después te contaré por qué escogí a tu abuelo.

Me muerdo el interior del labio.

—De acuerdo. Carta por carta —acepto. Me incorporo y le doy un beso en la mejilla—. Escríbeme la próxima vez que quieras que te lea otra.

—Por supuesto, Violet.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—¿Trabajaba en la Marina? Vivimos cerca de una base naval, por lo que asumo que era marinero.

—No, *mija*. Graham formaba parte de los Boinas Verdes. Me envió todas esas cartas desde Vietnam.

—Abuela, ¿un soldado de las Fuerzas Especiales? —Muevo las cejas de arriba abajo a la vez que le dirijo una sonrisa pícara.

«Caray. Qué bien te lo montaste, abuela».

Se pone roja y suelta una risita como la de una adolescente. No la había visto sonreír así desde antes de que le dieran su diagnóstico. Ver lo mucho que la anima hacer un viaje por el baúl de los recuerdos me provoca paz. Si leerle estas cartas la hace feliz durante este momento tan complicado, tendré paciencia.

—Me sorprendes, abuela. —Me cruzo de brazos y frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Llevas toda la vida advirtiéndome de que me mantenga alejada de los hombres militares y ahora resulta que estuviste enamorada de uno.

Ella guarda silencio. Y esa ausencia de sonido lo dice todo. No sabe qué decir. Se abraza con fuerza a su osito de peluche y siento

que he metido el dedo en la llaga. No era mi intención. Agacho la cabeza y aprovecho la situación para irme.

—Te veo luego, abuelita. —Me inclino y le doy un beso en la mejilla de nuevo.

—Que Dios te bendiga, te quiero mucho.

—Yo te quiero más.

Enciende la televisión y cambia de canal dos veces antes de dejar el mando a un lado. Ha puesto una de sus películas favoritas: *Beethoven*.

—Adiós, abuelo. Me quedo por aquí otro día más; después me iré a Carolina del Norte.

Él apoya el periódico sobre su regazo.

—Estamos muy orgullosos de ti. —Sonríe y se acerca a mi oído—. Se preocupa por ti, pero si entrar en las Operaciones Especiales es lo que te hace feliz, ella también es feliz. Ah, y dale a tu madre algo de tiempo para que acepte tus decisiones —susurra con voz temblorosa.

Mi madre no quiere saber nada sobre mi decisión de unirme al ejército, aunque tampoco se mete. Siento que no entiende lo especial que es conseguir superar la Selección, un conjunto desafiante y riguroso de pruebas físicas y mentales. Al principio éramos más de cuatrocientos candidatos, pero solo treinta de nosotros fuimos seleccionados para llevar a cabo el curso de las Fuerzas Especiales.

—No te preocupes por nosotras —lo tranquilizo.

Me pongo recta, sonrío e ignoro el dolor que siento en el pecho cuando la preocupación por su bienestar me atraviesa. No puedo llorar cada vez que los veo.

—Me alegro de que os tenga a vosotros mientras yo no estoy —añado con tranquilidad y me alejo un paso más.

—Concéntrate. Ve y da lo mejor de ti. Nosotros estaremos aquí, apoyando a nuestra nieta. —Coloca su mano pecosa sobre el fondo de su jersey de cuadros rojo chillón. Coge el bolígrafo, se ajusta las gafas, y vuelve a sumergirse en el crucigrama.

Giro sobre mis pies y la suela de mis zapatos rechina. Antes de irme, miro a mi abuela una última vez y me grabo su imagen, viva y

feliz. Está concentrada en el presente, disfrutando de algo tan simple como ver su película favorita mientras el veneno le recorre las venas.

Incluso en la oscuridad, no pierde la sonrisa.

Camino por el pasillo hasta la salida. Me despido de la enfermera que le está administrando la quimioterapia y le recuerdo que me llame si pasa algo. Normalmente no se me permite estar aquí durante el tratamiento, pero esta vez han hecho una excepción. Cinco minutos más tarde, abandono el hospital y me dirijo al aparcamiento de visitantes.

Saco las llaves y presiono el botón dos veces para abrir mi berlina blanca. Una vez dentro, le escribo a mi madre.

Yo:
Hoy la abuela tiene un buen día. Ya voy de camino a casa.

Ma:
Vale.

Me sorprende que me responda tan rápido. Me lo tomo como una buena señal para intentar tener una última conversación con ella antes de irme. Miro la pantalla del móvil y echo un vistazo por mi galería; es una costumbre que tengo cuando estoy estresada. Subo hasta arriba del todo, donde encuentro las fotos de nosotros cuatro, esa familia que alguna vez estuvo completa: mi padre, mi madre, mi hermana mayor, Isabella, y yo.

En ellas, mi padre aparece con el pelo corto y salpicado de canas peinado hacia un lado. Sus grandes gafas redondas descansan sobre su pequeña nariz. El sol brilla sobre nuestra piel olivácea y mi hermana va vestida de rosa de pies a cabeza, con un pintalabios también rosa. Yo abrazo a mi madre, llevo mis vaqueros y mi jersey azul oscuro a rayas. Es de la cena de graduación universitaria de mi hermana en la pizzería italiana del barrio. Bloqueo el teléfono antes de que una oleada de dolor me arrastre y emerjo de mis recuerdos.

En cuanto arranco el coche, conduzco hacia la casa de mi madre. Vivimos en una acogedora casa de una sola planta y tres habitaciones, en un vecindario cerca de la iglesia católica a la que

asistía todos los domingos por la mañana cuando era niña. A medida que me alejo de los alrededores del hospital, una sensación de angustia se apodera de mí. Ya no siento que sea mi hogar, no desde que mi padre falleció. Mi madre también murió cuando él se fue. Un halo de frialdad reemplaza ahora su calidez. Ojalá me acompañara a visitar a la abuela.

Cada vez que la veo con el tratamiento, me muero un poco por dentro. No puedo perderla. Desde que la diagnosticaron, vivo en constante alerta. Me aterra pensar en la idea de que algún día ya no estará aquí, aunque físicamente sí esté presente.

Se me cierra la garganta y hago todo lo posible por combatir la sensación de sequedad y opresión cuando aparco en la entrada de la casa de mi madre. Me quedo dentro del coche, escuchando a The Fray, y respiro hondo.

Últimamente todo parece ir cuesta abajo y sin frenos. No obstante, ya es demasiado tarde como para cambiarlo. Aquí ya no me queda nada.

Capítulo 3

Violet



—Ma..., por favor. Habla conmigo.[1]

—¡No!

—Por favor.

—¡No! Perdí a tu padre por ese mismo trabajo. —Me mira con desprecio—. ¿Ahora también voy a tener que preocuparme por ti?

Intento cogerle la mano, pero se aparta como si yo fuera una enfermedad y mi ambición una infección venenosa.

—Acabo de volver del Entrenamiento Básico. Por favor, no me hagas esto. Te busqué entre la multitud, mamá, ¡y no estabas allí!

La hija pequeña de mi madre quiere honrar el legado de su padre y ella es incapaz de aceptarlo.

—¡Ma!

—¿Por qué no puedes sentar cabeza aquí? ¿En esta ciudad? Ir a la universidad. Centrarte en tu relación con Adam. Tener hijos, ser su mujer, cuidar de la casa mientras él trabaja. ¿Por qué te empeñas en conseguir ese trabajo?

Echo la cabeza hacia atrás, como si acabara de pegarme una bofetada. Porque, prácticamente, es como si lo hubiera hecho. Se me llenan los ojos de lágrimas y dejo caer los hombros.

—Aspiro a más... —murmuro.

Se me descompone el rostro cuando jugueteo con la chapa de identificación de mi padre en el bolsillo. Si él siguiera vivo, me habría apoyado sin titubear. Habría convencido a mi madre de que no era necesario exagerar tanto, que me las apañaría bien.

Me encuentro con su mirada seria, pero ella no vacila. Busco al fantasma de mi padre, deseando que estuviera de pie frente a mí, rogándole que me deje ir, pero cuando mi madre sigue negando con los ojos pétreos y los labios apretados en el salón junto a nuestro retrato familiar, no lo encuentro por ninguna parte. No está aquí porque está muerto, y todavía me cuesta aceptarlo después de todos estos años.

—Aspiro a más —admito—. Quiero ser como papá.

—Eres pequeña —señala, como si llevara tiempo callándose lo que de verdad piensa—. Eres bajita y menuda. Además de lenta. No eres igual de fuerte que los hombres. Eres. Mi. Pequeña.

Arrugo la nariz.

—Pero también soy la hija de mi padre —sentencio. Enarco una ceja y me encuentro con su mirada preocupada. Se le ensanchan los orificios de la nariz y chasquea la lengua, molesta.

Sabe perfectamente a qué me refiero. Me vuelvo hacia la fotografía de mi padre que cuelga de la pared. Lleva puesto su uniforme y sostiene su rifle en una mano. Era el mejor francotirador del mundo hasta que un tal Daegan Hannibal llegó y batió su récord.

—*Mija..., por favor*. ¡Acabarás herida! Las mujeres de nuestra familia nunca se han dedicado a eso, siempre ha sido cosa de hombres.

—¡Lo sé! Seré la primera. Te lo prometo —declaro.

Ella resopla.

—Vale. Supongamos que lo logras —expone el escenario hipotético como si se tratara de una locura—, ¿qué pasará cuando vayas a la guerra? —Suspira como si la idea le resultara insoportable. Clava sus ojos marrones en mí y una lágrima le resbala por la mejilla—. ¡No puedo perderte! Eres mi pequeña, Violet. —Agita las manos delante de mí para darle énfasis a su argumento.

—Mamá..., estaré bien.

—¡Eso no lo sabes! Y si te pasa algo, ¡no quiero tener que ser yo la que te diga que te avisé!

—¡Mamá! —Retrocedo, sus palabras son como una puñalada en el corazón—. Pues no lo hagas. —Contengo el grito ahogado que amenaza con salir. ¿Cómo ha podido decir eso?

Sigue distanciándose de mí. Se da la vuelta y se abraza los codos por encima del cárdigan negro para consolarse. Es muy injusta. O haces las cosas a su manera o nada.

—Por favor, mamá. Voy a hacerlo, quieras o no. —Suelto la chapa de identificación de mi padre. Extiendo los brazos para intentar que me dé un abrazo de despedida. Sin embargo, se aleja y niega con la cabeza. Sostiene el rosario en la mano con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

Se me nubla la vista y llega un punto en el que soy incapaz de seguir conteniendo las lágrimas. Me las limpio rápidamente sin querer mostrarle mi debilidad, sin que mi determinación flaquee.

—¿Me escribirás? —le pregunto esperanzada, sorbiéndome los mocos—. No podré usar el móvil, pero sí recibir cartas. Seguramente pueda hacer alguna llamada de vez en cuando. En cuanto llegue allí, te llamaré y...

—No te molestes. Fuera de mi casa. —Mantiene los ojos clavados en el retrato de mi padre mientras señala la puerta principal.

—¿Ma? —lloriqueo. Me llevo la mano al pecho, con ganas de abrazarla. No lo ha vuelto a hacer desde que él murió... desde el funeral.

Finalmente, nuestras miradas se encuentran, pero la suya ya no es la de una madre. Solo guarda resentimiento. Juega con las puntas de su pelo negro rizado salpicado de canas como si tratara de contenerse para no decir más cosas de las que después pueda arrepentirse.

No reconozco a mi madre.

Me habla como si no fuera más que una extraña en la casa en la que me crio durante los últimos veinte años. Echo un vistazo a las paredes color crema y observo los muebles. La televisión en la que solía ver mis películas de miedo favoritas mientras ella me gritaba que pusiera sus telenovelas preferidas.

Miro la cocina donde solía ayudar a mi madre a preparar flan cada dos meses cuando se estresaba, o en ocasiones especiales.

Después, bajo la vista al collar con una cruz que llevo colgado al cuello.

Abro la boca e intento que no me tiemblen los labios para decirle un último adiós.

—No me hagas esto. Te necesito. Siempre te necesitaré, soy tu hija. Eres la única familia que me queda. Por favor, mamá.

—¿No lo entiendes? Te desheredo. Ya no eres una Isla. No eres mi hija.

El silencio nos envuelve mientras asimilo lo que acaba de decir.

—¿Porque me voy a unir al ejército?

—¡Sí!

El viento y el calor me aturden mientras proceso su rechazo. Está renegando de su hija. Todo porque quiero honrar a mi padre. Sinceramente, creo que él se sentiría orgulloso de mí. No pienso cambiar de opinión por nadie.

Todas las emociones y el estrés que he ido acumulando dentro durante todo el proceso del alistamiento se filtran por las grietas del escudo que he construido. He aprendido a ser fuerte y enfrentarme a todo lo que se me ponga por delante desde que mi padre falleció, porque el hombre de la casa se fue y yo tuve que dar un paso al frente. He sido la fortaleza que mi madre necesitaba en los días en los que el dolor la consumía.

Me culpa por su muerte. Nunca me lo ha dicho, pero tampoco hace falta. Sus acciones, como no abrazarme desde el funeral, ya lo dicen por ella. Lo grita con su ausencia en todas mis graduaciones escolares desde que me uní al ejército. Creía que necesitaba más tiempo. Confiaba en que dejaría de verme como la chica responsable de la muerte de su marido y volvería a tratarme como a su hija... pero me equivocaba.

—¿Crees que no puedo conseguirlo? —pregunto.

Se encoge de hombros con la mirada vacía y respira de forma entrecortada.

—Lo siento. Ahora estás sola.

Una lágrima me resbala por la mejilla al perder la esperanza de verla el día de mi graduación.

Se suponía que estaría allí.

«Se suponía que mi padre estaría allí».

No puedo hacer esto sin ella.

Cuando se aleja en dirección a la cocina, me quedo paralizada.

Se me cierra la garganta. Me limpio rápidamente el rostro dolorido con la palma de la mano, demasiado avergonzada como para llorar delante de ella.

Con la maleta en una mano y mi mochila reglamentaria del ejército en la otra, salgo por la puerta principal de la casa en la que ya no soy bienvenida.

Una despedida cumplida. Pasemos a la siguiente.

Miro la hora en el reloj de mi muñeca, el cual me recuerda que solo tengo treinta minutos si no quiero perder el vuelo.

—Odio que me abandones. No quiero que te vayas... ¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Adam no ha parado de cuestionar mi decisión sobre el ejército.

—Me prometiste que me apoyarías —lo interrumpo.

Frunce el ceño y sigue mirando su móvil.

—Ya, lo sé, pero tú también me prometiste otras cosas.

—¿Y eso qué significa? —digo a la vez que me pongo los pantalones y me los abrocho. Se encoge de hombros, como si diera la conversación por terminada.

—¿Quién te escribe?

—Mi padre. Al parecer, ha vuelto a Estados Unidos después de otra misión de un año. —Sacude la cabeza—. Sigue intentando forjar una relación conmigo. El tío no lo pilla. No quiero saber nada de él después de lo que le hizo a mi madre. La abandonó. Nunca lo elegiré a él.

Bloquea el móvil y se lo guarda en el pantalón.

Adam no habla mucho sobre el divorcio de sus padres. Lo único que sé es que fueron padres adolescentes y su matrimonio no duró mucho. Nunca ha dudado de la versión de la historia que le contó su

madre, así que ni siquiera se molestó en escuchar la de su padre. La señora Lillington contó que a su exmarido ya no le interesaba ser un hombre de familia, prefería ser un soldado. Adam evita hablar sobre su padre, por lo que nunca indago para respetar sus límites. Incluso se cambió el apellido y adoptó el de soltera de su madre hace unos años.

Sus respuestas cortantes hicieron que dejara de intentarlo. Siempre se cierra y cambia de tema. Sin embargo, desde que murió mi padre, siento que debo decirle algo. Daría cualquier cosa por volver a recibir un mensaje suyo. No conozco su historia porque Adam no se abre conmigo, pero quizá su relación todavía se puede salvar.

—Tal vez deberías darle una oportunidad. Ojalá mi padre siguiera vivo. Haría lo que fuera por volver a escuchar su voz... —expongo suavemente mientras me hago un moño.

—¡Por favor, para! —me corta desde el otro lado de la cama y me sobresalto. Pone los brazos en jarras—. No vuelvas a meterte en mi relación con mi padre. Es un imbécil, un egoísta de mierda que eligió al ejército antes que a nosotros. Te lo digo por última vez, déjalo ya —me reprende y se dirige hacia la puerta de su habitación para poner fin a la conversación.

Frunzo el ceño y me trago su berrinche.

No lo dice en serio. Solo está agobiado porque me voy... nada más.

—Lo siento... no pretendía pasarme de la raya. Solo intento ayudar. —Lo sigo—. Pero, por favor, no me hables así —ruego, buscando a mi mejor amigo tras esta versión de Adam que tan poco me gusta. Ahora mismo, lo necesito más que nunca.

Deja caer los hombros y aprieta los labios.

—Sí... lo siento. Venga, vamos.

Camina por el pasillo, con paso tranquilo, y coge mi maleta. Tira de ella mientras yo me quedo mirando mis Converse verdes.

Suspiro y lo sigo. Últimamente lo noto raro, pero me ha asegurado que todo va bien entre nosotros.

«Estamos bien».

Capítulo 4

Violet



—Vale..., llevo el libro electrónico, los cascos, el móvil, la cartera... —Reviso mi mochila y voy tachando mentalmente todos los objetos de la lista para asegurarme de que no me dejo nada. Sé que los instructores me lo quitarán todo en cuanto llegue, pero yo lo llevo por si acaso—. Lo único que me falta es un beso de despedida —canturreo mientras cierro la mochila.

Me acerco a Adam con una sonrisa dulce para acariciar sus labios por última vez. No podré volver a besarlo hasta dentro de un año. Con los ojos cerrados y los labios fruncidos, me pongo de puntillas... pero él no se mueve después de unos segundos que se me hacen eternos.

Parpadeo, confundida. Frunzo el ceño y bajo los talones, decepcionada. Los ojos marrones de Adam rehúyen mi mirada.

—¿Qué pasa? —Retrocedo un poco y me acomodo la mochila en el hombro. Siento una nube sobre nosotros que activa los nervios en mi estómago—. Mírame.

No lo hace. Empieza a balancearse sobre los talones, nervioso.

Aprieto los dientes y siento una presión en el pecho. Conozco esa cara perfectamente.

—Tú también no. —Me muerdo el labio y espero que me diga que estoy equivocada, que lo estoy malinterpretando. En su lugar, levanta la vista hacia mí, aunque es incapaz de aguantarme la mirada. Niega con la cabeza como si quisiera huir de esta conversación—. Dime algo, por favor.

—Lo siento —responde con la vista clavada en el suelo.

—¿Lo sientes? —Enarco una ceja.

—No quiero quedarme esperándote, Violet. Quería que acabáramos la universidad juntos.

—Adam..., por favor, no me hagas esto. Y menos ahora. ¿De verdad me vas a decir todo esto justo antes de que me suba al avión?

—Lo siento.

—Otra vez esas dos palabras. ¿Sabes qué? Estoy harta de que la gente diga que lo siente cuando en realidad no es así.

Se encoge de hombros, como si no le importara. Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja mientras la rabia me consume. El recuerdo de nuestros cuerpos entrelazados hace que me hierva la sangre.

—¿Y entonces qué fue lo de anoche? ¿Y lo de esta mañana?

Dios, me siento utilizada.

Por fin me mira.

—¡Iba a declararme! —Saca un anillo del bolsillo trasero.

Brilla con la luz del sol que se cuela por las ventanas. Destellos holográficos se reflejan por todo su rostro cuando lo gira. El corazón me da un vuelco y la idea del matrimonio me golpea como un tren inesperado.

—¿Ibas? —Mi voz se quiebra en un susurro.

—Iba.

—¿Por eso has estado tan raro estos días? —Me arden los ojos. Desvío la mirada cuando se me nubla la vista. Miro a un lado y al otro y parpadeo para disipar la agonía.

«No te derrumbes.

»Trágatelo.

»Aguanta el abandono y la traición como siempre haces. No reacciones».

—No quiero que mi prometida esté rodeada de otros hombres todo el tiempo. Vi lo mucho que sufrió mi madre con este tema, con mi padre siempre ausente. Apenas lo conozco. No pienso repetir esa historia. Sabes perfectamente cómo me siento respecto a él, ¿y ahora? —Mueve la mano, con el anillo, frente a mí—. ¿Tú también te vas a ir?

—Creía que nuestra relación era más fuerte que la distancia —respondo entre lágrimas.

Adam pone los ojos en blanco.

—Sí, mi madre también.

—¡Nosotros no somos tus padres!

Lo nuestro ya no se puede arreglar.

—¿Cómo voy a ser capaz de dormir por la noche sabiendo que mi novia se está duchando con otros hombres? ¿O durmiendo con ellos? —Se le marca la vena de la frente y me observa con desconfianza.

—¿Es por eso? ¿De verdad piensas que voy a engañarte? —Tuerzo el gesto con una mueca de repulsión—. Nunca te he dado ni una sola razón para no confiar en mí. —Elevo un poco la voz.

—Da igual, Violet. No quiero estar con alguien que sirve en el ejército. —Da un paso atrás, visiblemente harto de nuestra conversación.

Suelto una risa incrédula.

—Prometiste que me apoyarías... —Le recuerdo las ocasiones en las que hablamos del tema—. «Prometo esperarte. Prometo llamarte cada fin de semana. Te lo prometo... para siempre» —le escupo sus propias palabras.

—Las promesas se rompen —responde sin un ápice de remordimiento mientras se guarda el anillo de compromiso en el bolsillo. Trago saliva y me muevo como si acabara de darme una bofetada.

No lo reconozco.

—De todas formas, lo nuestro se estaba viniendo abajo. Ya nunca estás en casa.

La forma en la que lo dice... me confirma que ya tomó la decisión hace tiempo.

¿En qué momento se rindió?

Nos miramos el uno al otro.

Yo, rota. Él, firme con su decisión.

Mi red de apoyo... se ha derrumbado. Las dos personas que prometieron quedarse a mi lado han desaparecido en cuestión de segundos. Me dejan por tomar la decisión de honrar a mi padre. Lo miro, con la esperanza de que se retracte, pero mantiene los labios apretados. No cede. Y yo tampoco lo haré.

No permitiré que me haga sentir culpable para que me quede. Además, aunque quisiera, tampoco tengo opción. Ahora tengo un compromiso que cumplir con el ejército.

—¿Y ya está? ¿Así es como gestionas tú las cosas? ¿Dejándome antes de que me suba al avión?

—No. ¿Tal vez? No lo sé. —Sigue alejándose, con la mirada clavada en mi alma hecha añicos.

De pronto, algo cambia. Acorta la distancia que nos separa, pero yo me cruzo de brazos y levanto un muro entre nosotros.

—Hazle caso a tu madre. Quédate aquí, conviértete en mi mujer. No necesitas estudiar. Cásate conmigo, tengamos hijos y...

¿De verdad me está soltando a la cara el mismo argumento que mi madre?

—No —respondo con dureza—. Adiós, Adam. No permitiré que me rompas en pedazos. Nadie lo hará. —Me vuelvo, le doy la espalda y camino con paso firme.

—Esto no es un adiós, cariño. En una semana, un mes como mucho, volverás. ¡Fracasarás y alguien tendrá que estar aquí para recoger tus pedazos! —grita. La gente con maletas que nos rodea se detiene y lo mira.

Ignorándolo, acelero el paso y me abro camino entre un grupo de gente en dirección al control de seguridad.

Enseño el billete y mi identificación. La agente lo escanea sin emoción y me indica que avance en la fila.

Me quito la chaqueta y saco todos los dispositivos electrónicos, conteniendo la rabia. Resoplo a la vez que rememoro su ridículo intento de declararse. Seguro que esperaba verme de rodillas y

rogándole que no me hiciera elegir entre mis sueños y nuestra relación.

Nunca le suplicaré a un hombre. Si Adam y mi madre no creen en mí...

Me trago el nudo de la garganta mientras los recuerdos de las dos personas en las que creía que podía confiar resuenan en mi cabeza. Cojo mis cosas, me cuelgo la mochila a los hombros y me acerco a la puerta con destino a Carolina del Norte.

Soy más fuerte que esto.

Me siento entre un hombre y una mujer que llevan la misma mochila con estampado militar. Saco mis cascos, me los pongo y desbloqueo el móvil. Dejo que suene Lana del Rey a todo volumen, cierro los ojos y me aíslo del mundo.

Mis problemas de confianza me obligaron a entregarme solo a mi madre y a Adam. La gente siempre me decepciona. El dolor que me han provocado en el corazón me ha vuelto de piedra. El aislamiento no siempre tiene que ser solitario, ahora es un escudo que me protege.

No me ato a la gente con facilidad, pero Adam logró entrar en mi vida cuando éramos adolescentes tras varios intentos de romper mi coraza.

No necesito su apoyo.

Creo en mí misma. Y eso es suficiente.

Es hora de demostrarle a mi padre que su sangre corre por mis venas. Sé que me está cuidando desde donde quiera que esté. No importa cuántas veces intenten hundirme, no lo conseguirán. Mucho menos durante el curso.

En el ejército me llaman la «Soldado Inquebrantable». Sé que sobreviviré al próximo año, aunque mi amigo Pete me advirtió de que tuviera cuidado con uno de los instructores más infames y despiadados. Él lo llama monstruo. Demonio. Máquina.

Suspendió a Pete por algo que estaba fuera de su alcance o, al menos, eso es lo que cuenta él.

Tal vez tenga suerte y ese demonio del que me advirtió no sea mi instructor... y, si lo es, espero no llamar su atención.

Capítulo 5

Violet



Doce meses para la graduación
♪♪Champagne Coast - Blood Orange

No me puedo creer que esté aquí. No solo he logrado sobrevivir a los primeros días, sino que me estoy integrando sin ningún problema. Estoy conociendo gente nueva, haciendo amigos y conectando con ellos dadas nuestras circunstancias.

La primera semana se me pasó volando. Hubo muchos gritos, papeleo, revisiones médicas y pinchazos en los brazos y en el culo; no obstante, estoy bien. Nunca me había sentido tan segura ni tan en casa como en el ejército.

Este es mi sitio.

—Atención, cadetes. Os presento a los instructores que se encargarán de vuestra formación durante este año —ruge un hombre alto y delgado delante de mí. Lleva una camiseta verde militar y unos pantalones a juego que tapan su piel clara. Me mira apenas un segundo y luego avanza pisando con fuerza a lo largo de

la fila. Nos fulmina a todos con la mirada, uno por uno, estudiándonos como si fuéramos niños.

—Soy el sargento Booker. Somos vuestros profesores, consejeros y orientadores. Este es el sargento Slater. —Señala a otro hombre enorme que se encuentra a su lado. Pasa junto a mí con aire amenazador y su mirada es tan evidente que, a pesar de estar oculta tras unas gafas de sol, no necesito verle los ojos para saber lo que opina de mi presencia: soy la única mujer de la clase. No quiere que esté aquí. Se nota por cómo clava sus ojos en mi cuerpo durante unos segundos, que se me hacen eternos, sin dejar de apretar los puños.

Evito acobardarme. Mantengo la espalda recta, los hombros firmes y la mente concentrada en una única cosa: graduarme.

Él resopla, como si estuviera asqueado. Se aleja y vuelve junto al sargento Booker, quien continúa presentando al resto de los instructores. Cuando el sargento Slater me da la espalda, sonrío con arrogancia. Me alegra saber que mi existencia y mi perseverancia le cabrean. Últimamente he cabreado a mucha gente. Sigo prestando atención mientras el sol me acaricia la piel. Mi tono oliváceo ha cogido todavía más color desde que llegué.

—Todo el mundo conoce al operador Grim Reaper... pero no es a él a quien teme el ejército y nuestros enemigos, sino a otro hombre con una carrera impecable.

—Todos lo llaman «demonio» y, creedme, lo hacen por una razón —susurra un chico a mi izquierda distrayéndome durante unos segundos.

Frunzo el ceño, molesta, e intento prestar atención al hombre de pelo rubio ceniza y bigote oscuro. El sargento Booker camina de un lado al otro de la fila y yo permanezco quieta. Decido tragarme la curiosidad y las preguntas que se me vienen a la cabeza.

—¿Se refiere a...? —cuchichea alguien a mi lado.

—Ajá..., también está aquí. Estamos jodidos —gruñe antes de seguir—. ¿Quién creéis que entrenó junto a Grim Reaper? ¿Quién le enseñó todo lo que sabe? Al demonio lo creó otro.

—¿Quién? —le pregunta su amigo con tono perezoso y teñido de pesimismo.

—El operador Bestia.

—Pero ¿cómo se llama realmente?

Pongo los ojos en blanco y exploto. No quiero que me echen tan pronto por no escuchar las órdenes de Booker. Acabo de llegar. Tengo mucho que demostrar y no permitiré que me expulsen el primer día solo porque los tíos que tengo al lado estén de marujas.

—¿Podéis callaros de una vez? —les suelto, volviéndome hacia ellos.

Al principio, mi mirada se cruza con la de Willis; sus labios finos y rosados se curvan en una sonrisa socarrona e inmadura. Me mira de arriba abajo como si intentara desnudarme y me estremezco. Abre la boca, probablemente para soltarme algún insulto misógino, pero su semblante cambia de golpe. Se pone pálido y aparta la vista cuando una gran sombra se dibuja sobre los tres.

Alguien carraspea a mis espaldas y noto cómo se me pone la piel de gallina. Me giro despacio, en posición de firmes, con los brazos pegados al costado y conteniendo la respiración.

—¿Cómo me llamo, Willis? —La voz profunda y aterciopelada hace que me dé un vuelco el corazón. Está justo delante de Willis, pero yo mantengo la mirada clavada en los altos árboles de hoja perenne que hay frente a nosotros.

Willis se queda con la boca abierta al ver el tamaño del instructor, al que todavía no nos han presentado.

—¡Responde! —ordena con un tono feroz que me hiela la sangre.

Joder, ¿así es como va a ser? Ni siquiera lo he mirado, pero su voz despierta algo en mí. Es grave y ronca. Sobreviví al entrenamiento básico y nadie hizo que el corazón me diera un vuelco solo con alzar la voz.

—O-O'Connell. K-Kade O'Connell, señor.

¿Kade? ¿O'Connell?

¿Como...?

No.

No puede ser.

—Es sargento maestro O'Connell.

Su tono adquiere una tranquilidad extrema, lo cual me parece incluso más intimidante que sus gritos.

Parpadeo y frunzo el ceño en un intento de desafiar a la anatomía humana y evitar sudar. Aprieto los puños y trato de mirarlo disimuladamente, pero decido no hacerlo cuando la enorme sombra se acerca a mí.

No.

Miro al suelo justo cuando unas botas militares de color arena se detienen delante de mis pies, que parecen minúsculos en comparación con los suyos.

He llamado la atención del monstruo del que todos llevan hablando desde el puto primer día.

Menuda suerte.

—Isla... —murmura con desgana, como si se aburriera. Sus enormes dedos señalan el apellido grabado en mi uniforme. Deslizo la mirada desde sus largas piernas hasta su pecho ancho y fornido. Lleva la misma camiseta militar. Tiene tatuajes en un brazo: serpientes y calaveras entrelazadas. Cruza los brazos delante del pecho y trato de no mirarlo, pero su cuerpo reclama toda mi atención.

Se queda de pie frente a mí como si estuviera preparado para prenderle fuego al mundo solo porque está cabreado. Joder, en persona es una locura. Una belleza que irradia masculinidad y rasgos peligrosamente atractivos.

Lleva el pelo castaño y ondulado engominado por los lados. Una barba corta y oscura con pequeños mechones rubios y plateados que acentúan su mandíbula perfecta y afilada. Tiene los labios carnosos, una cicatriz en el cuello y otra más grande que le atraviesa la ceja y le cruza la mejilla, como si le hubieran cortado. Ni siquiera sus gafas de aviador pueden ocultar esa gran cicatriz diagonal. Se pasa la lengua por el labio inferior, como si no lo impresionara.

Finalmente, se quita las gafas y me encuentro con unos ojos crueles, desiguales y helados. Uno es de un azul marino intenso y el otro de un verde vibrante. Ojos que podrían parar el corazón de cualquier chica y convertir la sangre en fuego líquido.

Me mira con el ceño fruncido, como si me evaluara y me estudiara al igual que a un parásito. Aprieta la mandíbula cuando le sostengo la mirada. Si intenta intimidarme, que espere sentado porque yo de

aquí no me largo. Mantengo una expresión impasible e intento que no se me note que, aunque vengo dispuesta a pelear, me entran ganas de esconderme cuando lo tengo cerca.

—Me llamo Kade O'Connell. —Inclina la cabeza, deja de fulminarme con la mirada y se dirige al resto de la clase—. ¡Y os doy la bienvenida a mi infierno! Yo dirijo el averno, por lo que, si queréis ver la luz al final del túnel, ¡tendréis que pelearlo! —exclama. Me fijo en sus dientes perfectamente blancos y en sus colmillos marcados, además de en la vena del cuello que le palpita mientras su voz sigue sembrando el pánico. Booker y el resto de los instructores sonríen con los brazos cruzados. Todos son fuertes y enormes. Observan cómo a los estudiantes nos invade el miedo a la vez que gritamos:

—¡Sí, señor!

—¡Tendréis que ganároslo a la puta fuerza! —grita, como si disfrutara de la situación más de lo necesario.

Se vuelve hacia mí y siento un aleteo nervioso en el pecho mientras se activa mi instinto de supervivencia. Clavo la mirada en esos ojos heterocromáticos para hacerle saber que puedo con él. No permitiré que ni él ni ninguno de los instructores me intimiden.

Silba, hunde las mejillas con una rápida inclinación del mentón.

—Qué ganas tengo de ver el destrozo que haré... —Una pausa breve y perturbadora se instala sobre nosotros.

Me está mirando a mí, ¿verdad?

Pero, entonces, termina la frase.

—Con todos vosotros —añade despacio. Esta vez termina su sermón con serenidad, dejándonos a todos como si nos hubiera arrancado la respiración. Sonríe de forma oscura porque, aunque se dirige a todos, es a mí a quien mira a los ojos, como si estuviera deseando verme fracasar. Sus botas resbalan en la tierra y las piedrecitas mientras se aleja y se lleva con él mi capacidad para respirar.

He hecho exactamente lo que no quería: llamar la atención de Bestia.

Capítulo 6

Kade



Diez meses para la graduación

Violet Isla.

La primera vez que la vi no tenía ni idea de quién era, pero tras ponerme al día con Penny, mencionó que la novia de Adam estaba en el curso.

La novia de mi hijo es la estudiante que está batiendo todos los récords.

Penny y yo todavía hablamos de vez en cuando. Al fin y al cabo, mi exmujer siempre formará parte de mi vida. Tenemos una relación cordial... lo suficientemente cordial como para llevarnos bien por Adam. Me manda actualizaciones por correo cuando estoy de misiones, por lo que a veces me envía algunas fotos.

Cuando revisé el correo hace tres noches, Penny me contaba que ya echaba de menos a Violet y adjuntó una imagen de los tres juntos con un pie de foto que rezaba: «La mañana en que partió hacia el Entrenamiento Básico».

Su sargento de instrucción me notificó la participación de la primera soldado femenina en mi clase. No tuvo más que buenas palabras sobre la joven, principalmente que es inquebrantable. Una gran soldado que da que hablar, aunque eso ya lo veremos.

Al fin y al cabo, es humana. Cometerá un error y la enviarán a casa. No todos se gradúan. No será la única que fracase, más de la mitad de la clase se quedará a las puertas.

Claro está, nos hemos conocido en una situación poco habitual, ya que mi hijo se ha distanciado de mí lo máximo posible y se me está complicando lo de crear un vínculo con él, sobre todo en lo que a su vida personal respecta. Casi nunca lo veo, a pesar de que, cuando estoy en casa, hago un esfuerzo por conocerlo.

Y ahora estoy a cargo de su novia.

Soy su instructor. Su profesor. Su superior.

Qué pequeño es el mundo.

Es una chica bajita y delgada, aun así eso no ha conseguido detenerla. Me da la impresión de que incluso lo usa como motivación. Por el momento, ha pasado todas las pruebas, aunque su carácter se está volviendo un problema. Es muy cabezota. Se niega a aceptar ayuda o a pedirla, eso no me gusta. Animamos a nuestras tropas a tomar la iniciativa, pero ella se niega cuando toca delegar.

—¿No sabes quién es? Es la hija del León.

El León. Jason Isla. Un antiguo Boina Verde, conocido por salvar a cientos de personas en una sola noche cuando fueron emboscados. Un buen hombre.

Aun así, eso no significa que vaya a recibir un trato de favor por mi parte. En mi clase no existen los enchufes.

—Me la suda. ¡Como si es la hija del presidente! No aprobará solo por ser «hija de».

—O'Connell, está aprobando todas las pruebas y, además, con nota —la defiende Booker, como siempre. Mi gran amigo desde hace más de veinte años siente debilidad por ella y se nota. Shane Booker es un hombre afable, con los pies en la tierra, y es mi mano derecha fuera de nuestro trabajo.

—Es obstinada. Lo único que conseguirá con esa actitud es que ella y su equipo acaben muertos —discuto con el instructor que se encuentra a mi lado, con los brazos cruzados sin apartar la vista de ella.

Hoy toca piscina. Ponemos a prueba nuestros límites y nuestra resistencia en operaciones acuáticas.

Se está cansando.

Al parecer, la Soldado Inquebrantable sí que tiene un punto débil.

—O conseguirá que se salven tanto ella como quienes la rodean —replica Booker.

Los silbatos y los gritos de los instructores nos rodean a medida que los soldados completan las pruebas. En cuanto terminan, pasan al siguiente ejercicio. En este curso no hay descanso.

—Lo dudo. —Escupo el tabaco de mascar junto a su bota y sonrío con arrogancia—. Parece que a alguien le está costando. Te dije que este no era su sitio —le susurro al oído con una amplia sonrisa.

Booker hace una mueca y clava la vista en Violet. Su hombro roza el mío cuando corre hacia ella. Me alejo con indiferencia.

—No se mueve. —Sus palabras llaman mi atención y el corazón me da un vuelco. Cuando me giro, casi se me escapa una sonrisa. Me da a mí que se irá del curso mucho antes de lo que pensaba. Qué forma tan maravillosa de empezar el día: viendo a otra soldado caer.

Soy un cabrón. Vivo con una coraza que me ayuda a mantener en pie mi mentalidad cruel. Me impide *sentir*.

—¡S-se está ahogando! —Sopla el silbato preocupado y yo pongo los ojos en blanco.

¿Por qué cojones siente esa debilidad por ella? Debería estar celebrándolo conmigo.

—¡Que alguien la saque! ¡O'Connell! Es tu trabajo. ¡Sácala de ahí!

Levanto el mentón y cruzo los brazos sobre la suave camiseta del ejército. Mis gafas de sol esconden mi expresión habitual de «me importa una mierda».

Lo siguiente que sé es que Booker salta a por ella. Me paso la mano por la barba antes de poner los brazos en jarras, mosqueado.

Coge su cuerpo inerte en cuestión de segundos y la saca del agua con ayuda de otro instructor.

Está inconsciente. La tumba boca arriba y se pone manos a la obra. Mientras los observo, me enciendo un cigarro. Efectivamente, segundos más tarde, la señorita Isla regresa al mundo infernal. Tose el agua que se ha tragado y aprieto la mandíbula con decepción.

Está viva.

—Qué pena —le murmuro al sargento Slater. Sus ojos color avellana brillan con una satisfacción oscura. Me da una palmada en el hombro y estalla en carcajadas. Nuestro humor es negro y macabro, algo que está de lo más normalizado en el ejército y supongo que nos ayuda a sobrellevar la oscuridad por la que pasamos durante el entrenamiento o en las misiones. Es mejor reír que sentir.

Me alejo de la piscina y echo a andar hacia la siguiente prueba, donde instruiré al resto de los estudiantes. Slater camina junto a mí y me da otra palmadita en el hombro con una sonrisa maliciosa porque sabe que tengo razón. Este no es su sitio, joder.

Me centro en la prueba y dejo que Booker se encargue de la debilucha.

Me la suda si sobrevive o no. Mi trabajo es acabar con los candidatos enclenques y llorones.

Siempre los rompo.

Siempre celebro cuando oigo las palabras: «Me rindo».

Ella también se romperá.

Siempre lo hacen.

Capítulo 7

Violet



Ocho meses para la graduación

Ahogarse... no es divertido. Suspendí la primera prueba del examen y, cuando recuperé la consciencia, creía que todo se había acabado. Pero el sargento Booker me dejó claro que tenía una segunda oportunidad después de devolverme a la vida. Por suerte, pasé la prueba al segundo intento sin desmayarme ni congelarme. Nunca había estado tan contenta de aprobar algo.

Estoy en plena navegación terrestre cuando me doy de bruces contra el suelo. Mi rifle sale volando. Toso y me entra tierra en la nariz. Resoplo y alcanzo mi cantimplora, pero alguien le da una patada y acaba junto a un montón de hojas.

Juraría que ha sido Willis.

Me giro para soltarle un par de insultos al imbécil. Sin embargo, me encuentro cara a cara con esos ojos verdes y azules, embriagadores y crueles.

Sargento maestro O'Connell.

«Bestia».

No le caigo bien. Me lo deja claro cada vez que puede con su silencio ensordecedor y sus miradas fulminantes. Pero eso no me intimida. Solo aviva todavía más mi ambición.

—¡Levanta el puto culo! —gruñe, y el corazón me da un vuelco. Joder, qué puto miedo. Parece que esta mañana alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

Por supuesto, hago todo lo que puedo para mantener la calma y la compostura. Respiro hondo y le doy la espalda. Todos los músculos me duelen, me arden y me piden un descanso, pero mis ganas de demostrarle a la gente que se equivoca me mantienen en pie.

«Muérdete la lengua, Violet. Arráncatela si es necesario. No les des lo que quieren».

—Ríndete o muere. De una forma u otra, no lo conseguirás.

Me pongo de rodillas, me arrastro por el suelo y voy a por mi rifle, que descansa junto al tronco de un árbol. Cuando lo cojo, me lo echo al hombro y él me sigue, partiendo las ramas bajo sus botas.

«Intenta meterse en mi cabeza».

—¿Crees que estás aquí, en mi curso, *en mi clase*, porque eres lo bastante buena?

«Ignóralo».

—No, estás aquí por quién era tu padre. Pero ¡para mí, no eres nadie!

«Cabrón».

Mentiras. No son más que mentiras para meterse en mi cabeza. No lo dice en serio.

—No eres más que un número. Otras veinte mujeres intentaron convertirse en operadoras especiales bajo mi mando y las veinte fracasaron. ¿Qué te hace pensar que eres especial?

«No contestes».

De pronto, un dolor fulminante me impacta en la espinilla y me doy de bruces contra el suelo de nuevo. No alcanzo a decir nada, un gemido de dolor se me escapa de entre los labios. Me ha hecho la zancadilla con una patada en la espinilla.

«Capullo».

Aunque, en parte, lo disfruto. Me trata como al resto de los chicos, no me gustaría que fuera de otra manera. Me alimento del dolor.

Hace que la victoria sepa mejor.

—¡Ups! —dice junto a mi oído al ponerse de cuclillas. Percibo esa mueca siniestra y cruel que le gusta poner cuando está con nosotros. Y cuando su aliento frío me roza la oreja, me estremezco. Sigo tirada boca abajo y reúno todas mis fuerzas para no pegarle un codazo en su perfecta cara—. Toca la campana. Vete a casa con tu familia —gruñe. Su olor me envuelve, su perfume, un aroma masculino a menta mezclada con cedro, se cuela por mi nariz y casi consigue que lo odie un poco menos.

«Casi».

—Toca la campana —me ordena de nuevo. Su voz suena áspera, exigente. Tocar la campana significa rendirse. Intenta que tire la toalla, pero no lo haré, y me encanta que eso le joda a él y a cualquiera que no quiera que apruebe. Todos los instructores intentan que los soldados inseguros abandonen en las primeras fases, pero conmigo no funcionará.

Sonrío y aleteo las pestañas para disimular mi pavor. Se tensa, como si no se lo esperara. Va vestido de negro de pies a cabeza y lleva la cara cubierta de pintura de camuflaje en tonos verdes, marrones y negros, como todos nosotros.

—No, sargento maestro —respondo.

Le sostengo la mirada penetrante mientras una oleada de rabia me recorre el cuerpo. Él no parpadea, yo tampoco. Finalmente, tras unos largos segundos, deja de invadir mi espacio personal y se aleja. Observo su espalda musculosa y me fijo en que tiene un tatuaje que le sube hasta la nuca.

No consigo distinguir qué es exactamente. Me miento a mí misma y me digo que no quiero averiguarlo.

Hay tres cosas sobre las que estoy completamente segura en cuanto al instructor más bestial del curso.

Una: para él no existen las medias tintas. Solo lo correcto e incorrecto. Dos: su sonrisa nunca es verdadera. Y tres: siempre que lo tengo cerca, el corazón se me acelera más de lo debido.

He superado la primera fase. Ahora tengo un par de días libres antes de volver al curso. No obstante, no dejo de entrenar ni un segundo. Antes de ir al gimnasio por tercera vez en lo que va de día, hago una parada en la oficina de correos de la base. Cruzo la puerta y voy directa a mi casillero. Meto la llave, la giro y lo abro. Espero encontrármelo vacío, pero abro los ojos como platos cuando veo que hay algo dentro.

Es una versión en miniatura del osito azul que va con mi abuela a todas partes.

¿Me lo ha mandado ella?

Exhalo para evitar que se me forme un nudo en la garganta. Es un recuerdo de mi hogar y nunca había estado tan feliz de ver un peluche. Paso las manos por su pelaje, sonrío al ver cómo mi mirada insensible se transforma en una llena de alegría al reflejarse en sus ojitos negros. En el fondo del casillero veo una carta cerrada.

Abro los ojos de par en par cuando reconozco la letra.

Es de mi abuela.

Rasgo el sobre con la llave y saco el papel amarillento y envejecido. Es otra de las cartas de amor que Graham le mandó. Por la parte de atrás, una esquina de color blanco llama mi atención antes de que empiece a leer.

Se trata de una nota en una hoja aparte.

Llámame para que la leamos juntas. Estoy muy orgullosa de ti, *mija*.
Con cariño,

La abuela

Corro de vuelta a mi barracón. En cuanto cierro la puerta, me siento en el escritorio y abro la aplicación de FaceTime.

25 de agosto de 1965

Querida Grace:

Cuando dijeron mi nombre, me quedé en shock*.*
Era día de correo y yo estaba limpiando mi arma.
El corazón me dio un vuelco, no entendía nada, pero me invadió la

esperanza. No podía ser una carta de mis padres, ya que ambos murieron cuando yo era joven.

Recé a Dios para que fuera tuya y Él me respondió.

Así que, cuando cogí este sobre sellado y leí tu nombre, supe que lo nuestro no había terminado.

Pienso en ti todo el tiempo. El recuerdo de tu sonrisa me ayuda a sobrellevar las misiones. Solo han pasado un par de semanas, pero tres de mis amigos ya han perdido la vida. Supongo que pronto lo leerás en los periódicos.

Solo puedo darte las gracias. Gracias por escribirme. Sé que dijiste que no querías empezar una relación conmigo por mi trabajo... pero, Grace, esta carta ha conseguido que vuelva a respirar por primera vez en semanas. Iremos a esa playa cuando regrese. Te lo prometo.

Con todo mi amor,

Graham

—Abuela, qué bonito. Graham me cae bien, pero me da miedo saber qué fue lo que hizo para que eligieras al abuelo en lugar de a él.

Ver a mi abuela a través de una pantalla me duele. Se mece en su silla mientras teje una manta y responde:

—Era un hombre muy dulce.

Soy capaz de ver cómo le tiemblan las manos a pesar de la mala conexión que tengo. Una sonrisa tímida se dibuja en su rostro pecoso; deja la manta y echa un vistazo a las otras cartas, como si volviera a tener dieciocho años y siguiera enamorada.

Me pregunto qué se sentirá.

Me aseguro de doblar la carta exactamente igual que la recibí. Me arrodillo y la escondo bajo la cama para que nadie la vea. Me levanto, me limpio las palmas de las manos contra las rodillas y me siento de nuevo.

La abuela deja de tejer. Inclina la cabeza, con las agujas todavía en las manos, y no levanta la mirada. Quiero vomitarle todo lo que me está pasando y decirle lo mucho que echo de menos estar en casa, al igual que algo tan insignificante como comprar un yogur en

mi tienda favorita del centro o dormir hasta tarde aunque sea un día a la semana. Aunque sé que eso solo la angustiará. Ya tiene suficiente con sus problemas de salud. No quiero preocuparla más.

—Háblame de Graham. ¿Cómo era?

Su rostro pasa de una mueca oscura a una igual de brillante que un árbol de Navidad.

—Era alto, muy alto. Con el pelo oscuro y los ojos claros. Muy guapo y todo un caballero, al igual que tu abuelo. Tu abuelo y yo éramos compañeros en el restaurante donde conocí a Graham. Se ponía celoso siempre que venía a verme. —Hace un gesto como restando importancia a los celos de mi abuelo.

—Espera, ¿tuviste un triángulo amoroso?

Ahora estoy enganchada. Estoy tan centrada en graduarme y en mi carrera que temo no llegar a sentir un amor que no duela. Aunque con Adam hubo momentos felices, no compensan su traición.

Ella ladea la cabeza, pensativa.

—Tal vez sí, tal vez no. Tendrás que seguir leyendo para averiguarlo.

Doy una palmada, emocionada.

—No veo la hora de saber por qué elegiste al abuelo en lugar de a él. Y qué hizo para conquistarte.

Me agacho para coger otra carta de debajo de la cama. Por el rabillo del ojo, veo cómo la abuela golpea la pantalla del móvil con el dedo y me obliga a detenerme. Nunca la había visto moverse tan rápido.

—¡De una en una! Ya te lo dije —me regaña con una ceja levantada y veo cómo se le marcan las arrugas de la frente.

—Abuelita... —Pongo morritos.

—Mira, no quiero que te leas todas las cartas antes de tu graduación. ¿Prometes esperarme?

—¿Y qué pasa si no lo consigo? —Mi confianza flaquea durante unos instantes. Bestia no me quita el ojo de encima, me observa como un halcón en busca de su presa, a la espera de cualquier oportunidad que me haga rendirme.

—Lo conseguirás. No digas eso —me reprende—. Mantén la concentración y la confianza.

—La mayor parte de mis instructores están deseando verme fracasar. Quieren que tire la toalla —confieso y me muerdo las uñas con nerviosismo cuando el sargento maestro O'Connell me viene a la cabeza. Alto, de tez morena, guapo y desalmado. Me trata y me mira como si fuera una carga de la que está deseando deshacerse. El resto de los instructores bajan la guardia, aunque sea durante unos segundos para reírse con nosotros, pero el sargento O'Connell es una máquina sin sentido del humor. A veces pienso que debajo de su piel se esconde un robot.

—Lo conseguirás, te lo prometo —afirma mi abuela con voz tranquilizadora mientras entrecierra los ojos con ternura.

—Yo también lo creo.

Ella asiente en un gesto de apoyo.

—Aunque no estés en casa, voy a preparar un flan para el cumpleaños de tu abuelo porque sé que es tu favorito.

Me quito un peso de encima. Se acuerda de su cumpleaños.

«Se acuerda».

—¿En serio? —chillo, con la boca haciéndoseme agua al imaginarme la textura suave del flan.

«¡Qué envidia!».

—Sí, *mijita*. Ya sabes que recién hecho está muy caliente, así que lo dejaré enfriar toda la noche y tu abuelo y yo nos lo comeremos en tu honor. Cuando sea tu cumpleaños, haré uno para ti. Y tu abuelo y yo te cantaremos el cumpleaños feliz.

—Voy a cumplir veintidós años, no es necesario.

Ella ríe.

—Siempre serás mi pequeña. Incluso cuando seas vieja y canosa. —Toca la pantalla del móvil como si me acariciara el pelo, como solía hacer—. Siempre serás mi nieta. —Hace una pausa, el ambiente en la habitación y en su tono cambia. Clava su mirada en la mía, con los bordes de sus iris teñidos de gris, y me observa con una intensidad que me atraviesa hasta el alma—. Si alguna vez te olvido... recuerda que siempre te querré. Esta enfermedad se llevará mi cuerpo, *mija*,

pero no mi espíritu. Y mi espíritu siempre estará contigo. —Se le dibuja una leve sonrisa en el rostro.

Siento una presión en el pecho y se me saltan las lágrimas. Me tapo la cara con las manos. Es ella quien se está perdiendo a sí misma. No tengo derecho a llorar, es muy egoísta por mi parte.

—Abuela, esto no es justo.

Soy un desastre. Un completo y absoluto desastre que no para de sollozar en la habitación. Me tiemblan los labios y ahogo los sollozos con la palma de la mano. Abrazo el osito de peluche contra el pecho y me sorbo los mocos. Su perfume floral me envuelve y lloro más fuerte. Incluso huele a ella.

Mi abuela lo es todo para mí.

—No puedo hacerlo. No puedo vivir sin ti. Eres mi mundo. Estoy perdida sin ti.

Ella me ha enseñado todo lo que sé. Es mi guía, la que siempre me inculcó una vida de valores morales y fe.

Me ha enseñado lo que es el amor incondicional.

¿Por qué Dios le hace esto a mi abuela? Es la católica más entregada que conozco. Siempre se aferra a su fe. He rezado y me he preguntado lo mismo desde su diagnóstico, aun a sabiendas de que nunca obtendré una respuesta. La muerte forma parte de la vida, pero no pensé que llegaría este día, y menos así.

Mientras sigo cargando con la ansiedad de acabar este curso y toda la tensión acumulada, la realidad sobre el estado de salud de mi abuela me golpea más fuerte que nunca en un momento de claridad y aceptación.

Voy a perderla.

He estado tan ocupada persiguiendo mis metas que me he olvidado de que se está muriendo. No puedo perderla. Ella es... todo para mí.

Estoy perdida en un mar de oscuridad y ella es el faro que se apaga lentamente. No concibo la idea de que no esté a mi lado, de no poder hablar con ella y abrazarla.

Ojalá los abuelos fueran eternos.

—Claro que puedes. Eres fuerte. Yo te enseñé a ser fuerte. Eres una Isla. Eres parte de mí. Siempre estarás bien. —Sonríe

débilmente, conteniendo sus propias lágrimas—. Y ahora, no quiero verte derramar ni una sola lágrima más. Haznos sentir orgullosos.

—Vale.

Me paso la mano por la cara roja y fuerzo una sonrisa, aunque no es más que una máscara. Tengo un mal presentimiento porque creo que Bestia solo acaba de empezar conmigo. Y no sé cuántas más sonrisas falsas me quedan.

Capítulo 8

Violet



Siete meses para la graduación

Tengo la mochila preparada, lista para salir a las cinco de la mañana. Me pesan los párpados y me duelen los hombros y las piernas, pero sigo al pie del cañón. Estoy casi a mitad de camino y, desde lo de la piscina, no he vuelto a fallar en ninguna prueba.

Vamos en autobús, rumbo a pasar dos días de navegación terrestre, algo que mi padre me enseñó a la perfección. No tengo dudas de que voy a aprobar. Roberts está sentado a mi lado y cabecea cada dos por tres, así que le doy un empujón con el hombro para mantenerlo despierto.

—Déjame dormir.

—¿Y si...?

—Los instructores no están aquí para machacarnos. Si yo fuera tú, aprovecharía mi hombro para dormir. Venga, date prisa antes de que cambie de idea —gruñe Roberts, dejándose caer en su asiento.

—Vale.

Cuando el autobús se detiene, me despierto. Siento que apenas he cerrado los ojos un momento y, aunque no he descansado todo lo que necesito, cualquier aporte de energía, por mínimo que sea, me viene bien. El viaje ha durado una hora. Me quedé dormida en cuestión de segundos en cuanto apoyé la cabeza en el hombro de Roberts.

Al bajar del bus, analizo el lugar. Estamos en medio del bosque de Carolina del Norte, en un área de entrenamiento prohibida para civiles destinada al curso.

Vamos a pasar aquí todo el día porque la navegación terrestre empieza por la noche. Nuestros instructores nos tendrán vigilados gracias a unas gafas de visión nocturna con detectores térmicos. Tienen que asegurarse de que no hacemos trampas ni nos perdemos.

Mientras todos bajan del autobús, nos quedamos quietos esperando la próxima orden. Distingo a los sargentos Booker y Slater hablando con los demás instructores junto a un camión, pero no veo al monstruo que todos evitan por ninguna parte.

Tras buscarlo por todos lados, mis músculos se relajan al comprobar que no está.

«Genial».

Me tomé una ración MRE, las repugnantes comidas preparadas para los soldados, a la hora de comer. Me imaginé que disfrutaba de una hamburguesa doble con queso mientras masticaba el estofado de ternera. Booker y Slater no han dejado de darnos órdenes desde que llegamos.

Tenemos un rato para relajarnos, así que acepto la invitación de Roberts y lo acompaño a fumar.

—Joder, la navegación terrestre se me da de pena —comenta mientras da una calada. Levanta su paquete de Camel Crush y me ofrece un cigarro.

Niego con la cabeza.

—¿No fumas?

—No.

—Yo no consigo dejarlo. —Se encoge de hombros.

El ambiente cambia cuando las nubes tapan el sol. Se levanta una ráfaga de aire frío y un escalofrío me recorre la espalda. Miro al cielo, esperando ver señales de lluvia, pero solo está más nublado de lo normal. ¿Por qué ha cambiado el aura de este lugar de un momento a otro?

Pero entonces, la sombra aterradora, intimidante y familiar de alguien se cierne sobre nosotros y todos nos enderezamos. Conozco esta sensación a la perfección. Una presencia demoníaca que te chupa hasta el alma está aquí para llevarse nuestra seguridad.

«Está aquí».

Al girarme, me encuentro con la imponente figura del instructor Bestia. Está de pie, con la espalda recta, los brazos cruzados sobre el pecho, las botas color arena clavadas en el suelo y esa expresión dura, atractiva y de cabrón que tiene siempre. Sus gafas de aviador totalmente negras descansan sobre el puente de su nariz. Nos barre a todos con la mirada y se detiene un segundo de más cuando llega a mí.

—¿A qué cojones estáis esperando? Coged todo lo que os haga falta. Os espera una noche muuuuy larga —canturrea con crueldad.

Todos pasamos por la mesa donde se encuentran los instructores. Cojo todo lo que necesito: un dispositivo GPS que permite rastrear nuestra posición por si nos perdemos, un transportador, tres raciones MRE y bengalas de emergencia. Estoy segura de haberlo cogido todo, por lo que me alejo tres pasos cuando siento una presión en el estómago. Me he dejado el mapa.

Me doy la vuelta y las ramitas crujen bajo mis pies cuando vuelvo corriendo, pero Bestia se me abalanza. Me quedo paralizada; los pulmones se me contraen cuando se planta frente a mí. Me bloquea el paso hasta el mapa. Está a solo unos metros, tentándome, pero tengo un monstruoso muro delante que me fulmina con la mirada a propósito.

La ha tomado conmigo.

No, no, no.

—Ah, ¿quieres el mapa? —Aprieta la mandíbula.

Lo miro a los ojos e intento respirar con normalidad. Todos necesitamos el mapa para superar la prueba.

—Sí, sargento maestro.

—Pues no te va a salir gratis.

Se me cae el alma a los pies.

«La he cagado.

»Me la va a liar».

Solo me había alejado un par de metros cuando me di cuenta de mi error, pero está decidido a castigarme por ello. ¿Qué esperaba? No muestra piedad con nadie y menos conmigo.

—Mil *burpees* con mochila me parece un trato justo.

«Mierda».

Bajo los hombros en señal de derrota.

Booker interviene y se acerca con paso tranquilo al sargento maestro.

—Bestia, se va a tirar cuatro horas —murmura en voz baja, intentando no llamar la atención de los alumnos. Aun así, lo oigo. Se pasa la mano por el bigote y me da la espalda, pero Bestia mantiene la vista clavada en mi rostro. Yo sigo en posición de firmes, impasible.

El sargento maestro echa un vistazo a su reloj digital, levanta la muñeca izquierda y frunce los labios como si nada.

—Bueno, pues más le vale ir empezando. —Se acerca a mí y me mira de arriba abajo, como si fuera un bicho que quiere aplastar con su bota—. ¿O prefieres rendirte, Isla? —Su voz se vuelve más grave.

La máscara que estoy acostumbrada a ponerme cuando él anda cerca permanece en su sitio, a pesar de que por dentro estoy temblando. Una gota de sudor me baja por la mejilla y me cae por la barbilla cuando niego con la cabeza.

—No me rendiré, sargento maestro.

Chasquea la lengua, cabreado, y me fulmina con la mirada durante lo que se me antojan horas. Quiere que tire la toalla. Desea que me vaya y no pienso darle esa satisfacción. Siento la atención de todos los instructores y alumnos sobre mí. Sé que la mayoría espera que me dé la vuelta, que lo mande a la mierda y abandone el curso para

siempre, pero esto no es más que otra oportunidad para demostrarles que este es mi sitio.

—Empieza —resopla.

Deja caer los brazos a los costados y se aleja. Sus pasos retumban mientras se va. La tensión entre nosotros es tan palpable que la noto hasta en los huesos.

Primero dejó que me ahogara. ¿Y ahora? ¿Cuatro horas de *burpees* con una mochila de más de veinte kilos a la espalda? Este tío quiere que la palme o, como mínimo, que tenga un pie en la tumba.

Capítulo 9

Kade



Seis meses para la graduación

Soy duro con ella por una razón. Es una mujer increíble con un espíritu positivo y una sonrisa contagiosa. Es fuerte, pero todavía no conoce sus límites. Seguiré presionándola hasta que se venga abajo y, cuando eso suceda, la reconstruiré y será una mujer aún más fuerte al igual que siempre he hecho con el resto de mis estudiantes. Pero existe un problema.

No se está viniendo abajo y me jode una barbaridad.

Está llena de ambición, fuerza, resiliencia y, sobre todo... una belleza que me quita el aliento.

Y no me refiero a su aspecto físico, aunque es de esas mujeres que provocan que todos se giren para mirarla cuando entra en una habitación. Me fascina cómo respira, cómo habla y cómo brinda amabilidad y comprensión cuando no tiene por qué hacerlo. Es capaz de lidiar con todo el peso que carga sobre sus hombros a la vez que supera con éxito el curso y se autoimpone restricciones de

lo más estrictas. Su inteligencia y su conocimiento dejan sin palabras a todos los instructores... y yo no soy la excepción.

Entiendo por qué mi hijo y ella llevan tanto tiempo juntos. Es deslumbrante, resulta imposible no fijarte en ella... pero *necesito* aprender a hacerlo.

¿Cómo voy a ser capaz de ignorarla cuando todo lo que veo de ella me atrae? Odio ser consciente de hasta el más mínimo detalle de Violet Isla. Esos ojos de un color marrón claro tan peculiar, repletos de motas doradas. El hoyuelo que le sale cuando sonríe y que descubrí tras verla reír por algo que dijo Booker.

Es una mujer decidida, apasionada, y que estaría dispuesta a reducir su propio mundo a cenizas por su país si fuera necesario. Nunca se rinde. Es la clase de mujer que el ejército necesita.

Le doy una calada al cigarro y echo el humo. Sé que puedo parecer un desalmado que no quiere ver a ninguno de ellos triunfar, pero no es así. Si soy duro con ellos es por una razón. Quiero que estén preparados para lo que se les viene encima: la guerra es dura. En el fondo, sé que no puedo protegerlos y, aun así, no puedo evitar intentarlo.

Solo me queda un año para retirarme y no me entusiasma lo más mínimo lo que me espera en una vida normal. Me gusta mi equipo. Mi trabajo. Mi carrera. Es lo que he conseguido en diecinueve años y me siento muy orgulloso de mis logros. Aunque las cicatrices que cargaré para siempre se llevaron partes de mí que ya nunca podré recuperar.

Las peores cicatrices son las que no se ven, las que se quedan grabadas en el alma y te acompañan hasta la tumba.

¿Quién querría a un hombre cubierto de marcas con historias que lo convirtieron en un ser frío?

Son las dos de la madrugada y no puedo dormir.

Estoy en la playa, mirando las olas, intentando que el sonido del mar ahogue el peso con el que cargo todos los días. Sin embargo, lo único que escucho son disparos, explosiones y los gritos de mis hombres. Los ecos de la guerra me persiguen y no sé si algún día lograré escapar de ello. Estoy atrapado en mi cabeza con mis botas negras hundidas en la arena.

A veces desconecto cuando veo fuego. Un segundo estoy aquí y, al siguiente, me apunto a la cabeza con un arma.

Damon Hawk siempre vuelve para atormentarme. No era más que un niño cuando se unió al ejército. Fue uno de mis alumnos, pero no superó la última fase que lo convertiría en Boina Verde. Era un buen soldado. Puntual, fuerte e inteligente; no se andaba con tonterías.

La noche en que murió... yo estaba allí.

Los terroristas lo capturaron y lo retuvieron durante meses. Por aquel entonces, estábamos convencidos de que lograríamos rescatarlo. Al Equipo de Ejecutores de los SEAL y al mío nos encargaron trabajar juntos... Los mejores equipos del mundo estaban presentes aquella noche tan cruel.

Hoy me duele el cuerpo de entrenar tanto. Esperaba que matarme a repeticiones en peso muerto y *press banca* me dejara lo suficientemente exhausto como para no pensar. Pero este dolor no se compara con el que cargo dentro de mi cabeza. Es como una cárcel. Volver a ser instructor... me remueve muchas cosas. Y eso es quedarse bastante corto.

Saco el trozo de madera en el que estoy trabajando junto con mi cuchillo hecho a medida y empiezo a tallar. Aunque mi cuerpo está en Carolina del Norte, mi mente ha regresado a Irak.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Todavía puedo oír los gritos de Damon Hawk, pero fue el silencio que vino después el que resultó más atronador que sus súplicas de piedad. Ese silencio significaba que se había ido. Otro hermano al que no pudimos salvar. Joder. Acaba de morir. Me niego a aceptar que le fallamos.

«No sientas. No te permitas sentir, joder».

Salgo del edificio de tortura, que ahora se encuentra teñido de negro a causa del humo. El olor de un cuerpo ardiendo es algo que no olvidas nunca. El recuerdo de Damon Hawk en ese estado atormentará mis pesadillas para siempre y hará que mi corazón se astille un poco más ante la cruel realidad de la guerra.

Casi lo teníamos, joder. Iba contando mentalmente. Estaba justo detrás del operador Bane cuando Zeke derribó la puerta.

Diez, nueve, ocho...

Estábamos a escasos segundos de salvarle la vida y ahora... se ha ido.

Toso, intento controlarme y me froto los ojos una y otra vez a causa de la quemazón. Aspiro aire fresco y dejo que el frío me atraviese los pulmones mientras parpadeo con la visión borrosa. La zona está rodeada de aeronaves y operadores especiales de diversas ramas, pero ya no me importa.

La misión ha fracasado.

Grim pasa por mi lado y roza su hombro contra el mío. Se ha quitado su característica máscara de la Parca y me lanza una mirada que ya me resulta familiar.

Culpa, dolor, demonios.

—Vaya, pero si es el sargento maestro O'Connell... —Se detiene y sus ojos color océano se iluminan un poco.

—Grim. —Nos fundimos en un abrazo fraternal. Nos damos un par de palmaditas en la espalda y nos estrechamos las manos enguantadas.

—Joder..., ¿todavía sigues yendo de misiones, carcamal? —bromea.

Me quito el pasamontañas y me paso una mano por el pelo.

—Tendrán que matarme para conseguir que me retire, Grim.

—Te entiendo. Cuando estoy en casa, me muero de ganas de volver al trabajo. Es una obsesión.

No puede seguir mirándome a los ojos, por lo que empieza a juguetear con algo en su bolsillo. Saca un collar con una cruz rosa y sonríe.

—Ha sido un honor haber trabajado contigo en esta misión. Como en los viejos tiempos. —Sacude la cabeza y su mirada preocupada se encuentra con la mía.

—¿Cómo cojones lo haces, sargento maestro?

—¿Hacer el qué, hermano? —Levanto una ceja y busco mi paquete de tabaco.

—Estar a la altura de tu nombre. A la altura de las expectativas del ejército. Con la cantidad de muerte que nos rodea. Somos los líderes del equipo, de los que todos dependen para tomar las decisiones más complicadas. ¿Cómo eres capaz de hacerlo sin romperte?

La voz grave de Grim busca un consuelo que no puedo darle. Siendo sincero, yo tampoco sé cómo lo hago. Me he vuelto insensible. Aquí, el miedo se convierte en una debilidad. Si me dejo llevar por las emociones, sé que me conducirán a la muerte.

—Deja de hablar así. Te falta convicción. Aquí no hay sitio para eso. Yo mismo te lo enseñé.

Grim deja de girar el collar de la cruz y se lo guarda de nuevo en el bolsillo, como si fuera sagrado. No recordaba que fuera creyente.

Separa los labios, pero una voz que me resulta familiar suena detrás de mí.

—¡El legendario operador Kade O'Connell! ¡Hostia puta! —Kane Slaughter, alias operador Bane, se acerca. Posa su mano sobre mi hombro en un gesto amistoso y yo esbozo una sonrisa torcida. Está en el equipo de Grim, en los SEAL—. Señor, es un honor tenerlo aquí esta noche.

Frunzo el ceño.

—No es ningún honor, Slaughter —gruño.

Grim inclina la cabeza y me observa con atención. Kane se estremece.

—Perdimos a un buen hombre esta noche.

—¿Lo conocía? —pregunta Kane en voz baja.

—Damon Hawk era uno de mis alumnos. Se suponía que volvería al curso en seis meses para convertirse en uno de nosotros. Un operador especial, un Boina Verde, y ahora... me tocará asistir a su funeral. Así que hazme el puto favor y borra esa sonrisa ingenua de la cara porque ahora mismo no existe ningún motivo por el que alegrarse. —Señalo el edificio en llamas que se encuentra a mis espaldas. Aprieto la mandíbula con fuerza y los tres observamos cómo un grupo de soldados escolta el cuerpo sin vida de Damon. Ellos se encargarán de llevarlo a casa, con su familia.

Grim se pone recto, al igual que yo. Me crujo el cuello varias veces mientras los dos hombres se miran como si fueran dos extraños.

—Sí, señor —asiente Kane. Esconde sus ojos azul oscuro como si se sintiera avergonzado. Le da una patada a una piedra con su bota antes de darse la vuelta—. No sabía que se trataba de uno de sus alumnos —admite.

—Pues ahora ya lo sabes. —Me escuecen los ojos, pero parpadeo de inmediato. Al cabo de un segundo, el dolor desaparece y regresa la insensibilidad a la que me he vuelto adicto.

Siempre que me encuentro en este estado mental, no siento. Es una coraza que porto a la perfección. Es el motivo por el que todos me temen y la razón por la que me llaman «operador Bestia».

Todos dicen que no tengo corazón y, llegados a este punto, empiezo a creérmelo. ¿Cuándo fue la última vez que sonreí sin que esta maldita carga de angustia me hundiera? Ya no sé lo que es ser feliz y eso me enorgullece. Es lo que me hace fuerte. Porque si no puedo sentir felicidad, tampoco puedo sentir dolor. La insensibilidad es mi estilo de vida, no me va mal. Es lo que me ayuda a sobrellevar las guerras que lucho y a ganar las batallas que tienen lugar dentro de mi cabeza.

Las hélices de los helicópteros azotan el aire a lo lejos justo cuando los micrófonos empiezan a sonar en nuestros oídos. Nos dispersamos porque ha llegado la hora de la siguiente misión.

—Con permiso. Regreso a la base —suelto. Kane retrocede y Grim se pasa la mano por la barba. Bane y Grim se miran entre sí y luego asienten.

Camino en dirección al helicóptero Black Hawk y me preparo mentalmente para la siguiente misión en lugar de permitirme llorar la muerte de Damon. Me niego a sentirlo. Dolería demasiado y no soy esa clase de hombre.

Soy un monstruo.

Capítulo 10

Violet



Tres meses para la graduación
♪♪Elastic Heart - SIA

Como alguien que creció entrenando artes marciales mixtas desde que aprendió a andar, el entrenamiento cuerpo a cuerpo me apasiona.

Willis se planta delante de mí con una actitud desafiante y una sonrisa demasiado confiada que le llega hasta los ojos marrones.

—Vamos, pégame justo aquí. —Se señala la mandíbula con la mano enguantada en un intento de hacerme morder el anzuelo.

—Yo no te recomendaría provocarla —le advierte Preston desde detrás de la jaula.

Miro por encima del hombro de Willis y me topo con su mirada asesina. Sigue molesto por lo que pasó hace cinco minutos. Apenas ejercí un poco de presión en su codo, pero se rindió al instante.

Nadie me ha vencido todavía y me lo estoy pasando demasiado bien como para parar.

—¡Venga ya! Estoy seguro de que no te dan los bracitos. Por eso no has lanzado ni un solo puñetazo. Me apuesto a que...

Antes de que pueda terminar, ataco. Mi puño acierta en su barbilla y lo mando directo al suelo con los ojos en blanco. Cae de espaldas con un golpe fuerte de cara al techo oscuro. Encojo el brazo y resoplo, satisfecha.

Todo el mundo fuera de la jaula grita y golpea el metal con las manos como si estuviéramos en un partido de fútbol americano un domingo y alguien hubiera marcado un *touchdown*.

Siento la mirada de Bestia clavada sobre mí. Está junto al resto de los instructores, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se le marcan los músculos de los brazos tatuados. Los flexiona cada vez que cae otro hombre. Le carcome por dentro ver a otro tío desplomarse.

Willis recobra la consciencia un par de segundos más tarde. Sale de la jaula acompañado por el sargento Slater, quien le hace varias preguntas para comprobar que no necesita atención médica. Con la mano en la cadera, respiro hondo una y otra vez, caminando de un lado a otro, a la espera de que suba el siguiente. Me llevo los nudillos doloridos al labio superior para limpiarme el sudor.

—¡Roberts! —grita el sargento Booker. Roberts entra corriendo, pero su paso se ralentiza cuando se dirige hacia mí. Me da un toque en el brazo con el codo y se acerca a mi oído.

—No tengas compasión conmigo —susurra con una sonrisa.

—No era mi idea. —Le guiño un ojo mientras me tira de la coleta de broma. Una pequeña provocación. Lo empujo y se ríe entre dientes.

Roberts es uno de los buenos de la clase. Siempre es amable y respetuoso. Me trata como a cualquier otra persona. Se lanza contra mí con todas sus fuerzas, pero no es suficiente.

Con los labios cubiertos de sangre y los antebrazos alrededor de su cuello, aprieto hasta que su cuerpo se vuelve pesado. Entonces, lo suelto y me pongo de pie.

—A la mierda —suelta Willis desde detrás de la jaula.

Voy a graduarme. Me convertiré en una de las primeras operadoras especiales en unirme a esa pequeña lista de mujeres

fuertes y consagradas. Y eso les jode muchísimo.

Unos pasos retumban detrás de mí. Echo un vistazo por encima del hombro y veo una cabellera negra que me resulta conocida. Preston viene directo hacia mí, listo para atacar. Está aprovechando que le doy la espalda. Todos los instructores presentes le gritan que pare, pero es demasiado tarde. Me asesta un golpe en la mandíbula con la mano desnuda. Sus nudillos se clavan en mi barbilla y mi cabeza gira bruscamente. La sangre brota de mi boca y salpica la estera. La adrenalina camufla el dolor y lo único que siento son ganas de darle una dosis de su propia medicina hasta que me suplique piedad. Me vuelvo y lo veo alzando el puño para darme otro golpe implacable directo en la cara.

Pero en esta ocasión, el aire es su única víctima. Me deslizo hacia atrás, le meto tres puñetazos en el estómago y le retuerzo el brazo hasta que grita de dolor. Intenta recuperar el oxígeno que le he arrebatado, tose y se retuerce en un intento de escapar, aunque no le sirve de nada. Su rostro, ya enrojecido, palidece. Lo fulmino con la mirada en señal de advertencia. Él me mira por encima del hombro, arrepentido, con la vena de la frente a punto de explotar y los ojos rojos. Lanzo un escupitajo carmesí que cae a sus pies.

—¡Que te den, Isla! —chilla Preston.

Le dedico una sonrisa engreída y me acerco hasta casi pegar la boca a su oreja.

—No, que te den a ti, hijo de puta —declaro, con la esperanza de que Willis y todos sus amiguitos me oigan y lean entre líneas—. Soy la hija del León.

Mi paciencia se ha convertido en locura. Una sonrisa siniestra se me refleja en los ojos a la vez que disfruto de ver a Preston retorcerse.

—Quiero que me mires con atención porque será la última cara que veas hasta que te despiertes —le escupo al oído con desprecio mientras él aprieta los dientes, pero eso no evita que oiga sus quejidos de frustración. Lo dejo inconsciente de un golpe.

—¡Todo el mundo fuera! —gruñe Bestia. Su voz retumba y rebota en las paredes. Sonrío, satisfecha.

Roberts se incorpora, aturdido. Paso junto al cuerpo inconsciente de Preston y lo ayudo a levantarse.

—Apóyate en mí —murmuro, con la culpa carcomiéndome por dentro. Él asiente, como si le diera vergüenza aceptar mi gesto. Le ofrezco mi hombro, pero una mano grande y callosa me agarra de la muñeca y clava sus uñas en mi piel. Siseo y, cuando giro la cabeza, Bestia se encuentra a escasos centímetros de mi cara. Puedo oler ese mismo aroma a cedro de su colonia, con un leve regusto a cigarrillos. Agarra a Roberts por el cuello y lo empuja hacia delante, lo que lo hace tropezar.

—Que te vea un médico. —Su voz es extrañamente fría, calmada y contenida, pese a su expresión asesina. Cuando usa ese tono de voz en lugar de gritar, es mucho más aterrador. Me vuelvo hacia el cuerpo de Preston cuando cuatro instructores se lo llevan de allí.

Se lo merecía.

—¡Ya habéis oído a Bestia! ¡Todo el mundo fuera! —grita Booker.

—Tú no. —Me empuja. Su cabreo me desconcierta tanto que tropiezo.

—¿Vale?

—Podrías haberlo matado, Isla. —Otro empujón.

—Me dijo que no tuviera compasión. —Sigue avanzando hacia mí hasta que mi espalda choca con la jaula—. Y Preston se lo merecía.

Se le marca la vena del cuello bajo la piel bronceada. Coloca sus manos a ambos lados de mi cabeza y me aprisiona.

No dejaré que me afecte.

Controlo mis emociones y levanto el mentón mientras se cierne sobre mí.

—¡Bestia! —le advierte Booker de manera protectora. Booker siempre me mira con compasión. Bestia... no tanto.

Bestia se vuelve hacia él despacio, con el ceño fruncido. No le veo los ojos. Están ocultos tras esas gafas de aviador, pero estoy bastante segura de que lo está fulminando con la mirada.

Booker carraspea, como si fuera incapaz de sostenerle la mirada, y se aleja maldiciendo por lo bajini. Sabe que lo que está haciendo Bestia va más allá de una reprimenda de un profesor a una alumna.

Es una novatada. Quiere que me rinda, pero eso no está en mis genes.

Joder. Mentiría si dijera que no tiemblo de miedo ante él. Al mismo tiempo, también hay una vocecita dentro de mí que me dice que me gusta cuando es duro conmigo porque tengo el poder de cabrearlo.

Volvemos a estar a solas. El corazón me late en los oídos. La manera en la que acorta la distancia entre nuestros cuerpos siempre me deja sin aire. Aun así, es un cabrón.

Y... es el padre de Adam. Y mi instructor.

«Espabila, Violet».

Bestia se vuelve hacia mí. Sus labios perfectos se curvan en una sonrisa pecaminosa y perturbadora.

—¿Me va a echar, señor? —pregunto de forma despreocupada.

Se produce otro silencio tenso. Podría oír el sonido de un alfiler al caer. Dirijo la mirada hacia la salida del edificio, preguntándome qué demonios estará pensando ahora mismo.

Se inclina hacia mí y se me corta la respiración. El fuego me recorre las venas, infectando cada una de mis células hasta que siento como si me quemaran viva. Su boca está pegada a mi oreja y me dan ganas de pegarle un puñetazo en la cara por ser tan duro conmigo. Sé que puedo soportarlo, pero el odio que siento por él crece cada día más.

¿Qué me va a mandar hacer ahora? ¿Qué castigo exagerado se guarda bajo la manga? ¿Mil flexiones?

—Ten cuidado, Isla. Porque si lucharas contra mí, te rendirías. Al contrario que tú, yo no muestro misericordia.

Se echa hacia atrás.

—¿Es una amenaza? —pregunto.

—Es un hecho. No te caigo muy bien, ¿no? —ronronea con malicia.

Aprieto los dientes y reprimo las ganas de largarme. Se acerca de nuevo y, esta vez, estamos tan cerca que nuestras narices casi se rozan.

—Genial. —Su voz es grave—. Eso significa que estoy haciendo bien mi puto trabajo, Isla. Quiero que me odies. Apuesto a que te encantaría pegarme ahora mismo, ¿eh? —se burla.

Mantengo los ojos clavados en la salida y me concentro en mi objetivo. Vine aquí para demostrarles a todos que se equivocan. Si me atreviera a noquearlo ahora mismo, me echarían en un abrir y cerrar de ojos.

—No, señor.

Él resopla.

—Lo dudo, pero si vas a pegarme, asegúrate de hacerlo así. —Me coge la mano y me enseña cómo colocar el pulgar. Lo miro y él sonríe de oreja a oreja, como si le divirtiera sacarme de quicio—. Puedes retirarte. —Se gira sin mirarme. No me molesto en prestarle más atención y salgo casi corriendo—. Ah, Isla, una cosa más. —Llego a la puerta y agarro el pomo—. Ten cuidado... —me advierte de nuevo con su tono típico de sargento. Se quita las gafas y me encuentro con su mirada siniestra. Es igual de intensa y profunda que la de un lobo—. Habrá consecuencias si otro hombre vuelve a tocarte de esa forma.

La manera en la que esas palabras salen de su boca con tanta facilidad me hace sentir que existe cierto fuego posesivo entrelazado en cada una de ellas. Su voz se vuelve más grave y me provoca una explosión de mariposas en el estómago. Se produce una pausa incómoda, cargada de tensión entre los dos. ¿O me lo estaré imaginando todo?

Aprieta la mandíbula. Podrá darme órdenes y presumir de una máscara fría y de macho alfa, pero sus ojos lo delatan.

Me sonrojo y lo miro a la espera de que continúe.

¿Qué pretende que le diga?

Carraspea y vuelve a ponerse las gafas de sol en el puente de la nariz.

—Ya sabes, es un poco inapropiado.

Levanto una ceja.

«¿Dejar que un chico me agarre por la cintura para mantener el equilibrio? ¿En serio?».

Tose de nuevo cuando le suena el móvil. Rompe el contacto visual conmigo para cogerlo. Pongo los ojos en blanco y salgo del edificio sin mirar atrás.

En cuanto la puerta se cierra detrás de mí, siento el aliento de alguien en mi oído.

—Más te vale cubrirte las espaldas. La mayoría de los tíos no quieren que estés aquí. Este lugar es nuestro y no hay sitio para ti. Los instructores no estarán siempre para protegerte. —Willis y Preston me empujan con sus hombros cuando pasan junto a mí con una mirada cruel.

Escupo más sangre y me río.

«No necesito que nadie me proteja».

—Te arrepentirás de haber hecho este curso, Isla. Tengo planes para ti. —Willis se pavonea a unos metros.

Genial.

Además de sobrevivir a Bestia, ahora también tengo que estar pendiente de Willis y sus peligrosos secuaces.

Capítulo 11

Kade



Un mes para la graduación

No puedo dejar de pensar en cómo esa niñata testaruda puso los ojos en blanco. No puedo dejar de pensar en cómo me contuve para no dejarme llevar por las ganas que tenía de castigarla. Lo peor de todo es que no puedo dejar de negar lo mucho que me gustó y cómo me bajó toda la sangre a la polla.

La culpa me golpea y me recuerda lo mal que está sentir este tipo de emoción. Pero ella me hace *sentir*... Creía que esa clase de pasión estaba muerta para mí.

Son las vacaciones de Acción de Gracias y la mayoría de mis alumnos, a excepción de unos pocos, han vuelto a casa. Yo tengo asuntos administrativos de los que encargarme; además, mi madre no está y mi hijo no quiere saber nada de mí. No tengo un hogar al que volver. Mi trabajo lo es todo para mí. Así ha sido durante los últimos diecinueve años.

Me muero de ganas de que vuelvan a empezar las clases. No sé qué hacer cuando no llevo puesto el uniforme. Y una parte de mí

echa de menos ver a una de mis alumnas.

«Joder».

Soy su instructor, por lo que no puedo hacer nada para evitarla... Además, yo nunca rechazo un trabajo. ¿Qué cojones me pasa?

—Venga, Kade..., como en los viejos tiempos. —Karen se pone de rodillas con el trasero apoyado en los talones. Me llevo el vaso de *whisky* a los labios y le doy un trago. El veneno familiar me ayuda a relajarme, pero no evita que la fulmine con la mirada cuando me desabrocha el cinturón.

Karen.

Nuestra relación empezó hace años cuando éramos compañeros de trabajo. Ahora solo somos amigos que se acuestan de vez en cuando. No es mi novia. Nunca lo ha sido. Nos encargamos de satisfacer las necesidades del otro ocasionalmente.

—¿En qué piensas esta noche? —me susurra con tono seductor. Se pasa la lengua por el labio inferior—. Me muero de ganas de comerte.

Sigo observándola y me llevo de nuevo el vaso a la boca. Siento como todo mi cuerpo se calienta y, por un momento, los demonios se callan. ¿Por qué no añadir un polvo sin sentimientos a la noche?

Así funcionan las cosas con Karen: nunca espera nada más de mí. Sabe que nunca beso en la boca, una regla que cumplo con todos mis líos de una noche desde el divorcio. Besar es algo íntimo y no pienso romper mis reglas por nadie.

Pero cuando me desabrocha los vaqueros, no ocurre nada. No se me pone la polla dura. No me excita ni lo más mínimo.

Soy un hombre insensible, capaz de no sentir nada después de todas las cosas que ha visto y vivido. Sin embargo, por alguna extraña razón, Violet Isla me despierta un interés que va más allá de una relación entre profesor y alumna.

No debería pensar tanto en la novia de mi hijo, pero es difícil no hacerlo cuando su sonrisa me vuelve débil. Su voz, su determinación y su fuerza me han cautivado.

—No, Karen. Esta noche no —murmuro.

Estoy borracho y, aunque me gusta follar cuando bebo, esta noche es diferente. No puedo hacerlo. No puedo follarle la boca porque la

realidad es que no estoy bien y, por muchas ganas que tenga de ahogar este sentimiento de culpa por haber sobrevivido en un polvo, no lo haré.

Ella ignora mi negativa y envuelve su mano alrededor de mi miembro mientras lo acaricia desde la base hasta la punta. Frunzo el ceño.

—¿Por qué no? Ya me encargo yo de todo, tú siéntate y disfruta. —Se pasa la lengua por los labios de nuevo y abre bien la boca para que pueda verle la punta de la lengua.

La agarro de las muñecas con fuerza.

—Te he dicho que no, joder —escupo. Karen cierra la boca y me mira con el ceño fruncido. Se pone de pie con los labios apretados.

—¿Qué coño te pasa? No me has llamado desde que empezaste a dar clases este curso. ¿Quién te ha llamado la atención? Porque está claro que yo no —reclama, furiosa, y se aleja. Pone los brazos en jarras y me mira a la espera de una respuesta.

¿Por qué se comporta así? Creía que ambos estábamos en la misma onda. ¿Siente algo por mí?

Permanezco tranquilo y sereno.

Me pongo de pie y la silla chirría contra el suelo. Me guardo la polla en los calzoncillos y me subo la cremallera.

Ella chasquea la lengua con impaciencia.

Cuando llego a la ventana de mi despacho, me froto las sienes. Observo las olas del mar y distingo una gran fogata en la playa. Mantengo la vista clavada en ella hasta que la tensión empieza a disiparse.

—No me pasa nada. —Me froto la nuca.

—Entonces, ¿por qué no quieres follarme? —me pregunta con tono cortante.

Estoy mentalmente agotado. Suspiro y cierro los ojos a la vez que me apoyo en el alféizar de la ventana.

Tal vez debería follármela y actuar como el capullo que todos creen que soy y que he demostrado ser. Clavo la mirada de nuevo en el océano justo cuando me vibra el móvil en el bolsillo.

—¿Hola? ¿Tierra llamando a Kade?

Lo saco con la esperanza de que se trate de Adam. Lo he llamado y le he escrito todas las semanas, pero sigue ignorándome.

—Es la madre de mi hijo. Un segundo.

Penny:
¡Feliz Día de Acción de Gracias!

—Mira, Kade. Me gustas mucho, te perdono.

«¿Qué cojones dice?». ¿Me perdona por no querer acostarme con ella?

—Y sé cómo te gusta follar. Echo de menos tus caricias y la forma en la que me marcas. Ningún otro hombre me lo hace como tú. Estás agobiado y estoy dispuesta a ayudarte a relajarte durante un par de horas esta noche, como llevamos haciendo estos últimos años. Así que, si cambias de idea y se te pasa ese humor de perros que llevas, mi habitación es la quinientos sesenta y ocho... Me alojo en el hotel de la base. Avísame si cambias de idea.

—No lo haré.

Ella resopla a mis espaldas y la sigue el sonido de la puerta al cerrarse.

Yo:
Feliz Día de Acción de Gracias. Qué tal? Cómo está Adam?

Penny:
Bien. Liada con el trabajo, como siempre. Adam también está bien. Cada día se parece más a mí, pero cuando le sale la vena perfeccionista, se nota que es hijo tuyo. Está en la universidad, en segundo, y saca todo sobresalientes. Hemos pasado la noche juntos, pero se ha ido al acabar.

Yo:
Me alegro de que le vayan bien los estudios. Te ha dejado sola en Acción de Gracias? Estará con su novia.

¿En qué momento me he vuelto tan entrometido? Nunca había preguntado por su vida amorosa, pero una punzada me atraviesa el pecho porque temo la respuesta. Por supuesto que están juntos. Y espero que sean felices.

Penny:
Pues en realidad, no. Le pregunté por Violet, pero me dijo que no volvió a casa a pasar las fiestas. Se quedó en donde sea que esté entrenando. Creo que están pasando por una crisis, aunque no me gusta entrometerme, así que tampoco le he preguntado.

¿Sigue aquí? ¿Por qué?

Sostengo el móvil sin apartar la vista del teclado y sin saber qué decir. Soy un hombre de pocas palabras, pero de repente, quiero bombardearla con un sinfín de preguntas.

En ocasiones, cuando los soldados se quedan aquí, es porque no tienen un hogar al que volver. ¿Qué está pasando entre Adam y Violet? ¿Dónde están sus padres? ¿Sus hermanos? ¿Sus primos?

Mientras mi pulgar tiembla sobre la pantalla del teléfono, unos gritos aterradores reclaman mi atención.

Capítulo 12

Violet



🎶 *everything i wanted – Billie Eilish*

Me colé a hurtadillas en la azotea del edificio que tiene las mejores vistas al mar. Curiosamente, la puerta que conduce hasta aquí no estaba cerrada con llave.

Desde que me ahogué, no he vuelto a ser capaz de mirar el agua de la misma manera. Aun así, una mala experiencia no cambia lo que siento por la playa. Aquí arriba todo está tranquilo. Es el lugar perfecto para bajar la guardia y nadie se dará cuenta de lo mal que lo estoy pasando si decido venirme abajo. Me bebo mi cuarta cerveza y miro otra vez los mensajes de texto de mi móvil. Los que me hicieron cancelar el vuelo de vuelta a casa.

Abuelo:
La abuela se ha puesto malita. Está muy enferma
y la han ingresado. No le permiten recibir visitas.
Lo siento, Violet.

Yo:
Tranquilo, abuelo. Mantenme informada, por favor.

Qué tal le quedó el flan?

Abuelo:
No llegó a hacerlo. Ya no se acuerda de la receta.
Se frustró mucho y no me dejó ayudarla.

Se me forma un nudo en la garganta y los ojos me escuecen, pero no me permito llorar. Siento que cada día pierdo un poco más a la única familia que me queda.

«¿Debería marcharme?

»Ni de puta coña».

Niego con la cabeza.

Mi abuela no querría que lo hiciera.

—Anda, pero mira a quién tenemos por aquí. —La voz de Willis me pone la piel de gallina. No ha parado de fastidiarme ni un solo momento. Incluso me escondió mi equipo para que suspendiera. Por suerte, sus intentos no han servido de nada.

—Anda, pero si es Fimosis Willis.

—No me llames así, zorra —escupe.

—¿Por qué me odias tanto, Willis? ¿Me tienes envidia? —Me río. Normalmente, no suelo caer en sus provocaciones, pero el alcohol se me está subiendo a la cabeza esta noche.

—¿Envidia de qué? ¿De que no formas parte de las Fuerzas Especiales? ¿De que eres una hija de puta debilucha que no debería estar aquí?

Me vuelvo hacia él. Está de pie con su ropa de entrenar: unos pantalones cortos negros y una camiseta del ejército. Se le ensanchan las fosas nasales y sus ojos marrones me lanzan una mirada que me hace sentir de lo más incómoda.

—Envidia porque esta «hija de puta debilucha» te ha ganado en todas las pruebas —contrataco—. He subido hasta aquí en busca de paz y tranquilidad. Así que, si no te importa, te agradecería que me dejaras sola. —Me giro y observo cómo las olas rompen en la orilla. La marea está alta y la luna llena ilumina todo el cielo. Es una noche preciosa cargada de brisa salada, a pesar de la terrible compañía.

Después de guardarme el móvil en el bolsillo, me cruzo de brazos y echo la cabeza hacia atrás en un intento de olvidarme de todo.

Quizá consiga que se vaya si lo ignoro.

De pronto, me encuentro de pie y Willis me empuja hacia el borde de la azotea. Grito con todas mis fuerzas, completamente impactada por lo mucho que me odia. El cabrón me ha cogido por la cintura sin previo aviso, me ha pillado con la guardia baja. Consigo aferrarme a la barandilla con las manos mientras me golpea contra el borde del edificio y me deja sin aliento. Mis piernas cuelgan en el aire.

Echo un vistazo hacia el suelo rápidamente e intento calcular la altura. No está lo suficientemente alto como para matarme, pero sí para romperme un hueso si caigo.

—Estoy hasta los cojones de verte en un lugar al que no perteneces. Y ahora, te dejo sola, tal y como querías. —Willis me dedica una sonrisa retorcida.

—¡Willis! ¿Qué coño haces?

Me da la espalda y se marcha, tal y como ha prometido. Me va el corazón a mil. Profiero una ristra de palabrotas y me sujeto a la barandilla con todas mis fuerzas. Estoy convencida de que puedo subir yo solita, pero cuando miro de nuevo hacia el suelo, el miedo me invade y empiezo a temblar.

Siempre me han dado miedo las alturas.

Aprieto los dientes e intento subir, pero el temblor no se detiene. Titubeo y suelto un grito. La sangre me sube a la cabeza, estoy bañada en sudor. Se me resbala una mano, pero sigo agarrándome con la otra. El pensamiento de caer y de abrirme la cabeza me atraviesa.

Estoy cagada.

—Isla, ¿qué cojones estás haciendo? —Oigo la voz del sargento maestro O'Connell sobre mi cabeza.

«Gracias a Dios». Sé que no le caigo bien a Kade, pero no parece la clase de tío que me dejaría morir bajo su vigilancia.

O quizá sí... Mierda.

—Ah, pues nada, aquí, pasando el rato —bromeo e intento forzar una sonrisa con la respiración agitada. Ni siquiera se inmuta.

«Vaya, un público difícil».

Una gota de sudor se desliza lentamente por mi sien. Aprieto los dientes de nuevo en mi intento de subir, pero mis pensamientos

intrusivos vuelven a ganar. No quiero contarle la verdad sobre cómo acabé en esta situación. Revelar que Willis me empujó solo me traerá más problemas y hará que parezca que no soy capaz de arreglármelas yo solita.

Kade me estudia y se da cuenta de lo mucho que tiemblo.

—Relájate, Isla. Te he visto, se te dan bien las dominadas.

—Señor, ¿podría echarme una mano?

—No —responde.

—Pero, señor...

—Eres capaz de subir tú sola.

Me quedo con la boca abierta. ¿Cómo puede estar tan tranquilo ante la posibilidad de que me caiga y me abra la cabeza?

Él traga saliva y su garganta sube y baja.

—¿De verdad no piensa ayudarme?

—Deja de temblar y haz lo que te digo, soldado. —Una fuerte ráfaga de viento nos golpea. Un mechón castaño le cae sobre la frente mientras me observa con una mirada distante.

—Sargento maestro, no puedo.

—Ni se te ocurra repetir esas dos palabras. No te dejes llevar por lo que tu mente piensa, eres capaz de salir de esta situación tú solita. En marcha.

—¿En serio?

«Creo que ahora mismo no es el mejor momento para darme una lección».

Como si fuera capaz de leerme la mente, sus ojos se oscurecen.

—Si te quedas paralizada en una zona de guerra, estás muerta. Venga, espabila. —Su tono se vuelve más grave.

—Señor, con todos mis respetos... —Mis dientes castañean con violencia y cierro los ojos. Él no sabe que cuando tenía cinco años mi hermana mayor me empujó desde la azotea de mi casa y estuve en coma varios días y, desde entonces, le tengo pánico a las alturas—. Por favor —suplico con los ojos llenos de lágrimas.

Se queda callado, pero no se me pasa por alto la batalla interna que lucha tras esa mirada cruel y despiadada.

—Por favor. —La vergüenza y la humillación tiñen mi voz.

—No —responde de manera tajante con la cabeza ladeada.

Inhalo profundamente, aunque me empiezan a arder los músculos. Echo un vistazo al suelo y me preparo para el impacto, porque siento cómo me resbalo. La gravedad me da la bienvenida.

«Tal vez debería soltarme. Quizá, entonces, conseguiría lo que me merezco y todos aquellos que me odian estarían felices».

—Mírame, Isla —gruñe.

Levanto la cabeza y una lágrima me resbala por la mejilla.

—Mírame y concéntrate.

Entrecierro los ojos y frunzo el ceño. Mi temblor disminuye y me concentro en sus ojos decididos.

—Concéntrate. No pasa nada. Aquí arriba solo estamos tú y yo... solo nosotros dos. No le hagas caso a la vocecita de tu cabeza que te dice que no puedes. Claro que puedes. —Esa voz autoritaria e impasible de instructor se ve reemplazada por una versión de Kade que nunca antes había visto ni oído.

¿Dónde está la bestia que creía conocer?

¿Dónde está esa mirada verde esmeralda fría y cruel?

—La Soldado Inquebrantable, ¿eh? —se burla con cierto desdén. Cuando lo dice, parpadeo para dejar caer otra lágrima mientras un fuego se enciende en mi pecho y la adrenalina me hierve en las venas. Nadie es capaz de aguantar la gélida mirada de Kade, y esta es la primera vez que no me siento intimidada por ella. De hecho, ni siquiera la aparto.

—¿Lo sientes? ¿Ese miedo? Pues no te hundas en él. En su lugar, úsalo como poder y como motivación para contratacar con más fuerza. —Su voz suena igual de calmada que de costumbre y logra sacarme del estado mental en el que me encuentro.

Nos miramos a los ojos. Juraría que vuelvo a sentir ese extraño aleteo. Su voz y su actitud curtida se evidencian en cómo habla, cómo se mueve y cómo respira. Por primera vez, esa máscara de macho alfa que tanto le gusta ponerse ha desaparecido. Y eso me llega al corazón. Cuando me mira de esa forma, con determinación y paciencia grabada en esa expresión oscura y seria, soy capaz de distinguir retazos de color en el mundo en blanco y negro que he llegado a conocer.

Hago lo que me dice.

Clavo la vista en su atractivo rostro. Él agarra la barandilla justo al lado de mi mano, sin ayudarme a subir.

Mi mano izquierda se une a la derecha y me impulso hasta que mi barbilla alcanza el borde de la azotea en cuestión de segundos. Trepo y me dejo caer sobre el tejado, pero justo antes de que mi rostro toque el suelo, Kade me agarra por la muñeca con su mano áspera y enorme y tira de mí para ayudarme a ponerme de pie.

Nos encontramos a menos de un centímetro. Ambos permanecemos en silencio, el único sonido que nos rodea es el de las olas. El corazón me va a mil... ¿Podrá oírlo?

—¿Me va a tocar mandarte al médico porque quieres suicidarte?

—No, señor, se lo prometo. Estoy bien. De verdad. No intentaba quitarme la vida.

—Entonces, ¿qué cojones hacías colgada de la azotea de un edificio?

Me muerdo el labio y se me corta la respiración.

—Responde, soldado —me ordena, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me distraje mirando las estrellas. —No suena convincente ni de lejos. Carraspeo, en un intento de deshacer el nudo que tengo en la garganta. Sigo temblando, aunque no tanto como antes.

Enarco una ceja y lo miro para ver si se lo cree. Él aprieta la mandíbula, frunce el ceño y deja escapar un murmullo grave.

No me cree, pero tampoco insiste.

—Creía que volverías a casa por Acción de Gracias.

Cambia de tema.

—Ah, sí, bueno... cambié de idea.

—¿Por qué? —suelta.

No quiero contarle que la única familia que me queda no me quiere en casa. Ni que la enfermedad de mi abuela está empeorando tanto que en el hospital no le permiten visitas hasta que se mejore. Ni que Adam y yo no hemos hablado porque ambos somos demasiado cabezotas como para abordar en qué punto de la relación nos encontramos. Aunque creo que está bastante claro que se ha acabado.

—Porque prefiero quedarme aquí y entrenar. Solo quedan un par de semanas para la graduación, así que ¿por qué no?

Técnicamente, no estoy mintiendo.

—Seguro que mi hijo te echa de menos —afirma con un tono frío y distante, como si estuviera a miles de kilómetros y no a tan solo un paso de distancia, de pie frente a mí, como el operador especial enorme, temido y varonil que es.

«Así que sabe lo mío con Adam».

—Seguro que sí, pero... —Pierdo el equilibrio al intentar ponerme derecha y termino chocándome con su tríceps musculoso. Estoy a punto de caerme de nuevo, pero él me agarra por el codo.

El alcohol empieza a hacer efecto. ¿Puedo meterme en algún problema más esta noche? El ambiente entre nosotros cambia y siento un cosquilleo cuando rozo su piel.

Me ayuda a ponerme de pie. Su olor me resulta irresistible. No estoy segura de si se trata de su colonia o si es simplemente... Kade. En cualquier caso, siento la tentación de sumergirme en él. Doy un paso atrás y me suelta. Ya echo de menos el roce de sus palmas callosas y sus manos con las venas marcadas alrededor de mi brazo.

«No». No debería sentir esa presión entre los muslos. Es mi instructor de treinta y ocho años y el padre de mi exnovio.

Decir que es terreno prohibido sería quedarme bastante corta.

—Puedo olerte.

Levanto las cejas.

—Joder, me he olvidado de echarme desodorante, ¿verdad? —Arrugo la nariz.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Estás borracha? ¿Por eso te distrajiste mirando las estrellas, Isla? —La burla tiñe sus palabras cuando me fulmina con la mirada.

—Nop. —Marco bien la pe y arrastro las letras a causa de la borrachera. Parpadeo lentamente y esbozo una sonrisa—. Para nada, sargento maestro. —Le hago un saludo militar con la esperanza de que mi humor lo distraiga de echarme una reprimenda. Intento quedarme quieta, pero siento que estoy en un puto tiovivo y el suelo me da vueltas. Parpadeo de nuevo y aprieto los labios. Esta noche no hay quien entienda a mis emociones. Hace apenas un minuto

estaba al borde de un ataque de pánico y ahora quiero echarme a reír como una maldita borracha. Es mi tónica habitual. Recurro al humor para camuflar el dolor.

—¿Te parece gracioso, Isla? —Avanza en mi dirección, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Porque esto no es una puta broma.

«Mierda».

Está claro que no tiene sentido del humor.

—¡Casi te matas por haberte pasado de copas! —grita, como si estuviéramos en una sesión de entrenamiento de nuevo. Veo cómo se le marca la vena del cuello mientras acaba conmigo. Normalmente acepto su regañina de buena gana, pero esta noche es diferente. Me he quitado la coraza—. ¡Podría hacer que te expulsaran en este mismo instante por estar borracha y ser irresponsable! O también podría mandarte al hospital para que lleven a cabo una evaluación psicológica, al fin y al cabo, estoy obligado a reportarlo. ¡Así son las reglas! ¡Y yo siempre sigo las reglas! ¡Eso es justo lo que intento inculcaros a todos vosotros! ¡Ya no sois unos críos! —escupe.

Avergonzada, bajo la mirada.

Joder. No puedo permitir que me echen. He entrenado muy duro para esto, me niego a perderlo.

—Lo siento, señor... Yo solo... —Me muerdo el labio inferior.

—Tú solo ¿qué? —sisea.

—Me tomo esta escuela muy en serio. Me he esforzado mucho para llegar hasta aquí y graduarme es mi prioridad. Pero...

¿Por qué tiene este efecto sobre mí? No me rompo. No me asusto con facilidad, pero el operador más cruel del ejército se encuentra delante de mí y... ni siquiera yo soy inmune a cómo sus ojos gritan miles de verdades. Con solo una mirada se nota que Kade O'Connell es un hombre de acción y de pocas palabras. Su presencia me consume, me hace tartamudear, darles demasiadas vueltas a las cosas y me obliga a pensármelo dos veces antes de abrir la boca.

—¡Suéltalo, Isla!

Cedo. Finalmente permito que mis emociones fluyan.

—Quiero dejar de sufrir. Acción de Gracias es un día para pasar en familia y... yo ya no estoy segura de tener una.

Una confesión escueta.

Quiero hablarle de mi padre, mi hermana y mi abuela, pero entonces le estaría dando demasiado. Abrirse puede ser algo bueno, aunque también te vuelve vulnerable. Existen dos tipos de personas: las que de verdad quieren ayudarte y las que quieren usarlo en tu contra. No conozco bien a Kade, pero si de verdad es el monstruo que todos dicen que es, lo de esta noche podría significar el fin de mi carrera en las Fuerzas Especiales.

No puedo seguir mirándolo, por lo que clavo la vista en el suelo mientras el viento me alborota el pelo. El silencio se extiende entre nosotros apenas unos segundos, aunque a mí me parecen minutos.

La he cagado.

¿En qué estaba pensando?

Es él quien rompe el silencio y yo estoy más que preparada para afrontar las consecuencias.

—Puedo hacer todas esas cosas. Puedo hacer que te expulsen, *o*... —Se acerca, sus enormes botas militares entran en mi campo de visión. Me levanta la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos para dedicarme una mirada tierna. Siento una corriente eléctrica en el pecho a causa de su roce.

A su espalda, las estrellas brillan en la negrura del cielo. Trago saliva y se me nubla la visión. ¿Por qué me resulta tan fácil venirme abajo delante de él? ¿Por qué necesito su aprobación como necesito respirar?

—Puedo acompañarte a tu barracón y asegurarme de que llegas a tu cama sana y salva. Pero no quiero volver a verte en *mi* azotea nunca más. ¿Entendido? —Su voz se vuelve más grave y sus ojos se oscurecen.

«Me quedo con esa opción».

Capítulo 13

Violet



Siete días para la graduación
♪♪Take My Breath Away – Berlin

El sargento maestro es peligroso. Nuestra cercanía es letal. Y él ha resultado ser una amenaza mayor de la que me pensaba. Estar a su alrededor es asfixiante. Me da miedo moverme, hablar y respirar. Todo por cómo me hace sentir.

Me acompañó hasta mi barracón en silencio. En cuanto puse un pie dentro y cerré la puerta, ya se había ido. Esperaba que rompiera su palabra e hiciera que me expulsaran, pero tuvo piedad. Algo que no es habitual en él.

Quizá no me odia tanto como yo imaginaba. Podría haberme echado del curso. No obstante, aquí sigo, a tan solo unos días de ganarme mi boina verde.

No me preguntó por Adam ni me hizo más preguntas sobre mi vida personal, lo cual agradezco. Aunque mi relación con Adam es algo confusa, no puedo negar que su padre es un instructor

buenorro y que cada soldado que pasa por su lado se queda mirándolo... como ahora mismo.

Un grupito de mujeres soldado lo rodea, a la espera de que se percate de su presencia.

No lo hace.

Estoy en una esquina del gimnasio, sentada en el aparato de *press banca*, bebiendo agua después de terminar cinco series de cincuenta repeticiones. Todos los instructores se encuentran al otro lado del gimnasio haciendo peso muerto, dominadas, y ayudándose unos a otros. El sargento Booker les cuenta chistes y Slater se parte con todos, hasta tal punto que se dobla y se le pone la cara roja. Pero Kade no se ríe... ni siquiera esboza una sonrisa. Está tan concentrado en el entrenamiento que parece que está en otro mundo. Se le da de muerte ignorar todo lo que lo rodea.

Lleva una gorra negra con un parche de la bandera de Estados Unidos en el centro y los mechones de pelo se le enredan alrededor de las orejas. Las luces blancas del techo se reflejan en el sudor que le cubre la piel bronceada. Las serpientes que tiene tatuadas en los brazos son cautivadoras o, mejor dicho, te distraen. Su camiseta ajustada deja a la vista también los tatuajes de su espalda y del pecho: pistolas con calaveras.

Cada vez que flexiona los tríceps, me falla la respiración. Se mira en los espejos que van del suelo hasta el techo para perfeccionar su postura. Se le marcan las venas del cuello y de los brazos y, cada vez que arruga la nariz a causa del esfuerzo, no puedo evitar fijarme en sus colmillos afilados. Levanta muchísimo peso; además, la forma en la que su culo...

«No».

Aparto la mirada y busco cualquier otra cosa que me sirva de distracción y apague el fuego que se ha encendido en mi interior. Me trago el agua con fuerza, me levanto y voy a la siguiente máquina del gimnasio, una desde la que no pueda ver a O'Connell.

Es el último fin de semana antes de la graduación y nos permiten usar el móvil. Solo tengo que sobrevivir siete días más y me convertiré en la primera mujer de la familia en alistarse en las Fuerzas Especiales.

Me suena el teléfono y veo que se trata de un número desconocido.

Qué raro. Aun así, contesto.

Me llevo el móvil a la oreja.

—¿Diga?

—¡Violet!

El corazón me da un vuelco y una oleada de dolor y rabia me golpea. Resoplo al recordar nuestra última conversación en el aeropuerto.

—Adiós, Adam.

—No, por favor, no cuelgues —suplica.

—¿Para qué me llamas? —susurro al altavoz por encima del ruido de las pesas, la música a todo volumen y el murmullo de las conversaciones que me rodean.

—Porque te echo de menos y lo siento muchísimo —responde a toda velocidad, con un tono de voz teñido por la desesperación.

Casi me hace sentir mal.

«Casi».

¿Ha tardado casi un año en echarme de menos? Hemos pasado meses sin saber nada el uno del otro. He llorado día y noche a la persona con la que creía que pasaría el resto de mi vida. ¿Y ahora me dice que lo siente?

Me muerdo el interior del labio.

—Tengo que irme.

—Escúchame, por favor.

—No. —Me muestro tajante.

—Por favor.

Me acerco a la máquina de hacer sentadillas de la esquina, que sorprendentemente está libre, y contengo la respiración. Aunque me quedo callada, capta el mensaje.

Deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

No respondo.

—Quiero que volvamos. Creo que puedo con esto. No, sé que podemos, juntos.

Me suelto la coleta de un tirón. El pelo largo me cae sobre los hombros. Me rasco el cuero cabelludo dolorido y frunzo el ceño cuando clavo la vista en mis zapatillas de correr.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Bueno... bloqueaste mi número —replica.

«Lo hice».

Pero si de verdad hubiera querido hablar conmigo, habría encontrado una forma de hacerlo.

—No escuchar tu voz ha sido... —hace una pausa— insoportable. No soy capaz de concentrarme en los estudios. Me paso los días buscándote por los pasillos del campus. Echo de menos ir a tu casa después del trabajo para cenar juntos. Te echo de menos, florecita mía.

«Florecita».

El mote cariñoso que me puso.

Solía derretirme cuando lo oía, pero ahora... me ocurre justo lo contrario.

—Prefiero tener que esperarte antes que vivir una vida sin ti.

Me rasco la cabeza, molesta.

—No puedo gestionar esto ahora mismo. Me gradúo en un par de días.

—Sabía que lo conseguirías. Nunca te rindes. Siempre persigues lo que quieres. Te admiro, Violet.

Retrocedo. ¿Dónde estaba ese apoyo cuando de verdad lo necesitaba?

—Juraría que me dijiste que solo duraría un par de semanas.

—Fui un imbécil —resopla. Su respiración provoca interferencias en la llamada—. Dime el día y el lugar de la ceremonia de graduación y allí estaré. Por lo que sé, mi padre ha vuelto a dar clases en el curso. Tal vez pueda presentaros si tiene tiempo, así podremos ponernos todos al día.

¿Por qué Kade no le ha dicho que es mi instructor?

—No lo veo. Llevo todos estos meses intentando sacarme de la cabeza los ultimátums que me disteis mi madre y tú antes de que me fuera. La culpa que me hicisteis sentir por querer honrar a mi

padre... ¿De verdad crees que voy a correr hacia tus brazos después de todas las cosas que me dijiste?

Se queda callado.

—No. En esta ocasión, soy yo la que lo siente —le recito su falsa disculpa.

—Vale, lo entiendo. Todavía sigues enfadada. Me parece válido. Pero ¿podemos vernos? Si no es en tu graduación, ¿en algún otro lugar? ¿En otro momento?

Menudo sinvergüenza. ¿Acaso no me está escuchando? No tengo la energía necesaria para discutir con él. Durante la relación, cuando teníamos algún desencuentro, no parábamos hasta arreglar las cosas, pero ahora mismo no tengo ningún interés.

—No, Adam. Si no te pareció lo suficientemente oficial cuando me dijiste todas esas cosas horribles en el aeropuerto, ya te lo dejo yo bien clarito ahora. Se acabó.

—Joder, Violet. No digas eso. Por favor. No me dejes por teléfono, que no estamos en el puto instituto.

Suena como si me estuviera echando la bronca y eso no hace más que alimentar mis ganas de escapar de esta conversación.

Fue él quien puso fin a lo nuestro hace meses.

Contengo las lágrimas de frustración y cuelgo.

Me niego a tener que gestionar esto ahora mismo. Me alegra que se haya acabado. Ahora ambos podremos dejar de preocuparnos sobre en qué punto nos encontramos. Haber arrancado la tirita de una vez por todas me produce un sentimiento de liberación.

Coloco un par de discos de veinte kilos a ambos lados de la barra mientras me obligo a dejar de pensar en Adam. Me sitúo debajo, coloco bien los pies y hago una sentadilla.

—Veo que todavía sigues por aquí con las piernas intactas —se burla Willis a mis espaldas. Se apoya a un lado de la máquina, mascando un chicle, y Preston se ríe como una marioneta.

Recorta la distancia y siento su aliento gélido contra mi oído al subir con la barra.

—No deberías asomarte en las azoteas. Podría ser peligroso.

Le dedico una mueca de rechazo cuando su aliento me acaricia el lateral del cuello. Me muerdo el interior del labio y ladeo la cabeza

hacia él, preparada para recordarle lo que pasó en los combates cuerpo a cuerpo, pero una voz fuerte y familiar me interrumpe.

—Willis, Preston. —El acento sureño de Booker pone fin a nuestra conversación—. El sargento Slater os necesita. —Señala con el pulgar por encima del hombro y fulmina con la mirada a los dos hombres detrás de mí.

—Sí, sargento —responden Willis y Preston al unísono y se alejan con el rabo entre las piernas.

Booker se cruza de brazos y niega con la cabeza. Hasta él se ha dado cuenta de que esos dos no me dejan en paz y siempre están tramando algo para molestarme. Me pregunto cuándo se cansarán... o si Willis intentará hacerme algo peor.

El instructor Booker me dedica un leve asentimiento antes de dirigirse al baño de hombres.

Las gotas de sudor me resbalan por la mejilla y caen al suelo. Hoy hace mucho calor en el gimnasio. A estas horas, la habitación parece una sauna. Pongo la espalda recta, aprieto los glúteos y clavo la mirada en el espejo. Abro los ojos de par en par cuando me encuentro con una figura monstruosa. La máquina responsable de mi tormento me observa a través de mi reflejo.

«Bestia».

Está detrás de mí.

Suelto un grito ahogado.

—¿Señor?

Se acerca a mí; con cada paso que da un cosquilleo me recorre el cuerpo hasta que siento una corriente eléctrica entre los muslos y mis mejillas se tiñen de rojo. Contengo la respiración, inmóvil, y aprieto mi agarre alrededor de la barra hasta que los nudillos se me ponen blancos.

Se coloca detrás de mí. Nuestra diferencia de altura es de unos treinta centímetros, la parte posterior de mi cabeza apenas le llega al pecho. No responde al momento. Coloca uno de sus pies entre los míos y me los separa con pequeños golpes hasta que se queda contento.

—No te pongas de puntillas —me ordena sin mirarme a los ojos. Después, se aleja y no puedo evitar seguirlo con la mirada.

No le cae bien a nadie de mi clase. Todos le temen y se dispersan cuando entra en una habitación. Huyen, aterrados por aparecer en su radar cuando está cerca. Pero ¿yo? Anhelo la atención del diablo. Es tan imponente que me hace desear al villano. Bestia consigue que el pecado resulte tentador.

Abandona el gimnasio y cierro la boca de golpe.

¿Estaba babeando?

Sacudo la cabeza.

Madre mía, tengo que controlarme.

El grupito de mujeres soldados que lo miraban antes como si fuera un helado en un día caluroso de playa corre tras él. Empujan las puertas, compitiendo unas con otras para ver quién es la que llega primero hasta él y desaparecen en el aparcamiento. Las miro con desdén y frunzo el ceño, una punzada de dolor me atraviesa la mandíbula de tanto apretarla.

Nunca me había puesto celosa. Ni con Adam ni con ninguno de mis exnovios. Sin embargo, ¿con mi instructor? Es la primera vez. Pero no es alguien por el que debería sentir celos. Tengo que recordarme cuál es mi sitio antes de hacer alguna tontería. Como pensar en cómo es cuando está con una mujer.

Capítulo 14

Violet



🎶*BITTERSUITE – Billie Eilish*

Me tiemblan las pantorrillas después de la marcha con mochila de cuarenta kilómetros, aunque lo que más me duele son los pies. No siento los hombros, y el pecho me arde con cada respiración. Caminar cargando peso con temperaturas bajo cero no es precisamente mi pasatiempo favorito. Tengo los dedos y los labios morados.

A pesar de ello, me propuse ser la primera en terminar nuestra última gran hazaña antes de la graduación y lo conseguí, aunque ha sido a costa de llevar mi cuerpo al límite esta noche. Justo cuando estaba bajando el ritmo, el sargento maestro O'Connell apareció para motivarme a seguir adelante.

Cuando pienso que ya no me quedan fuerzas, él siempre me recuerda que solo falta un último empujón.

Entro en las duchas vacías solo con una toalla. Es un área grande, abierta y sin divisiones. Me acerco a la llave plateada y cuelgo la toalla en la alcachofa de al lado.

Con las manos entumecidas, abro el agua hasta que la estancia se llena de vapor. Me coloco debajo del chorro y dejo escapar un gemido de alivio.

El agua cae sobre mí y me relaja el cuerpo dolorido. Hundo los dedos en el pelo y me masajeo el cuero cabelludo castigado por los constantes moños y coletas apretadas.

—Vaya, vaya, vaya. Mirad esto, colegas. Todas las duchas para ella solita. Estas están mucho más limpias que las nuestras.

Me estremezco al oír esa voz chillona. Abro los ojos de golpe y me quedo paralizada.

Willis.

Me giro y lo veo entrar acompañado de Preston y Daniels, todos ellos con las mismas intenciones siniestras reflejadas en sus ojos oscuros.

«Parece que se ha acabado mi momento de tranquilidad».

Me apresuro a coger mi toalla y me la envuelvo alrededor del cuerpo. Tengo los pechos aprisionados y la tela apenas me tapa el culo.

—Willis. ¿Qué coño haces aquí?

—Bueno, ya sabes..., la graduación es en menos de veinticuatro horas y nuestros nombres no aparecen en la lista —me explica mientras todos me rodean, como si fueran tiburones esperando el momento perfecto para atacar.

—Qué pena —respondo con sarcasmo.

—Sí, sobre todo para ti —se mofa Preston a mi derecha.

—¿A qué te refieres?

Entonces, se abalanzan sobre mí. Preston me agarra por la muñeca, pero mi modo de defensa se activa y le retuerzo la mano hasta que grita de dolor. Tiro de él por encima de mi hombro y dejo escapar un gruñido agudo.

Daniels aprovecha la ocasión para agarrarme por la nuca y me golpea la cabeza contra la pared hasta que veo las estrellas. Me quedo sin respiración y se me oscurece la visión durante unos segundos.

—Deja que me despida, Violet. —Willis sube la mano por mis muslos—. De hecho, ¿qué te parece si nos despedimos todos?

¿Prefieres que lo hagamos a la vez o que nos turnemos?

—¡Que te follen! —escupo.

—A eso iba —me susurra Willis al oído. Y justo cuando está a punto de introducir sus dedos en mi vagina, se aparta. En cuanto estoy libre, mi puño impacta contra la garganta de Daniels, que cae al suelo. Antes de que pueda darle otro golpe bien merecido, se levanta a trompicones. Se resbala en el suelo mojado, pero rápidamente recupera el equilibrio y sale corriendo antes de que pueda terminar lo que ellos mismos empezaron. Me giro y veo la bota del sargento O'Connell plantada sobre la cara de Willis, aplastándole el pómulo.

—¿Quién cojones os creéis que sois para tocar a mi alumna en contra de su voluntad? —El sargento le retuerce a Willis una de sus manos y lo aprisiona contra el suelo con el pie.

—¡Lo siento, señor! Solo queríamos darle un susto, estábamos haciendo el tonto. Ella incluida. También tenía ganas.

«¡Menuda mentira!».

Niego con la cabeza.

—Eres un mentiroso de mierd...

Kade me lanza una mirada asesina y me advierte que cierre la boca. Esos ojos fríos como el hielo podrían congelar toda una habitación. Aprieto la mandíbula y doy un paso atrás cuando Preston se levanta, aturdido y cojeando, para salir de las duchas.

El sargento clava de nuevo la vista en Willis y le dedica una sonrisa siniestra. El soldado palidece cuando presencia cómo Kade se transforma en el demonio sádico al que todo el ejército conoce.

De pronto, un estallido resuena contra las paredes. Willis suelta un chillido agudo y empieza a retorcerse en el suelo. Intenta escapar del agarre de Kade, pero no sirve de nada.

—Te romperé un dedo por cada mentira —ruge.

—¡Joder! ¡Mi puto dedo! ¡Me lo ha roto! —agoniza Willis.

—¿Quieres que te parta otro? Atrévete a mentirme otra vez —lo amenaza. Una sonrisa perturbadora se extiende por sus facciones cautivadoras.

—¡Lo siento!

—Demasiado tarde, Willis. Venga, te haré otra pregunta. —Presiona con más fuerza su bota contra el rostro de Willis, quien suelta un grito ahogado. Me obligo a mí misma a no disfrutar demasiado de esta situación. Me tapo la boca y miro a Willis con los ojos entrecerrados. Verlo retorcerse y acobardarse ante Bestia me da la vida.

Madre mía, Roberts no exageraba cuando decía que este tío está como una cabra.

—Como me vuelvas a mentir, lo próximo que te romperé será la nariz —le advierte—. ¿Cuántos segundos tardarás en desaparecer de mi vista?

—Eh... p-pues... a ver... —tartamudea Willis.

—Eso no son números, Willis. —Le coge otro dedo y, cuando está a punto de retorcérselo en un ángulo antinatural, Willis se recompone.

—Tres segundos, señor —responde con los ojos llenos de lágrimas.

Con un último apretón, el sonido de un segundo dedo roto reverbera por toda la habitación. A Willis se le escapa otro grito espeluznante que provoca que Bestia lo mire con desdén, como si se lo estuviera pasando de puta madre. Willis le pega un manotazo al suelo de baldosas y se contiene para no decir nada.

—Como te atrevas a respirar el mismo aire que Violet, a mirarla... o incluso a pensar en ella, te arrancaré los putos ojos con mis propias manos —le advierte con un tono peligrosamente calmado, con un rugido contenido en cada palabra que me provoca escalofríos. Después, lo empuja y Willis sale disparado. Se lleva la muñeca al pecho y retrocede, mirando a Bestia de reojo por encima del hombro como si temiera que fuera a perseguirlo.

—Uno. —Bestia empieza la cuenta atrás, con la voz teñida de una furia casi... posesiva.

Willis abre la boca, asiente de forma frenética, y sale corriendo de las duchas entre sollozos. Bestia y yo nos quedamos a solas.

El agua sigue corriendo detrás de mí. El vapor llena la habitación y se crea una nube de niebla a nuestro alrededor. Ya no alcanzo a ver la salida de las duchas.

—Capullos —mascullo mientras me aprieto con fuerza la toalla—. Gracias.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, sargento maestro.

Clavo la mirada en la cicatriz que cruza su rostro. La curiosidad me puede y soy incapaz de reprimir la pregunta que se me escapa de la boca.

—¿Cómo se la hizo? ¿Fue de servicio? —Me llevo los dedos a la mejilla para imitar la forma de su cicatriz.

—En la guerra —responde—. Es todo lo que necesitas saber.

Trago saliva y una sensación de tristeza me invade cuando me imagino todos los posibles escenarios en los que alguien pudo acercarse tanto a Bestia.

Asiento en silencio.

—Llevo casi veinte años en el ejército. He visto morir a muchos amigos. Los he sostenido entre mis brazos mientras tomaban su último aliento. —Me estremezco al imaginármelo con su pasamontañas de calavera sosteniendo a sus compañeros caídos. Nunca lo he visto con él puesto, por lo que sé, solo lo usa durante las operaciones.

—Algunos logramos regresar a casa, volver a nuestra rutina, pero nuestra cabeza sigue en el campo de batalla.

Vomita las palabras como si intentara intimidarme para que no indague más.

—No me asusta. Sé perfectamente dónde me he metido, sargento maestro.

Él se acerca un poco más a mí y esas malditas mariposas reanudan su revoloteo.

—Te conozco mejor de lo que crees —declara con voz ronca.

—¿De verdad? —Enarco una ceja.

—No eres una de los nuestros.

Y ahí está otra vez, intentando meterse dentro de mi cabeza. Creía que empezaba a hacerle gracia la idea de que me uniera al ejército, pero ya veo que me equivocaba.

Sigue avanzando en mi dirección y yo retrocedo mientras me aprieto la toalla con más fuerza. La tensión es palpable y ambos nos fulminamos con la mirada. Me estoy empezando a hartar de él y de sus discursitos.

—No estás hecha para esto. Eres una presa. Carnada. Pequeña y débil. He tenido que intervenir para protegerte. Todos te rodean...

—Y acaban en el suelo, sangrando y suplicándome misericordia —lo interrumpo—. No necesitaba que me protegiera. Tenía la situación controlada. —Él baja la vista hacia mí y veo cómo traga saliva.

—Acabarás ahogándote en este mundo. Es oscuro e injusto, ¡y luego le tocará a mi hijo recoger tus pedazos!

¿Acaso no me está escuchando? ¿Cómo se atreve? Una descarga de adrenalina me golpea el pecho. Ya me he cansado de morderme la lengua. Puede que todos le teman, pero no pienso irme a ningún lado.

—¡Adam y yo ya no estamos juntos!

Abre los ojos como platos y siento un nudo en la garganta. Se le corta la respiración durante unos segundos mientras procesa mi arrebato.

—No me lo había dicho. —Levanta la barbilla.

—Claro, porque no tienen relación, ¿verdad? —respondo. Estoy siendo demasiado cruel, pero tal vez le venga bien probar una dosis de su propia medicina—. No necesito que nadie recoja mis pedazos porque no me rompo. No me hago añicos. No me rindo. No necesito a Adam. No necesito la ayuda de nadie. Puedo hacerlo sola, como lo he hecho desde el principio. Mi madre me abandonó. Mi padre está muerto. Mi abuela está conmigo, pero al mismo tiempo no, porque el alzhéimer y el cáncer se la están llevando. Soy la única familia que me queda, *señor*. —Escupo esa última palabra con desdén—. Y ahora, si me disculpa, voy a terminar de ducharme. Mañana es mi último día aquí y pienso dormir como un bebé antes del último entrenamiento.

Me quito la toalla, ya me da igual todo. Mis pechos quedan al aire y mis pezones se endurecen. Frunzo el ceño con expresión desafiante. Él aprieta la mandíbula y clava sus ojos desiguales en los

míos, negándose a apartar la vista. Los tatuajes de sus bíceps se tensan cuando flexiona los brazos.

—Tal vez desde su punto de vista no sea lo suficientemente buena como para estar aquí, pero pienso esforzarme para demostrarle que se equivoca cada día que lleve ese uniforme.

Con la toalla en la mano, estiro el brazo y la suelto. Él observa mi mano abierta y la toalla cae sobre sus botas militares. Doy un paso atrás y me giro para que pueda verme la espalda.

Cierro los ojos y dejo que el agua me caiga por el rostro. Me rasco suavemente el cuero cabelludo con las uñas y tarareo a medida que el dolor empieza a desaparecer.

—Todavía no he acabado contigo —gruñe—. Ponte la toalla.

—No. —Me froto los pechos hasta que se me endurecen los pezones.

Él no se mueve. Noto cómo no me quita el ojo de encima. Echo un vistazo por encima del hombro y veo el tormento reflejado tanto en su ojo verde esmeralda como en los destellos plateados del otro. No se me pasa por alto cómo se le agita la respiración ni cómo clava la mirada en mis labios.

Quiere mirarme. Quiere quedarse aquí.

—Debería irse —sugiero, bajando las manos por mi abdomen.

—Debería.

—Debería dejar de mirarme así.

—Debería.

—No puedo decir lo que realmente pienso sin que haya consecuencias, ¿verdad?

—No —gruñe. Se le dilatan las pupilas.

—¿Y si quiero que haya consecuencias? ¿Y si no quiero callarme? ¿Y si quiero que me castigue?

—Cuidado —me advierte.

—Tiene la respiración agitada... —respondo. La forma en la que su cadena se balancea cada vez que toma aire me provoca una presión en el pecho. Lo miro a los ojos y el fuego que distingo en ellos se intensifica. Deslizo los dedos hasta mi entrada. Lentamente, los introduzco.

—¿Qué estás haciendo? —ladra.

—Ducharme.

Separo los labios, desesperada por tocarlo, pero su habitual expresión seria regresa. De pronto, me cierra el agua de la ducha. La lujuria se desvanece y yo parpadeo, confundida. De un momento a otro, la burbuja en la que estábamos metidos explota.

Coge con suavidad una toalla seca de la repisa y me la tiende. Reacciono al momento y me envuelvo en ella, muerta de vergüenza.

—Estás cruzando líneas que podrían destruirnos a los dos. Ambos sufriríamos las consecuencias. Deja de poner a prueba tus límites, porque es un juego peligroso tanto para ti como para mí. —Su aliento helado me acaricia el cuello y eriza cada centímetro de mi piel desnuda.

—En cuanto suene esa campana, ya no seré su alumna. —Clavo la mirada en sus preciosos labios.

El deseo imprudente se refleja en nuestros ojos.

—Eso no cambia el hecho de que Adam forma parte de nuestras vidas.

La realidad duele, pero no me apetece pensar, quiero actuar.

—Sea temerario conmigo —lo incito, desafiándolo a entregarse a los pecados con los que quiero bailar solo con él.

—¿Sabes qué pasará si dejas que te toque? —gruñe contra mi oído como si me estuviera provocando. Hay algo siniestro en cómo lo dice. El corazón me late a toda velocidad y la tentación penetra en mi alma con entusiasmo.

—Dígamelo. Bueno, pensándolo mejor... no. Demuéstremelo —lo desafío, con la curiosidad recorriéndome las venas.

Quiero que me domine. Quiero que se olvide de esos oscuros demonios que invaden su alma.

—Es usted un hombre roto, sargento maestro O'Connell. Pero ¿cómo es el dicho? Solo aquellos que son iguales se reconocen unos a otros.

Emite un murmullo grave que es música para mis oídos. Joder, incluso los ruiditos que profiere lo vuelven irresistible.

—Conozco esa mirada y no me gusta. Es la misma que tenía yo hace dos noches en la azotea. Nos conocemos desde hace un año y nunca lo he visto sonreír. Se siente solo. Y lo sé porque yo también.

Me gustaría quitarle ese dolor. Tal vez podríamos ser la morfina del otro durante una noche.

Él suspira, entrelaza las manos por detrás de la espalda y me mira.

—Me estás incitando a cometer un error y me niego a que eso ocurra. Por algo soy el número uno en las Fuerzas Especiales. Existe una razón por la que todo el mundo confía en mí y también por la que todos me temen. No dudo a la hora de tomar decisiones complicadas para salvar a mi equipo y mantener con vida a mis soldados. Yo siempre sigo las normas. No rompo las reglas, hago que se cumplan.

La culpa y la vergüenza me golpean hasta dejarme hecha pedazos. Todo ha sido obra de mi imaginación. Las miradas, la forma en la que su voz se volvía más dulce cuando me enseñaba.

Lo deseo. Cada vez que lo miro, la lujuria y algo parecido al odio se entremezclan en un solo sentimiento.

Conseguiré que me echen por provocarlo y me lo merezco.

Me muerdo el labio. Estoy a punto de limpiarme con la toalla cuando sus manos se lanzan hacia mi muñeca con la rapidez de una serpiente que ataca a su presa.

Siseo a causa del dolor y retrocedo, con una expresión de confusión grabada en el rostro. Me encuentro con su mirada oscurecida y él aprieta la mandíbula.

—Si quieres echar un polvo, hazlo, pero que sea lejos de mi vista. —Una vibración grave y profunda resuena entre nosotros—. Eres mi alumna —gruñe, y se me hiela la sangre.

Retrocedo de nuevo, pero él refuerza su agarre.

—¿Te queda claro? —escupe.

Mi visión se vuelve borrosa. Intento alejarme una vez más y asiento, pero solo encuentro resistencia.

Lo he pillado. Puede que Adam y yo ya no estemos juntos, pero Kade O'Connell...

El sargento maestro...

El operador Bestia... siempre será terreno prohibido.

—¿Señor? Ya puede soltarme. Le pido disculpas. No volverá a ocurrir. No sé qué me ha pasado...

Abro los ojos como platos y una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo cuando vislumbro una versión de Kade que hasta ese momento me resultaba desconocida.

Deseo. Furia. Locura. *Hambre*.

Acerca mi mano a su boca abierta. Se mete mi dedo entre los labios y lame mi excitación, saboreándome, sin dejar de mirarme a los ojos. Suelto un grito ahogado, con la respiración agitada, y siento una presión entre los muslos que me enciende y me pide más. Su lengua suave y cálida lame hasta la última gota de mi dedo. Deja escapar un gemido grave y profundo antes de soltarme finalmente.

Creo que nunca me había puesto tan cachonda.

—Eres más que suficiente —sentencia, y me recuerda lo que le he confesado hace apenas unos segundos sobre sentir que decepciono a todo el mundo al no cumplir con sus expectativas.

Me sujeto la muñeca e intento decir algo, pero me he quedado en blanco. Todo ha ocurrido demasiado rápido. Me quedo inmóvil, sin palabras, aunque tampoco importa.

Él ya se está alejando, como si nada de lo que acabara de pasar hubiera cruzado todos los límites posibles. En cuestión de segundos, desaparece.

Capítulo 15

Kade



🎶 *Worship – Ari Abdul*

Llego a mi habitación en un tiempo récord. Me quito la ropa, arranco mis chapas de identificación y las tiro al suelo. Ni siquiera estoy seguro de haber cerrado la puerta de la habitación, pero necesito alejarme de ella lo antes posible.

Joder. No sé qué cojones me ha pasado.

La he saboreado, he chupado la miel que goteaba de sus dedos y era tan dulce... La polla se me pone dura solo de recordarlo. Ni siquiera se me debería pasar por la cabeza la idea de comerle el coño, pero, ahora mismo, solo puedo pensar en devorarla.

Giro la llave de la ducha hasta que el agua sale lo más fría posible y me quito los calzoncillos. Tengo la polla como una piedra. Entro en la ducha y siseo cuando el agua congelada me baja por la espalda. Aguanto el dolor, me hundo en él, pero sigue sin ser suficiente como para borrar la huella nociva que ha dejado en mí.

Esto está muy pero que muy mal.

¿Por dónde cojones empiezo?

Es joven. Es mi alumna... aunque pronto dejará de serlo.

Esta noche ya he cruzado los límites al mirarla mientras se tocaba, a pesar de que ella quería que lo hiciera. Fue consentido, pero eso no quita que esté mal. No debería quererla en mi cama. No debería ni mirarla y una sensación desconocida se abre paso a través de mi corazón frío y cerrado.

Esto. Está. Fatal. Joder.

Sin embargo, también me hace sentir bien. Violet ha conseguido que romper las reglas me resulte tentador. Jamás había cruzado los límites. Mi polla nunca había anhelado tanto un alma tan dulce: necesito dejar de prestarle la atención que ella tanto ansía.

¿Cómo se atreve a provocarme de esa forma? ¿Y cómo se me ocurre bajar la guardia y hacerle caso a mi otra cabeza, en lugar de a la que tiene un cerebro dentro?

No suelo romper las reglas, pero si...

Si ya no es mi alumna...

Si ya no está con Adam...

NO.

Golpeo la pared y cierro los ojos con fuerza, pero no consigo sacármela de la puta cabeza.

—¡Joder! —gruño a la vez que el ruido del agua golpeándome la espalda y cayendo por el desagüe inunda mis oídos. Me llevo la mano a la polla para masturbarme. Me duele, desesperada por liberarse. Tiemblo cuando Violet cruza mi mente como el fruto prohibido que es, provocándome igual que hizo en las duchas.

Me imagino su dulce boca y sus labios rosados alrededor de mi miembro, chupándolo y lamiéndolo. Mis manos en su pelo, tirando de él tal y como me gustaría para metérsela hasta el fondo.

¿Cómo será verla de rodillas? ¿Se le llenarán los ojos de lágrimas al ahogarse con mi polla? ¿Qué aspecto tendrá con mi semen goteándole por la barbilla? ¿Cómo será verla a gatas mientras la hago mía y me corro dentro de ella toda la noche si me deja?

¿Cómo le gustará a mi pequeña mariposa que la veneren?

Sería perfecto.

Me toco más rápido y me apoyo contra la pared blanca. Cierro los ojos y me dejo llevar por el deseo.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que eché un polvo. Estuve en un despliegue de un año, volví a casa, me lo pasé bien con mis rolletes habituales y después regresé al trabajo.

Han pasado once meses desde que le puse los ojos encima. Once meses desde que me quema el deseo por alguien con solo una puta mirada.

Necesito estar dentro de ella. No me llega con solo probarla. Quiero devorarla hasta que se le olvide su nombre y solo pueda recordar el mío. Y aquí estoy, bajo la alcachofa de la ducha, perdiendo el control, corriéndome y gruñendo de pura rabia. No debería desearla de esta forma.

—No, no puedo hacer esto. No está bien.

Mi orgasmo se va apagando poco a poco y aprovecho para recordarme a mí mismo los límites que no puedo cruzar. La relación con mi hijo me importa demasiado. Todavía estoy intentando arreglarla y compensar poco a poco todos los errores que he cometido. No puedo imaginarme un mundo en el que esté dentro de ella y siga manteniendo conversaciones con mi hijo como si todo esto no fuera tabú. Le haría daño. Debo mantenerme alejado de ella.

Cierro el grifo y me coloco una toalla alrededor de la cintura mientras me seco el pelo con otra. Apago todas las luces y me pongo mis calzoncillos negros Oakley, listo para descansar de una vez. Mañana será un día largo. Todos se graduarán y yo regresaré con mi equipo para encargarme de nuevas misiones porque el trabajo nunca perdona. No recuerdo cuándo fue la última vez que me tomé un permiso.

Debería estar celebrándolo. Estaré lejos de ella. Eso es bueno. Es genial. Vi cuáles eran sus destinos soñados y en ninguna parte aparecía Carolina del Norte.

Me suena el móvil sobre la mesita de noche. Sin pensarlo, lo cojo y me lo llevo a la oreja.

—¿Booker?

—Hola, colega. ¿Dónde te habías metido? Llevas toda la noche desaparecido.

—Eh..., decidí irme a la cama temprano. Mañana es la graduación —respondo caminando de un lado a otro de la habitación, nervioso. Incluso en mitad de la oscuridad, sé que la he cagado. Solo espero que no descubra que se la estoy colando.

—Tú nunca desaprovechas una oportunidad para beber —replica, sorprendido.

—Ya. Supongo que me estoy haciendo mayor —bromeo.

—Será eso. En fin, solo quería saber cómo estabas. Yo también me voy a dormir... —Suelta un bostezo y me lo pega—. No puedo sacarme de la cabeza a cierta mariposa de ojos marrones y pelo largo y negro.

La rabia se despierta dentro de mí. Me siento en la cama, apoyo los codos sobre los muslos y me inclino hacia delante. ¿Por qué está hablando de Isla?

—¿De qué cojones hablas?

—Venga, tío. Ya sabes de quién estoy hablando. Violet... Isla.

—Ah. Bueno. A mí qué cojones me cuentas, Booker.

—Oye..., no hace falta que me recuerdes las reglas. Nunca he cruzado ningún límite con ella.

Ya, pero yo sí...

—Entonces ¿qué me quieres decir?

No me gusta que pronuncie su nombre. No quiero que piense en ella. No me gusta hablar de ella con otro hombre. Una sensación extraña y posesiva se apodera de mí. Nunca me había sentido así, ni siquiera con Penny.

Quiero cortarle la lengua solo por haberla mencionado.

—Técnicamente, mañana se gradúa, ¿no? Así que, técnicamente hablando, ya no sería terreno prohibido. ¿Entiendes por dónde voy?

—Supongo... —Carraspeo y me paso una mano por la barba. Me hierve tanto la sangre que podría prender fuego a todo el edificio. Me preocupa que, si sigue hablando de ella, se me escapen sin querer mis sentimientos confusos. No puedo permitirlo. Estoy intentando mantenerme alejado de ella sea como sea.

—Es joven... p-pero... —tartamudeo y golpeo el suelo con el pie en busca de las palabras correctas.

—Pero ¿qué?

—Creo que tiene novio.

—¿Quién? —Su voz se vuelve impaciente.

Mi hijo. Puede que hayan roto, pero ¿quién sabe? Recuerdo jugar a esos mismos jueguecitos inmaduros y tóxicos con Penny. Decíamos que todo se había acabado y luego volvíamos al cabo de una semana.

—No tengo ni puta idea, Booker. Pero me da la impresión de que no está soltera.

—Bueno, supongo que mañana lo averiguaré.

—¿Y eso por qué?

—No puedo revelar mis cartas. Solo te diré que me gusta... me gusta mucho.

A. Mí. También. Cabronazo.

—Oye, me voy a dormir. No me cuentes tu vida, ¿quieres? Estas cosas no me incumben y prefiero que siga siendo así. Buenas noches —respondo con tono cortante antes de colgar.

Siempre soy un capullo, así que mi reacción no debería sorprender a Booker.

Programo la alarma para las tres de la madrugada y dejo de nuevo el móvil sobre la mesita de noche de madera. Tiro de la cadena plateada y apago la lámpara, quedándome a oscuras. Me dejo caer sobre la almohada con las manos en la nuca, clavo la vista en el techo e intento relajarme.

Es mi mejor amigo y lo ha sido durante los últimos veinte años... y, por primera vez desde que nos conocemos, quiero hacerle daño. Todo porque cree que tiene posibilidades con Violet.

Empiezo una cuenta regresiva mentalmente... es mi truco para quedarme dormido y distraerme de las misiones anteriores. Fragmentos de los gritos de Hawk, las últimas palabras de Chico, niños gritando y muriendo... Las imágenes de las consecuencias de la guerra cruzan mi mente como todas las noches.

Después, el recuerdo de un par de ojos marrones silencia mis demonios.

Me gusta esa alumna malcriada, cabezota y preciosa. Desde que nos conocimos, he deseado verla cada día. Al principio quería

destrozarla, pero, últimamente, es ella la que me está destrozando a mí.

No, no, no. Joder, no. Me niego a dejar que mis pensamientos obsesivos le pertenezcan a otra persona, alguien capaz de destruirme con una sola mirada. He levantado los muros por una razón y pienso mantenerlos en alto.

Me destapo. Apoyo los pies y las palmas de las manos en el suelo en menos de un segundo. Empiezo a hacer flexiones hasta que ya no puedo más y mis músculos me suplican que pare. Pierdo la cuenta después de llegar a las trescientas y el sudor empieza a resbalarme por la cara hasta caer al suelo.

Mi móvil suena de nuevo. Aprieto los dientes hasta que me duelen.

Juro por Dios que como se trate de Booker otra vez para hablarme de lo mucho que le gusta Violet...

—¿Qué cojones quieres? —jadeo sin apartar la vista de las gotas de lluvia que golpean contra la ventana, sin aliento. No me había machacado tanto desde que era un joven soldado entrenando para el curso.

—¿Papá?

Adam.

Me ha llamado.

Esto es nuevo. Nunca me llama.

—Hijo. —Mi tono se vuelve más cálido, menos de cabronazo—. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

La culpa y la vergüenza me golpean mientras intento sacarme de la cabeza el delicioso sabor de Violet.

—Todo bien, papá. ¿Te llamo en mal momento? —pregunta, pero detecto una sonrisa en su voz. Está intentando romper el hielo.

—No, claro que no, es que... —Me rasco la cabeza y me paso la mano por la barba—. Estaba a punto de irme a la cama. ¿Querías algo?

—No, solo llamaba para saludarte.

Me quedo callado, a la espera de que suelte la bomba. Quiere algo. Es la primera vez que me llama.

—Y quería pedirte un favor.

Ahí está.

—Te escucho.

—A ver, es que hay una chica... Está en Carolina del Norte y me dijo que se gradúa mañana. Se llama Violet Isla. ¿Te suena?

¿Sonarme?

Hace apenas un rato le estaba chupando los dedos.

¿Violet me ha mentido? Me dijo que ya no estaban juntos.

—Sí, pero ¿adónde quieres llegar?

—Hazme un favor y cuida de ella, ¿vale? Si tú estás cerca, al final tal vez sea capaz de asumir todo lo que conlleva ser pareja de alguien que trabaja en el ejército.

—Adam, ¿de qué estás hablando? Si es tu novia, ¿no vas a verla mañana? No necesitas mi ayuda. —Me paso la mano por la barba.

Esta noche está siendo rarísima.

—Me dejó, aunque no pienso rendirme. Me arrepiento de no habértela presentado antes. Ahora que ya no estamos juntos, me estoy volviendo loco. Ella es... increíble. Y eso es quedarse corto. Es el sueño de cualquier hombre y ponerle fin a lo nuestro ha sido una pesadilla.

—Adam, no sé qué decirte. Las probabilidades de que Violet y yo nos encontremos son mínimas.

No estoy mintiendo. Ya no soy su instructor, por lo que pronto se trasladará a su puesto de destino, que podría estar en cualquier lugar.

—¡Hazlo por mí! Es el único favor que te he pedido. No le quites el ojo de encima hasta que la recupere. Querías recuperar la relación padre e hijo, ¿no? Pues este es un buen comienzo.

Un ultimátum.

No me hace ni puta gracia.

Aun así, la culpa con la que cargo sobre los hombros es demasiado pesada. Cada vez que hablo con Adam, lo único que veo son mis fracasos.

—Por favor —me pide con dulzura. Está desesperado. Lo entiendo. Si una mujer como Violet se me escapara de entre las manos, haría cualquier cosa para recuperarla.

—De acuerdo —me aclaro la garganta, incómodo.

—Gracias.

—¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Te apetece que nos vayamos de pesca? Volveré pronto a Carolina del Sur. —Saco la calavera de Punisher del cajón de mi mesita de noche y me quedo mirando los largos dientes. Estoy orgulloso del resultado. Me ha llevado meses, pero volver a ser instructor ha hecho que tenga más tiempo para tallar—. También te he hecho un regalo. —Me ha dado muchos dolores de cabeza, pero ya está acabado. Carraspeo para contener mi sonrisa embobada—. Creo que es el mejor trabajo que he hecho hasta el momento...

—Voy a pasar de lo de la pesca. No me gusta la naturaleza —responde con ese tono de voz distante y frío que tanto conozco.

—Adam, ¿con quién hablas? —Una voz femenina y seductora se oye de fondo.

—Con mi padre —contesta. La respuesta me llega amortiguada, por lo que asumo que se ha apoyado el móvil en el cuello creyendo que así no lo escucho—. Papá, ahora mismo me pillas liado, ya hablaremos en otra ocasión.

—Hijo, pero si me has llamado tú...

—¡Adiós! —Se aleja el móvil de la boca, aunque logro oír lo que dice—: Eres muy traviesa, eh.

Y cuelga.

Me quedo mirando la pantalla del teléfono con incredulidad. Sacudo la cabeza y lo dejo de nuevo en la mesita.

Está en la cama con otra chica y, aun así, se atreve a llamarme para pedirme que no le quite el ojo de encima a Violet. ¿Qué cojones le ha pasado a Adam? ¿En qué se ha convertido?

No pienso vigilarla. Estoy intentando mantenerme alejado de ella. Y si él está haciendo lo que yo creo, entonces Violet tomó la decisión correcta al dejarlo.

Suspiro y vuelvo a tumbarme en el suelo cuando otra imagen de su cuerpo desnudo en la ducha regresa para atormentarme.

—Arderé en el infierno por esto —gruño mientras hago abdominales.

Se va a graduar. Presenciará lo mismo que yo. Guerra, muerte, dolor, trauma... La simple idea me está matando. En cierta manera,

me recuerda mucho a Chico. Ansiosa y llena de ambición por entrar en combate...

¿Qué estoy haciendo?

No tengo derecho a seguir pensando en ella.

En Violet.

En ella como soldado.

Es de Adam y le doblo la edad.

Me preocupo por ella, por supuesto... pero porque es mi alumna. Nada más.

Sigo haciendo abdominales, negándome a reconocer que se ha encendido una chispa entre nosotros y que Violet Isla ha llamado mi atención.

Y cuando una mujer llama mi atención, tiene que ser mía.

Capítulo 16

Violet



Tres fuertes golpes en mi puerta interrumpen mi llamada con el abuelo. Justo acaba de informarme de que la abuela está mejor y los médicos esperan que se recupere por completo muy pronto.

—¡Te quiero! Y, por favor, cuídate mucho, ¿vale? Tengo que irme.

—¿Al trabajo? —refunfuña.

—Sí. ¡Hoy me gradúo! —exclamo al echar un vistazo a mi uniforme de gala, planchado y listo para usar. Está perfectamente colgado en mitad de mi armario.

—Lo sé. Nos habría encantado estar ahí.

Otros dos golpes suenan con más fuerza.

—¡Ya voy! —grito por encima del hombro—. Bueno, tengo que irme. Hablamos pronto.

—Por supuesto, *mija*. Te queremos.

Cuelgo.

Me dirijo hacia la puerta todavía en pijama, con el osito azul de mi abuela en la mano.

Al abrirla, se me corta la respiración cuando veo a Kade. Lleva puesto su uniforme verde del ejército, el pelo engominado hacia un

lado y la barba recortada. Su aroma a cedro mezclado con ese perfume adictivo me golpea de lleno.

Pero la forma en la que me mira... me resulta inquietante. Su ojo verde, marcado por la cicatriz, tiene un brillo frío y cortante. Aprieta la mandíbula y clava la vista en mi móvil, como si fuera una amenaza.

—¿Con quién hablabas? —Su voz grave suena extrañamente tranquila.

¿Ha estado con la oreja pegada a la puerta? ¿Cuánto ha escuchado?

—¿Qué? ¿Lo has oído?

Baja la cabeza, pensativo, como si intentara contenerse.

—Olvídalo, no importa. Ya sé cómo funcionan estas cosas. Lo dejáis y un par de horas después volvéis a quereros como si nada —se burla y saca un paquete de Marlboro del bolsillo.

—Kade, no estaba...

—Booker quiere verte en su despacho a las dos —me interrumpe, cambiando de tema con indiferencia. Vuelve a estar distante. Me atraviesa con la mirada y retoma su papel de instructor por última vez. No puedo dejar de pensar en lo que ocurrió hace unas horas.

¿Él también le estará dando vueltas?

—Vale.

Asiente una vez más antes de darse la vuelta para marcharse.

¿Perdón? ¿Ya está?

—Kade. —Extiendo la mano para tocarlo, pero la retiro antes de llegar a rozarlo.

Aprieta la mandíbula.

—Es sargento maestro —me corrige.

—¿No vamos a hablar de lo que pasó anoche?

Toma una profunda bocanada de aire y mantiene la vista fija en el pasillo, hacia la salida.

—No tienes que preocuparte por Willis ni por los otros tíos que te hicieron daño. Ya se han encargado de ellos.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —susurro. Echo un vistazo a ambos lados del pasillo para asegurarme de que estamos solos y podemos hablar libremente.

Él se detiene y el corazón me late a toda velocidad mientras espero su respuesta. Me gusta, y me muero por saber qué piensa. Es tan inexpresivo que parece un robot, pero sé que detrás de esa máscara existe otra versión de él. Anoche la vi.

—Si no vas a decirme nada relacionado con esta escuela o con el trabajo, entonces hemos terminado —concluye con una ceja levantada a la vez que juguetea con el reloj de su muñeca. Ni siquiera se molesta en mirarme. Ojalá pudiera decir que mi ego es lo suficientemente grande como para soportar su frialdad, pero me temo que no lo es.

Qué tonta soy. ¿Qué esperaba? ¿Que admitiera que existe atracción entre nosotros?

Chasqueo la lengua y me la paso por los dientes, tragándome el rechazo.

Al parecer, Kade O'Connell siempre será Bestia, el operador especial, conocido como el soldado que tiene un corazón de acero. Tangible, pero incapaz de sentir.

Aprieto la mano en torno al pomo de la puerta y agarro el osito azul con fuerza debajo del brazo. Imito su expresión estoica.

—Hemos terminado.

—El puto Kade O'Connell.

Kade y yo nos volvemos hacia la voz grave que resuena al final del pasillo.

—La bestia legendaria. ¿Dónde te habías metido, colega? —añade otro soldado con una boina verde en la cabeza. Kade se aleja de mí como si no significara nada para él y me bloquea la vista con su enorme espalda.

—Max, ¿cómo estás, hermano? ¿Qué tal va esa pierna? —Se dan un apretón de manos y se abrazan con un par de palmaditas en la espalda. Por la forma en la que hablan, está claro que se conocen bastante bien.

Max se levanta la pernera del pantalón para dejar a la vista una prótesis.

—Puede que haya perdido la pierna, pero me salvaste la vida, tío. Siempre estaré en deuda contigo —responde con gratitud en cada sílaba.

Los ojos color chocolate de Max se vuelven más brillantes a medida que llegan más soldados y se unen a la conversación. Todos miran a Kade con respeto y admiración. Es muy conocido en la comunidad militar y, por cómo hablan de él, solo tienen cosas buenas que decir, dejando a un lado lo capullo que puede llegar a ser a veces. Aun así, ni una sola persona se atreve a decir que es un mal hombre.

Cierro la puerta para darles privacidad. De todas formas, tengo que reunirme con Booker, y ya me ha quedado claro que Kade quiere fingir que lo de anoche nunca ocurrió.

Además, he trabajado muy duro para llegar hasta aquí. No permitiré que nada me impida disfrutar del día que da comienzo a mi carrera como soldado de las Fuerzas Especiales.

El despacho de Booker es tal y como me lo imaginaba. Estanterías repletas de premios que demuestran su exitosa carrera militar y fotos de lo que supongo que son sus padres y sus hermanos. No lleva anillo y nunca ha mencionado tener hijos. Está sentado detrás de su escritorio, con montañas de papeles a ambos lados.

—Enhorabuena.

—Gracias.

Me resulta fácil abrirme con él y hablar sin tapujos. Es como el sol, mientras que Kade es una tormenta implacable en tonos grises.

—He pedido que me destinen a la Costa Oeste. Yo...

—Te quedarás aquí. En este grupo.

Frunzo el ceño.

—¿Me quedaré... —bajo la voz— en Carolina del Norte?

—Así es —responde sin emoción.

No. Necesito alejarme de O'Connell. No puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de él. Se ha vuelto una distracción. Me dan escalofríos solo de estar en la misma base que él. Compartimos un momento íntimo hace apenas unas horas, lo que me ha dado otro motivo para querer irme a otro grupo, uno donde un par de ojos con heterocromía y con una cicatriz que le atraviesa la cara no me hagan desmoronarme.

—Pero yo...

—Ten cuidado, Isla. Te quedarás con el grupo que te asignaron, ¿entendido? —Booker cambia su tono de voz a uno más autoritario. Siempre suele ser amable conmigo, lo que significa que igual me estoy pasando al hablarle con tanta confianza. Al fin y al cabo, es uno de mis superiores.

Me aclaro la garganta y me pongo recta.

—Entendido, señor. Lo siento. No suelo quejarme, pero es que a todos los demás les asignaron la base que querían —señalo.

—Isla. Esto es cosa de Bestia.

El corazón me da un vuelco.

¿En serio? ¿Ha movido los hilos para que me quede aquí? Quiero preguntárselo a Booker, pero me muerdo la lengua. Mi cabezonería ya me ha metido en suficientes problemas y no me apetece ganarme esa clase de fama en mi primer equipo.

—La especialista Isla deberá presentarse en su nuevo destino después del permiso de Navidad —continúa, y me entrega una pila de documentos dentro de un sobre de manila. Lo abro y hojeo los papeles hasta que encuentro mi nombre y mi destino. Se me seca la boca al verlo impreso—. Ya es oficial. No hay vuelta atrás.

—¿Qué equipo me han asignado? —pregunto al cerrar el sobre.

—Lo descubrirás cuando te presentes allí. Pero prepárate, porque vas al mejor equipo de todos. Y pasan muchas cosas entre bambalinas.

—Estoy preparada.

Aprieta los labios.

—Eres una de las mejores soldados que he visto pasar por este curso. Tienes inteligencia, resistencia y fuerza. —Se me derrite el corazón. Qué bien sienta que reconozcan tu esfuerzo. Una parte de mí desearía que esas palabras vinieran del sargento maestro. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero tomo una profunda bocanada de aire antes de que las emociones que tengo contenidas me metan en problemas—. Y, ahora, me gustaría hablar contigo de otra cosa —añade.

Se pone de pie y queda más claro que el agua que mide más de metro ochenta. Se quita la boina al mismo tiempo que rodea el

escritorio. Se pasa una mano por el pelo rubio y se apoya contra el borde de la mesa. Cruza una pierna por delante de la otra y me observa con un destello de curiosidad en sus ojos color avellana.

«Eh... ¿de qué va todo esto?».

—¿De qué se trata? —pregunto, sin dejar de contener la respiración.

—Ya no soy tu instructor. —Sus dedos tamborilean sobre la mesa de madera.

—Correcto —corroboro, aunque suena más como una pregunta.

—Reúnete conmigo esta noche en The Drunken Shell.

Frunzo el ceño antes de entender lo que quiere decir. Booker siempre habla con confianza y me trata con respeto, pero, por un momento, dudo. Hay otro hombre que me vuelve loca, un torbellino de emociones me invade cada vez que lo tengo cerca. Sin embargo, cuando se presentó esta mañana en mi habitación, me dejó muy claro que entre nosotros no puede haber nada.

Booker, en cambio, sabe lo que quiere y su sonrisa me resulta muy agradable. Es atractivo, divertido y no me saca de quicio.

Quizá debería hacerlo.

No.

Quiero hacerlo.

Le regalo una pequeña sonrisa. En realidad, me parece una buena idea.

—¿El bar que hay frente a la playa?

Asiente.

—Todos irán a celebrar el buen trabajo que hemos hecho. Me gustaría que tú también vinieras. Deberías sentirte orgullosa. Te has graduado y eres la mejor de la clase. Todos estamos muy orgullosos de ti. Bestia no te lo dirá, pero también hablo en su nombre. Probablemente, soy el único al que se lo permite. —Se ríe e inclina la cabeza—. Y sabemos que tu padre también lo estaría. —Hace una pausa—. La hija del León.

—Gracias —susurro, y aparto la mirada. Me duele el corazón cada vez que el recuerdo de él en su ataúd, con el uniforme puesto, regresa para atormentarme.

«Todo esto es por ti, papá».

Booker me saca de mis pensamientos.

—Me gustas, Isla.

Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos y, cuando lo hago, se pone rojo.

«¿Acaba de sonrojarse?».

—Ah, lo de esta noche... ¿es una cita?

Él sonríe.

—A ver..., ¿no? —responde mientras se arregla el pelo y se pone de nuevo la boina. Sus zapatos de vestir resuenan al pasar junto a mí. Me abre la puerta y añade:

—Mejor me retiro.

Lo miro por encima del hombro justo cuando se detiene, tamborileando los dedos contra la pared. ¿Por qué parece que sí me está invitando a salir? Abro la boca para recordarle las reglas sobre las citas entre compañeros de trabajo de distintos rangos, pero me interrumpe.

—Nos vemos esta noche, Isla.

Cierra la puerta.

Capítulo 17

Violet



Mientras le estrecho la mano al teniente coronel con la icónica boina verde sobre mi cabeza, un sentimiento de liberación me invade. Todo el trabajo ha merecido la pena. Soy la primera mujer de mi familia en entrar en la unidad de Operaciones Especiales del ejército.

Todavía estrechándole la mano, echo un vistazo a la multitud con una gran sonrisa. La gente continúa aplaudiendo, el escenario está completamente iluminado y contrasta con la tenue iluminación de la zona en la que se encuentran los familiares. Busco una cara conocida.

Inspecciono todos los rostros, uno por uno, a la espera de que alguien haya venido a verme. Pero la esperanza se desvanece a medida que los segundos pasan y solo veo caras desconocidas.

Como era de esperar, mi madre no ha venido. Isabella, mi hermana mayor, tampoco.

Nadie ha venido a verme.

Un ardor me atraviesa el pecho; sin embargo, desaparece con la misma rapidez con la que llegó.

No me derrumbaré.

No lo haré.

Contengo el aliento, pero una tormenta de emociones me destroza por dentro.

No ha venido nadie.

En una esquina lejana, donde las sombras lo abarcan todo, una presencia oscura y descomunal llama mi atención. Incluso en la oscuridad, logra atraerme como un imán.

Esos ojos desiguales están clavados en los míos. La forma en la que nos aguantamos la mirada me hace sentir como si nos encontráramos a solas; solo existimos nosotros dos.

Con su expresión estoica habitual, junta las manos y aplaude, inclinando ligeramente la cabeza. A pesar de haber intentado ahuyentarme anoche, ahora está aceptando mi presencia. Miro de reojo al coronel, que intenta hacerme una pregunta, aunque soy incapaz de escucharlo porque el hombre al que todos llaman «leyenda» me tiene fascinada. Antes de responder, pestañeo, y la necesidad de echarle otro vistazo a Bestia me domina.

No obstante, cuando vuelvo a mirar hacia la esquina en la que se encontraba, ya se ha ido.

Pelo liso. Vestido y labios rojos. Pecas. Tacones. Mi perfume favorito en el cuello. Mi collar con una cruz sobre mi clavícula. Me gusta esto de sentirme algo más que una soldado esta noche.

Estoy más nerviosa por tener que socializar que por haberme graduado. No recuerdo la última vez que me puse un vestido y me siento un poco ridícula. Aun así, después de un año dedicándome las veinticuatro horas del día a entrenar, entro en The Drunken Shell sintiéndome una mujer renovada.

A pesar de que estamos en invierno, hay bastante humedad. Antes de agarrar el tirador plateado de la puerta, una brisa de aire me golpea y se me mueve la falda del vestido alrededor de los muslos.

Empujo la puerta y entro en el bar. Hay marineros, soldados e infantes de la Marina gritando y riéndose por todas partes. Todas las mesas de billar están ocupadas, la pista de baile está llena y la

barra, a reventar de gente. Esta noche el local está a tope, lo cual no me sorprende, ya que es viernes.

En cuanto las puertas se cierran, el arrepentimiento me invade.

Quiero correr de vuelta a mi habitación y pasar la noche sola, con un libro en la mano y *The Office* de fondo. Prefiero mil veces ese plan antes que salir por ahí en mi tiempo libre.

Sin embargo, ya es demasiado tarde para darme media vuelta, porque Booker y Kade se vuelven hacia mí. Me arden las mejillas, juraría que me estoy poniendo roja. Cuando miro a Kade, lo único que veo son sus labios suaves y su bigote alrededor de mis dedos, como aquella noche en la ducha.

Compartimos un extraño momento de debilidad, uno que quiero guardarme solo para mí. Se quedará entre nosotros, pero sé que la atracción es mutua, aunque él pretenda fingir que nada de eso ocurrió.

Me mira dos veces y se lleva un vaso de lo que asumo que es *whisky* a los labios. Booker me sonríe de oreja a oreja y me hace señas para que me acerque. Kade levanta la ceja marcada por su cicatriz y fulmina con la mirada a Booker. Resopla, sacude la cabeza y, aunque nos separan varios metros, puedo ver cómo aprieta la mandíbula. Clava la vista en el lado opuesto de la barra.

¿Con quién está hablando?

—¡Aquí, Mariposa[1]

Frunzo el ceño y echo un vistazo a mi alrededor.

¿Me lo está diciendo a mí?

«¿Mariposa?».

—Sí, tú, Violet Isla. Ven aquí. —Booker sacude la cabeza. En cuanto me acerco, echa a Slater de su silla de una patada. Slater me lanza una mirada asesina antes de ponerse detrás de Kade y de la persona con la que habla.

—¿Por qué «mariposa»? —pregunto.

—Es tu nombre en clave.

—¿En serio?

—Ajá —murmura, y le pega un trago a su cerveza Shiner Bock.

—¿Quién pone las reglas para asignar los nombres en clave? ¿Puedo cambiármelo?

—No. Y ahora deja de quejarte y bebe algo.

Mientras lo fulmino con la mirada, empuja en mi dirección dos vasos de chupito. Dudo. Cada vez que me emborracho me siento más ligera. La imagen del cuerpo sin vida de mi padre en su ataúd se desvanece, al igual que el sentimiento de culpa por cómo murió.

Si hubiera seguido siendo la chica callada... La que nunca pedía nada. La reservada. ¿Por qué tuve que ser aventurera aquel día?

Está muerto por mi culpa.

«Es tu culpa.

»Siempre será tu culpa. Por eso tu madre y tu hermana te odian. Tú lo mataste».

—¿Violet? —La voz de Kade interrumpe mis pensamientos autodestructivos. Está detrás de mí, con esa expresión que podría hacer caer a cualquiera.

Parpadeo y levanto la vista hacia él. Me encuentro con esos hermosos ojos vibrantes que me recuerdan a los de un lobo, afilados y que casi parecen de otro mundo. Su presencia calma mis demonios por un instante, pero es la mujer que se encuentra a su lado quien acapara toda mi atención. Tiene una expresión alegre y radiante, y se aferra al bíceps de Kade casi de manera posesiva, como si estuviera reclamándolo y asegurándose de dejármelo claro.

¿Tiene novia?

Le acaricia los tatuajes de los brazos con sus uñas largas y rojas. Frunce el ceño y me examina con la mirada, como si fuera una intrusa, como si no perteneciera a este lugar. Lleva el pelo rizado y rubio con la raya al medio, lo que enmarca su rostro con forma de corazón. Es preciosa. Pues claro que Kade lleva a una tía guapísima enganchada del brazo. Odio lo que eso me hace sentir.

Este hombre probó mi sabor de mis propios dedos anoche y, ahora, tiene una cita.

Desvío de nuevo la mirada hacia los chupitos.

—P-perdona, O'Connell, pero a partir de hoy, ya no estás a cargo de mí —digo antes de beberme los chupitos de un trago uno por

uno. El ardor se desliza por mi garganta. Arrugo la nariz y tuerzo el gesto. Booker me da una palmada en la espalda y suelta una risita.

—Más despacio —me advierte Kade—. ¿Por qué no le pides una cerveza o un margarita? —reprende a Booker.

Booker abre la boca, pero lo hago callar.

—No necesito que nadie pida por mí. —Le hago una seña al camarero—. Otra ronda, por favor.

Capítulo 18

Kade



♫♪*Mariposa traicionera – Maná*

Lleva una cogorza que no puede con ella.

Se ha pasado de la raya, está borracha y atrae a todos los hombres del servicio con ese precioso vestido rojo y sus risitas irritantes a la vez que embriagadoras. Voy por mi cuarto vaso de *whisky*. Desde el extremo de la barra, observo cómo se ríe con Booker.

Cada vez que sonríe, me arde el pecho.

Karen, en cambio, sigue hablándome como si nada. De hecho, es como si estuviera hablando con una pared. Una pared que no soporta ver a Violet coquetear con otro hombre.

Jamás la había visto tan... libre. Y eso me está afectando. No se me da bien aceptar las cosas que me hacen sentir bien. Si a algo le temo, es a la felicidad. Porque eso implica tener algo que perder. Y, desde el divorcio, no he sido capaz de quitarme esa preocupación de la cabeza.

—Kade, ¿quieres que nos vayamos? —Karen me roza la muñeca.

No me he dado cuenta de que estaba apretando el vaso con tanta fuerza hasta que aflojo el agarre y un hormigueo me recorre la palma de la mano.

Abro y cierro el puño. Giro la cabeza hacia la televisión para echar un vistazo al partido de la NFL.

—No, quiero acabar de ver el partido.

En realidad, quiero asegurarme de que Violet no haga ninguna estupidez. Como acostarse con Booker. Sí, es mi colega, pero necesito asegurarme de que esta noche no se le va la cabeza hasta el punto de ponerse hasta el culo de alcohol y colgarse del borde de una azotea a punto de resbalarse y palmarla, o despertarse arrepentida en la cama de otro hombre. Booker es un tío respetuoso, y aun así no me gusta la idea de que cruce ciertos límites con ella.

Quizá estoy siendo un hipócrita por pensar así, pero su trabajo está en juego, igual que el mío. Tengo mucho que perder si decido dejarme llevar con Violet.

Pero ¿en qué estoy pensando? No hay ni nunca habrá un «si...».

Ella echa la cabeza hacia atrás por algo que ha dicho Booker. Una sonrisa natural deja a la vista sus dientes perfectamente alineados y blancos. Se le mueve la garganta cada vez que se ríe. Sus pestañas negras, largas y espesas aletean mientras trata de recuperar el aliento. Sin embargo, cuando termina el momento y Booker sigue hablando, regresa esa expresión seca y distante. Esa máscara que le gusta ponerse para fingir que todo está bien. Su risa forzada no me engaña. Puede que cuele con Booker, pero no conmigo.

Me dijo que cree que estoy roto, y que solo aquellos que son iguales se reconocen unos a otros. Pero ¿por qué está rota? ¿Por qué solo baja la guardia cuando el alcohol le corre por las venas?

No informé sobre lo ocurrido la noche que la encontré ebria en la azotea porque creo en las segundas oportunidades, pero esta noche, por cómo va, creo que necesita que alguien la cuide.

Yo solía beber hasta que me olvidaba de mi pasado. Me he sentido perdido desde que Penny y Adam se fueron. El alcohol y los analgésicos eran mi hogar hasta hace unos años. Me llevó mucho tiempo poner mi vida en orden. No obstante, sabía que, si no lo

hacía, acabaría bebiendo hasta morirme. Y, por suerte, Booker me echó una mano en aquel momento oscuro de un soldado que había perdido la cordura.

—Joder, Kade —se queja Karen—. ¿Para qué me has invitado a venir? No me estás prestando atención. No me has dicho ni una sola palabra en lo que va de noche. ¿Qué hago aquí?

Me llevo la botella a los labios, le doy otro trago y echo un vistazo a la pantalla plana del televisor. Van empatados. Probablemente, el partido tenga prórroga.

La excusa perfecta para hacer de niñera de Violet.

Debería sentirme mal, sobre todo porque no sé qué decirle. Estoy intentando arrepentirme, y quizá hundirme dentro de Karen esta noche me ayude a olvidar los límites que crucé con Violet ayer. Es la solución más lógica. Follarme a otra mujer hasta que me olvide de *ella*.

Los fríos y ardientes ojos azules de Karen siguen clavados en mi rostro a la espera de una respuesta.

—Parece que habrá prórroga. —Señalo la pantalla con mi bebida.

—No me gusta el fútbol. —Pasa la uña por la botella de cerveza y esta tintinea—. Sé que dijimos que no hablaríamos del trabajo cuando no lleváramos puesto el uniforme, pero las cosas se están poniendo feas allá donde vas. —Empieza a mover la pierna arriba y abajo sin parar—. La información que llega al área de inteligencia... Las cosas no van muy bien ahora mismo. —Se queda callada, inexpresiva.

—Sé perfectamente dónde me he metido.

Una avalancha de silbidos y vítores a todo volumen capta nuestra atención. Al darme la vuelta en el taburete, el corazón me da un vuelco. La ira me ciega por un momento. No creí que fuera posible que pudiera cabrearme más esta noche, pero, al parecer, Violet ha encontrado un nuevo límite que cruzar.

Me hierve la sangre. El vestido de Violet se mueve de un lado para otro mientras baila borracha, casi cayéndose de la mesa a la que está subida, al tiempo que los hombres la rodean y se la comen con

la mirada. Enreda las manos en su pelo, a ambos lados de la cabeza, con un brillo ardiente en los ojos. Y a mí me arde el cuerpo cuando me pilla observándola. Aprieto la mandíbula al percatarme de su mirada desafiante. Pone los ojos en blanco y continúa bailando, ignorando cómo la fulmino con la mirada.

Como vuelva a ponerme los ojos en blanco, que se prepare.

¿Dónde cojones se ha metido Booker? ¿Dónde está Slater? No deberían haberla dejado sola. A Booker le gusta hacer el tonto y coquetear con las mujeres, pero no dejaría a Violet sola cuando claramente se ha bebido hasta el agua de los floreros. Debe de haber salido a fumar o a mear.

A Karen le suena el móvil en el bolso a la vez que yo trato de controlar mi ira.

—Voy a salir un momento. Tengo que cogerlo —dice. Se baja del taburete y sale corriendo en dirección a la entrada del bar. Antes de girarme hacia la joven que es el centro de atención, me aseguro de que Karen no puede ver lo que estoy a punto de hacer.

Miro en todas las direcciones con la esperanza de que Booker y Slater aparezcan y se encarguen ellos de Violet. No obstante, los segundos eternos pasan y no hay ni rastro de ellos.

Me cago en la vida.

«Y me cago en *mi* vida por preocuparme por ella».

Debería dejar que cometa errores para que aprenda de ellos, pero aquí estoy, rebuscando en el bolsillo hasta encontrar mi cartera y sacando el dinero para pagar mi cuenta, y la de Karen, mientras me levanto. El camarero, Isaac, se lo lleva.

Me abro paso entre la multitud. Choco con varias personas en mi intento de avanzar hasta situarme frente a Violet, con el pecho agitado. Me crujo los nudillos, intento reordenar mis pensamientos y mantenerme indiferente delante de esta mujer que me saca de quicio. Ella baila sin parar, consumida por la música. Se balancea con los ojos cerrados, animada por las exclamaciones de asombro de los hombres a su alrededor.

«Qué puto asco».

Entonces, un movimiento descuidado hace que el vestido se le baje lo suficiente como para que se le vean los pechos.

Un hombre saca su móvil delante de mí y abre la cámara.

Creo que ese puto cerdo pretende sacarle fotos a alguien que no le pertenece, quizá incluso grabarla haciendo el ridículo. Y, como sospechaba, intenta hacer justamente eso. Apunta la cámara en su dirección y cambia al modo vídeo. Yo me crujo los nudillos, de nuevo lleno de rabia.

Por supuesto, Violet sigue moviendo las caderas con torpeza y meneando la cabeza al ritmo de *Father Figure* de George Michael, con el cabello tapándole lo que está ocurriendo delante de sus ojos.

Le pego un manotazo al teléfono del tipo y este cae al suelo con un golpe sordo.

—Oye, tío, ¿a qué ha venido eso? —El cabrón se atreve a enseñarme sus dientes amarillos. La peste a alcohol de su aliento me golpea. Está demasiado cerca para mi gusto.

Mi puño impacta contra su mandíbula y lo hace retroceder hasta caer en los brazos de sus amigos, quienes lo atrapan mientras él intenta recobrar la posición. Es un grupo de cuatro marineros jóvenes que me miran con ojos dubitativos. Uno de ellos echa un vistazo a su colega y clava su mirada incrédula en mí.

—Le has roto la mandíbula —murmura con voz temblorosa a causa del miedo.

«Genial».

Me enderezo y siento un hormigueo en los músculos por las inmensas ganas que tengo de romper algo. Todos me miran y luego vuelven a mirar a su amigo, decepcionados.

Uno de ellos recoge el teléfono y lo escolta fuera del local.

Al darme la vuelta, veo a Violet hecha una furia. Antes llevaba el pelo liso, pero ahora le cae en ondas gruesas y lo lleva metido detrás de sus pequeñas orejas. Arruga la nariz y se le marcan las expresiones del rostro. Siempre pone esa cara cuando está enfadada. Después de un año siendo su instructor, me he aprendido sus gestos a la perfección. Verla así hace que me entren ganas de echármela al hombro y meterla en mi camioneta para alejarla de todo el mundo.

Me contengo.

—¿Acabas de pegarle un puñetazo...?

—Violet, bájate de ahí ahora mismo —gruño.

—¡No!

—Hay personas con los móviles en la mano y tú estás ahí con las... —Cierro los ojos con fuerza y aprieto la mandíbula para contenerme.

«Con las putas tetas fuera». Aunque en lugar de decir eso, intento otra clase de acercamiento.

Me inclino hacia ella para asegurarme de que nadie nos escucha.

—Tienes novio, ¿o es que ya no te acuerdas?

Se pone tensa, le cambia la cara de golpe y echa un vistazo por encima del hombro. Se baja de la mesa con un vaso de licor en alto para evitar que se derrame. Me lanza una mirada asesina y echa a andar hacia el pasillo que conduce al baño. Nuestros brazos se rozan y mi piel cobra vida con su roce. La sigo inmediatamente, sin importarme si Karen o cualquier otra persona que conozco nos está mirando. Me adentro en el espacio oscuro, apenas iluminado por las lámparas con forma de palmera atornilladas a la pared. Antes de que pueda llegar a otra puerta, la agarro de la muñeca.

—¿Y ahora a dónde vas? ¿A subirte a otro escenario para seguir poniéndote en evidencia? —Mi pregunta le afecta más de lo que pretendía. Debería aprender a controlar mi forma de hablar, aunque no va a ser esta noche.

—No es asunto tuyo lo que hago o dejo de hacer en mi tiempo libre.

—Sí lo es. Adam me pidió que cuidara de ti. ¡Y estoy bastante seguro de que no le parecería bien el espectáculo que acabas de dar delante de todos!

Retrocede con la boca abierta.

—Me importa una mierda lo que opine tu hijo. —Me imita con un gruñido más grave—. ¡Quiero bailar! ¿A ti qué más te da?

—Pues porque no me hace ni puta gracia todo esto.

Mis palabras nos sorprenden a ambos.

Su expresión se suaviza y se le ponen las mejillas rojas. Sus labios carnosos y dulces podrían conseguir que cualquier hombre se arrodillara y se preguntara cómo sería sentirlos contra los suyos. Sus ojos almendrados brillan con curiosidad. Lleva la cruz de su collar

girada a causa de sus torpes movimientos de baile. Una capa de sudor baña su piel perfecta y luminosa. El vestido se ajusta a cada una de sus curvas, caderas y gruesos muslos. Por fin me encuentro en una situación en la que puedo estudiar su cuerpo al milímetro, sin miedo a mostrar lo mucho que me atrae.

Antes de que pueda decir algo, reacciono.

Tiro del escote del vestido hacia arriba y le rozo el pecho con la yema de los dedos al taparle los pezones. Después, le doy la vuelta a la cruz para que los diamantes brillen correctamente. Ella entreabre los labios y traga saliva. Su mirada tensa se transforma en una de comprensión.

—Mierda. No me había dado cuenta de que se me había bajado el sujetador... joder. Qué tonta soy. —Se frota las sienes y se reacomoda el vestido.

—No, solo estás borracha —la corrijo.

Se muerde el labio inferior al mirarme a los ojos, pero rápidamente baja la vista hacia su collar, como si fuera incapaz de aguantarme la mirada de la vergüenza que siente.

—Y estás...

«Preciosa».

No puedo decirlo.

¿Para qué cojones abro la boca?

Cállate, Kade.

Vuelve a mirarme y le brillan los ojos color miel con destellos dorados igual que aquel maldito día en la ducha. Está esperando que termine la frase. No puedo pensar con claridad. Tal vez yo también estoy borracho y me queman en la garganta las confesiones que sé que tendrán consecuencias.

—¿Cómo estoy, Kade?

La forma en la que pronuncia mi nombre... me pone la polla dura. De pronto, los vaqueros me aprietan y la sangre me baja de golpe a la entrepierna. Joder, necesito una ducha de agua fría para quitarme de encima el efecto que provoca sobre mí. Su belleza me tortura.

—Olvídalo. Deja de ser tan descuidada y piensa un poquito las cosas. ¡Ese tío casi te graba! Primero te emborrachas y casi acabas

hecha papilla al caerte de la azotea y ahora esto. ¡Y en ambas ocasiones estabas bajo mi vigilancia!

Su expresión severa refleja la mía.

—Ya no eres mi instructor.

—No, pero eres la novia de Adam y lo único que hago es cuidaros a los dos.

—¡¿Cuántas veces tengo que repetirte que ya no estamos juntos?! —me grita, ladeando la cadera.

—La madre que me parió. —Le apunto con el dedo—. No bebas más, Isla, y...

—¡Kade! ¿Dónde te has metido? —La voz chillona de Karen me interrumpe. La nube en la que estaba flotando hace apenas unos segundos desaparece y vuelvo a la realidad.

Me giro y veo la cabeza de Karen al final del pasillo.

—Será mejor que vuelvas con tu cita —murmura Violet. Se da la vuelta, la falda de su vestido se levanta un instante, y desaparece en el baño de mujeres.

—Joder —maldigo entre dientes y saco mis cigarrillos.

Necesito fumarme uno.

Dudo que Karen haya oído nada porque permanece la mar de tranquila cuando paso junto a ella.

—Voy afuera —la informo. Lanza una pequeña sonrisa al verme, pero se le borra en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué coño ha sido eso? —Karen me sigue fuera del bar. Su voz está empezando a irritarme. Últimamente, las cosas con ella son distintas. Ya no puedo hablarle como antes.

—¿Qué ha sido el qué? —respondo con brusquedad. Pasamos junto a Slater y a Booker en la puerta. Están enfrascados en su conversación cuando los alcanzo y tiro de Booker por el cuello de la camisa hasta que pego la boca a su oído para que me escuche por encima de la música.

—Vigila a Violet. Está borracha. Y me niego a hacer de niñera ahora que el curso ha acabado. —Lo suelto y él tropieza contra Slater.

—¿Adónde vas? —me pregunta sin soltar la puerta para que Slater entre primero en The Drunken Shell.

Señalo hacia el mar, al otro lado de la calle.

Karen y yo caminamos en un silencio incómodo. Saco mi cuchillo y lo hago girar entre los dedos. Siento la enorme necesidad de acuchillar algo, y no me refiero a las figuritas de madera que tanto disfruto tallando. Necesito calmarme para no volver al bar y acabar con todos los que le vieron los pechos y no la avisaron.

—¿Esa chica es el motivo de tu repentina abstinencia sexual?

No respondo. Estoy demasiado cabreado. Su pregunta me entra por un oído y me sale por el otro mientras echo humo.

—Nunca te había visto así. La forma en la que la mirabas...

—¿De qué cojones hablas? —Guardo el cuchillo en el bolsillo.

—Es la forma en la que un hombre mira algo que quiere, pero que no puede tener.

Me detengo.

—Por Dios, baja la voz.

—Es por ella, ¿verdad?

Me paso una mano por el pelo mientras continúa interrogándome. Siento un volcán dentro del pecho que está a punto de entrar en erupción, ya no hay manera de detenerlo.

—Karen, no seas ridícula. Es la exnovia de mi hijo.

Ella se echa hacia atrás. Al principio, me mira inexpresiva, pero, luego, la piel de alrededor de sus ojos azules se arruga y suspira. Sus labios rosados se curvan en una sonrisa de alivio.

—Uf, menos mal. Pensaba que sentías algo por esa chica. —Entrecruza sus dedos con los míos—. Solo la estabas cuidando. Lo siento. Sé que acordamos no tener ataduras, pero no puedo evitarlo cuando se trata de ti. Pensé que estabas celoso.

«¿Celoso?

»¿Sentimientos?».

En realidad, sí los tengo.

Frustración. Confusión. Dolor ardiente.

Nunca había sentido algo así. Esa emoción que te hace querer reducir el mundo a cenizas si alguien intenta tocar algo que no le pertenece. Una sensación que me impulsa a asegurarme de que está bien... en todos los sentidos.

No.

Violet es un incordio. Nada más, ni nada menos.

—Kade, ¿adónde vas? —me pregunta. Se engancha de mi brazo e intenta seguirme el ritmo.

Suspiro.

Acerco el mechero a los labios y sigo caminando en dirección a la playa. Cada paso que me aleja de Violet hace que pensar se vuelva más fácil y respirar más difícil. Tengo el cigarro entre los dientes e intento encenderlo tres veces antes de que por fin prenda y la punta chisporrotee.

—A la playa —respondo. El mar siempre me calma. Podría mirarlo durante horas y perderme en un lugar al que nadie pueda seguirme.

—Ya, pero ¿por qué no vamos a mi casa? —Tira de mi muñeca en dirección contraria. Se muerde el labio inferior en un intento de seducirme.

Ojalá fuera así de fácil.

—Creo que prefiero quedarme aquí un rato antes de dar la noche por terminada —me justifico entre calada y calada.

Karen se cruza de brazos y el viento mece sus rizos rubios. Frunce el ceño y me lanza una mirada de desconfianza cuando echo el humo hacia el otro lado.

—A ver, si no estás pensando en una mujer, entonces ¿qué es lo que te pasa?

—Karen —le advierto.

Soy un hombre de pocas palabras y Karen se está pasando. No me gusta abrirme. Mantengo mi vida personal en privado. Joder, ni siquiera tengo redes sociales. Soy como un fantasma en el ciberespacio, solo mis amigos más cercanos y mi familia tienen mi número de teléfono.

—¿Quieres hablar de lo que te ronda por la cabeza? ¿Es por lo que pasó en el último despliegue, cuando perdiste a aquel chico?

«Chico».

Y así, con solo oír eso, regresan todos los recuerdos de cuando vi morir al hombre que iba a ser padre. Me paro en seco, con los dedos pegados al cigarro, y me pierdo en la última misión que llevé a cabo antes de volver al curso.

El sonido de su cuerpo al caer tras recibir dos disparos. Todo se reproduce en mi cabeza a cámara lenta. Su rostro pálido parecía congelado en el tiempo cuando exhaló su último aliento. Todos cumplimos con su última petición: decirle a su mujer lo mucho que la amaba cuando a él ya solo le quedaban unos segundos de vida.

Diez.

Nueve.

Ocho.

Siete.

—¿Kade? —Karen mueve la mano delante de mí con una expresión desconcertada. Sus cejas oscuras se fruncen al acercarse a mí con paso vacilante.

—Mierda —murmuro al darme cuenta de que se me ha apagado el cigarro. ¿Cuánto tiempo llevo pensando en mis cosas? Bajo la mano.

—Perdona, Kade. No pretendía sacar el tema.

¿En qué cabeza cabe pensar que hablar sobre una misión en la que murió uno de mis soldados sería un buen tema de conversación?

—Estoy bien, no pasa nada. —Mis palabras no la convencen. Joder, no me convencen ni a mí, pero nunca hablo de estas cosas con nadie. Y Karen no sabe guardarse las cosas para sí misma. No confío en ella. No confío en nadie.

—Vamos a mi casa. No tenemos que hablar si no quieres —me insiste.

Le coloco un rizo rubio detrás de la oreja y ella contiene la respiración a la vez que se sonroja. Cuando paso la yema del dedo por su oreja, deja escapar un leve gemido. Aprieto la mandíbula y la miro por última vez.

—Lo que sea que hubiera entre nosotros... se ha acabado. —Retiro la mano de su rostro, me doy la vuelta y me alejo.

Capítulo 19

Violet



¿Qué narices le pasa al sargento maestro? ¿Qué hay de malo en emborracharse y bailar toda la noche? Ya no estoy a su cargo. Puedo hacer lo que me dé la gana. Estoy soltera y él ya me ha dejado claro que lo que ocurrió en las duchas no significa nada.

«¿Está celoso?».

La mujer que se encuentra a mi lado se queda quieta mientras se pinta los labios. Sin apartar la vista del espejo, me enjabono las manos lo más rápido que puedo. Su mirada me está incomodando. Rodea el lavabo y chasquea la lengua. Se apoya contra la pila y acerca su cadera a la mía. Cierra su pintalabios y se aclara la garganta, lo que llama mi atención.

—Kade O'Connell también fue mi instructor. Me suspendió. Conseguí pasar el curso a la segunda con otro grupo de instructores.

La miro de reojo y enarco una ceja con cautela.

—¿También eres de las Fuerzas Especiales? —le pregunto al abrir el grifo.

—Sip —responde, marcando bien la pe—. Kade. —Pronuncia su nombre despacio—. Padre soltero. Divorciado. Con muros más altos que el cielo. Guapísimo. —Suspira y se balancea sobre los talones.

Mira al techo y se sonroja—. Y un gruñón de tres pares de cojones. Intenté coquetear con él hace tres años, pero ese tío nunca sale con nadie. Su vida es trabajar, trabajar y trabajar.

Parpadeo y me seco las manos con el papel marrón del dispensador de plástico que hay junto a la pared mientras *Mariposa traicionera* de Maná suena a todo volumen y retumba contra las paredes de piedra gris. Niego con la cabeza, tiro los trozos de papel a la basura y me cruzo de brazos.

—Ah, yo es que no lo conozco tanto —respondo, e intento ocultar mis emociones confusas con mi voz temblorosa.

—Tía, no mientas. Tus secretos están a salvo conmigo. No hace falta que niegues que te parece que está buenísimo. —Se pone recta, abre su pequeño bolso Gucci y guarda el pintalabios dentro—. Os he visto discutiendo en el pasillo. Tranquila, que no he oído nada, aunque ojalá haberlo hecho.

Al parecer, me he quedado muda, porque, aunque mi boca se mueve, de ella no sale ni una sola palabra.

—Me llamo Anna Castle —se presenta mientras extiende la mano.

Parece inofensiva. Directa, eso está claro, pero su figura alta y fuerte me transmite buena energía. Le estrecho la mano con suavidad.

—Violet Isla.

Después de usar el baño y recolocarme el vestido, quiero encontrar a Kade y discutir con él por creerse con el derecho a decirme cómo debo gastar mi tiempo libre y por pegarle un puñetazo a un tío solo por mirarme.

«Pues porque no me hace ni puta gracia todo esto».

Sus palabras resuenan en mi cabeza durante todo el tiempo que paso buscándolo por cada uno de los rincones del bar. Y cada segundo que pasa y no lo encuentro, lo único que consigo es que cale todavía más dentro de mí. Al final, me doy por vencida cuando Booker me escolta de regreso a la barra y le pide al camarero que se limite a servirme agua durante lo que queda de noche.

Empieza a contarme por qué se unió a las Fuerzas Especiales y me pregunta cuál fue mi motivo. Sin embargo, no tengo muchas ganas de abrirme con él sobre la muerte de mi padre. Por suerte, nota mi incomodidad y mantiene la conversación enfocada en él. Dijo que quería servir a su país y que se alistó junto a Kade después de acabar el instituto.

Durante todo el tiempo que Booker se abre conmigo, no dejo de mirar por encima de su hombro con la esperanza de ver a Kade, pero no lo encuentro por ningún lado. ¿Se iría con aquella mujer tan guapa? Solo de imaginármelo, me duele en lugares que no debería.

—Oye, ¿dónde se ha metido el sargento maestro? Se está perdiendo el partido.

Intento actuar como si me diera igual y espero sonar convincente.

¿Por qué me importa? ¿Por qué quiero saber qué clase de hombre es Kade cuando no lleva puesto el uniforme? Ya no es el padre de mi novio. Tampoco es mi instructor. Esta noche será la última que pasemos juntos, por lo que debería estar celebrándolo, pero no lo hago. Por fin voy a alejarme del mayor imbécil que he conocido, ese que me ha hecho la vida imposible durante doce largos y tortuosos meses, y que, a pesar de ello, todavía cree que puede seguir dándome órdenes. Debería alegrarme de que regrese con su equipo.

«Debería».

—Dudo que le interese ver cómo su equipo pierde. Se fue a la playa. Probablemente a fumar.

Así que es fan de los Dallas Cowboys.

—¿Por qué es tan capullo? —suelto, borracha. Se me escapan un pequeño eructo y un hipo. Todavía quedan tres minutos. Su equipo podría ganar, aunque él no estará aquí para verlo.

Dejo de mover la pierna con nerviosismo cuando me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Mierda. Perdón, no quería decir eso.

Los labios de Booker se curvan en una sonrisa tranquila mientras pela un cacahuete.

—Lo conozco desde que éramos adolescentes. No somos amigos, somos hermanos. Y puedo asegurarte que, aunque a veces parezca un gilipollas, tiene un corazón de oro. Si lo necesitas, ahí estará. ¿Le

cuentas un secreto? Se lo lleva a la tumba. Me ha salvado la vida cientos de veces y yo he hecho lo mismo por él. A veces, hay personas que simplemente necesitan estar solas. A veces, la persona que te parece un monstruo es a la que en realidad quieres tener de tu lado.

Me muerdo el interior del labio.

—Nunca sonríe.

—Ha sufrido mucho.

—¿Estáis hablando de Kade? Porque el tío es un imbécil —añade la misma mujer que hace apenas un rato estaba enganchada de su brazo. Arrastra un taburete para sentarse a mi lado y tamborilea con las uñas sobre la barra.

Espera, ¿no se ha ido con ella?

Se me acelera el pulso.

—Hola, Karen —la saluda Booker, aunque evita mirarla.

—No es tan malo —suelto de golpe. No sé por qué, pero me pongo a la defensiva—. La otra noche unos tíos me atacaron en las duchas y él se encargó de la situación al momento.

Los ojos azules de Karen se oscurecen. Me mira con desprecio antes de que el camarero aparezca para preguntarle qué le sirve.

Un hombre se acerca a Booker y le da una palmada amistosa en el hombro.

—Caos. ¿Qué tal todo? Hacía tiempo que no te veía.

Es Max, el hombre de la prótesis que le agradeció a Kade que le salvara la vida. Lleva una camiseta blanca, unos vaqueros oscuros y una cerveza en la mano. Booker me da la espalda cuando se ponen a hablar sobre su despliegue juntos en Letonia.

Está claro que Max y Booker tienen mucho de lo que ponerse al día. La euforia de estar borracha desaparece y la necesidad de disculparme con Kade por comportarme como una idiota se apodera de mí.

Cuando me doy cuenta, ya he salido de The Drunken Shell y estoy cruzando la calle en dirección a la playa. Al principio no lo veo por ninguna parte, así que sigo caminando hacia el puente que cruza sobre el agua.

Ahí está. Observo su espalda ancha y musculosa mientras fuma en la oscuridad y observa el movimiento de las olas debajo del puente entre dos grandes pilares de madera. La luna llena brilla justo sobre él. Lleva el pelo perfectamente peinado hacia atrás, aunque algunos mechones le caen delante del rostro. La curiosidad me reconcome. Debería volver al bar antes de que Booker piense que lo he dejado plantado, pero necesito disculparme antes de que nuestros caminos se separen. Sí, nos han asignado la misma base, pero eso no garantiza que volvamos a vernos.

A medida que me acerco, el tatuaje detallado y misterioso de serpientes y calaveras que le recorre el tríceps me confirma que se trata de Kade O'Connell.

—¿Sargento maestro? —Estoy a tan solo unos pasos de él, aun así, no se mueve ni me responde. Sé que puede oírme.

La graduación ya ha acabado. ¿De verdad va a seguir con esa actitud?

—¿Sargento maestro? —Alzo la voz para que me oiga mejor sobre el ruido de las olas al romper. Siento el sabor a sal en la lengua cada vez que el viento me golpea. La electricidad chispea en el aire, salvaje, cuanto más me acerco.

Sigue con la mirada clavada en el océano oscuro, con las manos ocupadas en algo que no parece un cigarro.

Entonces, lo oigo.

Está contando.

¿Por qué está contando?

—¿Bestia?

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco... —continúa con la voz temblorosa, inquieta. Saca un cuchillo y hace girar la hoja afilada entre sus dedos. Le da vueltas una y otra vez sin parar de contar. Cada vez que llega a cero, vuelve a empezar.

Lo llamo de nuevo, pero no se mueve. Continúa contando. Es entonces cuando comprendo que no está aquí. Su cabeza está en otro lugar.

Me pongo de puntillas para mirar por encima de su hombro y alcanzo a ver lo que tiene entre las manos. Está tallando madera. Sin pararme a apreciar los detalles, le toco el hombro.

—Kade.

Antes de que pueda parpadear, moverme o respirar, se da la vuelta con brusquedad y su pecho choca contra el mío. Nos enredamos e intentamos mantener el equilibrio, pero fallamos. Entre gruñidos y jadeos, caemos juntos. Me quedo sin aire en los pulmones cuando me estrello de espaldas contra la arena dura. Abro los ojos de par en par al darme cuenta de que está tumbado encima de mí, con su mano detrás de mi cabeza. Un dolor agudo me recorre la base del cuello. Bajo la vista y veo la hoja de su cuchillo contra mi garganta.

Capítulo 20

Violet



—¿Qué cojones estás haciendo, Violet? —gruñe con crueldad. Abre los ojos como platos y me mira con desprecio. Su mirada se me graba en la cabeza.

—¡Yo podría preguntarte lo mismo, Kade! —Toso con voz ronca e intento contener las lágrimas.

—Es sargento maestro.

—Ahórratelo. Estamos fuera de servicio. Se supone que deberíamos estar pasándonoslo bien, celebrando que el curso ha terminado. Ya eres libre de volver a lo que sea que hacías antes de que te asignaran como instructor y yo voy a...

—¿Qué quieres que celebre? ¿Eh? He fracasado. Deberías estar de vuelta en tu casa llorándole a tu papi. La guerra no es lugar para ti, Violet. Allí tampoco habrá mesas sobre las que puedas bailar con ese vestido —se burla.

—¡Que te den! ¡Mi padre está muerto, pedazo de misógino de mierda! Si tantas ganas tienes de que me largue de las Fuerzas Especiales, ¡¿por qué me has puesto en el mismo grupo que tú?!

—¿Quién te ha dicho eso? —Chasquea la lengua con desaprobación.

—¡Booker! —Le agarro la muñeca y aprieto con todas mis fuerzas, pero así solo consigo que se le dibuje una sonrisa feroz en ese rostro brutalmente atractivo y letal. Logro quitarle el cuchillo, aunque me quedo paralizada cuando me doy cuenta de que me ha cortado. La hoja está manchada con mi sangre y una oleada de sorpresa me invade.

—Mira por dónde, también sangras bonito —me susurra al oído con sarcasmo, pero con tono de seducción.

—Me has cortado. ¡Había venido para disculparme!

—No lo he hecho a propósito. Ni se te ocurra volver a acercarte a escondidas.

—No me estaba escondiendo. ¡Te llamé varias veces!

Aprovecho la actitud cruda de Bestia y lo empujo. Solo Dios sabe cómo logro mover a un monstruo de casi dos metros, pero, de pronto, estoy encima de él. Mis rodillas raspadas se hunden en la arena, a ambos lados de sus caderas. Sus manos se aferran a mis muslos, como si quisiera apartarme... o sujetarme con más fuerza.

—La pequeña mariposa sabe saltar. Te he subestimado.

—Desde el puto primer día —resoplo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante lo que parece una eternidad mientras el sonido de las olas rompiendo con fuerza contra la orilla llena el silencio. Nunca lo había tenido tan cerca. Él nunca me había permitido tocarlo así. Tampoco es que lo hubiera intentado antes. Aun así, ¿por qué no se mueve? ¿Por qué no me muevo yo?

La brisa salada me revuelve el pelo y él me mira con el ceño fruncido, como si quisiera matarme. Ahí está, el instructor capullo que tan bien conozco y al que tanto odio.

—Isla, quítate de encima antes de que...

Levanto una ceja.

—¿Antes de que *qué*? —lo desafío—. Técnicamente, ya no eres mi instructor. Ya no puedes seguir dándome órdenes.

—Siempre igual de testaruda. Siempre queriendo saber cosas que no te incumben. Siempre queriendo dar órdenes en lugar de cumplirlas —escupe con rabia contenida.

—Y tú... siempre ladrando sin llegar a morder —lo provoco.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, Kade está sobre mí y yo me encuentro tendida en la arena. Me sujeta la mandíbula con tanta fuerza que sus dedos me queman la piel y me dejan marca. Está entre mis piernas pero sé que algo no va bien con él. Me está haciendo daño.

—¿Quieres que te muerda?

Lo he cabreado.

—Kade... —Trago saliva y le sostengo la mirada. Mi oscuridad se complementa con la suya—. No pienso irme a ninguna parte.

Por mucho que deteste todo por lo que me ha hecho pasar este último año, lo respeto. Admiro a Kade porque me motivó a convertirme en la mujer que soy hoy. Más fuerte e inquebrantable de lo que jamás pensé que podría ser. No lo odio.

Lo deseo.

He llegado a conocer pequeños fragmentos de Kade y el cabronazo frío, despiadado y ausente que Penny y Adam describen no coincide con el que yo he visto. Es tal y como lo describió Booker: un hombre con un corazón de oro. Siempre se asegura de que todos se encuentran bien. Es responsable y directo.

Me mira y, por primera vez desde que lo conozco, suaviza su mirada para acabar dedicándome una sonrisa sincera. Se humedece los labios y aprieta la mandíbula. Me fijo en cómo se le marca la vena del cuello en la piel bronceada.

Me aprieta con fuerza entre el hueco del pómulo y la mandíbula, me obliga a abrir la boca y la expresión que se extiende por su rostro solo puede significar una cosa.

«Deseo».

Me acaricia el labio inferior con el pulgar. El gesto despierta las mariposas que se esconden en mi estómago a la vez que una oleada de calor recorre todo mi cuerpo. Aprieto los muslos e intento esconderme detrás de mi pelo. Kade es más rápido y me lo aparta hacia un lado.

—Soy un soldado ejemplar, un caballero, pero la forma en la que me haces perder el control es la ruina de mi existencia.

Apoya los codos a ambos lados de mi cabeza y me frota los labios con el pulgar arriba y abajo hasta que me abre la boca y me lo

introduce hasta el fondo, provocándome una arcada. Cierro los labios alrededor de su piel callosa y se lo chupo.

«¿Qué estoy haciendo?».

En cuanto saca el dedo de mi boca, sus suaves labios chocan con los míos. Mis labios, traidores, se mueven a la vez que los suyos adquiriendo vida propia. Kade cierra los ojos como si le doliera. La cicatriz de su ojo izquierdo se arruga cuando gime contra mi boca y, durante un instante, no quiero cerrar los ojos. Es guapísimo, atractivo a más no poder, y me niego a pestañear aunque sea un solo segundo. Kade O'Connell, el sargento maestro, me desea... *a mí*.

Nuestra tensión prohibida se ha transformado en algo embriagador: nuestra propia condena. La forma en que me hace sentir consigue que me derrita y sucumba a esos pensamientos oscuros que llevo reprimiendo desde que lo conocí. Le devuelvo el beso con más fuerza. Quiero sentir su polla en mi muslo desnudo. Se frota contra mí y me arranca un gemido. Sus movimientos son exigentes y hambrientos. Pasa la palma de su mano con impaciencia por mis muslos y desliza su lengua dentro de mi boca.

El sabor a cerveza mezclado con el de su cigarrillo me atrae de nuevo hacia él. Me vuelve ansiosa, aunque él lo está todavía más. Su lengua baila con la mía, teniendo la necesidad de dominarme y devorar mi sabor a la vez que yo me pierdo en el suyo.

—Joder, pídeme que pare, por favor. Esto está mal —me suplica.

—Muy, muy mal —confirmo, aunque vuelvo a besarlo.

Tiene razón.

Se echa hacia atrás, pero sostengo su rostro entre mis manos y le acaricio la barba.

—Seamos egoístas por una vez. Finjamos que no somos más que un chico y una chica cualquiera en la playa. Nada de títulos ni rangos ni valores morales ni pensamientos... Un momento en el que solo existimos nosotros.

Frunce el ceño. La confusión y la duda se reflejan en su rostro.

—Quítate las bragas —me ordena. Suelto una risita nerviosa contra sus labios. Me toca el culo buscándolas y me lo aprieta con tanta fuerza que me duele. Continúa besándome por toda la

mandíbula, pero cuando sus dedos rozan la sensible piel de mi clítoris, se echa hacia atrás, sorprendido.

—Violet..., ¿no llevas bragas? —Su voz se vuelve más grave. Me muerdo el labio y me encojo de hombros. Chasquea la lengua y acerca la boca a mi oído—. Más vale que empieces a ponerte bragas, de lo contrario, me follaré esa sonrisita de niña malcriada que tienes en la cara siempre que me apetezca.

«Eh..., sí, por favor».

Desliza su lengua húmeda desde mi mejilla hasta mi cuello. Ver al Kade frío y callado sin máscara y sin filtros me llena de placer. Me duele el pecho porque me está robando hasta el último suspiro. Se detiene, me baja la parte de arriba del vestido hasta que mis pezones quedan al aire. Están duros. Después, baja la mano y me sube la parte de abajo. Antes de hacerlo, echa un vistazo a nuestro alrededor. Lo imito. Miro a ambos lados, pero, por suerte, esta noche estamos solos en la playa.

Me levanta la tela para revelar que estoy empapada. Mi clítoris reclama su atención sin un solo ápice de vergüenza.

—Me vuelvo completamente loco solo de pensar que cualquiera podría haber visto tu precioso coño. —Desliza los dedos alrededor de mi entrada y roza mi excitación—. Qué mojada estás, joder. —Acaricia el clítoris, despacio y con suavidad, al mismo tiempo que sus labios se reencuentran con los míos.

—No deberíamos estar haciendo esto... —jadeo entre beso y beso.

Me tapa la boca con una mano mientras que con la otra me frota el clítoris con fuerza. Gimo, pero su palma silencia el sonido.

—No, no deberíamos. Comerte el coño es una idea malísima. Dime que es una mala idea. —Ladea la barbilla y me dedica una sonrisa de oreja a oreja que deja a la vista sus colmillos afilados. Se muerde el labio inferior, a la espera de mi respuesta.

—Es una idea malísima —miento.

—¿Quieres que pare?

—No, no pares nunca, por favor. —Niego con la cabeza. El fuego que arde dentro de mí se intensifica cada vez más a medida que Kade continúa tocándome. Cuelo mi mano por debajo de su

camiseta y le araño. Él gime en respuesta y estudia mi sexo con las pupilas dilatadas por el placer.

—No he parado de pensar en tu dulce coño desde que saboreé su sabor en tus dedos. —Su voz se vuelve más grave, casi brusca. Hasta ese sonido consigue que el corazón me vaya a mil. Me pone muchísimo. Se coloca encima de mí y guía mi cuerpo como tantas veces me había imaginado. Se echa hacia abajo y coloca mis piernas sobre sus hombros. Su bigote me araña el interior de los muslos y enredo los dedos en su pelo castaño oscuro cuando me lame.

—Yo tampoco he parado de pensar en ello... —admito.

Pasa su lengua por mi coño, con brusquedad y fiereza, hasta que se detiene en mi clítoris y lo succiona. Es como si estuviera hambriento y lo único que pudiera satisfacer su deseo fuera devorarme. Su frustración acumulada me atraviesa las venas como si se tratara de morfina. Detiene sus lametones letales y yo arrugo las cejas, decepcionada. Mis muslos se sacuden a ambos lados de su cara.

—¿P-por qué paras?

Introduce dos dedos dentro de mí.

—Quiero que te corras por mí. Quiero que tu coño suplique antes de hacerte gritar mi nombre.

Le tiro del pelo cuando entierra el rostro entre mis pechos. Me chupa y me muerde los pezones, pasa de uno a otro y no deja de morderlos y lamerlos mientras me los aprieta con la mano. Introduce otro dedo para dilatarme a su gusto. Arqueo la espalda y abro la boca. Me siento demasiado llena, pero entonces curva los dedos y me invade una oleada de placer que apenas puedo soportar.

—Violet..., qué apretada estás, joder. Mira cómo te retuerces contra mis dedos y lloriqueas como una zorra avariciosa que quiere más.

Juega con mi cuerpo como si estuviera hecho por y para él. Como si lo conociera desde hace años. Mis paredes se contraen alrededor de sus dedos mientras me conduce a la línea de meta, acercándome al precipicio hasta que gimo.

—¿Te gusta que te llame zorra? ¿Te gusta que te diga lo guarra que eres?

—Sí —gimo.

Me aprieta un pecho y me chupa el otro. Me muerdo el labio con fuerza y siento una corriente de dolor cuando hunde sus dientes hasta hacerme sangrar.

—El rojo te queda increíble, ¿lo sabías? —Lame la sangre de mi piel y vuelve a mi boca. Su lengua encuentra la mía y me obliga a saborear el hierro.

De repente, ya no estoy en el suelo. Me coloca sobre él, de modo que estoy sentada en su cara y él permanece de pie. Camina hasta que mi espalda choca con un pilar y yo dejo escapar otro gemido cuando su lengua se encuentra con mi clítoris. Con las piernas sobre sus hombros, me agarro a las chapas de identificación que le cuelgan del cuello para mantener el equilibrio. El corazón me da un vuelco cuando entiendo lo que está haciendo. Una nube oscura tapa la luna y ensombrece tanto el ambiente que la cara de Kade apenas es visible debajo del puente. Se mete debajo de mi vestido rojo. Con una mano, encuentra mis pechos y me retuerce el pezón. Me estremezco y aprieto los dientes.

El placer es cegador. Me chupa y me muerde el clítoris. Me desmorono con tanta facilidad que debería ser ilegal. Su lengua me atraviesa y él gime.

—Qué bien sabes, joder. Podría correrme solo por comerte el coño.

Me folla con la lengua. Se me ponen los ojos en blanco, el abdomen se me contrae y respiro de forma agitada a la vez que un fuego ardiente me consume. Estoy tan cerca que las estrellas brillan y giran. Le araño la espalda. Me pellizca el clítoris con los dientes y yo grito.

Un movimiento más y me corro.

—¿Violet? —me llama Booker en la distancia.

Abro los ojos de par en par cuando nos arrebatan el paraíso.

—Mierda —suspira Kade con frustración. Lo empujo, le doy un golpecito y reacciona al instante. Me pongo de pie y él me ayuda a colocarme el vestido y a taparme los pechos. Se pasa la mano por la barba y mira en dirección a la voz que me llama a grito pelado. Se coloca delante de mí para taparme.

—¡Violet, ¿dónde estás?! —grita de nuevo. Me doy la vuelta y asomo la cabeza por un lado de la columna. Booker se aleja de donde nos encontramos con una cerveza en la mano.

—No. No te vayas con él.

¿Me está pidiendo que terminemos lo que hemos empezado?

—¿Qué? —murmuro mientras me termino de vestir. Me tiemblan los dedos. Los muslos internos me gritan de dolor. Joder, todavía puedo sentir el roce de su lengua dentro de mí. Mi cuerpo ya me está suplicando más y el clítoris me late de pura necesidad. No he llegado a correrme, pero la realidad me golpea y, por mucho que me encantaría continuar, una marabunta de gente aparece en la playa.

—Ya me has oído. —Respira y se pasa la mano por el pelo oscuro. Gira la cruz de mi collar para colocármelo bien cuando una ola rompe contra mis pantorrillas y me hace tropezar. Kade me agarra por la cadera y me empuja con fuerza contra el mismo pilar donde hace un segundo me follaba con la lengua. Coloca sus manos a ambos lados de mi cara y se inclina sobre mí.

—Joder, Violet, ¿por qué eres tan patosa con el agua?

Frunzo el ceño.

—Espera, ¿qué me quieres decir con eso?

—¿Ya no te acuerdas de la prueba que suspendiste?

Me quedo con la boca abierta.

«Capullo».

—¿Cómo te atreves a sacar ese tema? ¡No soy patosa! —Intento empujarlo, pero no se mueve. Otra ola intensa nos alcanza, aunque esta vez, es él quien se tropieza y, antes de caer, me agarra de la muñeca y me arrastra al suelo con él.

La ola nos empapa al instante. Me congelo cuando me llega el agua al pecho y a las puntas del pelo. Chillo a medida que el agua helada continúa pasándome por encima. Se me pone la piel de gallina, empiezo a tiritar y a respirar con dificultad.

Echo un vistazo hacia la derecha y observo a Kade reaccionar de forma similar, aunque él no emite ningún sonido. Nuestras miradas finalmente se encuentran. La luna brilla sobre sus ojos lobunos dispares. A pesar de que le sostengo la mirada, son las gotas de agua que caen por sus labios las que captan mi atención.

—¿Quién es el patoso ahora? —farfullo con rabia.

Nos quedamos callados durante un segundo y después ambos nos echamos a reír.

Sus carcajadas hacen que me ría todavía más.

—Creo que nunca te había escuchado reírte. —Miro las estrellas mientras ambos permanecemos tumbados sobre la arena helada. Me encanta su risa, ojalá pudiera oírla más.

—Creo que yo tampoco me había escuchado reírme desde hace muchísimo tiempo.

Lo miro cuando se levanta, disfrutando de la vista de un Kade relajado. Me tiende la mano y, en cuanto la tomo, tira de mí con suavidad. Su ropa está empapada, al igual que mi vestido. La brisa nos recuerda la estación en la que estamos.

—Booker tiene mi teléfono y mi cartera —susurro.

—Vete a descansar. Cuando llegues a casa mañana, podrás celebrar el trabajo bien hecho. Deberías irte. Estás... *empapada*. —Su mirada brilla con deseo.

Me muerdo el labio y una ráfaga de calor me sube a las mejillas. Sacudo la cabeza y cojo mis tacones, los cuales tiré a un par de metros de distancia.

—Cuidado, sargento maestro, o pensaré que tienes alma.

Me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia un lado para que mi cuello quede expuesto. Me lleva de vuelta a las sombras.

—No la tengo. Por eso te mantendrás alejada de mí. Nuestro momento de no ser más que un chico y una chica en la playa ha llegado a su fin. —Su aliento cálido me acaricia el cuello mientras me sujeta del pelo con fuerza. Gimo.

Su expresión, antes lujuriosa, se suaviza y se encuentra con mi mirada curiosa.

—No te preguntaré cómo murió y tampoco te diré que lamento tu pérdida. Esas palabras no lograrán aliviar el dolor que se siente al perder a alguien tan especial como un padre, pero sí te diré que estoy orgulloso de ti. Y estoy seguro de que él también lo está.

Una calidez me invade y se me corta la respiración.

—¡Violet! —grita Booker de nuevo. Se está acercando.

Kade me suelta y retrocede. Echa un vistazo por encima de mi hombro con el ceño fruncido.

Si nos pilla, mi carrera habrá acabado antes de empezar. No puedo permitir que un hombre se cargue mi carrera. No importa lo increíblemente bien que me haya comido el coño. No importa lo mucho que su presencia logre aturdirme. No quiero que mi carrera termine antes de empezar.

Lo miro, pero el instructor frío y distante que lleva acompañándome un año regresa.

Podría ser un adiós.

Tiene razón. El momento que acabamos de compartir ha terminado. Mañana tendré que conducir desde bien temprano y me muero de ganas de reunirme con mis abuelos. Todavía tengo que recoger todas mis pertenencias. Además, la lista de cosas que tengo que hacer regresa para atormentarme.

Me doy la vuelta y veo a Booker. No sé en qué momento se le unió Slater, pero ambos me están buscando.

—Supongo que esto es todo, ¿no? —digo, con la mirada todavía clavada en Booker.

Me doy la vuelta y las mariposas mueren cuando me doy cuenta de que estoy sola.

Kade ya está de camino a su coche.

Capítulo 21

Violet



Greenville no queda muy lejos del lugar donde me han destinado. Es un viaje de cuatro horas. Echo de menos el pueblecito situado en las estribaciones de la Cordillera Azul. Voy escuchando un pódcast de *true crime* durante todo el camino y me mantengo despierta gracias a un vaso grande de café con hielo.

Kade se me viene a la mente cada pocos minutos y siento que un rayo me atraviesa el pecho. No nos hemos dado nuestros números de teléfono. Yo no tengo redes sociales y me niego a crearme una solo para *stalkear* al padre de mi exnovio.

Sin embargo, no consigo sacármelo de la cabeza. No puedo hablar con nadie sobre lo que ocurrió en la playa y, sinceramente, me gusta que sea nuestro secreto. No obstante, necesito concentrarme en mi carrera. Apenas acaba de empezar.

Kade y yo compartimos ese mismo interés. El trabajo va por encima de los sentimientos.

Antes de irme, les preparé una sorpresa a mis abuelos en el hospital. Sé de sobra que si mi abuela no tuviera una salud delicada habría venido a mi graduación. Pero la única cara familiar que se presentó allí para apoyarme fue... la de Kade.

No sabe lo mucho que significó eso para mí. Siento la necesidad de ganarme su aprobación y odio que tenga ese efecto sobre mí. Aunque creo que nos pasaba lo mismo a todos los alumnos del curso. Sabe cómo presionar a las personas, cómo destrozarlas para después volver a reconstruirlas. He acabado el curso siendo una mujer completamente distinta y la confianza en mí misma se ha disparado.

Estoy a una hora de Greenville cuando tengo que parar para echar gasolina. Aparco el coche en un hueco vacío y saco el teléfono antes de bajarme.

Abuelo:
¡Feliz cumpleaños, Violet! Qué ganas tengo de verte.
Penny:
¡Feliz cumpleaños! ¡Adam me ha contado que te has graduado! Ya he envuelto tu regalo. Por favor, llámame cuando tengas tiempo. Enhorabuena por haber entrado en las Fuerzas Especiales.
Adam:
¡Feliz cumpleaños! ¿Vas a venir a Greenville? Por favor, contéstame. Te echo muchísimo de menos.
Número desconocido:
Al habla Booker. Feliz cumpleaños de parte de todos los instructores.

Un torbellino de emociones me invade. No esperaba recibir un mensaje de Booker. Le di mi número la última noche antes de irme de permiso por Navidad. Supongo que ahora somos... ¿amigos?

Penny siempre ha sido muy amable conmigo, es como una segunda madre para mí, y soy incapaz de pasar de ella. A Adam puedo ignorarlo, pero a ella no. No me ha hecho nada malo. Puede que Adam y yo lo hayamos dejado, pero no quiero perder la relación que tengo con Penny.

La culpa me reconcome. ¿Cómo se sentiría si supiera que su exmarido, una persona a la que ha puesto a caldo durante todos estos años, ha sido mi instructor? Un hombre al que he conocido, con el que he convivido un año y he compartido momentos íntimos.

Trago saliva y me tiembla la mano con la que sostengo el teléfono. Nadie puede enterarse de esto. ¡No sé en qué estaba pensando! Bueno, directamente, no estaba pensando.

¿Quién en su sano juicio besa a su instructor? ¿A su instructor buenorro que tiene un movimiento de lengua que parece de otro mundo?

Yo.

Esa soy yo.

Actué por impulso. Cuando lo tengo delante, se me nublan las ideas. Además, al fin y al cabo, soy una sensiblona. Kade me hace sentir bien y creo que él también siente lo mismo. De todas formas, nunca sabré a ciencia cierta qué es lo que piensa porque lo nuestro se ha acabado. Por mucho que me duela, nuestros caminos se han separado.

«Nuestro momento de no ser más que un chico y una chica en la playa ha llegado a su fin».

Le respondo a Penny. Hablamos de todo un poco hasta que me convence de pasarme por su casa antes de que termine mi permiso para celebrarlo. Todos los años, desde que Adam y yo empezamos a salir, preparo un pastel de arándanos con ellos para mi cumpleaños. Cocinar siempre me ha dado la vida. Culpo a mi abuela por meterme en ese mundillo. ¿Qué puedo decir? La comida es el camino más rápido para llegar a mi corazón.

—Aquí tienes, abuelita. Un flan recién hecho con un vaso de leche.

Coloco el plato sobre la bandeja del hospital. Ella levanta la cucharita con las manos temblorosas y amoratadas y le da un bocado. El utensilio corta sin apenas esfuerzo el postre y a mí me ruge el estómago.

Reservé una habitación de hotel antes de llegar a la acogedora casa de mis abuelos. Preparé yo solita el flan lo más rápido que pude y me fui directa al hospital justo antes de que se pasaran las horas en las que permiten visitas. Mi madre no quiere saber nada de mí. No tengo un hogar al que volver cuando estoy en Greenville y no

quiero que mis abuelos se preocupen por la relación medio rota que tengo con mi hermana y ella.

Mi abuelo tuvo que salir a hacer unos recados hoy, así que todavía no lo he visto.

Tomo asiento, agotada, con mi propio plato de flan, y devoro el postre con el estómago vacío. No he probado bocado durante todo el viaje, por lo que me sabe todavía mejor.

—Ay, *mija*. Te ha quedado igualito que el mío, está buenísimo. Buen trabajo, Violetta —dice con voz ronca antes de llevarse otro trozo a la boca—. ¡Mi nieta es la mejor cocinera del mundo y ahora también es una soldado! —exclama mientras mastica.

Sonrío, satisfecha. Sigo comiendo, aunque no puedo evitar pensar en Kade. ¿Habrá probado el flan alguna vez? ¿Le gustará?

¿Por qué me comporto como si fuera la primera vez que me gusta alguien? A cada cosa que hago, pienso en él.

«Contrólate, Violet».

—¿Y esa sonrisita a qué viene? ¿Por fin le dijiste que sí a Adam? —me pregunta mi abuela con curiosidad.

Frunzo el ceño ante su pregunta y me quedo completamente paralizada.

—¿Decirle que sí a Adam? —repito, confundida. Entonces, se me viene a la cabeza su ultimátum sin propuesta de matrimonio en el aeropuerto antes de subirme al avión—. ¿Y tú cómo sabes eso?

Se encoge de hombros.

—Le pidió mi anillo a tu abuelo. Le dijo que iba a proponerte matrimonio en tu graduación, pero tú le dijiste que no fuera.

¿Era su anillo?

Dios, qué bien me conoce. A veces creo que mi abuela sabe lo que pienso incluso antes de que yo lo sepa.

Suspiro y miro mi postre a medio terminar.

—En realidad, nuestros caminos se han separado. Lo hemos dejado —respondo con tono firme—. No hay mucho que contar, la verdad. Él no quiere estar con una persona que trabaje en el ejército y, al principio, eso me cabreó, pero ahora que he vuelto a casa y ya no estoy estresada por el curso, entiendo su postura.

Después de perder a su padre por las misiones y los despliegues, entiendo por qué le da miedo estar conmigo: tuvo que presenciar cómo sus padres se separaban debido a la distancia y el tiempo. Mi padre también estuvo en el ejército, aunque nos tuvo cuando ya era mayor, a pocos años de retirarse.

Adam y yo estuvimos juntos durante casi seis años. No es fácil dejar atrás una historia así. Una pequeña parte de mí lo echa de menos, pero otra más grande recuerda la pelea que tuvimos en el aeropuerto. No creía en mí. ¿Por qué querría estar con alguien que me corta las alas y no me motiva a mejorar? ¿No se supone que de eso va el amor? ¿De apoyarnos mutuamente para convertirnos en la mejor versión de nosotros mismos?

—Entiendo su punto de vista. Enamorarse de alguien que trabaja en el ejército no es fácil. Cuando me enamoré de Graham, no era consciente de lo duro que sería. Lo echaba tanto de menos que sentía que cada día que él pasaba en la guerra una parte de mí se moría —confiesa mi abuela, abrazando con fuerza su osito de peluche.

—¿En serio? Pero si sentías eso por él, ¿por qué elegiste al abuelo? —pregunto con el tenedor levantado.

—Cuando lleguemos al final de las cartas, te lo diré. Pero te daré una pista.

—¡Sí! ¡Por favor! —Aprieto los labios y disfruto del dulce sabor a vainilla en la lengua.

—Había una pequeña diferencia de edad. Él era más mayor. Yo tenía diecinueve años y él... tenía veintiocho. La gente no aprobaba que estuviéramos juntos —resopla, molesta.

—Oh, abuela, ¿a quién le importa lo que piense la gente?

—Sí, lo sé, pero por aquel entonces no contaba con el apoyo ni la aprobación de nadie. Ni siquiera de mis padres o de mis hermanos. No me atreví a contárselo a mis amigos porque sabía lo que dirían. «Eres demasiado joven para él». Tuvimos un romance secreto.

Cierra los ojos durante un momento y hace una pausa, respirando despacio, como si le doliera. Su bolsa de suero está casi vacía.

Un romance secreto y prohibido.

Se me viene a la cabeza el hermoso, magnético y marcado rostro de Kade.

Imágenes de la playa, de sus brazos, de su pesado cuerpo sobre el mío. La manera en la que saboreé cada segundo, cómo podía deslizar mis manos sobre sus músculos definidos y sus tatuajes...

—Entonces, ¿por qué sonríes así? Es la sonrisa de alguien enamorado.

Casi me atraganto con la comida cuando la veo mover sus cejas plateadas con picardía.

—¡Abuelita! —grito entre toses, casi escupiendo un pulmón.

—Dime quién es. Has encontrado a otro, ¿verdad?

—¡No! —respondo, aunque mi tono aguado grita lo contrario.

—O me lo dices o leemos las cartas. Tú decides.

Me quedo con la boca abierta.

—¿En serio, abuelita?

Ella asiente y una débil sonrisa se dibuja en su rostro.

—Vale, vale. —Me levanto de la silla y cojo la caja que está sobre la mesita de noche junto a su cama. Cuando la abro, un enfermero entra en la habitación, vestido con un uniforme de color azul clarito, y le mete algo por la vía.

—¿Qué tal el postre, señora Isla? —pregunta al tirar la aguja usada en el contenedor de residuos.

—Está delicioso —responde. Señala la bandeja, donde hay un teléfono junto a la pared blanca y lisa—. Ha quedado un poco, ¿quieres probarlo? —le ofrece mi abuela mientras se acomoda en la cama y apoya la cabeza en la almohada.

—No hace falta. Gracias, señora Isla. —El enfermero se detiene junto a la puerta, se aparta el largo pelo rubio de la cara y nos dedica una sonrisa cálida acompañada de un gesto con la mano—. Recuerde, si necesita algo, apriete el botón. —Y desaparece por el pasillo.

—¿Lista? —le pregunto, desdoblando los papeles.

—Sí, *mija*. —Vuelve a cerrar los ojos, se acomoda en la almohada y abraza con fuerza su osito de peluche azul.

Doblo la carta y mi abuelita sonríe. Normalmente, cuando termino de leerle una, se pone a hablar sin parar sobre sus recuerdos, pero,

esta vez, algo ha cambiado. En su mirada detecto un destello del pasado y ella se pierde en lo más profundo de sus pensamientos.

—¿Abuela? ¿Va todo bien? —pregunto. Apoyo mi mano sobre la suya, con cuidado de no tocar la vía.

Guarda silencio y mira a la puerta fijamente. Su expresión se torna inquieta, confusa. Frunce el ceño y se inclina hacia delante, intentando incorporarse.

—¿Está aquí? ¿Graham? ¿Ha vuelto? —pregunta con voz débil y se incorpora poco a poco. Busca su bastón, pero el mismo enfermero aparece corriendo con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? ¿Está bien? ¿Enfermero? ¿Se encuentra bien? —cuestiono sin parar.

—Violet, debería irse ya —me responde mientras consuela a mi abuela.

—¿Qué? No pienso dejarla así. —Me levanto de golpe y me acerco al otro lado de la cama. Le acaricio la espalda con movimientos circulares. Es la primera vez que la veo tan alterada.

¿Cree que vuelve a tener diecinueve años?

—Señorita Isla, si quiere esperar hasta que se calme, lo mejor será que hablemos fuera de la habitación. Hace casi un año que no la veo por aquí. ¿La han puesto al corriente del estado de su abuela?

—¡He estado trabajando! No pienso irme a ninguna parte. Dígame qué puedo hacer para ayudarla. —Se me revuelve el estómago cuando alterno la vista entre mi abuela y el enfermero, el cual intenta mantenerla sentada para administrarle su medicina. Ella sigue gritando el nombre de Graham sin parar. Está a escasos segundos de ponerse violenta.

—Dudo que quiera tener esta conversación delante de ella —afirma mientras trata de calmarla.

—¡Dígamelo de una vez! ¿Qué le pasa?

—Su abuela ha empeorado drásticamente. Solo le quedan unos meses antes de que la traslademos a paliativos o la mandemos a casa para que se vaya rodeada de sus seres queridos.

El sudor frío se me acumula debajo de la ropa mientras la noticia me golpea como un tren.

«No puede dejarme. No ahora. Por favor, Dios, no».

No puedo perderla. Es una parte imprescindible de mi alma.

—N-no... —balbuceo, con los labios y la mandíbula tensos.

Me niego a aceptarlo.

—A veces sufre alucinaciones y empieza a llamar a su madre y otras veces a su esposo. Pero la mayoría de las veces pregunta por un hombre llamado Graham. ¿Quién es Graham? ¿Se trata de un tío o un primo?

—Es... —Sacudo la cabeza—. Me contó que fue su primer amor. Quería que le leyera estas cartas porque la ponen de buen humor.

Él asiente con comprensión.

—Señora Isla, acuéstese. Descanse. —El enfermero le acaricia el pelo con suavidad.

—No, déjame en paz. Quiero bailar con Graham. Déjame bailar con él, por favor. ¡Dime que está aquí!

Se pone roja, con la agonía reflejada en cada arruga de su rostro. Se me parte el corazón. Intento consolarla y traerla de vuelta a la realidad.

—Abuela, por favor, tranquila. —Se me rompe la voz.

Se va a morir y no está pidiendo ver a su marido. Está suplicando ver a un hombre del que se enamoró cuando era una adolescente.

Intenta arrancarse la vía intravenosa. Se clava las uñas en la piel y se deja marcas rojas.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es este sitio? ¡¿Por qué estoy aquí?! —grita entre sollozos, mirando a su alrededor, observando cada rincón de la habitación a la vez que lucha contra el enfermero, y este tropieza un par de veces cuando ella lo empuja en su intento de evitar que se lastime.

«¡Piensa, Violet, piensa!».

Trago saliva con determinación.

—Graham viene de camino, abuelita. Te lo prometo. Confía en mí.

Eso capta su atención. Se detiene, con una chispa de esperanza iluminando su rostro. Sus músculos se relajan y deja de intentar levantarse de la cama. Permite que el enfermero le suba los pies de nuevo al colchón y la acomode hasta que su espalda reposa sobre la almohada, aunque no me quita los ojos de encima.

—Está de camino, abuela. No pierdas de vista la puerta, ¿vale? Entrará por ella en cualquier momento.

Ella levanta levemente el mentón tembloroso en dirección a la puerta cerrada, con el ceño fruncido.

—Llevo esperándolo... tanto tiempo. —Una lágrima le resbala por la mejilla antes de clavar la mirada en la puerta—. ¿Estoy guapa? ¿Cómo me ves?

Se me encoge el estómago.

Su respiración se calma y el enfermero me dirige un gesto de aprobación con la cabeza para que le siga hablando. El agitado pitido del monitor cardíaco se reduce hasta alcanzar un ritmo normal.

—Sí, por favor, acuéstate. Ya viene —continúo. El corazón me va a mil. Me siento una mentirosa y me invade un sentimiento de repulsión al ver la felicidad que le provoca creerlo.

—¡Lo sabía! Me prometió que volveríamos a bailar. Me lo prometió en la playa.

—¿Es esa vuestra canción? *¿We Belong Together?* —Cojo su oso de peluche y lo acomodo sobre su regazo mientras su ataque de pánico se disipa poco a poco con cada respiración profunda.

—Sí. Va a venir a bailar conmigo, ¿verdad? Dijo que lo haría.

—Sí. Tú solo túmbate, por favor —le suplico.

—Vale, *mija*. Me tumbaré. Si me quedo dormida, despiértame, por favor. No quiero perdérmelo.

—Sí, abuela.

Se desliza dentro de la cama después de dejar que le quite el bastón. No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que una de mis lágrimas cae sobre la sábana. La tapo con la ropa de cama blanca hasta la altura del abdomen. El enfermero me lanza una mirada tranquilizadora y una cálida sonrisa.

Dios, odio que estos momentos estén llenos de dolor. Ojalá, quienquiera que sea Graham, si es que ese hombre todavía sigue vivo en alguna parte, pudiera darle a mi abuela ese último baile que tanto desea. Haría lo que fuera por verla feliz antes de que se vaya.

Necesito averiguar cómo terminó su relación y por qué eligió a mi abuelo. La tentación de romper mi promesa y leer más de lo que ella

me pidió me carcome por dentro, pero no puedo hacerlo.

Debo esperar. Ya quedan pocas cartas.

Capítulo 22

Violet



—¡Hola! —saludo alegremente a la madre de mi exnovio.

Cuando Penny abre la puerta me recibe con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos. Su cárdigan morado envuelve sus delgados brazos. Lleva unos pendientes de coronas navideñas decoradas con miniadornos. Noto que su brillante pintalabios rojo combina con sus ojos marrones, que reflejan destellos rojizos cuando la luz del atardecer los ilumina.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Un abrazo maternal es justo lo que necesitaba. No me han dado uno desde que enterré a mi padre.

Su calidez me sobrepasa como una ola. Puedo sentir su cariño cuando me frota la espalda y yo apoyo la barbilla sobre su hombro.

—Has vuelto. Siento que ha pasado una eternidad desde la última vez que te vi. —Suspira, me da un último apretón mientras retrocede y me sujeta los brazos en alto para mirarme de arriba abajo con una mirada cargada de orgullo.

—A mí el año se me ha pasado volando —bromeo, lo que le arranca otra risita. Frunce los labios con una sonrisa genuina y juguetona.

—¡Me lo imagino! ¿Cómo está tu madre? ¿Y tus abuelos? ¡Deben de estar orgullosísimos de ti, Violet! —exclama al abrir más la puerta, invitándome a entrar.

No tiene ni idea de cómo se torció la relación entre mi madre y yo. No he recibido ni un solo mensaje, carta o llamada por su parte. Al parecer, decía en serio eso de que unirme al ejército era la gota que colmaba el vaso y que me desheredaba.

—Están todos bien. La abuela está siendo lo más fuerte que puede, dada su situación. Todavía no he visto al abuelo, pero me pasaré por su casa mañana. Solo estaré aquí dos semanas antes de reunirme con mi grupo.

No estoy siendo del todo sincera, pero prefiero mantener una actitud positiva para que el espíritu navideño no se vea empañado por el drama familiar. Mencionar esos detalles significaría tener que hablar de ello, lo que solo me llevaría a luchar contra la ira, el resentimiento y la pena con los que cargo todos los días.

La sigo al interior de la vivienda y me recibe el olor a vainilla, a canela y a madera, que probablemente proviene de la vela que tiene encendida sobre su mesa de centro. La música navideña suena al compás del crepitar del fuego de la chimenea. Penny siempre decora la casa en cada estación, algo que a mí también me encanta hacer.

Sueño con el día en el que me compre mi primera casa y pueda decorarla en cada festividad y hornear pasteles según la ocasión.

—¿Con qué grupo vas a ir? —me pregunta por encima del hombro al entrar en la cocina—. Estoy terminando un jamón, ven y échame una mano. Estarás muerta de hambre. —Su acento sureño, suave y distante, se mezcla con *It's Beginning to Look a Lot Like Christmas* de Michael Bublé que suena de fondo.

La sigo, pero freno en seco cuando el corazón me da un vuelco al ver un rostro familiar.

«Adam».

—Eso, Violet. ¿Con qué grupo vas a ir? —me pregunta Adam, sentado en un taburete dorado frente a la isla de la cocina. Se lleva una nuez a la boca y la mastica a la vez que una sonrisa socarrona se le dibuja en los labios. Mueve las cejas con aire burlón, provocándome. Lleva el pelo castaño claro rapado, un jersey

navideño verde y rojo y unos pantalones sueltos de color marrón oscuro.

No tenía ni idea de que estaría aquí. Penny omitió ese pequeño detalle cuando hicimos los planes. Creía que era obvio que Adam y yo lo habíamos dejado y que lo más probable es que todavía no estemos preparados para ser solo amigos. Tampoco he visto su coche aparcado fuera cuando he llegado.

Una mezcla de sentimientos me recorre las venas. Busco la mirada de Penny, quien saca una tarta de cumpleaños amarilla de la nevera. La cierra, se gira con entusiasmo y da un pequeño salto.

—¡Sorpresa! —gritan ambos al unísono con alegría.

Adam aplaude con fuerza.

—¡Feliz cumpleaños!

Aprieto los labios y fuerzo una sonrisa de agradecimiento intentando reprimir las ganas de salir corriendo de la cocina. Odio las sorpresas, especialmente cuando no entraba dentro de mis planes el reencontrarme con Adam tan pronto. Me siento acorralada.

Él se acerca a mí, asegurándose de darle la espalda a su madre cuando se inclina hacia mi oído. Me tenso. Un sentimiento de culpa y arrepentimiento me recorre todo el cuerpo.

Culpa por haber sobrepasado el límite con Kade y resentimiento hacia Adam por haber roto conmigo aquel día en el aeropuerto.

—Mi novia ha vuelto a casa —susurra, después me planta un beso en la mejilla y entrelaza sus suaves manos con las mías.

¿Novia? ¿A qué viene todo este jueguecito?

—Voy a dejar esto aquí para ir al baño. Vuelvo enseguida. ¡No os mováis! ¡Tenemos que sacarnos una foto los tres juntos! —exclama Penny, quien sale corriendo de la cocina y desaparece por el pasillo.

—¿De qué narices hablas, Adam? Ya no soy tu novia —le digo entre dientes. Intento retroceder, pero me agarra por los brazos y me acerca a él. El movimiento me pilla por sorpresa. Jamás había sido así de agresivo conmigo.

La peste a licor de su aliento me golpea cuando me responde.

—Mi madre no sabe que rompiste conmigo. Por favor, que se quede entre nosotros mientras duren las fiestas. Está muy estresada

por el trabajo. Su empresa está recortando personal y no quiero que se preocupe por nosotros en Navidad.

—Adam... —Le lanzo una mirada de reproche y me aparto con brusquedad. Arrugo la nariz.

—Violet —me imita, entrelazando de nuevo nuestros dedos. Retiro la mano al instante. El rechazo le borra la sonrisa. Aparto la mirada clavando los ojos en el suelo de baldosas blancas y mordiéndome el labio inferior.

Él da un paso atrás para darme espacio. Me aclaro la garganta y lo observo con el ceño fruncido. Él me mira de arriba abajo y traga saliva.

—Estás... distinta. Pero igual de guapa que siempre.

Como era de esperar, su cumplido ya no me provoca nada. No siento nada.

—¿Adónde te han destinado?

Frunzo los labios.

—Carolina del Norte.

—Genial. Así podré verte siempre que quiera. Visité a tu abuela a menudo mientras estabas fuera, ¿lo sabías?

Retrocedo.

—¿En serio?

—Sí. Es horrible ver cómo se marchita poco a po...

¿Cómo se atreve a hablar así de ella? Frunzo el ceño y tuerzo el gesto.

—¡No es verdad! Ella... —lo interrumpo con un grito, sin saber qué más decir. Todavía me niego a aceptar que se está muriendo. Es demasiado doloroso.

—Perdona... —murmura mientras levanta las manos a la altura del pecho y me dedica un gesto de rendición—. Solo quería sentirme cerca de ti. La cagué.

—Primero, gracias por visitarla. Y hablando de eso, quiero que me devuelvas su anillo. Y segundo, ya no importa, Adam. Ha pasado un año desde la última vez que nos vimos.

Él retrocede.

—Ha pasado un año desde la última vez que nos vimos, pero solo un mes desde que lo dejamos —me corrige. Por su tono de voz, me

parece que está un poco perdido. Un destello de negación se refleja en sus ojos color *whisky*. Levanta una taza navideña y bebe, sin dejar de mirarme. Asumo que en su interior está el licor mezclado con algo más, lo que explica el olor que emana de sus poros.

—No, Adam, las cosas no funcionan así. Me da a mí que tu línea temporal está completamente equivocada —replico.

Nunca había presenciado esta cara de él. Parece desesperado por recuperarme. Adam siempre fue el egoísta de la relación. No asistió a mi graduación del Entrenamiento Básico porque dijo que tenía que trabajar, a pesar de que lo avisé con tiempo de sobra para que se organizara. Después descubrí que se había pasado toda la noche anterior de fiesta. Nuestros amigos en común me hablaron sobre la noche de borrachera y las aventuras que organizó en su casa. Estaba demasiado resacoso al día siguiente como para venir.

Siempre era yo quien hacía planes para pasar tiempo juntos y él se tiraba todo el rato con el teléfono cada vez que salíamos. Al principio de la relación, todo era maravilloso, pero Adam cambió con el tiempo, cuando empezó la universidad. Quizá no estaba tan enamorada de él como creía. Quizá solo me sentía cómoda porque estuvo a mi lado cuando no tenía a nadie más.

—Las cosas estaban mal ya antes de que me fuera. Estar lejos me ha dado mucho tiempo para establecer las expectativas y los límites que merezco. Tú siempre me pedías perdón y yo siempre te perdonaba. Lo nuestro se estaba viniendo abajo, ¿no fue eso lo que tú mismo dijiste? —le espeto.

Penny da una palmada al entrar en la cocina. Su sonrisa me deja claro que no tiene ni idea de lo que estamos hablando.

—¿Empezamos? ¡Comeremos la tarta y decoraremos el árbol de Navidad! —afirma con una sonrisa radiante que le ilumina los ojos marrones. Saca tres platos de un armario.

Adam le da un trago a su bebida con rabia.

Me quedaré una hora y me iré.

Estar cerca de Adam y Penny me hace sentir como si los hubiera traicionado. No pueden enterarse de lo que Kade y yo compartimos. No lo entenderían. Al fin y al cabo, ellos son su familia y yo no soy más que una persona ajena. Suficiente resentimiento le guarda

Adam a Kade. ¿Qué pasaría si descubre los límites que hemos cruzado?

Capítulo 23

Violet



El timbre suena por encima de *Winter Wonderland* de Doris Day. Todos nos volvemos hacia la puerta en mitad de la decoración del árbol de Navidad. Ya solo nos quedan unos cuantos adornos por colocar y la falda del árbol tiene que ir en la parte de abajo. Adam y su madre pueden encargarse de esto último ellos solos. Adam y yo nos hemos pasado las dos últimas horas fingiendo que seguimos juntos.

—Tortolitos, quedaos quietos —bromea Penny mientras le revuelve el pelo a Adam.

Adam exagera su actuación y me roba constantemente abrazos y besos en la mejilla. Cada vez que lo hace, me obligo a sonreír.

El timbre vuelve a sonar.

—¡Ya voy! —exclama la madre de Adam, y se levanta del suelo de un salto.

—Bueno... —empieza a hablar Adam al pasarme otro adorno.

—¿Cuándo le vas a decir a tu madre que ya no estamos juntos? —Lo fulmino con la mirada y me fijo en sus ojos enrojecidos y vidriosos.

—Cuando me apetezca.

Espero un segundo.

—¿Estás drogado? —Le lanzo una mirada asesina.

Adam abre los ojos como platos, aunque después asiente como si nada.

Sacudo la cabeza al descubrir algo nuevo sobre mi ex.

—Díselo.

—No —suelta.

—Adam. Lo nuestro se acabó. Fuiste tú el que me dejaste, ¿te acuerdas? «No puedo estar con alguien del ejército» —repito sus palabras con ironía. Cuelgo la bola plateada en una rama y observo su rostro distorsionado en el reflejo.

—Y no puedo, pero eso no significa que no te quiera. —Enreda sus dedos en mi pelo. Le aparto la mano de un manotazo.

—Adam, no puedes volver a mi vida cada vez que te apetezca —bufo con furia, intentando no llamar la atención de su madre.

Él abre la boca y levanta la barbilla, como si estuviera a punto de gritarme.

—Oh, no debería quedarme, Penny.

El corazón me da un vuelco y me golpea con tanta fuerza que lo siento latir en la base del cuello. Creo que se me va a salir del pecho.

«Esa voz».

Esa voz grave, familiar y adictiva.

Adam y yo nos quedamos paralizados y nuestras miradas se dirigen a la puerta principal. Adam se tensa y frunce el ceño al ver a su padre. O'Connell está ahí plantado, con el casco en sus manos enguantadas sin apartar la vista de Penny, que coquetea aleteando las pestañas. ¿Tiene una moto?

Me giro hacia el árbol de Navidad a toda velocidad en un intento de mantener la calma. Sin embargo, lo único que veo es la noche que compartimos en la playa bajo aquel puente. El recuerdo de aquella noche oscura se me viene a la cabeza como una presentación de diapositivas. Me llevó al éxtasis más absoluto con la lengua y se apartó justo antes de que explotara. Su existencia se ha quedado grabada en cada uno de los rincones de mi alma.

—Venga, que es Navidad. Podemos ponernos al día y hablar sobre los viejos tiempos. —Siento una punzada en el corazón cuando oigo a Penny tontear con él. Por el rabillo del ojo, veo cómo le toca el hombro a Kade de forma juguetona.

No tengo derecho a sentir el fuego que se enciende dentro de mí con cada respiración.

—¿Qué cojones haces aquí? —escupe Adam al acercarse a sus padres.

—Hijo. —Esa voz grave vibra en mis oídos y derrite mis entrañas —. ¿Cómo estás? —lo saluda alegremente, a pesar de la frialdad que este le muestra.

—Adam, por favor, sé respetuoso —lo reprende Penny, quien tensa la mano sobre la puerta.

«No mires. No los mires, joder».

—Feliz Nochebuena. Solo me pasaba para dejarte un regalo. Pronto volveré a marcharme y...

Una caja cae al suelo y un silencio largo e incómodo se instala a nuestro alrededor. Me vuelvo hacia ellos y el mundo comienza a funcionar a cámara lenta. O'Connell me mira como si hubiera visto un fantasma por primera vez. Se queda petrificado, con los ojos como platos y la boca entreabierta. Penny y Adam lo observan confundidos mientras él mantiene la mirada clavada en mí. Siguen la dirección de sus ojos y me encuentran mordiéndome el labio, incómoda. Adam se agacha para recoger la caja con una expresión molesta.

Llevo sin ver a Kade una semana. Pues claro que se pasaría por aquí, ¿cómo es que no se me había ocurrido?

—Ah, ella es Violet. La novia de Adam. Llevan juntos desde que son adolescentes —le explica Penny, tendiéndome la mano para que me acerque—. Me imagino que no os han presentado. Dudo que Adam lo haya hecho —añade con una risita inocente—. Ven a saludar, Violet. Te presento a Kade, el padre de Adam. —En sus labios rosados se dibuja una amplia sonrisa.

Kade sonríe como si me estuviera imaginando desnuda, pero noto cierto arrepentimiento en sus movimientos. Finalmente, se vuelve

hacia Penny, se pasa una mano por la barba y se ríe. Levanta la mirada al techo, como si intentara controlar sus pensamientos.

Joder. Yo también.

Reúno el valor y las fuerzas para moverme. Llego a la entrada en cuestión de segundos. Adam sigue fulminando a su padre con la mirada y me coge de la mano, como si todavía fuera su novia, para presentármelo. Quiero pegarle un manotazo, pero me contengo.

—Hola. —Levanto la vista hacia Kade. Sigue igual de malditamente atractivo e intimidante que siempre.

Su rostro es impenetrable. Me estrecha la mano con su palma áspera y callosa. Observo cómo nuestras manos se mueven arriba y abajo, conectadas, y un relámpago me atraviesa el pecho.

—Hola, Violet.

Madre mía. Qué raro se me hace oírlo decir mi nombre otra vez.

En cuanto sale de sus labios, suelto su mano y retrocedo un poco, como si fuera un desconocido. Temo que mi expresión de aturdimiento se convierta en una cargada de anhelo.

—Está en el ejército —interviene Penny—. ¡En las Fuerzas Especiales, como tú! —Se coloca delante de mí, como si quisiera recuperar la atención de Kade. Intento regresar al árbol, pero Adam me pasa el brazo por los hombros y me obliga a presenciar la reunión familiar. Miro hacia otro lado, incómoda.

—Ah..., genial. Qué pequeño es el mundo —responde Kade con sarcasmo. El calor me sube a las mejillas y me atrevo a mirar a la cara al demonio que ha atormentado mis sueños. Penny se pone de puntillas y pasa la mano por su cabello negro y ondulado.

—Qué largo tienes el pelo... —bromea. Él le devuelve la sonrisa y la forma en la que sus labios se curvan me dan ganas de salir corriendo. Esos labios, esa barba, esa maldita lengua. Debería ser ilegal lo rápido que logra que me derrita.

—Sí, me lo he dejado crecer. En fin, solo me pasaba a saludar. Quería darle un regalo a mi hijo. Kirk quiere salir esta noche. No quería interrumpir, así que mejor me voy.

Aprovecho la oportunidad para marcharme yo también.

—Sí, yo también tengo que irme. Mañana me espera un día largo —miento para quitarme de encima el brazo de Adam. Él se tensa y

me lanza una mirada de advertencia, pero la ignoro.

—¡Nada de eso! —exclama Penny, que extiende una mano delante de mí para impedirme avanzar—. Aprovechemos que estamos en fiestas y pasemos una noche en familia... —Mira a un Adam visiblemente molesto y a un Kade con el semblante frío como el hielo—. Aquí se queda todo el mundo. Invita a Kirk también. Hace años que no lo veo, me encantaría que nos pusiéramos al día. Tengo una barbacoa en el patio. ¿Te importa empezar a hacer los filetes de la nevera? Adam y yo iremos a la tienda de la esquina a por cerveza para Kirk y para ti. Te conozco —añade con tono meloso mientras le da un leve golpecito en el pecho.

Kade suspira como si se lo estuviera pensando.

—No sé... —murmura, incómodo—. Esto no es propio de ti. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Penny? —pregunta ladeando la cabeza con curiosidad, aunque mantiene su expresión seria.

—Es el cumpleaños de mi novia, así que unos filetes y unas cervezas me parecen un plan increíble. ¿Verdad, Violet? —Intenta buscar una excusa para pasar más tiempo conmigo. El agarre de Adam alrededor de mi brazo se endurece. Me clava los dedos y las uñas hasta hacerme daño. Intento zafarme, pero no me suelta. Sus ojos marrones se oscurecen. Mientras tanto, Penny sigue riéndose y coqueteando con un Kade despreocupado. Su mirada arde con una emoción que no logro descifrar cuando nota cómo Adam me sujeta.

Me estremezco y asiento, cediendo.

—¿Verdad, papá? —añade con un tono desafiante, como si retara a su padre a negarse. Conociendo a Kade y su deseo de enmendar la relación rota con su hijo, sé que la culpa no le permitirá decir que no.

—Claro. Pero os lo advierto, a Kirk le encanta trasnochar. Ahora lo llamo —cede Kade. Saca el teléfono del bolsillo junto con un paquete de tabaco.

Capítulo 24

Violet



♫ *All The Stars – Kendrick Lamar y SZA*

Kirk aparece treinta minutos más tarde. Adam y Penny van a la tienda de la esquina a comprar Shiner y yo me quedo en casa.

Tras quitarme los zapatos, entro en la cocina para coger un vaso de agua. No paro de revisar las notificaciones de mi móvil a la espera de recibir noticias de mi abuela y un mensaje de feliz cumpleaños de mi madre y mi hermana.

¿Se habrán acordado?

«Qué tontería».

Ni siquiera me han llamado ni me han escrito. Concentrada en el registro de llamadas perdidas y los mensajes, Kade y Kirk estallan en carcajadas, lo que llama mi atención. Kade le da una calada a su cigarro y Kirk mastica tabaco.

Necesito salir de aquí. Adam ya no es mi familia. No pertenezco a este lugar. Aunque últimamente siento que no pertenezco a ninguna parte. No tengo un hogar ni una familia.

Afortunadamente, unirme al ejército le ha dado un sentido a mi vida. He hecho amigos a los que considero hermanos. Cada vez que Kade me miraba, sentía una tormenta de sentimientos retorcidos. Luché contra ellos todo lo que pude, pero es una batalla que no podía, ni puedo, ganar. Excavó un oscuro túnel para romperme, pero siempre se aseguró de hacerme saber que había una luz al final. Entre sus brazos me sentía segura.

El vaso que sujeto se me desliza de entre los dedos y se hace añicos a mis pies, devolviéndome a la realidad. Retrocedo, sobresaltada y piso los fragmentos de cristal rotos y afilados. El dolor me atraviesa desde la planta del pie y siseo. Un rastro rojo se me desliza por el pie y suelto un taco en voz alta.

—Mierda.

La puerta trasera se abre de golpe, pero estoy demasiado ocupada buscando la escoba y los productos de limpieza para mirar de quién se trata.

—Lo siento. S-soy muy patosa.

—Ven aquí. —Intenta alejarme de los trozos de cristal.

Kade.

—Apártate —me ordena.

—No.

—Que te apartes —repite con su tono autoritario.

—No, Kade, ya me encargo yo.

—Joder, mira que eres testaruda.

Me agarra por la cintura y me levanta en volandas. Suelto un grito ahogado y me agarro a sus hombros. Me apoya sobre la encimera blanca y se pone de rodillas.

—Déjame echarle un vistazo. Tengo conocimientos médicos.

—Ya, y yo, así que ya me ocupo yo sola.

—Maldita sea, Violet. Déjame cuidarte.

Frunce el ceño. Se le dilatan las pupilas al suplicar. Dejo caer los hombros, la coraza que uso para esconderme se desmorona cada vez que él me muestra compasión.

—Lo siento —me disculpo débilmente. Relajo la pierna y busco a Kirk con la mirada. Lo encuentro fuera al teléfono, caminando en círculos.

Kade me quita el calcetín navideño y el corazón me late a toda velocidad. Su mirada ardiente se cruza con la mía. Cuando me mueve el pie hacia un lado, me estremezco de dolor. Tengo un trozo enorme de cristal clavado en la planta del pie, incluso ha atravesado el calcetín.

Hace una mueca cuando me saca el trozo de cristal del pie y se levanta. Lo tira a la basura y yo me muevo para volver a ponerme el calcetín.

—No te muevas. Voy a por una venda —me ordena por encima del hombro.

Se acerca a la despensa, abre la puerta y saca un botiquín. Ni siquiera le ha hecho falta mirarme para saber que ya estaba planeando escaparme.

Se arrodilla de nuevo, limpia la herida y coge una gasa blanca. Intento no observarlo... Me resulta imposible. Me duele mirarlo.

—Entonces, ¿has vuelto con Adam? —rompe el silencio.

—Eh..., no. Qué va.

Se detiene durante tres segundos antes de continuar vendándome el pie.

—Creía haberlo oído decir que...

—Está mintiendo. Solo he venido por Penny.

—Explícate.

—No sabe que lo hemos dejado. Siempre se ha portado muy bien conmigo, así que estoy fingiendo que todo va bien entre nosotros. Es más fácil así.

Coge mi calcetín y me lo pone sobre el pie vendado.

—¿Y tu familia? ¿Dónde está? Seguro que te han echado de menos. ¿Por qué no asistieron a la graduación?

Sacudo la cabeza. No quiero hablar del tema. ¿Por qué no lo deja estar? Que deje de fingir que le importo. No quiero que sienta lástima por mí.

—Ya no formas parte de mi unidad. No tienes que preocuparte por mí. Estoy bien —expongo, pero se me rompe la voz. Me encuentro con su mirada cautivadora y un escalofrío me recorre la espalda. Cada vez que lo miro, me hechiza. Cada. Maldita. Vez.

Aprieta la mandíbula, como si se estuviera callando pensamientos intensos y crueles, lo que hace que se encienda algo dentro de mí.

Extiende la mano hacia mi rostro, como si quisiera abrazarme. Es la misma mirada que tenía cuando me alejé de él en la playa.

—Mariposa. —Su tono de voz se vuelve más oscuro.

—No me llames así —le advierto. Sé que estoy siendo rencorosa, pero no puedo evitarlo—. No estamos en el campo de batalla. No puedes llamarme así.

Joder. Esa maldita voz. Su olor. Su cuerpo, su piel, su alma. Todo su ser me mete en problemas. No puedo sentirme atraída por él, aunque ya es demasiado tarde. Necesito salir de aquí porque lo único que quiero ahora mismo es volver a experimentar esa felicidad que sentí cuando me tuvo entre sus brazos.

Cuando me besó.

Cuando me habló.

Lo anhelo todavía más desde que pude probar en qué se convierte cuando me desea.

—Tengo que irme.

Me bajo de la encimera y salgo pitando de la cocina. Me dirijo a la puerta principal, cojo mi bolso y mis llaves de la mesita auxiliar. Vuelvo a calzarme, ignorando la herida. Rozo el pomo de la puerta con los dedos cuando me empuja contra su pecho. Un grito de pánico se me escapa de entre los labios y él me tapa la boca con la mano para que me calle. Avanza hasta que mi espalda se encuentra con la pared. Estamos pegados el uno al otro. Agarro los extremos de su jersey negro, como si quisiera pegarlo más a mí, pero no lo hago. Presiona su abdomen contra mi pecho y gime.

—Kade. —Mi voz suena amortiguada. Él echa un vistazo a nuestro alrededor con cautela. Si Kirk o Adam nos ven, podemos irnos despidiendo de nuestras carreras.

Apaga las luces del pasillo con un movimiento rápido y me mira. Su mano se desliza hasta mi cadera.

—Suéltame —suplico.

—No. ¿Y tu familia? —Me acaricia la mejilla con el pulgar en círculos.

—No necesitas saberlo —replico, intentando apagar el fuego de mi corazón.

—No deberías irte por mi culpa. Nadie debería estar solo en Navidad. Me mantendré alejado de ti el resto de la noche.

—Eso es justo lo que no quiero. ¿Acaso no lo entiendes?

Se me forma un nudo en la garganta. El muro que construí desde que me uní al ejército regresa para atormentarme. Incluso en la oscuridad, sus ojos brillan con emociones malditas.

No sé si está igual de destrozado que yo o es que simplemente le molesta que esté aquí.

—Me gustas, Kade.

Se pone tenso, como si le hubiera golpeado. Frunce sus cejas oscuras y suspira. El olor de su colonia me atrapa todavía más. No es justo que me atraiga tanto sin ni siquiera intentarlo.

«¿Va a decir algo?».

Da un paso atrás, como si estar cerca de mí fuera algo malo.

—Me gustas —repito encogiéndome de hombros—. No he parado de pensar en aquella noche. De hecho, pienso en ella más de lo que me gustaría y me odio por ello. No puedo estar cerca de ti. Nuestros trabajos. Nuestra situación. Adam es tu hijo y... ¿qué pasa con Penny? —Hunde los hombros y da otro paso atrás. Mi cuerpo ya anhela que su piel esté en contacto con la mía.

Muevo la cabeza de un lado a otro con vehemencia.

—Violet. —Endereza la espalda. Ha vuelto esa fuerza indescifrable y lo odio—. Aquella noche nunca debió ocurrir. ¿Entendido?

Me levanta la barbilla para obligarme a encontrarme con su mirada oscura. Me tiemblan los labios y él aprieta la mandíbula con fuerza. Se me rompe el corazón cuando finalmente consigo la respuesta que tanto tiempo lleva repitiéndose dentro de mi cabeza, como si se tratara de una maldición.

—¿Te arrepientes de aquella noche? —murmuro levantando las cejas.

Se pasa una mano por la barba, como si estuviera intentando gestionar esta conversación mentalmente. Las luces del árbol de Navidad del salón parpadean contra su rostro hipnotizante. Se aleja de mí y observa cómo Kirk le da la vuelta a un filete con unas pinzas

en la parrilla, ajeno a todo. Le pega un trago a su cerveza. Después, Kade vuelve a mirarme con una expresión fría como el hielo.

—Fue un error. —Veo cómo traga saliva—. Nunca debió ocurrir. Ambos fuimos muy imprudentes aquella noche. No puedo.

—Pero ocurrió. Yo quería. Tú querías. Hay algo entre nosotros, y lo sabes.

—Tengo treinta y ocho años, Violet. Te saco diecisiete años.

—¿Y eso qué coño importa? —resoplo.

—Créeme, Violet. No me quieres en tu vida. No puedo permitirme tenerte..., te arrepentirás. Hay una enorme lista de razones por las que no funcionaría y una de ellas es que soy un capullo sin empatía que acabará decepcionándote —me advierte con frialdad, tratando de asustarme.

Trato de acariciar su rostro, pero retrocede.

Siento una puñalada en el corazón.

—¿De verdad te arrepientes de aquella noche?

—No quieres saber la respuesta. Aquella noche fue la primera y última vez que te tocaré. —Me mira como si fuéramos dos extraños.

Me tiembla el mentón.

—Dilo, Kade. Dime que todo está en mi cabeza.

Las duras líneas de su rostro se vuelven más profundas.

—Eres un error. Un momento de debilidad. Todo está en tu cabeza.

Me echo hacia atrás, sorprendida por sus palabras. Siento una enorme presión en el pecho y el corazón se me rompe.

Es un insensible. Esta es la cara de Kade de la que todos los soldados me advirtieron. Dejo caer la mano y parpadeo rápidamente.

Frío. Oscuro. Peligroso. Sombrío.

Monstruoso.

«Bestial».

Necesito irme.

—Eres un hombre obsesionado con el control y yo logro quitarte ese poder. Te jode, ¿verdad? —lo reto. Él se mantiene inexpresivo, lo que solo aumenta mi frustración ante su silencio—. Eres un cobarde.

Abro la puerta de golpe y me limpio con el nudillo la lágrima que me resbala por la mejilla. Me pongo mi gorrito rosa justo cuando Adam y Penny entran.

—¡Eh, cariño! ¿Adónde vas? —grita Adam detrás de mí mientras me dirijo hacia la entrada.

—¡Violet! He traído tus dulces favoritos. Por favor, quédate. Es tu cumpleaños. —Penny hace sonar la bolsa de plástico.

Me detengo y respiro hondo, sabiendo que esta será la última vez que salga de esta casa. Ya había llorado la pérdida de mi relación con Adam y su madre. Ahora lloro por la química que compartí con mi instructor.

Me doy la vuelta con una sonrisa forzada y los ojos llorosos.

—Es medianoche, Penny. Técnicamente, ya no es mi cumpleaños —respondo, despacio, con voz dolida. La tristeza tiñe mi tono—. Gracias por lo de hoy. Ha sido uno de los mejores días que he tenido en mucho tiempo. —Penny se lleva una mano al pecho con el ceño fruncido.

—Encantada de conocerle, sargento maestro O'Connell.

Levanto una ceja. Él se pone recto y me dirige un leve asentimiento con la cabeza, como si volviéramos a ser dos desconocidos. Se ha puesto de nuevo esa máscara perfecta e impenetrable que tanto solía odiar. Da media vuelta y regresa a la casa, como si yo no significara nada para él.

Adam está que echa humo. Tiene los puños apretados y la cara roja de ira. Penny continúa frotándose el pecho, deseando que vuelva.

—¡Cielo, quédate, por favor! —vuelve a llamarme y yo niego con la cabeza.

Le dedico a Adam una mirada firme. Espero que se le meta en la cabeza que hemos acabado y que el hecho de que haya vuelto a casa no significa que vuelva a ser una chica que está disponible a su antojo.

Soy una soldado. Elegí este trabajo. Estoy honrando a mi padre, hago todo esto por él. Incluso aunque esta carrera me prohíba entregarme a mis deseos prohibidos. Mi trabajo y mi deber son lo primero.

—Adiós, Adam. Lo siento, Penny, pero Adam y yo ya no estamos juntos.

Capítulo 25

Kade



—¡Kade! —Tillie, mi vecina y estudiante universitaria, está dando otra de sus malditas fiestas llenas de borrachos y música a todo volumen que se cuela hasta mi propiedad.

¿Cuándo me he vuelto tan cascarrabias? ¿Cuándo empezó a molestarme que la gente aparque su coche delante de mi jardín?

Nunca estoy en casa, pero cuando estoy, es una pesadilla.

—¿Sí, Tillie? —suspiro.

Cruza toda la calle con un vaso rojo en la mano. Cuando llega al lado del copiloto de mi camioneta, se tropieza y se agarra a mi hombro para no caerse.

—Uy, perdón. —Se ríe y apoya de nuevo la mano en su cadera.

—Tranquila. —Entorno los ojos.

—¿Te apetece unirte a la fiesta? Últimamente no estás en casa y me da a mí que te vendría bien tomarte un descanso del trabajo. —Un intenso rojo carmesí le tiñe las mejillas.

Cada vez que vuelvo de una misión o que estoy de permiso, Tillie aparece en mi puerta o en mi jardín. Probablemente esta sea la vigésima vez que rechazo sus insinuaciones desde que me mudé al vecindario.

—No —respondo al cerrar la puerta de mi camioneta.

Ella frunce el ceño y su sonrisa coqueta se desvanece de inmediato.

Presiono dos veces el botón de las llaves del coche hasta que suena un pitido y me aseguro de que está cerrado. Ella se queda allí plantada, esperando a que cambie de idea.

No lo hago.

Finalmente, capta la indirecta y vuelve a su casa. Por el rabillo del ojo, veo a un grupo de chicas rodearla en su jardín delantero. Esconden sus sonrisas, pero no me quitan el ojo de encima.

—¡Lo he intentado! —exclama Tillie más alto de lo que debería, por encima del barullo de la música estridente.

—Madre mía..., ¡está buenísimo! —dice una de las chicas.

—Los padres solteros son mi tipo —añade otra.

Acelero el paso con el cuerpo tenso.

¿Yo? Un hombre que ronda los cuarenta no tiene el más mínimo interés en que lo inviten a una fiesta para universitarios veinteañeros. ¿Qué cojones pinto yo en esa fiesta? Si lo primero que hago cuando llego a casa a las nueve de la noche es irme a planchar la oreja. Eso es lo que me va.

Niego con la cabeza al llegar a la puerta, cabreado con la idea de que esa niñata pensara que aceptaría su oferta. Sé que no lo ha hecho con mala intención, pero aun así...

Una paz momentánea me invade cuando abro la puerta de mi casa. Sin embargo, la sensación nunca dura demasiado. Un sentimiento de soledad me atraviesa la cabeza y el alma, haciendo añicos la esperanza de volver a escuchar sus voces dándome la bienvenida, como solían hacer. Han pasado años desde mi divorcio, pero cuando tienes una mujer y un hijo esperándote, esa sensación cálida nunca se desvanece por completo. Eso dejó una falsa esperanza permanente en mi corazón.

Lanzo las llaves sobre la mesa de la entrada y escucho el tintineo del metal contra la madera. Cierro la puerta y me quito el jersey, seguido de mi camiseta de camuflaje. Me voy desvistiendo a medida que me dirijo a mi habitación. Empujo la puerta y me quito del todo la camiseta. Solo me dejo puestas mis placas de identificación, que

cuelgan justo encima de la enorme cicatriz de bala que tengo en el pecho. Una bala casi me quita la vida cuando estaba de despliegue en África.

Me ruge el estómago cuando me siento al fondo de la cama perfectamente estirada. Empiezo a desatarme las botas. Siento que no me respiran los pies cuando las llevo puestas. Al quitármelas, me invade una sensación de alivio. Me muero de hambre, pero no tengo energía para ponerme a cocinar.

La misma mierda de siempre, pero en un día distinto. Llevo a cabo esta pequeña rutina antes de irme a trabajar a las cinco de la mañana. Hago la cama, preparo café y conduzco en la oscuridad con mi termo en la camioneta porque siempre me despierto antes de que amanezca. Así es como empiezan mis días.

Estos últimos meses no he tenido nada de apetito. Me he estado obligando a comer para ser capaz de mantener mi rendimiento. Siempre he sido así. Mantengo mi cuerpo en forma, listo para las misiones. Pero últimamente, por primera vez en mi vida, se me pasa por la cabeza la idea de mandarlo todo a la mierda, como si unos demonios se hubieran cargado mi actitud positiva. La muerte me ronda como una puta sombra cuando estoy solo y sin trabajar.

No obstante, no me animo a hablar de ello. La gente no habla de ello. Es tabú permitir que alguien sepa cómo te sientes al volver a casa después de todo lo que hemos visto: guerra, muerte, tortura... La culpa del superviviente. A veces, regresamos con cicatrices físicas que lo demuestran.

Después de quitarme las botas, me saco los calcetines y los lanzo al cesto de la ropa sucia.

Esta vida no es para todo el mundo.

Esta vida es dura.

Esta vida a veces es solitaria.

Pero no la cambiaría por nada del mundo.

Soy un soldado de las Fuerzas Especiales. He trabajado muy duro y me he sacrificado. Mi trabajo consiste en proteger y servir junto a mis hermanos, algo que es mucho más importante que uno mismo. He nacido para esto... aunque no es fácil, al igual que tampoco es justo.

Pongo las noticias y me quedo en calzoncillos. Me quito el reloj, guardo el cuchillo en mi mesita de noche y cierro el cajón. Sentado en el lado derecho de la cama, me cubro la cara con la mano y observo el nuevo trozo de madera que compré y que descansa sobre la mesilla.

¿Qué debería tallar ahora?

Se me dibuja una sonrisa en los labios y una sensación cálida y agradable me recorre el estómago cuando unos ojos color miel se me vienen a la cabeza. Una persona libre, segura y fuerte que sabe igual de dulce que su corazón. No puedo creerme que la besara. Rompí mi propia regla sin ni siquiera pensarlo dos veces. Y fue como un soplo de aire fresco.

El hecho de que sienta que no tiene familia me preocupa.

Penny mencionó algo sobre que su madre y su hermana la culpan por la muerte de su padre. ¿Qué clase de persona hace eso? ¿Echar de su vida a su hija por algo que, seguramente, no estaba en sus manos? Quiero saberlo todo sobre ella. Quiero saber por qué Adam y ella cortaron. Quiero saber qué la hace reír y si cree que tallar madera es un pasatiempo que le gustaría. ¿Le parecerá una estupidez? Penny y Adam nunca se molestaron en conservar las cosas que tallaba y que les regalaba, aunque yo sigo intentándolo. Quiero saber cuál es su color favorito. ¿Será el rojo? No he podido recuperar el aliento desde que la vi bailar con aquel vestido. Quiero saber cuál es su comida favorita. Quiero saber todos esos pequeños detalles que nadie más sabe.

«Pero no debo hacerlo».

Prometí que me mantendría alejado de ella. No se merece que le joda la vida con mis demonios y no puedo traicionar a Adam más de lo que ya lo he hecho. Aunque, al parecer, no soy el único que está engañando a alguien. Después de que Violet se fuera, apareció una chica joven. Reconocí su voz de inmediato. Era la chica que estaba en la cama con él cuando me llamó para pedirme que la vigilara. Trajo a casa a la chica con la que ha estado engañando a Violet después de que ella anunciara que lo habían dejado. Penny sabe que se ha estado acostando con otras a sus espaldas, pero finge delante

de ella como si nada. Yo no fui capaz de hacerlo. Me largué en cuanto la otra chica apareció.

Salgo de golpe de mi ensimismamiento cuando una alerta de última hora aparece en la pantalla.

«Los Navy SEAL han sufrido una emboscada en el extranjero».

Como era de esperar, mi teléfono empieza a sonar una y otra vez. El chat del grupo echa humo y mi breve descanso ha llegado a su fin.

Es hora de volver al trabajo.

DOS MESES DESPUÉS



Capítulo 26

Kade



Hace sesenta días me fui de misión ultrasecreta. Sesenta mañanas y sesenta noches en las que estuve en la otra punta del mundo. El trabajo es una obsesión. Años y años con el mismo estilo de vida, siempre concentrado en mi labor, mi forma de vivir. Sin embargo, por primera vez, hubo algo distinto que me acompañó y que no se ha ido.

«O alguien».

Es mi primera semana de regreso y me reciben con más trabajo. Tengo órdenes de asumir el mando en una misión en Oriente Medio y encontrarme con el grupo del que me han «obligado» a hacerme cargo.

Cuando entro por las puertas del pequeño edificio de la base, todos clavan su mirada en mí en el instante en que doy el primer paso. Booker está plantado en medio de la sala y el resto de los soldados permanecen sentados en sus pupitres escuchándolo. No lo he vuelto a ver desde el último día del curso. Me quito la boina verde de la cabeza y aprieto la mandíbula cuando la realidad me golpea. Este podría ser mi último año asistiendo a estas reuniones. Todavía sigo sin tener ni puta idea de qué hacer. La decisión de

retirarme o de pasar más años en el ejército pesa enormemente sobre mis hombros. Podría haberme retirado este año, pero algo me hizo cambiar de idea. No me parecía bien.

Todos se vuelven hacia mí y el corazón se me acelera cuando veo ese cabello negro que me resulta tan familiar. El rostro que me hipnotiza.

Violet Isla.

«Mariposa».

Está sentada en el lado derecho de la habitación, al lado de Anna Castle, cuyo nombre en clave es «Cuervo».

Quiero apartar la mirada, pero algo me obliga a observarla de nuevo. No es su expresión tensa, claramente sorprendida por mi presencia. No es la forma en la que su belleza natural me oprime la garganta cada vez que la miro. No..., no es nada de eso. Es el puto anillo de diamantes de su dedo anular lo que me enajena de rabia y confusión.

Juro por Dios que como signifique lo que yo creo...

¿Qué otra cosa podría significar? Lleva un anillo de diamantes. ¿Está comprometida? ¿Se va a casar?

Todo pasa muy rápido. Me basta con un solo segundo para analizarla. Ver que está comprometida, que se restriega los muslos uno contra el otro y ese gesto adorable que le aparece en las mejillas cada vez que me ve. Se pone roja y se queda paralizada, como una estatua.

Castle mastica el chicle más deprisa y tamborilea los dedos en su barbilla con una sonrisa radiante.

—Soldados, dad la bienvenida al sargento maestro O'Connell. Él asumirá el mando de esta operación. —Booker se aparta, con las manos detrás de la espalda.

Y así, de golpe, siento cómo me arrancan el alma del cuerpo. Sabía que formaba parte de este grupo, pero no pensaba que volveríamos a estar *tan* cerca de nuevo. Está en el equipo que me han asignado. Está por todas partes, y encima tiene la cara dura de llevar un puto anillo cuando rompió con mi hijo hace apenas un par de meses.

Aun así, aparto a un lado mis sentimientos encontrados y los vuelvo a guardar en el lugar donde ella me atormenta. ¿Es incómodo? Por supuesto. Pero ahora mismo no es el momento de perderme en mis pensamientos.

—Seré lo más breve posible porque necesito que todos regreséis a vuestras habitaciones, hagáis las maletas, descanséis y llaméis a vuestros seres queridos. Estaremos fuera bastante tiempo. Esta operación no se parece en nada a las que habéis presenciado antes, así que Booker y yo os lideraremos. Muchos de vosotros sois nuevos y os falta mucho por aprender. —Miro directamente a Violet y sus ojos tensos parpadean en cuanto lo hago—. Debemos encontrar a este hombre. —Señalo el proyector que se encuentra a mis espaldas, donde aparece la foto de un objetivo de alto valor—. Es responsable de asesinar y torturar a personas inocentes. Eso incluye a marines estadounidenses y a hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas británicas. También es el responsable de un ataque terrorista a la embajada de Estados Unidos que salió en las noticias hace un par de noches. Inteligencia nos lo ha confirmado.

Los informo de las expectativas de la misión mientras los miro uno a uno y memorizo sus caras. Después, expongo las normas. Nunca me acostumbraré a ver el mal que existe en este mundo. Cada misión es algo nuevo. Y por mucho que quiera proteger a Violet, no tengo derecho a intervenir. Ella sabe perfectamente dónde se ha metido. Sabe que cada vez que entramos en una zona de guerra es una situación de vida o muerte. Se lo advertí una y otra vez cuando era mi alumna.

Les detallo a todos el plan de ejecución, paso a paso, evitando mirar a la única mujer que me hace pensar demasiado.

¿Por qué dejé que se quedara en Carolina del Norte? Podría haberla mandado a la Costa Oeste, aunque, en el fondo, sé la razón por la que no lo hice. Y no es por lo que pasó en la ducha, ni por lo que ocurrió bajo el puente de aquella maldita playa.

Si ese fuera el caso, ya estaría en la otra punta del país, donde su presencia no me volvería loco, pero la realidad es que no puedo evitar querer protegerla, y eso es un problema bien gordo.

Booker interviene y termina la reunión por mí. Después, pasa por delante y me dice:

—Estamos a punto de localizar la amenaza. Por ahora, nos mantendremos en espera... hasta recibir esa llamada.

—Caos y Bestia juntos de nuevo en una misión. ¡Los chavales han vuelto! —exclama Booker con tono alegre al abrir la puerta de mi despacho.

—La próxima vez que entres en mi despacho, haz el favor de llamar, capullo —gruño mientras guardo mi último proyecto a toda velocidad. Abro el cajón y lanzo dentro mi pequeño kit de tallado antes de que vea en lo que estoy trabajando. Con el dorso de la mano, me sacudo las virutas de madera de los pantalones.

—Joder, hoy estás más gruñón que de costumbre. ¿A qué viene esa cara larga, vejestorio?

Hago una mueca y le dedico una peineta.

—Solo te saco dos años, cabronazo.

—Cómo me gusta cuando me hablas sucio —se burla. Pongo cara de enfado y me cruzo de brazos. Él saca su comida: un sándwich, una manzana y un Red Bull.

—Eso es malísimo. —Le robo el Red Bull, lo abro y le pego un trago.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Se encoge de hombros, despreocupado, saca otro Red Bull de su fiambrera y lo deja en el suelo, fuera de mi alcance.

—Madre mía, Booker, pero ¿cuántas bebidas energéticas llevas ahí? —Levanto una ceja, muerto de curiosidad.

—¿De verdad quieres hablar de cuántos Red Bulls llevo encima o prefieres hablar de cómo Violet se puso roja como un tomate cuando me levanté para darte la bienvenida? ¿Crees que le gusto?

Algo dentro de mí se resquebraja. El lápiz con el que golpeaba el escritorio se parte en dos cuando cierro el puño. El control que tenía se desvaneció la noche en la que la saboreé. Abro la boca antes de que me dé tiempo a contener la rabia que me sube por la garganta.

—Es la exnovia de mi hijo. Tienes prohibido acercarte a ella. ¿Te queda claro? —Es una advertencia lenta y clara, con un deje de rabia en cada una de sus sílabas. Lo señalo con el dedo y luego lo bajo.

«Mierda».

Antes de que pueda darle el primer bocado a su sándwich se queda paralizado. Se pone blanco y gira el cuello hacia mí con los ojos color avellana abiertos de par en par.

—¡Qué cojones! Kade..., ¿qué cojones? —Me estudia, a la espera de una explicación. Respiro hondo y me obligo a tranquilizarme—. ¿Y me lo dices ahora? ¿Que salía con Adam? ¡¿Desde cuándo lo sabes?! —Finalmente, le da un mordisco a su comida y mastica despacio. Se ríe entre bocado y bocado—. Me cago en la puta. Qué pequeño es el mundo.

Me levanto del escritorio y me acaricio la barba. Incluso mi mejor amigo está obsesionado con ella. Pero ¿con quién cojones está comprometida?

—¿Adam sabe de la misión? ¿Sabe que se va a casar?

Aprieto el alféizar de la ventana con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos. Cierro los ojos y bajo la cabeza. No me apetece hablar de Violet. No quiero pensar en ella.

No. Quiero. A. Violet.

—Prefiero no hablar de ella. Estamos a punto de salir en una misión, prefiero hablar de cualquier otra cosa.

—A sus órdenes. Aunque ahora entiendo por qué eres tan protector con ella.

—Booker... —Mi tono de voz se oscurece.

No le he hablado a nadie de aquella noche en la playa. No soy una persona que se abra con facilidad, y menos en lo que a mujeres se refiere. Creo que nunca seré capaz de aceptar lo que significó aquella noche. Será mejor para ella que se mantenga alejada de mí.

—Vale, vale. Te hago un resumen rapidito sobre la locura que es mi vida amorosa. Conocí a una chica que me interesa. Es dulce, independiente y muy divertida. Su humor negro pega con el mío —dice al hundir los dientes en su manzana roja.

—¿Qué pobre chica tuvo esa mala suerte? —me burlo.

—Se llama Katia. No la conoces. —Deja de masticar—. A menos que tu hijo también haya salido con ella —me provoca, fulminándome con la mirada. Cojo lo primero que pillo y se lo tiro. Esquiva la caja de pañuelos antes de que le dé en la cabeza y esta cae al suelo.

Estalla en carcajadas, lo que me arranca una sonrisa.

«Capullo».

—En fin, que me gusta esa sensación de tener a alguien por quien volver a casa. Aunque fue una mierda tener que decirle que me iría durante un tiempo y no poder contarle adónde ni cuándo volveré.

—Así es la vida —respondo, y cruzo las piernas.

—¿Y tú? ¿Has conocido a alguien? ¿Qué hay de Karen? Esa tía haría lo que fuera por que te casaras con ella.

—No, nadie. Lo mío con Karen nunca fue algo serio. Ella se merece a alguien que esté más disponible. —Miro por la ventana y lo que veo hace que apriete la mandíbula y se me tensen los músculos debajo del uniforme.

«Date la vuelta, Kade».

Tentado a sacar mi cuchillo, me giro y observo cómo mi mejor amigo se termina su almuerzo. Necesito distraerme antes de salir del edificio y hacer algo de lo que luego me arrepienta.

—Así que nadie, ¿eh? —Se sacude las manos antes de coger un pañuelo de la caja que le he lanzado. Se limpia la boca y guarda todo en su fiambrera. Al levantarse de la silla frente a mi escritorio, me sonríe con esos ojos avellana que ven a través de mí.

—Nadie —repito.

—Entonces, ¿por qué me ha parecido que ibas a partirme el cuello y a darme una paliza por decir su nombre?

—¿El nombre de quién? —replico. La pregunta es igual de afilada que una cuchilla.

—Sabes perfectamente de quién estoy hablando. Podrás colársela a los demás, Kade, pero a mí no.

Su expresión, antes juguetona, se vuelve seria.

Cojo un montón de papeles y empiezo a ojearlos, haciendo cualquier cosa para evitar hablar de mi vida privada.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Kade, eres mi hermano. Las has pasado putas y te mereces ser feliz. No lo olvides. Incluso si es con Violet.

Antes de que pueda decir una sola palabra para negarlo y soltar alguna estupidez, sale de mi despacho y cierra la puerta.

Capítulo 27

Violet



♫♪ *Love Me Harder – Ariana Grande*

Mi primera misión podría empezar en cualquier momento, y el silencio es pura agonía. Ha pasado más de una semana desde que Kade puso el pie en aquella habitación y, desde entonces, ha estado excesivamente distante. Es como si no soportara verme. Aunque ya han pasado meses, sigue dentro de mí, aferrándose a mi capacidad de respirar porque su recuerdo corre por mis venas... pero después, me duele el corazón, porque nuestra situación es muy cruel.

No tengo claro por qué Booker me pidió que repostara el Humvee, pero Kade quería asegurarse de que lo hiciera bien, así que ha venido conmigo.

El recuerdo de que me dijera que fui un error el día de mi cumpleaños alimenta la rabia que siento hacia él. ¿Por qué se rompió por mí? ¿Por qué me besó y me hizo sentir como la única mujer de su mundo? ¿Por qué fingimos en la playa si luego iba a tratarme como si no significara nada para él?

Y aun así, lo que más me duele es... ¿por qué tengo esperanzas? ¿Por qué anhelo su atención como una polilla atraída por la llama?

Odio estar a su lado y que él no me dirija la palabra. Quiero fastidiarlo. Quiero meterme bajo su piel igual que él ha hecho conmigo.

—Qué buen día hace hoy. Ni mucho frío ni mucho calor. El tiempo perfecto para salir a correr, ir al campo de tiro o, no sé, mantener una conversación con la persona con la que te irás de misión pronto —mascullo con sarcasmo.

Silencio.

Capullo. Sigue siendo un imbécil. ¿En qué momento se me pasó por la cabeza que podría haber cambiado?

—Cuando hicimos parada en Alemania, decidí viajar un poco. Me gusta conocer culturas, probar comidas nuevas, ver cómo es la vida en otros lugares. Las vistas desde distintos océanos y montañas. La historia y el arte me dejan sin aliento. Viajar te ayuda a convertirte en un cuentacuentos, ¿sabes? En parte, es una de las razones por las que me uní al ejército. He salido un par de veces con Castle. He visitado mercados locales mientras ella intenta ligar con los lugareños...

Silencio. Continúa mirando por la ventana a medida que nos acercamos a los barracones.

Intento atravesar su fachada fría, pero no funciona. Tengo que buscar otra forma.

—¿Por qué me asignaste en Carolina del Norte si ibas a tratarme como una mierda? Explícamelo.

—Te aseguro que te trato igual que a cualquier otro soldado bajo mi mando —murmura sin ni siquiera mirarme.

Resoplo recolocándome las gafas de sol en el puente de la nariz.

—¿En serio? Si tú lo dices...

—Sí, lo digo en serio. —Su voz grave resuena a través de su pecho —. Quizá te asigné en Carolina del Norte porque sé lo que se siente al perder a la única familia que te queda. ¿No se te ha pasado por la cabeza que quizá moví un par de hilos por la situación de tu abuela?

Finalmente, se vuelve hacia mí y yo intento procesar su arrebato.

—Si la única familia que me quedara se estuviera muriendo, me gustaría estar ahí e imaginé que querrías estar lo más cerca posible de ella. No es Greenville, pero es el puto puesto militar más cercano al hospital de tu abuela.

Se me forma un nudo en la garganta. Lo hizo para que pudiera pasar más tiempo con mi abuela. Recordó aquella conversación que tuvimos en la ducha.

No se le escapa nada.

—Para —gruñe.

Doy un pequeño volantazo, pero pronto recupero el control del vehículo.

Me giro para asegurarme de haberlo oído bien y sí: el demonio que va a mi lado me observa con su habitual mirada abrasadora. Sus pupilas se dilatan y los reflejos azules de sus ojos brillan.

¿Qué? ¿Ahora también me va a arrebatar esto?

—Soy perfectamente capaz de conducir el Humvee, O'Connell —le escupo, y sigo conduciendo. El corazón me va a toda velocidad. La sangre me retumba en los oídos y agarro con más fuerza el volante.

—Para. Ahora. Mismo —ruge con el mismo tono autoritario que empleaba en los entrenamientos.

¿Por qué está tan cabreado?

—¡No! ¡Ya no puedes darme órdenes!

—Serás terca. —De pronto, sus enormes manos enguantadas se posan sobre las mías y me obligan a girar hacia el aparcamiento junto al resto de los vehículos militares. Piso el freno justo cuando él se desabrocha el cinturón.

—¿Cómo se llama? —pregunta mirando en dirección a mi anillo.

Mierda. Se me ha olvidado quitármelo.

Niego con la cabeza. ¿De verdad no lo sabe? No debería sorprenderme. ¿Por qué Adam habría empezado a abrirse con él ahora?

«No digas nada».

—No es asunto tuyo.

—¿Lo conozco?

—¿Qué más te da? No soy más que un error, ¿recuerdas?

La oscuridad se cierne sobre nosotros, como una sombra. Su aura ha cambiado por completo y se ha vuelto posesiva.

—¿Quieres fingir que no significó nada para ti? —dice con voz rota. Es entonces cuando me fijo en sus ojeras. ¿No está durmiendo bien?—. ¿Quieres fingir que no te gustó que presionara mi cuchillo contra tu garganta? ¿Que aquella noche no te puso cachonda? ¿Que ahora mismo no estás empapada, Mariposa?

Aquella noche lo significó todo. Despertó algo dentro de mí que ni siquiera sabía que existía. Una sensación de necesidad y desesperación provoca un nudo en mi interior cuando me recuerda cómo dejó su huella en mí aquella noche.

—¿Quieres fingir que te has olvidado de que ya no volverás a sentir lo mismo con cualquier otro hombre?

Me late el clítoris cuando entrecierra los ojos y me mira con diversión.

—Déjame recordártelo —me amenaza.

—Kade... —le advierto—. Ni se te ocurra tocarme si pretendes huir y decirme que soy un error al día siguiente. Ni se te ocurra tocarme si no estás preparado para ser un hombre y reclamarme de verdad.

—Oh, yo no soy uno de esos tíos que se enamora a la primera de cambio. —Señala el anillo que llevo en el dedo con su cuchillo—. Soy un hombre que va a reclamar todos tus agujeros y te hará olvidarte de quién te puso ese anillo sin sentido en el dedo.

Sus ojos caídos se encuentran con los míos. Se me corta la respiración. Kade no habla mucho, pero las palabras obscenas que salen de su boca hacen que se me empapen las bragas. Me muerdo el interior del labio, él respira de forma agitada, al igual que yo.

No tiene derecho a hacerme esto, a jugar con mis sentimientos y después desaparecer. Si de verdad me desea tanto como yo a él, tendrá que demostrarlo.

—No te atrevas a huir de mí esta vez —gruñe.

—¿Estás seguro de que soy yo la que huye? —replico, levantando una ceja.

Sé que hui la noche de mi cumpleaños en la casa de Penny, pero lo hice porque no fui capaz de lidiar con su rechazo. Es él quien me da la patada porque le da miedo lo que le hago sentir.

—Sí —responde de forma tajante.

—No te creo. —Apago el Humvee, salto del vehículo lo más rápido que puedo y corro hacia el edificio más cercano. No sé qué estoy haciendo, pero lo que sí sé es que me arde la sangre.

«Quiero derretirme.

»Quiero dejarme llevar.

»Quiero que me recuerde lo bien que se siente uno al infringir las reglas».

Sin remordimientos. Despiadado. Cruel.

Creo que se toma la vida demasiado en serio y que todavía es capaz de sonreír a pesar de haber pasado por momentos muy oscuros. Booker no entró en detalles, pero me gustaría hacerlo reír de nuevo y que se dé cuenta de que no soy tan mala.

Me meto dentro de un armario de medicinas, lleno de kits y suministros. Cierro la puerta con llave y me muerdo el labio. Retrocedo hasta que mi espalda golpea un estante y me sobresalto del susto. Sus pasos fuertes y pesados resuenan detrás de mí mientras me persigue.

¿Qué coño estoy haciendo?

¿Y por qué me pone tanto que me persigan?

Dos fuertes golpes sacuden la puerta.

El corazón me va a mil, pero no respondo. Siento una presión entre mis muslos al ver cómo el pomo de la puerta se sacude. Debería sentirme mal, aunque no lo hago. Lo deseo. Lo he deseado desde la primera vez que lo vi. Lo deseé incluso más cuando me demostró que yo era más fuerte que mi miedo. Nadie me entiende como él. Nadie me escucha ni me ve como él lo hace, ni me lleva más allá de mis límites.

Lo. Quiero. A. Él.

Me vibra el móvil. Lo saco del bolsillo y entrecierro los ojos ante el mensaje ominoso y amenazante. Todavía no tengo su número guardado. Él tiene el mío porque Booker creó un grupo para la misión.

Número desconocido:
¿Crees que una puerta me detendrá?

Yo:
Es tu última oportunidad, Kade. Si me quieres, tendrás que demostrarlo. Vete. No eres un hombre de palabra.

Espero en silencio durante los siguientes cinco minutos sin apartar la vista de los mensajes. No aparece nada en la pantalla, ni siquiera un «Escribiendo», y un sentimiento de decepción me invade. Aprieto los labios en una mueca y me desplomo contra los estantes.

De verdad se ha ido.

Pues claro que lo ha hecho.

Bloqueo el teléfono y abro la puerta. Conteniendo la respiración, espero escuchar algún ruido, pero no ocurre nada. Giro el pomo, salgo al pasillo y muevo la cabeza hacia la derecha. La pequeña clínica del recinto está cerrada. Aquí no hay nadie. La diminuta sala de espera está llena de sillas vacías. No hay ni una sola persona detrás del mostrador. El único sonido es el fuerte zumbido del aire acondicionado corriendo a través del techo.

Una sombra me envuelve y reacciono al instante. Cierro la puerta delante de Kade una vez más y la vuelvo a cerrar con llave. Me tiemblan las manos por la emoción y el sentimiento de venganza a medida que me alejo de sus golpes furiosos. Respiro de forma agitada, llena de deseo.

La estancia se queda en silencio. Levanto una ceja.

¿Se ha rendido?

Entonces, la puerta se hunde hacia dentro.

Kade ha echado la puerta abajo de una patada.

Hostia puta.

Sabía que, si de verdad quería, lo haría.

Antes de que pueda dar otro paso, me rodea la garganta con su palma áspera mientras que con la otra mano acalla mi grito. Me empuja dentro del armario y le pega otra patada a la puerta rota para cerrarla de nuevo y dejarla entreabierta.

—No te diré cómo me siento, te lo enseñaré. ¿Te parece que así seré lo suficientemente hombre? —Su mirada hambrienta recorre todo mi cuerpo. Famélica. Demente.

—Enséñamelo —lo desafío.

Sus preciosos ojos se oscurecen y se le marcan las arrugas que los rodean cuando sonríe.

—De rodillas. —Presiona sus labios contra los míos. Lucho contra él, pero no cede. Quiero que luche por mí con más ganas.

—¿No somos más que un chico y una chica cualquiera dentro de un armario? —pregunta, rompiendo el beso. Tengo los labios hinchados de lo fuerte que me está devorando. Se quita el cinturón y sonríe—. ¿Como en la playa?

—¡Kade! ¡Pensaba que no podíamos hacer esto! ¡Nuestras carreras! ¡Tú mismo lo dijiste!

Mis palabras salen amortiguadas entre sus besos hambrientos. Su lengua reclama mi boca y yo quiero morderla y chuparla. Me ignora y gime cuando me aprieta el culo y presiona su entrepierna contra mí.

—¡¿Por qué?! —grito.

—¿Por qué qué? —me espeta.

—¡¿Por qué has decidido ceder ahora?!

—Quizá no me gusta que lleves un anillo. Quizá no me gusta que disfrutes con una polla que no es la mía. Quizá no me gusta la idea de que vayas a casarte cuando apenas acabas de alistarte. Sucede con demasiada frecuencia: soldados que se casan justo después de graduarse. Odio verte tomar esa decisión tan cliché.

—Como ya te he dicho, eso no es asunto tuyo —replico.

Está celoso.

—Dime que no echabas de menos esto. —Siento cómo tira de mis pantalones. Desliza dos dedos debajo de mis bragas mojadas y empieza a acariciarme el clítoris—. Dime que en todos estos meses no has pensado en mi polla ni en mis dedos.

—¡No lo he hecho! —respondo con firmeza y gesto serio, luchando contra la verdad.

Una mentira que sale de mi boca sin esfuerzo pero que me provoca un vuelco en el corazón.

Pienso en él cada noche. Sus brazos, su voz y su olor son las anclas que me hunden plácidamente en un sueño profundo. Y

cuando me despierto, quiero volver al lugar donde podemos estar juntos, aunque solo exista en mis sueños.

Puede que sea estúpida por sentir esto por él tan pronto, pero necesito aferrarme a algún tipo de luz en mi oscuridad.

Se echa hacia atrás y yo caigo de rodillas. Le permito tomar el control. Lo observo, absorto en su mundo, un mundo donde no hay reglas. Un lugar que solo nosotros conocemos.

—Supongo que tendré que follarme esas mentiras, Violet. —Sonríe y empieza a desabrocharse los pantalones, que le caen a la altura de los tobillos. Su polla dura queda a la vista. El líquido preseminal brilla en la punta y quiero probarlo. Me quedo mirándola, asombrada por su tamaño—. Escúpele, nena. Mójala bien.

Me golpea la mejilla con ella varias veces y me la restriega por los labios, como si me estuviera pintando.

Todavía sigo cabreada por llamarme error y por su comportamiento tan cambiante conmigo.

—Como me la metas en la boca, te la arranco. Quiero que te disculpes por lo que me dijiste.

Me tira de la coleta hasta que mi mirada se encuentra con sus ojos fríos y severos. Gruño de dolor, pero ¿cómo sabe con tanta certeza qué hacer para provocarme? La cicatriz larga y profunda que le recorre el ojo derecho se arruga cuando sonríe.

—Atrévete a usar los dientes y no será tu boca lo que me folle, sino el fondo de tu garganta. ¿Te sirve eso como disculpa?

Me encanta cuando es así de cruel conmigo.

Me la mete en la boca y el clítoris me palpita.

—Es pequeña —escupo con rabia, aunque en realidad debería ser ilegal tenerla tan grande. Lo estoy provocando a propósito porque, cada vez que me comporto como una niñata, me castiga.

La lamo como si estuviera hecha para mí. Su sabor hace que me entren ganas de devorarlo hasta ver las estrellas. Empieza a follarme la garganta con fuerza, con gruñidos y gemidos. El dolor se dispara por mi piel, como si quisiera que recordara este momento durante el resto de mi vida. Joder, quiero que él también recuerde este momento toda su vida. Me gusta demasiado. Lo sé.

—Si tan pequeña es, ¿por qué se te caen las lágrimas?

Gorjeo a causa de su grosor y él continúa embistiéndome con dureza.

Una sensación cálida me resbala por las mejillas, se me corre la máscara de pestañas y empiezo a ver borroso. No se detiene y me tapa la nariz para que no pueda respirar.

«Capullo».

Gimo y mis músculos se contraen, pero él me pega una bofetada que me aturde y hace que me moje más. Aunque me pega con fuerza, no es suficiente como para que me duela, pero sí para que me ponga más cachonda.

¿Las bofetadas me ponen? Desde este momento, sí.

Entrecierro los ojos y fulmino con la mirada esos hipnotizantes ojos azul pálido y verde oscuro.

—¿Por qué no hablas? —me provoca tirándome de la coleta con más fuerza, y yo se la chupo con más ganas—. Tal vez, si dejaras de quejarte tanto y admitieras que me has echado de menos, me pensaría lo de dejar que te corras —me dice con frialdad, admirando cómo me ahogo con su tamaño.

He echado de menos su sabor. Nadie me ha hecho sentir lo que él me hace sentir. Sus huevos rebotan contra mi barbilla, lo que me excita todavía más.

—Dime que me has echado de menos. Grítalo.

La saca lo justo para dejarme hablar y mover la lengua antes de embestirme de nuevo. Se la chupo con más fuerza, saboreo cada vena y la forma de su polla. Es adictivo. Podría tirarme toda la noche chupándosela si me dejara.

Se echa hacia atrás y me destapa la nariz.

—¡Te he echado de menos, capullo!

Vuelve a meterme su enorme miembro en la boca. Me dan arcadas, pero recupero la compostura rápidamente. La forma en la que se mueve, su necesidad posesiva y bruta de poseerme... me vuelve loca.

La saca de mi boca, cubierta de saliva, y me acaricia los labios con la punta.

—Me apuesto lo que quieras a que, si te quito las bragas ahora mismo, estarás empapada, suplicando que te folle. O quizá debería

follarte por detrás mientras tu coño llora por mí. Quizá entonces suplicarías y lo pedirías por favor, como una buena chica.

¿Anal? Nunca lo he probado, pero Kade consigue que me provoque curiosidad. Tiene una polla preciosa y me gustaría que me follara de todas las formas posibles.

Le masajeo los huevos y lo miro. Él frunce el ceño y refuerza su agarre alrededor de mi pelo. Me la trago entera, sin parar.

—Joder —gruñe—. Qué pena que tu coño esté prohibido, porque me muero de ganas de follarte hasta que me supliques que pare, y cuando lo hagas, te follaré un poco más fuerte.

Me embiste más rápido y me provoca arcadas. Sonrío mientras me ahoga.

—Más fuerte, Kade.

El sonido de mi boca alrededor de su polla, chupándola, saboreando su sabor... todo lo que envuelve a Kade... hace que tenga ganas de tocarme. Aprieto los muslos mientras me folla la garganta hasta que me caen lágrimas por las mejillas y la saliva me gotea de la barbilla. Él chasquea la lengua y niega con la cabeza. Me aparta los muslos con su bota y me pega un manotazo para que no baje la mano hasta mis bragas. Sus embestidas se aceleran hasta que siento un líquido cálido bajándome por la garganta. Se corre dentro de mi boca con un fuerte gruñido y sus movimientos se vuelven más lentos, pero no sin antes metérmela hasta el fondo.

En cuanto la saca, me trago hasta la última gota.

—Buena chica —jadea. Se la guarda dentro de los calzoncillos y se abrocha los pantalones. Estoy empapada. Me sonríe con crueldad y me agarra por la mandíbula mientras continúo de rodillas.

—¿Quieres correrte, Mariposa? —Su voz está cargada de desdén.

Asiento con impaciencia.

Sonríe de oreja a oreja y se inclina hacia mí. Me preparo para su beso hambriento. Estoy preparada para suplicar, a la espera de que acorte la distancia que nos separa. En cuanto su aliento acaricia mis labios, me obliga a abrir la boca con sus dedos. Parpadeo, pero le permito tomar el control de mi boca y me escupe.

Me escupe en la boca.

Con los ojos abiertos de par en par, lo observo.

—Traga. Eso es todo lo que obtendrás por mi parte hasta que me des un nombre.

Me levanto, trago y le doy un empujón con el hombro al pasar junto a él mientras vuelve a ponerse el cinturón.

Mi móvil empieza a sonar y él frunce el ceño.

«Castle».

No ha parado de llamarme y de enviarme mensajes en los últimos veinte minutos. Habíamos quedado para salir. Es nuestro último fin de semana de libertad antes de la misión y le prometí que bajaríamos a la hoguera y jugaríamos al Catan.

—¿Es tu futuro marido? ¿Vas a decirme quién es de una vez? —me pregunta con voz grave y ronca, teñida de un sentimiento de deseo.

—¿Y qué si lo es? —escupo, algo molesta.

«Silencio».

Con la mano sobre el pomo de la puerta, preparada para huir del villano al que he llegado a admirar, me giro para observarlo por última vez. Él no me mira. Se pasa una mano por la barba y termina de abrocharse el cinturón.

—Tengo que irme. —Me doy la vuelta, pero antes de que pueda siquiera abrir, envuelve su mano alrededor de mi garganta. Me estrella contra la pared y yo le araño las muñecas. Aunque actúa con brutalidad, es lo suficientemente cuidadoso como para no hacerme daño de verdad.

Dominante, pero preciso.

Peligroso, pero seductor.

—Todavía no he acabado contigo —murmura contra mis labios y me aprieta más fuerte—. Como hables con ese capullo, echaré tu puta puerta abajo durante la noche y te follaré hasta que te duelan las piernas y te escueza el coño. Será mi semen el que gotee de tu vagina cuando hables por teléfono con tu prometido.

—No me lo creeré hasta que lo vea.

—¡¿Isla?! —grita la voz distante de Castle, lo que provoca que Kade retroceda. Antes de que me suelte, lo agarro por la muñeca, me meto uno de sus dedos en la boca y lo chupo.

Él gime y esos hermosos ojos caídos se oscurecen.

Me saco el dedo de la boca y sonrío.

—Disculpas aceptadas.

Salgo corriendo de la habitación y dejo a Kade con las mismas ganas que yo.

Capítulo 28

Kade



♫♪ *Hurt – Johnny Cash*

Violet se marcha cuando oímos los lejanos gritos de Castle fuera de la clínica. Me quedo dentro del armario y espero un par de minutos antes de salir para no levantar sospechas.

Me saca de quicio. A estas alturas, estoy convencido de que lo hace a propósito. Ojalá fuera lo suficientemente fuerte como para decirle que no la deseo, pero sería una puta mentira. Me encanta su cabezonería. Una pequeña mariposa testaruda... *mi* pequeña mariposa testaruda.

Pienso averiguar quién es ese hombre y me aseguraré de que evite cometer un error garrafal como es el matrimonio. Si tengo que arrancarle ese puto anillo del dedo yo mismo, lo haré. Pero no cometerá el mismo error que yo: creer que los matrimonios son para siempre, especialmente cuando trabajas en Operaciones Especiales. No quiero que siente cabeza todavía.

Salgo del edificio en el que me he follado la boca de Violet. Doy un paso y me encuentro con Booker, que sonríe de oreja a oreja.

Mantengo mi expresión seria lo mejor que puedo, saco mis gafas de aviador y me las pongo.

—¿Ya le has echado gasolina a la camioneta? —me pregunta con un chicle en la boca. Se le mueve el bigote al mascar con una sonrisa socarrona.

—Sip.

Me llevo la mano al bolsillo de los pantalones para coger un cigarro cuando Booker me alcanza. Se está poniendo el sol. Caminamos en dirección a nuestros alojamientos; una brisa fresca y seca nos atraviesa. Contemplo el contorno de las montañas sobre el cielo rosa y morado.

—¿Ya te han vaciado los huevos?

Me paro en seco y le lanzo una mirada asesina. No necesito quitarme las gafas de sol para saber que está forzando la situación. Aprieto la mandíbula y lo miro con el ceño fruncido. Él levanta las manos en señal de rendición y se ríe por lo bajo. Mi silencio le sirve de advertencia.

—Como no cierres la puta boca, te mato —gruño.

Me llevo el cigarro a los dientes y lo enciendo.

Él se encoge de hombros.

—En cualquier caso, he venido a buscarte porque Delta quiere sacar a algunos miembros del equipo para llevar a cabo una misión humanitaria mañana. Solo serán un par de horas.

Echo el humo y niego con la cabeza.

—No me hace gracia.

Tengo un mal presentimiento.

—A mí tampoco. —Se encoge de hombros y me roba un cigarrillo.

Estiro el cuello a ambos lados hasta que me crujen los huesos y ese familiar estrés de la guerra me recorre las venas.

—Violet no irá —afirmo, y le doy otra calada al cigarro. Booker levanta una ceja y me mira—. Si se ofrece como voluntaria cuando se lo anuncies mañana al equipo, asegúrate de que no esté en esa lista.

No quiero que vaya a ningún sitio en el que yo no esté.

—Entendido, sargento maestro.

Esta noche todo el mundo está en la zona de reunión. Bebiendo, viendo películas y charlando. Yo, en cambio, estoy solo en mi despacho, volviéndome loco.

Me gusta estar solo, me he acostumbrado a la soledad desde mi divorcio. Al llevar tanto tiempo en el ejército, me he adaptado a un estilo de vida tranquilo y sin sorpresas. Mi madre y mis hermanos viven en Colorado y yo llevo destinado en la Costa Este desde que me alisté. Hace tiempo que no los veo, pero me envían provisiones para cada misión.

Nunca me importaron las mujeres con las que echaba un polvo de vez en cuando. Ni siquiera me molestaba en aprenderme sus nombres ni me interesaba si estaban poniéndole los cuernos a alguien. Sinceramente, eso no es asunto mío, y tampoco he desarrollado nunca sentimientos por otra persona que no sea mi exmujer.

Pero Violet Isla me ha arruinado la vida al permitirme saborearla.

¿Con quién cojones está comprometida?

Le doy la vuelta a mi próxima escultura de madera y me concentro lo máximo posible para hacer los últimos detalles con una pequeña cuchilla. Tallar madera siempre me relaja, pero, en esta ocasión, no está aliviando mi necesidad de saber qué se le está pasando por esa preciosa cabecita. El matrimonio es una palabra de diez letras de pura basura. Es una palabra de falsas esperanzas, porque comprometerte con otra persona es tan absolutamente deprimente como suena. Si puedo evitar que alguien, más concretamente Violet, caiga en ese falso compromiso, lo haré.

Con cada segundo que pasa, me estreso todavía más. Sigo tallando la madera con fuerza, en profundidad, concentrado y perdido en mis pensamientos mientras la interpretación de *Hurt* de Johnny Cash continúa sonando. Muevo la pierna arriba y abajo sin parar.

«Joder, necesito otra copa».

Cojo mi vaso lleno de *whisky* y me lo bebo de un trago. El líquido me quema la garganta mientras apoyo el vaso de nuevo sobre el escritorio con más fuerza de la que debería.

Por algo la tasa de divorcios en parejas de Operaciones Especiales es tan elevada. ¿Quién en su sano juicio quiere esperar meses o años a que su pareja vuelva a casa? ¿Quién quiere someterse a días y noches en soledad, en una base lejos de casa, mientras se preocupa por si sus compañeros están vivos o muertos?

A medida que tallo más profundo y rápido, siento que el volumen de la canción va bajando lentamente. Vuelvo a estar en Carolina del Norte, tengo veinticuatro años y revivo el día en el que perdí mi razón de ser.

—Por favor... no me hagas esto exhalo cuando mi garganta amenaza con cerrarse. La mirada que encuentro en los ojos de Penny me confirma que hace tiempo que se ha ido, y esto es lo que me encuentro al volver a casa.

Una casa vacía. Una esposa vacía.

—Lo siento, Kade. Me he cansado de esperar. Me he cansado de llorar hasta quedarme dormida. —Echa un vistazo alrededor de la casa desierta antes de clavar sus ojos en los míos, como si estuviera preparada para irse—. Me cabrea... —Se detiene con una expresión seria. La frialdad de sus palabras, la crispación con la que las pronuncia me arrastran a un estado de desesperación. No la reconozco. Ni a ella ni a este nuevo tono de voz que usa cuando me mira. Ya no es mi amor del instituto. Es una desconocida que no soporta ser la esposa de un operador de las Fuerzas Especiales durante un solo segundo más.

—¿Qué te cabrea? —gruño con los dientes apretados. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no aparto la mirada del botellín de cerveza. Odia que beba, aunque creo que después de luchar por mi vida, presenciar los horrores de la guerra hace menos de cuarenta y ocho horas y encontrarme con que las cosas de mi hijo y de mi mujer ya no están en nuestro hogar, me lo merezco.

Al coger la botella, me fulmina con la mirada. Necesito que termine la frase. Aunque las verdades duelan, necesito que lo diga.

—Creo que ya lo sabes —responde al coger las llaves del coche.

Trago saliva con dificultad, se me forma un nudo en la garganta que no soy capaz de evitar.

—Dilo, Penny. —Levanto una ceja y aprieto los labios. Separo más las piernas y planto mis botas en el suelo como si estuviera a punto de levantarme.

Fuerzo una sonrisa sin vida y ella frunce el ceño con dureza. Apoyo los codos sobre la mesa del comedor, agito la mano delante de mí y el botellín de cerveza se balancea.

—¿Qué te cabrea, mi amor? —Me aclaro la garganta antes de desmoronarme.

«Los hombres no lloran. Sé un puto hombre. Nosotros no lloramos».

Oigo las palabras de mi padre en el fondo de mi mente. Las mismas que me decía antes de darme una paliza.

Penny me mira con intensidad. A estas alturas la conozco demasiado bien y mi ahora exmujer nunca se ha mordido la lengua, por lo que esto me va a doler más de lo que jamás le reconoceré.

—Tú me cabreas, Kade. No quiero tener que volver a esperar a que un hombre vuelva a casa. Mi hijo se merece a un padre presente. ¡Y tú siempre estás fuera! Durante tu ausencia me he desenamorado de ti. Ya no puedo soportarlo más. Solo me quedé contigo porque no tenía otro lugar a donde ir, no porque te amara. —Hace una pausa de nuevo y se frota los nudillos por el rostro cubierto de lágrimas—. ¿Y todo para qué? ¿Para que te pierdas cinco de sus siete cumpleaños? ¿Para pasarme casi todas las Navidades y aniversarios sola porque estás trabajando?

—Es mi...

—¿Para tirarme las noches pensando en cómo habría sido mi vida si hubiera decidido dejarte al acabar el instituto en lugar de casarme contigo?

—¡Es mi trabajo! Soy un operador especial, un soldado que daría la vida por su familia. He estado a punto de perderla más veces de las que soy capaz de contar. ¿Y tú me lo echas en cara?

Penny tiembla y se lleva las manos al pelo, como si quisiera arrancárselo.

—¡No me gusta tu trabajo! ¡Ya no te quiero! ¿Es que no lo entiendes? Odio haber desperdiciado los últimos siete años de mi vida contigo. ¡Eres un padre de mierda!

—Ni se te ocurra decirme eso. Quiero a mi hijo y sabes que también te quiero a ti. Cuando estoy en casa, me paso todo el tiempo con vosotros. Y si me voy es porque es la forma que tengo de manteneros a ambos. Os he cuidado para que tengáis todo lo que os haga falta. ¿De verdad crees que a mí no me mata el no estar en casa? Pienso en vosotros todas las noches justo antes de quedarme dormido. Vosotros sois la razón por la que lucho con todas mis fuerzas para volver a casa. Yo...

—Me acosté con él. —Penny camina en círculos, como si se sintiera avergonzada de sí misma... o cansada de ocultar su secreto.

Se me rompe el corazón.

—¿Qué? ¿Con quién?

—Ya me has oído.

—¡Me cago en la puta, Penny! ¿Con quién? —grito, y pego un puñetazo en la mesa. Mis emociones me están sobrepasando. Respiro hondo y aprieto la mandíbula.

Un silencio inquietante se instala entre nosotros mientras me recompongo. No aparta sus ojos marrones de mí, pero puedo notar que está satisfecha consigo misma.

—Qué más da —se burla. La miro a los ojos y sonríe. Yo estoy hecho una puta mierda y ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Pues claro que no me lo va a decir.

—Tienes razón. Supongo que no le debes una explicación al hombre al que prometiste amar hasta que la muerte os separara, ¿no?

Últimamente, cada vez que volvía a casa, la notaba distante.

—Ya no te amo, Kade. Sinceramente, creo que nunca lo he hecho. Gracias por darme a mi hijo. Pero me arrepiento de haber perdido todos estos años de mi vida esperando a que volvieras a casa, y ahora... —Camina hacia la puerta de entrada, se cuelga el bolso del hombro y niega con la cabeza antes de salir—. Ya no tendré que seguir haciéndolo. Cuídate. Pero no dejaré que veas a Adam durante un tiempo.

—¡Penny! ¡Es mi hijo! ¡No me hagas esto! Y, sobre todo, no se lo hagas a él. Soy su padre. Es mi niño. —Me pongo de pie con un grito ahogado.

—Tengo que hacer lo que es mejor para él y creo que mantenerle alejado de ti le proporcionará estabilidad.

—No me lo quites —suplico, intentando ganarme su compasión. Aunque sé que no quiere concedérmela. Sigue caminando hacia la puerta. Da pequeños pasos y yo me quedo quieto. Los rayos de sol se filtran a través de las persianas y brillan contra mi alianza.

Esto. Duele. Una. Barbaridad.

—Necesito que me digas una cosa, cariño. ¿Llevabas puesta la alianza mientras te acostabas con él? —Entorno los labios, le doy otro trago a mi cerveza y clavo la vista en su mano.

¿Se lo tiró mientras a mí me disparaban? ¿O mientras cargaba el cuerpo sin vida de un niño después de un bombardeo?

—¿Te acostaste con él mientras a mí me partían la cara? —Me levanto la venda que me cubre el rostro y la lanzo al suelo. Mi herida más reciente la hace estremecerse, como si le pareciera un monstruo. Se queda quieta y aparta la mirada sin ningún ápice de remordimientos—. ¿Vuelvo a casa cubierto de sangre y cubierto de vendas y ni siquiera te interesa saber si estoy bien o cómo me hice todo esto?

Silencio.

Pone los ojos en blanco.

No tiene corazón.

—¿Dónde lo hicisteis, eh?

Hace una mueca.

—¿En nuestra cama? —Se me cae una lágrima—. ¿En nuestro sofá?

Ella sacude la cabeza, como si quisiera que deje de hablar. Abre la puerta y da un paso hacia fuera. Cojo mi cerveza y me bebo hasta la última gota.

—Tú eras mi mundo y mi hijo todavía lo es. ¿Cuándo dejé yo de ser el tuyo?

Me dirige una última mirada vacía con sus ojos marrones. Se echa el pelo castaño por encima del hombro y resopla, como si no le

importara ni lo más mínimo haberme hecho sentir indigno de tener un hogar..., una familia.

—Nunca lo fuiste. —Se encoge de hombros—. No eres un buen padre ni un buen marido. Nunca te casaste conmigo. Siempre has estado casado con tu trabajo.

Mi corazón se rompe un poco más. Frunzo el ceño y miro nuestra foto de bodas que descansa sobre la mesa: dos jóvenes de dieciocho años, con Adam en mis brazos. Nos casamos justo después de que él naciera.

Justo después de que yo me alistara en el ejército, nos casamos. Observo aquel momento capturado tras la graduación y sonrío al recordarlo. Una parte de mí siempre sintió que nos faltaba algo. Como si supiera que no era mi alma gemela. Sin embargo, lo pasé por alto para poder darle a ella y a mi hijo el mundo entero.

—Siempre he sido bueno contigo... —Clavo la vista en mi alianza y la giro entre los dedos y..., entonces, me doy cuenta. Nunca podré darle a mi hijo una familia completa.

Nunca volveré a llevar puesto este anillo y juro que nunca volveré a comprometerme con alguien.

—Adiós, Kade.

El dolor me golpea cuando, por accidente, me clavo el cuchillo en el dedo, lo que me saca de golpe del recuerdo que me convirtió en el hombre que soy hoy en día. La sangre brota del corte de inmediato y la madera se mancha de huellas rojas. Con una rabia ciega, arrojo el trozo de madera al cubo de basura que hay al otro lado de la habitación y cae con un golpe seco.

«¡Joder!».

Tiene que ser perfecto, pero no consigo sacármela de la cabeza. Su existencia me atormenta. Me pongo de pie, cojo la botella de *whisky* y le pego un trago. Camino de un lado a otro de la habitación mientras me preparo para elegir otro trozo de madera y ponerme manos a la obra.

Tiene que ser perfecto.

Me cae un reguero de sangre por el brazo y, aun así, no siento dolor. Me entrené para no sentir nada. Llevo casi veinte años en esto y soy capaz de hacer lo que haga falta sin necesidad de romperme.

Cojo una toalla y la uso como gasa hasta que pueda ocuparme del corte en condiciones, ya que tengo todo el equipo médico en mi habitación. La enrollo alrededor del corte con fuerza hasta que está bien ajustada y corto el resto del tejido. Después de unos segundos, la presión detiene el sangrado y yo ya estoy listo para ponerme a tallar de nuevo. Cuando agarro el cuchillo, el mango golpea sin querer una pila de papeles.

—Mierda —mascullo, y dejo caer la hoja al suelo y me arrodillo para recogerlos. A medida que los vuelvo a ordenar, veo los rostros de los soldados y las víctimas asesinadas por El Cirujano. Ese monstruo es responsable de demasiadas muertes. Solo una persona logró escapar de sus garras, un Navy SEAL al que llaman «Criatura».

Todos los demás fueron torturados y brutalmente asesinados. Cualquier persona preferiría estar muerta antes que caer en sus manos. No obstante, cada vez estamos más cerca de encontrarlo. En cuanto Inteligencia nos dé sus coordenadas, llevaremos a cabo un plan para capturarlo con vida.

Después de trabajar en mi proyecto secreto durante media hora sin ninguna otra herida autoinfligida, me dirijo a un edificio que no es el mío. Necesito terminar lo que empecé antes. Cada paso que doy tiene un propósito implacable. Avanzo hacia un destino que me condenará al infierno, pero soy incapaz de resistirme a la atracción magnética que ejerce sobre mí.

Estoy a punto de hacer algo que jamás había hecho por una mujer.

Capítulo 29

Violet



El primer día que me asignaron a este equipo fue el día que descubrí que Castle y yo trabajaríamos juntas. Es una chica alta, guapa y sin pelos en la lengua. Tiene una melena rizada y pelirroja, y la nariz y las mejillas cubiertas de pecas. La conocí en el baño de The Drunken Shell. Tiene más experiencia que yo, ya que lleva cinco años en las Operaciones Especiales. Es de mente abierta y de corazón compasivo. Ha trabajado muy duro para llegar a donde está y le encanta su trabajo.

—Bueno... —Castle se lanza un cacahuete a la boca y me estudia desde el otro lado de la mesa. Se quita el coletero y se le deshace el moño apretado. El pelo rojo y rizado le cae sobre los hombros. Yo guardo todas las piezas dentro de la caja roja y amarilla mientras se termina su comida.

—¿Qué? —Me muerdo el labio e intento con todas mis fuerzas dejar de pensar en lo que pasó en el armario hace un rato.

Después de que Castle me pegara una paliza al Catan y de beberme cuatro cervezas, me siento más viva que nunca. La culpa que mi madre y mi hermana cargaron sobre mis hombros por la muerte de mi padre ha desaparecido. El último mensaje que recibí

de mi abuelo decía que la abuela se encuentra bien y que ha vuelto a casa por primera vez desde hace meses. Y, además, he besado al hombre con el que he estado soñando durante los últimos tiempos. En realidad, hice mucho más que besarlo y me siento en una nube.

No puedo parar de sonreír como una tonta después de saber que Kade O'Connell está celoso y que lo que sea que hay entre nosotros no está solo en mi cabeza. Él también lo siente. Y aunque sé que es algo prohibido, prefiero no pensar cuando estoy cerca de él.

—¿Por qué tienes el pelo hecho un desastre?

«Mierda».

—Pero si está perfecto. —Me pongo recta y hablo más alto de lo que me gustaría. Entro en estado de pánico y me suelto el pelo negro antes de volver a recogérmelo con cuidado.

—¿Y a quién se debe esa sonrisa? —insiste, pero niego con la cabeza.

—A nadie. —Finjo un bostezo lo más convincente posible y echo un vistazo a mi reloj, esperando que cambie de tema. Ya casi es medianoche, hace rato que debería estar durmiendo. Odio trasnochar, pero Anna tenía muchas ganas de hacer algo divertido.

—¿Te crees que no me di cuenta de que saliste del edificio con la cara colorada y los labios hinchados? —continúa presionándome, con la esperanza de que se lo cuente todo. Se mete otro cacahuete en la boca—. ¿Quién es? —me pregunta con una sonrisa traviesa.

Me encuentro con su mirada curiosa y me muerdo el interior de la mejilla. Tamborileo con los dedos sobre la caja del Catan y me planteo la posibilidad de abrirme con ella. Me conoce bastante bien a pesar de llevar solo dos meses trabajando juntas. Se lleva la botella de agua a los labios, esperando mi respuesta.

Suspiro profundamente y niego con la cabeza.

Lo que Kade y yo tengamos o hagamos es algo que se queda entre nosotros. Y no lo hago por las consecuencias o porque no confíe en ella, simplemente quiero guardarme esto para mí y no tener que darle explicaciones a nadie. La gente juzga y critica a la mínima. Prefiero no hablar del tema todavía, sobre todo porque aún estoy intentando entender a Kade.

—Mira, te contaré mis secretos si tú me cuentas los tuyos. Me cuelo en la habitación de Slater todas las noches.

Abro los ojos como platos y espero a que me diga que es broma; sin embargo, me aguanta la mirada y le pega otro trago a la botella de agua.

No está mintiendo.

—¡Sabía que había algo entre vosotros! —Le doy un empujón juguetón en el hombro—. ¿Por eso desapareces todas las noches? ¡¿Él es la razón por la que me he despertado sola toda esta semana?! —La golpeo suavemente con el dorso de la mano antes de hacerle cosquillas en la zona de las costillas.

—Oye, cabrona, que me vas a tirar el agua. —Se ríe y levanta la botella antes de que las gotas le caigan en el pecho—. Además, nuestra habitación es una puta sauna. Slater está bueno. Yo estoy buena. Los dos estamos solteros, así que ¿por qué no? —Se encoge de hombros—. Lo que no entiendo es por qué me estoy pillando por él tan pronto. —Pone los ojos en blanco.

—A veces una no puede evitar rendirse ante ese sentimiento... —respondo con timidez.

—A mis veintisiete años, puedo decir que no se parece a ningún otro hombre que haya conocido. Sabe lo que quiere. No se anda con excusas estúpidas ni tiene exnovias locas que intentan separarnos. Tampoco me oculta ninguna esposa. Me dejó claras las cosas desde el principio, al igual que yo. Es una relación sin ataduras. Gracias a ello, no tengo que comerme la cabeza sobre qué estará pensando o si realmente se está involucrando. Si me enamoro de él, será culpa mía.

Se termina la botella de agua y la tira al cubo de basura detrás de ella. Incluso en la penumbra, puedo distinguir el rubor que le tiñe las mejillas. George Strait suena débilmente y se mezcla con las conversaciones apagadas de los soldados que nos rodean.

La puerta de la habitación se abre y todos se vuelven para mirar al equipo Delta, a los médicos y a Booker.

¿Qué está haciendo aquí? Nunca trasnocha tanto.

Un grupo de soldados de infantería entra detrás de ellos.

—¿Voluntarios para una misión humanitaria la semana que viene? —pregunta un hombre alto con una barba espesa que le cubre la mandíbula. Recorre la habitación con la mirada antes de que todas las manos, incluida la mía, se levanten.

—Será solo un día. Vamos a entregar suministros médicos en un hospital infantil.

Nuestras manos permanecen alzadas cuando señala a tres soldados. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos y añade mi nombre y el de Castle a la lista de voluntarios.

Poder ganar experiencia en el extranjero me viene de perlas.

—Isla no —le dice Booker al operador Delta al oído. Él asiente y elige a otros.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no? —La pregunta se me escapa antes de que pueda evitarlo. Me levanto con la barbilla en alto y camino hasta colocarme delante de Booker.

¿Por qué me está saboteando?

Booker enarca tanto las cejas que se le marcan todas las arrugas de la frente.

—Porque lo digo yo, Posa —suelta una versión abreviada de mi nombre en clave con la mandíbula apretada. Se ha puesto en modo jefe y la amistad que teníamos desaparece al instante. Todos los presentes en la habitación nos miran, justo lo que no quería, pero necesito saber por qué no puedo ir a la misión de la semana que viene. Quiero ganar toda la experiencia que pueda mientras esté aquí. ¿Por qué no me deja ir?

Abro la boca para discutir, pero Castle entrelaza su brazo con el mío y me saca fuera del edificio. Arrastro los pies por la arena y ella sigue tirando de mí hasta que nos alejamos lo suficiente. Doblamos la esquina del edificio y nos quedamos a solas.

—Isla, no les discutas a tus superiores. No seas esa clase de persona —me reprende como si fuera una niña.

—Quiero ir contigo mañana. Quiero ganar experiencia. Quiero conocer a esos niños y al personal médico. Quiero ayudar en todo lo que pueda. No es justo, me merezco una explicación. Y la quiero

ahora mismo. No tengo otra cosa que hacer, así que ¿por qué no puedo ir?

Desde que me uní a las Fuerzas Especiales, he admirado a dos personas: a Anna y a Kade. Ellos son el ejemplo de lo que se debe y lo que no se debe hacer.

—¡A veces no obtenemos ninguna explicación, Isla! A veces nos obligan a seguir órdenes sin hacer preguntas. ¿Sabes por qué? ¡Porque a veces es mejor así! *A veces*, es mejor no saber la respuesta —levanta la voz y me señala con el dedo.

—¿Por qué? —Cruzo los brazos sobre el pecho.

Ella niega con la cabeza y le da una patada a una piedrecita con su bota. Relaja los hombros y respira hondo.

—Tendrás que descubrirlo por ti misma —responde. Se da la vuelta y camina en dirección a la habitación de Slater, dejándome con la duda de qué narices ha querido decir con eso.

Cada vez que alguien me dice que no puedo hacer algo, me entran más ganas de hacerlo. Estoy aquí para honrar a mi padre, aunque haya días en los que todavía dudo de mí misma. Adoro mi trabajo, pero no estoy segura de querer hacer esto el resto de mi vida.

Capítulo 30

Violet



♫♫*Chasing Cars – Snow Patrol*

Abro la puerta de mi habitación y tiro las llaves encima del pequeño escritorio de la esquina. Una voz grave se cuela en mis oídos antes de que me dé tiempo a encender la luz.

—Interesantes cartas.

«Kade».

La luz de la luna que entra por la ventana ilumina su imponente figura. Con los dedos temblorosos, tiro del cordón de la lámpara más cercana. La claridad revela el precioso rostro de Kade. Está enfrascado en un montón de papeles.

¿Qué narices hace en mi habitación?

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Cómo has entrado, sargento maestro? —Poco a poco, mi corazón recupera su ritmo habitual.

Frunce el ceño al doblar las cartas de mi abuela y las vuelve a guardar en el cajón.

—No me llames por mi rango —responde con serenidad.

—¿Qué haces husmeando en mis cosas? —le espeto—. ¿Me estás espiando?

Se recoloca las gafas sobre la nariz y mantiene sus ojos heterocromáticos clavados en mí.

—¿Llevas gafas? —pregunto. Kade, con ellas puestas, hace que se me acelere el corazón.

—A veces, cuando leo.

—¿Por qué estás aquí, Kade? —continúo interrogándole cuando me quito la chaqueta con estampado de camuflaje y la lanzo al rincón donde guardo la ropa sucia.

—Creo que ya sabes por qué.

Se endereza por completo. Claramente mide más de un metro ochenta, tal vez uno ochenta y cinco o más. Es intimidante y hermoso, y su expresión fría hace que me derrita.

—Ni idea —murmuro con sarcasmo al quitarme la coleta. El pelo me cae hasta las caderas. Kade se acerca un poco más y se apoya contra el marco de la puerta.

—Quiero saber quién es. No te dejaré en paz hasta que me lo digas —advierte señalando el anillo que llevo en el dedo.

—Dios, eres incorregible, ¿lo sabías? —Camino hacia él, sin apartar la mirada.

—Me han llamado cosas peores.

Me acaricia la mejilla con los nudillos y los desliza hasta mis labios. Me encanta cuando los toca.

—No estoy comprometida —confieso.

Se queda quieto y lo miro.

—¿No? —Levanta la ceja de la cicatriz.

—No —respondo.

—Entonces, ¿por qué...?

—Le estaba enseñando a Castle el anillo de mi abuela. Me lo puse porque me hace sentir cerca de ella. Cierta persona se lo pidió prestado para proponerme matrimonio. Cuando estuve en casa de permiso, intenté devolvérselo a mi abuela antes de venir aquí. No estaba lúcida cuando le pedí que se lo quedara, así que mi abuelo me dijo que me lo llevara.

Me mira fijamente, se le curvan las comisuras de los labios y continúa comiéndome con la mirada. Juguetea con mi pelo, se lo lleva a la nariz y lo huele. Le resbalan gotas de sudor por la cara y le caen sobre la camiseta negra.

Hace un calor infernal en mi habitación. Ya me he quejado a mantenimiento, pero todavía no han venido a arreglarlo. Todas las noches tengo que dormir desnuda y con un ventilador encendido para sobrevivir a este calor.

—No me funciona el aire acondicionado.

—Cállate, Violet —gruñe Kade. Me mira con rabia—. No he dejado de pensar en ti. Cada noche, te siento en mis venas cuando estoy solo. Cada vez que me voy de misión, puedo oler ese dulce perfume que llevabas en la playa, o quizá es tu propio olor, no lo sé. No consigo sacarte de mi cabeza, me atormentas. —Me agarra de la cara con fuerza, obligándome a abrir la boca—. No puedo tenerte, Violet. Pídeme que me vaya de tu habitación. Dime que soy un capullo. Dime que soy un monstruo indigno de una mujer que sabe a gloria. Dime que no vale la pena esperarme.

Me acaricia las mejillas con su nariz y esconde su rostro en mi cuello. Sus manos descansan sobre mi cadera, pero no me sujeta.

¿Por qué dice esas cosas?

—No, Kade. Te deseo, y me importa una mierda lo que piense la gente. Quiero que te permitas ser feliz conmigo. ¿Te hago feliz?

Presiona sus labios contra mi cuello. El gesto es dulce y demasiado breve. Necesito más. Sigue caminando hacia delante, lo que me obliga a retroceder hasta posar mi espalda contra la pared.

—¿Feliz? No. Esa palabra no describe lo que siento por ti. Me enfureces. Estoy obsesionado contigo. Eres la primera persona que me hace sentir vivo y eso me cabrea. Existe una interminable lista de razones por las que besarte y abrazarte es una mala idea.

Golpea la pared a mis espaldas, como si luchara consigo mismo.

—Soy. Tuyo —ruge.

Se odia por desearme y nuestra atracción lo debilita. Quiere ser un hombre honorable, no quiere cruzar esta línea, y lo entiendo.

—¿Lo eres? —Suspiro y deslizo mis manos por las serpientes y las calaveras tatuadas en sus musculosos brazos—. ¿Eres mío? Lo

entiendo, Kade. Entiendo que no quieras entregarte a mí.

«Soy la exnovia de tu hijo. Tú eres mi jefe. Hay mucha diferencia de edad».

—Sea lo que sea esto, se queda entre nosotros. Estamos solos. Ahora mismo. Justo aquí. Olvídate del mundo.

Su aliento cálido me acaricia el cuello y yo cierro los ojos mientras disfruto de su roce. Jadea con suavidad. Suena como una súplica, como si pidiera ayuda... como si quisiera que lo salvara de sí mismo.

—No puedo mantenerme alejado de ti —admite, besándome el cuello de nuevo.

—Pues no lo hagas.

«Por favor, no lo hagas».

Deposita otro beso en mi clavícula.

Se pone recto y toma mi rostro entre sus manos enormes y curtidas. Se acerca y me roza la barbilla con su barba. La vena del cuello le late de puro deseo. Su mirada se suaviza cuando clavo la mía en su iris esmeralda. Me pierdo en esas pupilas dilatadas. Me siento cautivada por este operador de las Fuerzas Especiales mayor y experimentado.

—Conmigo no tendrás un final feliz, Violet. Necesito que lo sepas antes de que te folle. No te enamores de mí. No creo en el matrimonio. No quiero tener hijos. No puedo darte la vida que te mereces.

¿Que no me enamore de él?

—¿Tan pronto me hablas de amor? —bromeo.

—Hablo en serio. —Sus ojos caídos recorren mi rostro con tenacidad—. Me perteneces hasta que yo decida que lo nuestro se acabó. No gritarás el nombre de nadie más. Si otro hombre te toca, lo mataré. No me gusta compartir lo que es mío. Me importa una mierda si me hace parecer un desquiciado. Soy egoísta. Tienes que saber qué pasa cuando te entregas a un hombre despiadado, cruel y hambriento.

Su amenaza posesiva me provoca un escalofrío.

—Entonces... —Trago saliva, casi asustada por esta versión de Kade. ¿De verdad mataría a otro hombre si me tocara? Me parece un poco excesivo, seguro que no lo dice en serio—. ¿Significa eso que

me toca cancelar la cita de mañana con el soldado de infantería que conocí esta noche?

—¿Quién es el desgraciado? —gruñe al levantarme del suelo. Me quedo sin aire en los pulmones cuando mis costillas chocan con su hombro. Me sujeta boca abajo y yo aprovecho para mirarle el culo.

—Me lo pones demasiado fácil, Kade. —Estallo en risitas. Me baja los pantalones y me conduce a mi cama. En cuanto mi piel queda expuesta, me pega un azote en el culo con fuerza.

—Te castigaré por esto, pequeña Mariposa. —Su tono posesivo hace que se me caliente la sangre, convirtiéndola en fuego líquido. Cada vez que me toca lo deseo todavía más—. Pórtate mal y te follaré tan fuerte que me sentirás dentro de tu alma durante el resto de tu vida e incluso cuando estés descansando en la tumba.

Me suelta sobre la cama y caigo de espaldas. Está impaciente, igual que yo. Puedo notarlo en sus movimientos y en cada mirada. Me agarro a las sábanas con fuerza y lo observo mientras desliza sus manos hasta el final de su camiseta negra y se la quita por encima de la cabeza. La tira a una esquina de mi habitación y se desabrocha el cinturón.

Mis ojos siguen el contorno de sus abdominales marcados hasta llegar a un tatuaje tridimensional: un esqueleto increíblemente detallado le cubre el pecho. Clavo la mirada en las venas de su ingle. Quiero lamerlas.

Nunca había visto a Kade sin camiseta. Tiene una cicatriz en el lado derecho del estómago que parece una cuchillada profunda. Cuando me da la espalda para sacar su móvil y un paquete de tabaco, me encuentro con sombras detalladas y realistas de calaveras y balas. Las sombras son largas y se extienden hasta rozarle el hombro y la nuca. La forma en la que los músculos de su espalda se mueven bajo el tatuaje cuando se quita la ropa me provoca todo tipo de sensaciones. Abro la boca y me paso la lengua por el labio inferior porque tengo tantas ganas de tocarlo que me estoy volviendo loca.

—Dios —murmuro.

Kade se ríe entre dientes cuando gira la cabeza y levanta su ceja marcada para que solo pueda verle un lado del rostro.

—Es Kade o Bestia —me corrige con una sonrisa de oreja a oreja. Se le clavan los colmillos afilados en el labio inferior.

Me levanto de la cama y me quito el resto del uniforme lo más rápido posible. Tiro al suelo la camiseta y el sujetador en cuestión de segundos. Me agacho, me desato las botas y me las quito de una patada. Tengo los pantalones bajados hasta los tobillos y, antes de que me dé tiempo a quitármelos, Kade me empuja sobre la cama.

Se quita las gafas, las deja encima de la mesita de noche y oigo cómo abre un preservativo con los dientes.

—No. —Niego con la cabeza. Él frunce el ceño—. Quiero sentirte. Estoy tomando la píldora —susurro. Le acaricio la cicatriz que cruza su rostro, desde la ceja hasta la mejilla. El corazón me late a toda velocidad, desbocado. Nunca me había sentido así—. Y estoy limpia —añado.

—Yo también.

En el fondo, sé perfectamente qué es todo esto: lujuria. Pero, aun así, siento algo distinto. Cierra los ojos y pega más el rostro contra mis dedos para saborear las caricias en su cicatriz.

Me mira a los ojos y yo abro las piernas todo lo que puedo, con los tobillos todavía aprisionados por mis pantalones.

—Nunca había dejado que alguien tocara mi cicatriz —dice con la mandíbula apretada, pegando su cabeza a la mía. Nuestras narices se rozan con suavidad. Hay pasión detrás de cada uno de sus movimientos. Cierra los ojos con fuerza, como si luchara contra los demonios de su cabeza.

¿Va a cambiar de idea? ¿O hay una razón más profunda? Lo conozco lo suficiente como para saber que no es tan monstruoso como el ejército y nuestros compañeros lo pintan. Es un hombre honorable: siempre pone su trabajo, sus principios y su familia por encima de su propia felicidad. Lo veo en la forma en la que intenta protegerme. En cómo se esfuerza por estar presente para Adam, incluso cuando no puede. Fue él quien me asignó a Carolina del Norte para que pudiera estar más cerca de mi abuela. Alguien así no puede ser un monstruo.

—Te deseo, Kade. Permítete sentirte bien. Sé egoísta por una vez. No soy tan mala... creo.

Se detiene y deja caer el condón al suelo. Casi me retuerzo por la intensidad con la que sus ojos ardientes se clavan en los míos. Apoya sus manos a ambos lados de mí, como si esperara para explotar y conquistarme como ha estado deseando todo este tiempo. Clavo la mirada en sus ojos helados. Ahora que lo tengo tan cerca, me fijo en las motas de color azul marino que rodean su pupila izquierda. Le huele el aliento a tabaco con un toque de *whisky*.

—Ya voy a ir al infierno, así que... a tomar por culo.

Sus labios se encuentran con los míos en una oleada de fuego que implosiona bajo nosotros. Siento un hormigueo en la piel de alrededor de los labios a causa del roce de su barba. Me encanta cuando hace eso. Nuestra respiración se acelera y la necesidad de sentir cada centímetro de él me consume. La punta de su polla se desliza contra mi entrada y me hace gemir suavemente. La provocación me está volviendo loca. Él rompe el beso y su lengua baila con la mía. Competimos por llevar la iniciativa, pero me gana en cuestión de segundos. Inclina la cabeza hacia un lado, me agarra por la cadera con tanta fuerza que hasta me duele, y me pega contra él.

—Hasta nuevo aviso, soy el único que puede tocarte así. Hasta que salga el sol, eres mía, Violet. Cada gemido, grito y aliento me pertenece. Y, de nuevo, hasta que la luna se oculte, *eres mía*.

Capítulo 31

Kade



Arquea una ceja mientras asimila mis crudas palabras. Su mirada me dice que se muere de ganas de que la devore. Una capa de sudor le cubre la piel radiante y diminutas gotas se deslizan entre sus pechos. Al margen de nuestra respiración agitada, la habitación está en silencio y el aire está cargado de tensión. Tiene razón. Hace mucho calor aquí. Me cuesta respirar, aunque eso no es solo por la temperatura de la habitación. Tengo tantas ganas de follarla con fuerza que estoy hasta nervioso. Quizá se asusta, así que será mejor que mantenga a raya esa parte de mí. Esta noche, nada nos detendrá.

—Violet, me parece a mí que tu precioso coño está llorando. —Está tan empapada que está mojando las sábanas—. Podría limpiar todo este desastre con mi lengua, pero creo que prefiero saborearlo directamente de ti. —Me inclino sobre ella y dejo un rastro de besos por su vientre hasta llegar a su clítoris. Me sumerjo en su olor, enrosco las manos en sus muslos y la atraigo hacia mi boca para devorarla.

Hunde los dedos en mi pelo para pegarme todavía más. Su sabor y su olor son demasiado adictivos.

«Joder».

Se le escapa un gimoteo de entre los labios. Mi lengua acaricia su entrada, arriba y abajo, rozándola suavemente antes de hundirme en ella con fiereza. Succiono su clítoris y ella gime. Creo que voy a correrme solo con su sabor. Tengo la polla tan dura que me duele. Le pego un pequeño mordisco, lo que la hace estremecerse. La devoro como si fuera mi última comida.

Me odio por desearla. Siento que estoy traicionando a demasiada gente al entregarme a ella de esta forma. Sin embargo, tal y como ha dicho Violet: ahora mismo solo importamos nosotros.

—Kade, estoy preparada. Fóllame. Te necesito.

Respira con dificultad, casi hiperventilando por lo mucho que está disfrutando.

Sus guarradas me ponen muchísimo.

—Eres una niña muy sucia. ¿Este cuerpo? Es mío. ¿Este coño? Es mío. Y todavía no he acabado. —Mi lengua se abalanza sobre su coño y se lo como hasta que grita y da golpes en la ventana de su habitación, suplicando piedad. La llevo al límite y, justo cuando aprieta los muslos, me detengo. Todavía no le he dado permiso para acabar—. Esta noche solo tienes permitido correrte cuando te esté follando.

Continúo torturándola hasta que está al borde del precipicio y me suplica. Me tomo un descanso de venerar su coño y la miro. Tiene las mejillas coloradas y las pupilas dilatadas, como si estuviera perdida en un mundo de placer. Un par de lágrimas le resbalan por las mejillas. Esta imagen hace que se me ponga más dura. Se le tensa el vientre cuando jadea y sus pechos redondos y perfectos rebotan cada vez que se estremece. Tiene los pezones duros, y me piden a gritos que los chupe.

—Mmm... —digo con un tono oscuro y satisfecho—. Esas también son mías. —Me cierno sobre ella y le lamo las lágrimas. Cuando termino, le lleno el cuello de besos hasta que la necesidad de saborear su piel me gana. No me limito a hacerle chupetones, decido marcarla con los dientes, le encanta. Arquea la espalda y enreda los dedos en mi pelo con tanta fuerza que casi me asfixia contra su cuello mientras me gime al oído.

Con los ojos bien abiertos, me lanza una mirada que grita: «Fóllame».

Introduzco tres dedos en su coño apretado, aterciopelado y cálido. Me da la bienvenida como antes, como si estuviera hecho para mí y solo para mí. Los meto y los saco hasta que jadea. Le chupo un pecho y le muerdo el pezón. Ella grita e intenta liberarse, aunque la agarro por la cintura con fuerza y tiro de su culo hacia mí, impidiendo que se mueva.

—¿Es demasiado para ti, nena? ¿Sigues aquí conmigo? —le pregunto con una sonrisa codiciosa.

—Más —gime, arqueándose contra mí. El deseo tiñe sus ojos color miel—. Dame más. Fóllame, Kade. Lo necesito.

Me baja aún más sangre a la polla y ya no puedo aguantar. Le quito los pantalones y los calcetines y los lanzo a una esquina de la habitación. Nuestra ropa está esparcida por todo el suelo. Con sus tobillos a ambos lados de mi cara, la coloco en una posición donde se la pueda meter hasta el fondo. Le agarro las tetas para que reboten en mis manos y así poder rozarle los pezones. Le golpeo el clítoris con la polla varias veces. Ella gime y se retuerce. Baja una mano y me masajea los huevos.

—Joder, Violet. Estás preciosa cuando eres mía. —Se la meto como si fuera mi nuevo hogar. Cierro los ojos con fuerza cuando sus paredes de terciopelo me envuelven—. Joder... —gruño con los dientes apretados.

Ella gime, mientras su rostro se retuerce por el placer, con la boca entreabierta, la nariz ligeramente fruncida y la piel brillante. Ambos estamos empapados en sudor, resbaladizos y calientes, al igual que estamos desesperados por follar hasta que no haya un mañana. Echo la cabeza hacia atrás y cambio el hipnotizante rostro de Violet por el techo. Joder, la cara que pone cuando estoy dentro de ella casi hace que me corra.

Está muy apretada. Creo que no voy a durar mucho. Todavía no se la he metido entera y ya quiero acabar.

—Kade, te estás conteniendo —jadea.

Así es. Joder, lo estoy haciendo. Quiero ir despacio y saborear cada segundo que nuestros cuerpos pasan conectados a un nivel tan

profundo. No quiero admitirlo, pero, para mí, esto no es solo sexo.

—Quiero que me folles duro, rápido, sin remordimientos. Por favor, muéstrame ese lado de ti del que tanto te avergüenzas. Enséñame esa versión de Kade que me folló la boca en el armario.

Dentro de mi cabeza estallan fuegos artificiales al verla desnuda y suplicando.

Se la meto un poco más adentro y se le ponen los ojos en blanco.

—¿Quieres que te haga daño? —le pregunto con dureza.

—Sí —asiente, y baja la mirada a su coño mojado.

Otro poco.

—¿Quieres que te diga guarradas y te folle hasta que grites?

Otro poco.

—Joder, sí.

—¿Quieres que me corra en todos tus agujeros porque eres una zorra y te encanta que te usen?

—Hm... —asiente con las mejillas sonrojadas—. Justo así, dame más. Lo necesito. —Me agarra la mano y se la lleva al cuello—. Quiero llevar tu mano como si fuera un collar.

Joder.

—Ten cuidado con lo que deseas. —Le rodeo la garganta con cuidado. Aprieto un poco y ella me sujeta la muñeca. Con la otra mano, se acaricia el clítoris. Tan sucia, tan mía.

Se la meto entera con una embestida implacable. Abre los ojos de par en par, sin aliento.

Marco el ritmo y la follo con un solo objetivo: reclamarla. Primitivo, necesitado y avaricioso. La embisto una y otra vez, rápido, hambriento, como ambos queremos. Sus tetas rebotan en la palma de mi mano mientras nos miramos a los ojos. Recibe cada una de mis embestidas con una sonrisa de dolor.

—Kade. Sí, sí, sí —gime. Sus tobillos rebotan alrededor de mi cara. El cabecero de la cama deja marcas en la pared cada vez que nuestras caderas colisionan. El sonido de nuestra piel al chocarse llena la habitación junto a nuestros gruñidos y gemidos.

—Pídeme que pare, Violet. —La follo más fuerte y la embisto más rápido hasta que me clava las uñas en la espalda. No quiero hacerlo. Quiero follármela toda la noche, tal y como le prometí.

—No puedo. No quiero que pares —exige.

—Yo tampoco y me odio por ello.

Me dejo caer hacia delante y le bajo las piernas hasta el borde de la cama. Necesito besarla.

Mis labios reclaman los suyos, sin parar de metérsela hasta el fondo. Mueve su lengua contra la mía y entonces lo noto. Su coño se tensa alrededor de mi polla y grita. Sonrío y acallo el sonido con mi mano.

—Muy bien, nena. Solo gritarás por mí. Nadie más podrá oír tus gemidos, solo yo. —Se le cae otra lágrima y se la limpio con un beso. Tiene un orgasmo tan intenso que me lleva al límite. Le agarro un pecho y lo chupo. La embisto más rápido y me corro con un gruñido, con su pezón todavía en la boca.

Cada latido de su cuerpo alrededor del mío consigue que el muro que había levantado a mi alrededor se desmorone.

Capítulo 32

Violet



Después de acabar dentro de mí, nos besamos como si fuéramos a morirnos. Los besos vuelven a subir la temperatura y Kade ni siquiera tiene la oportunidad de sacármela. Simplemente empieza a follarme otra vez, como si nunca fuera a cansarse. Mis pechos rebotan y le clavo las uñas con fuerza en la espalda. Me está follando como nunca lo habían hecho. Gemimos y nos movemos con embestidas desesperadas hasta que estamos en sincronía. Lo toco por todas partes y él hace lo mismo. Me levanta una rodilla hacia arriba para metérmela hasta el fondo.

—Bestia..., me duele. Joder, la tienes demasiado grande —gimo. «Me va a partir en dos con ese pollón». Intento apartarme, pero él refuerza su agarre, me deja moratones y me devuelve a la posición que tanto anhela.

—Te aguantas.

Me encanta cuando se pone así de dominante.

—Oh, joder... —jadeo, y me muerdo el labio. Me roza justo en ese punto. El clímax empieza a coger fuerza, estoy al borde del precipicio—. Me voy a correr. Bestia, no pares... —Respiro con fuerza contra su pecho y sus chapas de identificación me golpean con

dureza. Las agarro con una mano y me aferro a ellas mientras llego al orgasmo. Me hace añicos. Retuerzo los dedos de los pies y abro la boca.

—¿Te gusta que pierda el control?

Embestida.

—Te gusta ejercer ese poder sobre mí, ¿verdad?

Embestida.

—¿Te has corrido? Ni se te ocurra.

Embestida.

Me folla deprisa, con fuerza, como si intentara demostrar algo.

—Me cago en la puta, qué apretada estás. Joder, Violet, casi no quepo dentro de ti —gruñe.

Dios mío.

Kade me folla con tanta pasión ardiente que siento que estoy a punto de tener otro orgasmo. Cada beso, cada embestida que me roza el punto G, cada mordisco, me hace sentir que conoce mi cuerpo desde siempre.

Es la tercera vez que follamos y solo son las dos de la madrugada. Llevamos horas dentro de esta habitación en la que hace un calor sofocante, pero siento que podría seguir así para siempre.

Su boca se cierne sobre la mía, con unos labios anhelantes y una lengua que exige dominación. Se echa ligeramente hacia atrás al morderme el labio inferior y no lo suelta hasta que me hace sangre. Me observa cuando se pasa la lengua por su colmillo afilado, la frente le brilla a causa del sudor. Me acaricia la sangre con el pulgar y me la esparce por la mandíbula con delicadeza.

—Sí, sí, sí —jadeo.

La tiene demasiado grande. El dolor y el placer combinan a la perfección y lo convierten en una droga adictiva que no quiero dejar. Su polla me hace daño, pero la sola idea de que pare de follarme me duele todavía más.

Sigue embistiéndome como un ángel caído, cabreado y hambriento, que se libera de sus demonios con sexo. Les doy la bienvenida. De hecho, quiero bailar con ellos si eso significa que puedo sentir este placer eufórico. Solo con él.

Me aprieta la garganta más fuerte y el gesto me quita el aliento, pero no me hace daño. Estampa su cadera contra la mía y me arranca un gemido agudo. Nunca había hecho ese sonido; ningún hombre me ha follado con tanta brutalidad, hasta el punto de hacerme llorar, suplicar y decir cosas de las que probablemente me arrepentiré más tarde.

Cada vez que me embiste, la cama se mece con fuerza. Nos movemos el uno contra el otro sin parar.

—Abre las piernas, quiero ver mi coño.

No es dulce ni tierno. Es despiadado. Me la saca y me la mete hasta que estoy prácticamente gritando.

—¡Dios! —Se me ponen los ojos en blanco y tengo otro orgasmo. Me muerdo el labio. Él me mira como si fuera un sueño perfecto del que no quiere despertarse. Pelo oscuro y ojos hundidos que parpadean con una lujuria peligrosa. Se ríe entre dientes y me agarra por la mandíbula hasta que abro la boca. Me besa y siento una llamarada que me atraviesa el corazón como un rayo ardiente.

—Cuando acabe contigo, no quedará nada que cualquier otro hombre pueda venerar. Conoceré tu cuerpo, tu mente y tu alma mejor que tú misma. Sabré cómo hacerte llorar y cómo arrancarte mi nombre de esos preciosos labios cuando te corras solo para mí. —Me tira del pelo hasta que siseo.

—P-por favor. —No tiene ni idea de qué significa mi súplica. Le estoy rogando que nunca me deje. Cada vez que me reclama, el corazón me da un vuelco y late con más fuerza.

—Mírame, Mariposa. Quiero ser lo último que veas en caso de que te desmayes.

Con una última embestida, se corre dentro de mí. Sus movimientos se ralentizan hasta que se detienen del todo. Cierra los ojos con fuerza, se le marca la vena del cuello, y afloja su agarre sobre mi piel.

Respiro con dificultad cuando entierra su cara en mi cuello. Observo el techo, mareada, e intento recuperar el aliento. Siento un calor húmedo deslizarse por mi rostro. ¿Por qué estoy llorando? El sexo ha sido una pasada y me entristece que se haya acabado. Necesito más.

—Joder, Violet, ¿qué cojones me estás haciendo? —Me besa la frente. Su barba me rasca la piel cuando lo hace. Después, me limpia las lágrimas con la lengua—. Creo que me gusta más lamer tus lágrimas que tu sangre.

Estoy llorando porque ansío más. Más de él. ¿Cómo se supone que voy a superar esto? Me ha dejado probar su mundo y ahora quiero sumergirme dentro de él. Me he enganchado a sus deseos.

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y estudia mi rostro. Vuelve a tener esa expresión impenetrable. Baja la vista y observa cómo sale de mí lentamente. Abre los ojos de par en par y me mira.

—Joder. Creía que... ¿Nunca has...?

Bajo la vista para ver a qué se refiere. Tiene la polla cubierta de sangre y me entran ganas de reírme. Cuando le dije que la tenía demasiado grande, lo decía en serio.

—Es mi primera vez... —murmuro.

—¿A qué te refieres? ¿Eres...?

—No, no soy virgen. Pero es la primera vez que me parten en dos.

Me gotea semen por los muslos y Kade sonríe. Con dos dedos, me limpia la mezcla de nuestra excitación y me lo acerca a la boca.

—Dijiste que querías tragártelo todo... bueno, pues limpia este desastre. Trágate hasta la última gota.

Capítulo 33

Kade



El plan era follar toda la noche, pero Violet se rindió después del cuarto orgasmo. Y cuando digo que se rindió, me refiero a que perdió el conocimiento. Se desmayó cuando la puse a cuatro, con ese culo redondo a mi completa disposición. Su espalda pegada a mi pecho mientras le lamía y le mordía el cuello cuando ambos acabamos a la vez. Me corrí dentro de ella con embestidas lentas y profundas, apretándole el culo con una mano hasta dejárselo rojo mientras con la otra le rodeaba la garganta.

Las ventanas estaban todas empañadas. Nuestros cuerpos estaban cubiertos de una gruesa capa de sudor cuando su cuerpo cayó inerte sobre mis brazos. Por un momento, creí que la había matado. Por suerte, todavía tenía pulso. Debería haberle pedido que viniera a mi habitación, donde sí funciona el aire acondicionado, pero estábamos demasiado ocupados follando como si fuera nuestro último día en la tierra como para parar.

La tiendo en la cama y la tapo con una fina manta. Ella deja escapar un suspiro adorable en sueños. Joder, si me dejara, seguiría follándomela hasta morirme.

«Si las cosas fueran distintas».

No quiero pensar en las consecuencias. Tampoco quiero verla con ningún otro hombre.

Me aclaro la garganta. La necesidad de abrazarla se apodera de mí. Me tumbo en su diminuta cama y, con mi mano sobre su pecho, la atraigo hacia mí. Ella se mueve y se acurruca contra mi pecho, dormida, de tal forma que me quedo inmovilizado boca arriba. Cinco minutos después, unos ronquidos suaves resuenan contra el tatuaje de mi pecho.

Me río entre dientes y me aparto el pelo húmedo del rostro para verla dormir. Cierro los ojos y, por primera vez en años, todos los demonios y fantasmas de la guerra desaparecen. Tengo la mente en blanco, lo único que siento son mariposas.

De pronto, Violet empieza a inquietarse. Me araña la piel por accidente y me deja marcas rojas. Con los ojos todavía cerrados, sacude el brazo sobre mis abdominales. La agarro por la muñeca y le acaricio la piel con suavidad.

«P-papá..., n-no...

»Por favor. L-lo siento».

Son las únicas palabras que logro distinguir entre los murmullos que emite con los labios apretados. Sigue dormida, pero, sea lo que sea que está soñando, la atormenta.

¿Estará teniendo una pesadilla sobre su padre?

Se sobresalta y se despierta con la respiración agitada. Toma aire como si le costara respirar. Un par de lágrimas cálidas le resbalan por las mejillas y me caen en el pecho. El suyo sube y baja con rapidez. Entierra el rostro contra mí, como si no quisiera que la soltara.

—Violet. ¿Estabas teniendo una pesadilla? —pregunto con la mayor suavidad posible.

Le limpio las lágrimas con el pulgar, pero ella sigue sin mirarme.

«Silencio».

—¿Qué ocurre?

—No podía respirar. Creía que me estaba ahogando —admite, con el sudor corriéndole por la frente.

No menciono lo que ha dicho mientras dormía. Lo único que me preocupa es que esté bien. Aun así, ¿qué le ocurrió a su padre? Él es

la razón por la que se unió al ejército y quiero entender por qué su madre la trata con tanta crueldad por ello.

Le levanto el mentón para que me mire y no se resiste. Me pierdo en sus ojos color miel y presiono mis labios contra los suyos, suaves. Después, los acaricio con el pulgar. Ella deja escapar un leve murmullo, disfrutando del gesto, e inclina la cabeza hasta que reposa por completo contra mi mano.

—Vamos a mi habitación.

Niega con la cabeza.

—No..., no podemos dejar que nos vean. No deberíamos arriesgarnos. Solo ha sido una pesadilla. Estoy bien, en serio.

Apoyo el pulgar sobre sus labios para hacerla callar.

—Violet. No me gustan los mentirosos. Además, no te lo estaba preguntando, es una orden.

El fin de semana es un borrón de lujuria insaciable. Me he follado a Violet Isla en todas las posturas posibles, he reclamado cada centímetro de su cuerpo. Es un fin de semana de cuatro días y no pienso desperdiciar ni un puto segundo.

Como el aire acondicionado de su habitación no funciona, se queda todas las noches en la mía y pone una alarma a las seis de la mañana para volver a la suya. Hoy me despertó comiéndome la polla. Le follé la garganta con fuerza y después pasé a su coño. Se desplomó en mis brazos y volvió a dormirse.

Es la primera vez que duermo con una mujer que no sea Penny. Normalmente, después de acostarnos, me voy yo o se va ella. Pero ¿ahora? No dormía tan bien desde hace años. Desde que me uní al ejército, solo he podido dormir tres o cuatro horas cada noche como máximo.

Llega la mañana. Los rayos de sol se cuelan entre las persianas. Antes de las seis, me acerco al móvil de Violet y apago todas las alarmas. Dejo el teléfono sobre la mesita de noche y me pongo de pie, desnudo. Me doy la vuelta y la observo respirar. No puedo apartar la mirada del ángel que duerme en mi cama. Estoy

obsesionado. Cruzo los brazos sobre el pecho. Hacía mucho que no me sentía tan feliz y es todo gracias a ella.

Por suerte, no ha vuelto a tener pesadillas desde la primera vez que dormimos juntos.

Se acurruca contra la almohada con un dulce susurro. Tengo que irme antes de acabar metiéndosela para despertarla... o comiéndole el coño. Me vale cualquiera de las dos cosas. O ambas.

Saco la ropa de deporte de los cajones porque mi idea es correr ocho kilómetros alrededor de la base antes de ir al gimnasio. Es mi rutina, y me encanta la rutina, me nutro de ella, y, sin embargo, aquí estoy, dejando que esta mujer hermosa y cabezona la tire por la borda porque siempre acaba con mi semen entre sus piernas o en su garganta.

Es... diferente a cualquier otra mujer que haya conocido. Quiero que se quede aquí conmigo un poco más.

Bajo la vista a mi entrepierna. Tengo la polla dura como una piedra, me duele y exige su atención. La madre que me parió. No, la dejaré descansar, porque está preciosa cuando duerme. No quiero despertarla.

Corro al baño y me doy una ducha fría de cinco minutos. Me apoyo contra los azulejos mientras el agua me baja por la espalda y me corre por el pelo, incapaz de parar de pensar en la preciosa mujer que duerme en mi cama.

Soy su puto jefe, le saco diecisiete años y, aun así, aquí está, en mi habitación, y no me importa lo más mínimo. Sé que lo nuestro acabará, lo sé... pero, ahora mismo, es mía. He probado el cielo y pienso extraer hasta la última gota de esa sensación, hasta que solo me venere a mí.

En cuanto termino, Violet me llama.

—¿Kade?

Salgo de la ducha con una toalla envuelta alrededor de la cintura. Siento un pinchazo nervioso en el estómago a causa de lo que ha descubierto Violet. Mi cadera choca con la pared cuando me acerco de forma apresurada al escritorio para esconder mi arte. Está cubierto de mis esculturas de madera y las herramientas de talla. Me

apasiona mi trabajo, solo tres personas conocen la existencia de mi pasatiempo.

Ahora cuatro, y ya me parecen demasiadas.

—No deberías estar mirando eso. —Me acerco a ella con pasos ruidosos. Intento quitarle el águila de madera por encima del hombro. Ella me da la espalda y se gira para impedirme que lo haga y me pega varios manotazos con una sonrisa amenazante en su precioso rostro.

Me hago a un lado, avergonzado.

Arrugo la nariz y me paso la mano por la nuca, aceptando la derrota.

«Mierda».

—No es mi mejor trabajo —susurro.

—Kade... —Se da la vuelta con una sonrisa alegre, sin parar de acariciar los detalles de las alas. Recorre las plumas una por una—. ¡Es una pasada! ¿La has hecho tú? —exclama emocionada. Sus dientes blancos y perfectos brillan con los rayos del sol.

—Sí —admito, con la mandíbula apretada.

—Cuántos detalles. Me encanta la forma en la que tallaste los ojos. Incluso puedo ver un sentimiento de emoción en ellos. —Hace una pausa y frunce el ceño—. ¿Cuánto tiempo te ha llevado hacer esto? —Me mira antes de girar el águila en un ángulo distinto.

Espera... ¿le interesa?

—Un par de semanas. Aprovecho para hacerlo siempre que tengo un hueco.

—Vaya —responde, estudiando las garras. Recorre la suave madera de ébano de Texas con las yemas de sus delicados dedos.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

El corazón me da un vuelco cuando veo cómo le brillan los ojos.

A ella... le encanta.

—¿No te parece una tontería o una pérdida de tiempo? —pregunto, esperando que retire sus cumplidos. No sabe lo mucho que significa esto para mí.

—¿Qué? Claro que no. Es increíble. ¿Me la puedo quedar? —Aprieta la figura contra su pecho con fuerza. Sus labios se curvan en

una amplia sonrisa y se muerde el labio inferior.

Joder.

Tiro la toalla al suelo, le quito la figura de madera y la dejo sobre la mesita de noche. Ella echa un vistazo a mi polla y observa cómo me toco desde la base hasta la punta. Se pasa la lengua por los labios. Esa puta lengua. Ya echo de menos cómo la envuelve a mi alrededor.

—Voy a arrancarte la ropa ahora mismo.

Se le tiñen las mejillas de un ligero tono rosa y su cabeza se balancea lentamente.

—Sí, por favor.

La sujeto por detrás de los muslos y la levanto en el aire a la vez que ella suelta un grito ahogado. Antes de que pueda acabar de lloriquear, le robo el aire que se le escapa y reclamo su boca con mi lengua. Está preciosa con mi camiseta, pero está mucho mejor sin ella. La ayudo a quitársela por encima de la cabeza y sus pechos rebotan. Sus pezones marrones quedan expuestos y se me hace la boca agua.

—Joder, tienes los pezones duros, como la zorra caprichosa que eres. —Le tiro del pelo hacia un lado y paso la lengua por todo su cuello hasta llevarme su pezón a la boca. Lo chupo y lo muerdo.

Ella gime, me tira del pelo y pega mi cara contra su piel.

—¿Te gusta que te chupe las tetas?

—Sí, Kade.

—¿Y esto? —Le pego un manotazo en el clítoris.

—Sí, Dios, sí.

—Tu belleza me hiere. Me rompe y me deja sin fuerzas. ¿Por qué eres tan jodidamente perfecta? Di que eres mía.

—Soy tuya. —Deja escapar un gemido gutural cuando introduzco dos dedos dentro de ella. Toma mi rostro entre sus manos y me besa con desesperación mientras cabalga mis dedos.

—No pares de moverte, nena.

—No. —Me aparta los dedos.

—¿No?

—Te quiero a ti, Kade. Por favor. Dámelo todo. Quiero correrme en tu polla. —Sus ojos color miel brillan a causa del deseo.

Le daré todo lo que me pida sin dudarlo. La dejo caer al suelo y le pego un azote con fuerza hasta dejarle el culo rojo. Las preciosas curvas de Violet y su culazo hacen que me baje toda la sangre a la polla.

—Manos a la pared —gruño. Se da la vuelta y me mira por encima del hombro mientras me lubrico con sus propios fluidos. Paso la punta por sus pliegues hasta llegar a su culo. Levanta una ceja y se sonroja—. Quiero follarme cada parte de ti.

—¿Quieres follarme hasta que esté llena de ti, Kade? —me provoca con una sonrisa. Otra vez con esa puta boca sucia. Pienso morderle los labios mientras me la follo por detrás. Estrella su boca contra la mía y nuestras lenguas juegan como si estuvieran hechas la una para la otra sin detener el ritmo de mis embestidas lentas y profundas—. Embísteme hasta que me duela —me desafía con esa boca que siempre me hará arrodillarme y me convertirá en un prisionero anhelante.

«La madre que me parió».

Se la saco y me arrepiento de inmediato.

Necesito estar dentro de ella. Mi polla salta ante la química que no sabía que podría encontrar. Violet se da la vuelta. Mi miembro choca contra su estómago y ella baja la vista para admirarlo. Sus deseos combinan con los míos a la perfección. No le da miedo pedir lo que quiere.

Me alejo de la pared y tiro de ella hacia mí hasta que nos encontramos en medio de la habitación. La levanto en el aire, ella grita y me rodea el cuello con los brazos. Su coño me gotea por toda la ingle. Le meto los dedos en la boca y se le dilatan tanto las pupilas que apenas puedo ver sus iris marrones.

—Chúpalos.

Le encanta que le dé órdenes.

Su cálida boca los deja bien mojados cuando los saco. Ella gime. Restriega su clítoris contra mi punta y echa la cabeza hacia atrás hasta mirar al techo.

—Buena chica.

Con una embestida, vuelvo a casa, a su coño apretado. Me la follo de pie, mordiéndole el hombro, marcándola. Saco los dedos y los

hundo en su piel, le aprieto el culo, la reclamo sin piedad de esa manera que ambos deseamos. Ella cabalga sobre mi polla y me gime dulces melodías al oído todo el tiempo.

«Fóllame.

»Más fuerte, Kade.

»Córrete y hazme tuya, por favor».

Me corro dentro con un gruñido salvaje, sin soltarla, y ella cae rendida entre mis brazos. Me besa el cuello y sus labios rozan mi cicatriz. Después, me hunde los dientes hasta que suelto un quejido y le tiro del pelo con dureza. El placer doloroso nos vuelve locos. Sus uñas me arañan la espalda hasta que sangro. Me encanta que me haga sangrar, podría tirarme así todo el puto día. Recuperamos el aliento y nos alejamos del poderoso clímax sin dejar de abrazarnos.

—Me gustas... mucho, Kade —admite con timidez.

Todavía con la respiración agitada, paso las manos por su pelo largo y suave.

Quiero recordarle nuestro destino cruel, que lo nuestro acabará, pero me muerdo la lengua.

—No se me da bien abrirme a la gente, Violet. No me gusta aferrarme a las cosas. No estoy hecho para eso. Sinceramente, ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Pues ahora mismo lo estás haciendo bastante bien.

Arqueo una ceja, incapaz de creerme las palabras que han salido de su boca. No me gusta que me mientan. Además, aunque me esté diciendo todas esas cosas buenas, no me siento merecedor de ello.

Cuando acabe la misión, también acabará lo nuestro. De hecho, debería ponerle fin ahora mismo, porque, por muy fuerte que sea Violet, puedo sentir que se está encariñando conmigo por cómo me mira, llena de esperanza, hipnotizada.

Y eso tiene que acabar... pero no ahora, no todavía.

Capítulo 34

Kade



Querido Graham:

No he parado de leer la última carta que me enviaste. Cuando estoy triste o el día se me hace cuesta arriba, la cojo y la leo. Llegados a este punto, creo que ya me la sé de memoria. Te habría dicho que sí si te hubieras declarado.

Pero los días son largos y las noches, todavía más.

Por favor, no me odies, Graham. Si cuando acabe tu misión eres capaz de perdonarme por lo que estoy a punto de decir, me gustaría que siguiéramos siendo amigos.

Lo siento, pero no puedo hacerlo. No puedo esperarte. Han pasado tres meses desde que recibí tu última carta y es como si nunca hubieras existido. Cuando me despierto, la forma de tus labios persiste sobre los míos, persiguiéndome. Después de haberme imaginado una infinidad de horribles escenarios sobre lo que podrías estar viviendo, me digo a mí misma que estás bien, y así es como consigo dormirme y soñar contigo. Sin embargo, los sueños se están convirtiendo en pesadillas. La única prueba de que realmente existes es el dolor de mi corazón, las cartas y el

osito de peluche azul que ganaste en la feria y que me regalaste. Es la única evidencia a la que me aferro. Debes pensar que soy una egoísta, y lo más probable es que tengas razón. Me odio por decirte esto, pero esta será la última carta que te escriba. Siento que hago lo correcto al dejarte ir.

Nadie quiere que estemos juntos. Todos en el restaurante dicen que soy demasiado joven para ti..., demasiado joven como para esperar a un soldado. Tengo diecinueve años y tú veintiocho. No me canso de repetirles que lo nuestro es especial, pero todos me hacen sentir como si estuviera loca por estar enamorada de un hombre al que no veo desde hace meses.

Lo siento. Cuídate. ¿Harías eso por mí?

Te prometo que te sigo amando.

Grace

No debería estar leyendo esto, pero Violet es igual que yo. No confía en la gente con facilidad. Cada vez que se abre, el miedo es más que evidente cuando intenta ocultar sus partes más vulnerables. Esas son las que más ansío conocer.

Las cartas sobre la historia de amor de su abuela me tienen completamente fascinado. Están fechadas durante la guerra de Vietnam. ¿Por qué las tiene ella?

Las guardo de nuevo en mi cajón junto con mis herramientas de talla.

Han pasado horas desde la última vez que vi a Violet y me duele no estar cerca de ella. Es una sensación completamente nueva, algo que creo que nunca había experimentado, ni siquiera con Penny. ¿Despertarme y echar de menos el calor de alguien? ¿Que se te acelere el corazón solo con escuchar su voz? Ella es una droga. Eso es lo que es: morfina.

Nos pasamos los últimos días en la cama. Me respondió todas las preguntas que llevaba tiempo queriendo hacerle, como cuál es su comida favorita o cómo le gusta el café por las mañanas. Me dio una paliza al Catan y me di cuenta de que soy un mal perdedor. Además, se aseguró de informarme de que tengo siete canas en la barba.

«Boba».

Sigo en mi despacho. Son casi las nueve de la noche, el trabajo se ha alargado. La misión humanitaria está llevando más tiempo de lo habitual, lo que me tiene un poco agobiado. Las últimas comunicaciones que tuve fueron con Slater, quien dijo que ya venían de vuelta... pero eso fue hace dos horas.

Le pego otro trago al vaso de *whisky*, el cual me deja una sensación de ardor cuando me baja por la garganta. Reviso el papeleo y la lista de objetivos que tenemos pendientes de atrapar. Es interminable.

La puerta se abre y yo frunzo el ceño. Todo el mundo sabe que hay que llamar antes de entrar. Me preparo para pegarle un grito al soldado que haya osado entrar en mi despacho sin mi permiso, pero relajo los hombros en cuanto me doy cuenta de que se trata de Violet. Entra en silencio y cierra la puerta despacio para no hacer ruido.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha visto alguien? —Mi pregunta es apenas audible. Lo que sea que hay entre nosotros debe permanecer en secreto. Me enderezo en la silla, a la espera de su respuesta.

—No, ya se han ido todos. Me he asegurado bien antes de entrar.

Camina hacia mí. El sonido de su uniforme cuando le rozan los muslos a cada paso que da inunda la habitación. Le brillan los ojos al observar el despacho. Se acerca a la única foto que tengo, una de mi madre, mis hermanos y yo cuando éramos pequeños, al otro lado del escritorio.

—¿Y tu padre? Asumo que la señora rubia es tu madre porque tiene los mismos ojos esmeralda que tú. —Recorre la foto con el dedo.

—Para mí está muerto —respondo con frialdad.

Ella me mira con vacilación; por suerte, se da cuenta de mi respuesta cortante y no insiste.

—Bueno, si tú me hablas de tu padre, puede que yo te hable del mío —añado.

Su cuerpo se tensa cuando la observo por encima del hombro.

—Él... —Traga saliva, las palabras se le quedan atascadas en la garganta—. También está muerto. Pero muerto de verdad, bajo

tierra.

—Eso ya me lo habías dicho, pero ¿qué le pasó? —Camino hacia ella y levanto la mano para tocarle el hombro, aunque se aparta antes de que pueda hacerlo. Me quedo con la mano levantada durante un segundo antes de dejarla caer a mi costado. Retrocede hacia la puerta con pasos rápidos y decididos.

Veo que para ella su familia es un tema delicado.

Se detiene, con la mano sobre el pomo y su mirada clavada en la puerta.

—No finjas que te importa. Sé perfectamente lo que tenemos. Volverás con tu equipo cuando esta misión termine y yo me quedaré aquí. Lo nuestro no tiene futuro. Si descubren nuestra relación, seré yo quien se enfrente a las consecuencias. He trabajado muy duro para llegar hasta aquí. Tú estás a punto de retirarte, pero yo me ganaré la reputación de haberme acostado con mi jefe.

Bajo la cabeza al recordarlo. No obstante, hay algo en lo que se equivoca: me importa más de lo que debería.

—Tienes razón. No deberíamos contarnos cosas tan personales. —Le doy la espalda y jugueteo con mi reloj mientras regreso al escritorio. El ambiente ha cambiado por completo. Somos dos personas con muros demasiado altos. Y no tiene pinta de que el escudo que ella finge llevar vaya a caer pronto.

La puerta se abre de golpe y obliga a Violet a retroceder, muerta de vergüenza. Se pone pálida, incapaz de mirar a Booker, por lo que baja la mirada al suelo. Yo mantengo la calma porque mi mejor amigo ya está al tanto y no dirá ni una palabra. Él la mira de reojo y después se vuelve hacia mí con una expresión fría como el hielo que conozco a la perfección

«Malas noticias».

—Se viene una noche muy larga. Hay dos personas muertas. Han sufrido una emboscada —escupe Booker con rabia.

—Vete, Violet. —Mi tono es duro y autoritario.

—¡¿Qué?! —grita, sorprendida—. No pienso irme a ninguna parte. —Niega con fuerza. Se le ponen las mejillas y el cuello rojos.

Booker ni siquiera la mira, mantiene sus ojos clavados en mí a la espera de una orden.

—Escúpelo. —Me cruzo de brazos.

—Los hombres en edad militar abrieron fuego contra ellos cuando se iban. Han matado a médicos, enfermeras y niños. Luego llegaron las bombas y las explosiones... Era una trampa. Tenemos que llamar a todo el mundo para sacarlos de allí cagando hostias.

—¡¿Quién ha muerto?! —grita Violet.

—No contestes a eso, Booker —exijo apretando los dientes. Existe un protocolo para estas situaciones, son cosas que pasan. No necesito que la información equivocada se esparza como la pólvora antes de verlo con mis propios ojos. Cojo mi cuchillo favorito del escritorio, cierro el cajón de golpe y me dirijo hacia la salida con paso decidido—. Vamos. Manos a la obra.

—¿«No contestes a eso»? —Violet nos sigue por el pasillo—. ¡Mis amigos también iban en esa misión! ¡Por favor, Booker, dime algo! —suplica mientras intenta contener las lágrimas. Aprieto los dientes porque siento una necesidad de calmarla que me consume, pero ahora mismo no podemos detenernos, y me niego a tratarla de manera distinta.

—¡Y los míos también, Isla! —le suelta él con brusquedad cuando se da la vuelta. Se detiene y se enfrenta a Violet con el ceño fruncido, casi como si la retara a cerrar la boca—. Todos tenemos amigos en esa misión.

Llevo la mano al pecho de Booker para impedirle soltar otra crueldad. Él se queda quieto y clava la mirada en mi mano. Al fin y al cabo, nadie tiene el derecho de hablarle así.

«Nadie».

Violet me mira con lágrimas en los ojos, esperando encontrar consuelo en los míos. Tiene los puños apretados a ambos lados del cuerpo y respira como un toro enfurecido. Parece que quiere arrancarnos el pellejo a ambos. Siempre me ha gustado porque es una chica apasionada y no oculta sus emociones, pero ahora mismo no es el momento. Necesita aprender a controlarse. Booker me contó que intentó desafiarlo delante de los demás el pasado fin de semana, cuando él solo seguía mis órdenes para que permaneciera aquí.

—Posa, si no puedes controlar tus emociones, entonces no puedes estar con nosotros ahora mismo. —Mi tono es frío y cortante, como debe ser cuando hay vidas en juego. Nuestra relación personal desaparece cuando se trata del trabajo. Esa parte de mí nunca cambiará.

Ella se pone tensa, como si la hubiera golpeado. Me mira y su cuerpo se relaja. Respira de forma agitada e intercambia la mirada entre Booker y yo.

—¿Estás bien o necesitas que te mande a un escritorio? —pregunto con crueldad. Ella se recompone rápidamente y se transforma en la Soldado Inquebrantable.

—Responde cuando tu superior te habla —se burla Booker.

Aprieta la mandíbula y se pone la máscara que usó durante todo el curso. A Violet no le gusta que le digan lo que debe hacer, pero jamás se atrevería a desafiar a sus superiores. Por mucho que le guste provocarme, se nota el respeto que me tiene por la forma en la que se relaja y responde:

—Sí, sargento maestro. Estoy bien.

Capítulo 35

Violet



La entrada a nuestra ubicación es un completo caos: los Humvees entran a toda velocidad, pasando junto a los guardias. Las fuerzas de seguridad agitan los brazos mientras los guían, un Black Hawk de evacuación médica aterriza en la pista. Veo cómo todo se desarrolla con la esperanza de encontrar a Castle con vida. Siento que estoy dentro de una película de miedo. Sacan cuerpos en camillas del helicóptero. Mantengo los dedos dentro del chaleco y espero, con el miedo apoderándose de mis sentidos. La Fuerza Delta, junto con el Regimiento Raider de los Marines, logran traer a la base a los heridos y a los soldados muertos en combate, pero todavía necesitan ayuda. Siguen luchando, y nosotros estamos preparados para brindarles nuestro apoyo.

Todos estamos vestidos, cargados de armas hasta las cejas, con rayas verdes, negras y marrones pintadas por toda la cara. Los pasamontañas los llevamos asegurados en los bolsillos. Booker permanece a mi lado mientras yo no paro de hipar por aguantarme las ganas de llorar.

Me conocen como la Soldado Inquebrantable y, sin embargo, cada vez que Kade me toca, me hago añicos. La forma en la que se

transforma en el hombre al que todos temen y me reprende como si fuera una cualquiera para él me corrompe. Me estoy encariñando demasiado, anhelo ese lado suyo que nadie más conoce.

Sé que no recibiré un trato especial por el hecho de que nos estemos acostando, pero, aun así, no me hace nada de gracia cómo me cortó antes. Mis sentimientos están afectando a nuestra relación laboral y yo he sido tan tonta como para pensar que podría tener una relación sin ataduras con un hombre al que admiro tanto.

El móvil me vibra de nuevo contra el muslo. Lo saco y me alejo de Booker en busca de un poco de privacidad. También estoy cabreada con él por la forma en la que me habló antes. Esta noche mis emociones están del todo desbordadas, por lo que necesito tiempo para reflexionar sobre cómo reaccioné.

«Isla, no le discutas a tus superiores. No seas esa clase de persona».

Se me vienen a la cabeza las palabras de Castle y las ganas de llorar aumentan. Hace un par de días estábamos juntas jugando al Catan, bebiendo y burlándonos del trabajo. ¿Y ahora? Podría estar muerta. Recuerdo nuestra última noche de chicas. Sus rizos pelirrojos rebotaban cada vez que se reía y su sonrisa radiante era tan contagiosa que se me pegaba todo el rato. No se me da bien hacer amigas, así que esta situación me está matando.

Al girar el móvil, el corazón me da un vuelco.

Abuelo:
La abuela está un poco pachucha. Te echa de menos. ¿Tienes tiempo de llamarla y leerle una de las cartas esta noche?

Yo:
Qué le pasa? Te ha dicho lo de las cartas? Por desgracia, ahora mismo estoy hasta arriba y me da que será así durante toda la semana. Las cosas se están poniendo feas por aquí, pero no te preocupes.

Abuelo:
Soy su marido. Lo sé todo sobre ella. Últimamente

no tiene muchos días buenos. No para de cantar *We Belong Together* ni de buscar su uniforme del restaurante para irse a trabajar. Cree que estamos en 1960. Empeora con el paso de los días. Quería avisarte para que pudieras llamarla antes de... ya sabes.

Yo:
La llamaré en cuanto tenga un hueco. Te quiero.
Por favor, dile que la quiero.

Los gritos de Castle me hacen apartar la vista del móvil.

Está aquí. Está...

«Oh, no».

Está viva, y una parte de mí se relaja, pero entonces me percato de la gravedad del asunto. Nunca había oído a nadie proferir unos gritos de dolor tan desgarradores. Hay demasiada sangre. Cae como una cascada y deja un rastro rojo carmesí a su paso cuando un grupo de apoyo médico la empuja en una camilla.

—¡Joder! —continúa gritando, junto con otros soldados, cuando la meten a toda velocidad en el servicio de emergencias de la base.

Corro hacia ella, pero antes de que pueda acercarme demasiado, Booker me agarra por el hombro y tira de mí.

—No te metas. Deja que hagan su trabajo y nosotros haremos el nuestro —sentencia.

Mantiene la mano sobre mí y me obliga a quedarme quieta. Me domina con facilidad. Lo miro por encima del hombro y veo que está controlando su cabreo. Se le dilatan las fosas nasales y mastica su tabaco con fuerza. No tiene sentido discutir con él, y tampoco quiero.

Entonces, lo veo: la fuente..., su herida. Las piernas de Castle han desaparecido por completo de las rodillas para abajo. Lleva los muslos envueltos en un torniquete, la carne desgarrada y el hueso le cuelgan.

Está sufriendo. Se está desangrando. Hay sangre, ¡muchísima sangre!

Nunca volverá a caminar. Su carrera en el ejército ha llegado a su fin. Su vida pende de un hilo y me siento completamente impotente mientras la culpa me carcome el corazón roto.

Debería haber estado con ella. Debería haber ignorado los deseos de Booker y haberme colado de alguna manera. Quizá entonces ella seguiría teniendo piernas. ¿Por qué Booker me lo impidió?

Me quedo mirando a mi amiga más cercana del equipo, grita y suplica por su vida hasta que todos desaparecen dentro del centro médico de urgencias, dejándome sumida en una rabia cegadora que me consume.

Sentada en el asiento trasero de un Humvee que atraviesa los baches a toda velocidad, no paro de pensar en Castle y sus heridas. Me hierve la sangre cada minuto que pasa. ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que pasarle a ella? ¿Por qué esos desalmados han atacado un hospital infantil?

Los SEAL y los Raiders nos siguen. Un rastro de cinco vehículos blindados llenos de tropas preparadas para desatar el infierno. Booker empieza a cantar *La Balada de los Boinas Verdes*. Poco después, Roberts se le une, seguido por mí. Kade está sentado frente a mí, aunque su cabeza está en otra parte. Apoya sus manos enormes y de venas marcadas sobre las rodillas, relajadas, a pesar de que estamos a punto de entrar en una zona peligrosa.

Cuanto más nos acercamos al objetivo, más puedo sentir las vibraciones de las bombas y los disparos a lo lejos a través del vehículo. No estoy nerviosa ni asustada; estoy furiosa y quiero asegurarme de que esos hijos de puta reciban su merecido.

—Según las últimas comunicaciones que tuvimos, todavía retienen a una niña y a un médico dentro del hospital. Tenemos órdenes de buscarlos y rescatarlos, eliminar a los objetivos y capturar a todos los que podamos. Ya conocéis las reglas del combate. —Kade nos mira a todos uno por uno.

—¡Sí, señor! —vociferamos al unísono.

El Humvee se detiene de golpe, lo que nos provoca una sacudida. Kade es el primero en salir mientras los demás lo seguimos. En

cuanto pongo un pie en el suelo arenoso, la adrenalina se apodera de mi cuerpo. Está todo cubierto de humo y los gritos de los operadores de diferentes equipos resuenan en mis oídos. Se desata una batalla campal alrededor del hospital infantil.

Nos adentramos en el caos y buscamos cobertura detrás de una casa abandonada. Mi cuerpo se tensa en cuanto mi espalda golpea la pared de ladrillo descascarillada. Aprieto mi rifle con fuerza, a la espera de nuestra siguiente orden.

—Bestia, dos amenazas en el tejado, ¿las ves? —gruñe Caos por el micrófono tras mirar a través de nuestros binoculares de visión nocturna.

Usando mi propio visor, veo a unos soldados que nos apuntan. Saben que estamos aquí, pero no consiguen localizarnos. Uno de ellos nos dispara, lo que hace que pedazos de ladrillo salten por todas partes. Un fragmento de metralla me golpea en la cara, pero apenas lo siento. Todo ocurre tan rápido que no dudo en levantar el rifle y poner el dedo en el gatillo.

Mi padre me llevaba a campos de tiro de mil metros cuando era niña, hasta que falleció. Siempre fui buena tiradora, así que, cuando mi bala atraviesa la cabeza de los dos objetivos al primer intento, la confianza me invade. Estoy tan concentrada que apenas siento el retroceso del arma golpearme en el hombro. Ahora mismo, es una situación de vida o muerte.

Otro aparece detrás de ellos con un chaleco bomba. Se lo quita a toda velocidad y lo levanta sobre su cabeza, como si planeara lanzárnoslo. Antes de que le dé tiempo a hacerlo, Bestia le pega tres disparos en el pecho y el tipo cae, lo que deja una niebla carmesí en el aire. Siento un zumbido dentro de mí; el pecho me pesa más de lo habitual cuando intento ponerme de pie de nuevo.

Kade nos acaba de salvar la vida. Si esa bomba hubiera detonado solo un segundo antes, estaríamos todos muertos o muy cerca de estarlo.

Un líquido rojo gotea junto a mi bota.

«¿Estoy herida? ¿Por qué estoy sangrando?».

—¿Te encuentras bien, Posa? —Caos me agarra del hombro y me obliga a volverme hacia él. El pitido que me taladra los oídos se

mezcla con su voz amortiguada. Con sus dedos enguantados, me aparta los mechones de pelo de la cara para buscar el origen de la sangre.

Asiento, todavía aturdida por la explosión.

Veo su cuerpo borroso, pero no se me pasa por alto su tono de preocupación. El pasamontañas le cubre la cara, pero sus iris color avellana brillan a través de la tela obsidiana. Al cabo de unos segundos, vuelvo a ser capaz de oír con claridad.

—Tienes un corte en la cara, pero estás bien. —Me da tres palmadas en la mejilla y me guiña un ojo.

Incluso en la oscuridad, Booker encuentra la forma de devolvernos la luz y hacernos sonreír.

—Estoy viva. Recibido. —Le devuelvo el guiño. Después, se pone a atender al resto del equipo para comprobar que la explosión no les ha provocado ninguna contusión.

—Voy a entrar con el equipo SEAL de los Sabuesos del Infierno y con nuestra traductora para que se entregue. Los demás, quedaos donde estáis —ordena Bestia por el micrófono. Está en el extremo opuesto de la pared, al lado contrario de la entrada del edificio. Una sombra oscura se desliza bajo la luz de la luna cerca de Kade; la localizo al instante.

Una amenaza sale de un callejón con un AK-47 y abre fuego contra los SEAL que nos cubren la retaguardia, y los obliga a retroceder. Antes de que pueda pegarle un tiro a Kade en la espalda, levanto el arma y aprieto el gatillo. La cabeza del enemigo explota después de que este logre disparar, pero mi disparo provoca que su mano caiga hacia un lado y la bala impacte a apenas un centímetro del pie de Kade.

Kade se vuelve hacia mí y me dirige esa mirada que tan bien conozco y que se reserva para cuando estamos los dos solos.

Cariño. Anhelo. Pasión.

Esas tres emociones tiñen sus ojos azul hielo y verde bosque. Le he salvado la vida y lo sabe.

Me pierdo en su mirada. Unos dedos largos y desconocidos me bajan el brazo. Al girar la cabeza, abro los ojos como platos al ver de quién se trata.

Karen.

La hermosa mujer de pelo rubio y rizado que conocí en The Drunken Shell es la intérprete que trabajará con Kade. Me observa durante un instante antes de clavar su vista en él, que ya se está alejando de mí y se dirige al interior del edificio con el rifle en alto. Sus ojos azules me miran de arriba abajo. Chasquea la lengua.

—La Soldado Inquebrantable. Me han hablado... mucho de ti —dice en voz baja, casi como si me estuviera acusando de algo.

¿Por qué me mira así? Debería seguir a Kade, no fulminarme con la mirada.

Después de ponerle el seguro a mi arma, la guardo e ignoro su comentario extraño.

Quiero entrar. Sé que Kade nos ordenó permanecer quietos, pero la necesidad de desobedecer sus órdenes y seguirlo al interior es demasiado tentadora. Quiero protegerlo de la misma manera en la que él siempre me protege.

—Teniente Wilson, estamos en mitad de una operación. ¿Necesita algo? ¿Quiere que la siga? —Booker se pone de pie tras revisar a nuestro médico. Un adiestrador canino pasa corriendo junto a nosotros con un precioso pastor belga de pelaje rojizo que ladra a todo pulmón y salpica baba por doquier. Desaparecen dentro del oscuro hospital, tragados por las sombras.

—No, estoy bien. —Ella me da la espalda y su figura alta y fornida sale corriendo detrás del adiestrador canino y deja a nuestro equipo solo con los SEAL.

—Debemos asegurar el exterior del edificio mientras esperamos —ordena Booker.

Todos rodean el hospital en busca de amenazas. Caos lidera, al frente, seguido por mí. Cuando nos adentramos en el callejón, está vacío. Ninguna señal de enemigos.

—¡Despejado! —gruñe Caos por el micrófono.

De pronto, la tapa de un cubo de basura explota. Un hombre con un machete sale de su interior y se abalanza sobre Caos con un único objetivo: matarlo. Los reflejos de Booker son rápidos, así que lo esquiva a tiempo. Sin embargo, el ataque sorpresa le hace soltar el rifle, por lo que no es capaz de defenderse con la rapidez

necesaria. Mi punto de mira va de un lado para otro mientras intento encontrar un buen ángulo para dispararle, pero corro el riesgo de darle a Caos.

—¡No puedo disparar! —grito con la garganta seca. Intento no entrar en pánico, pero la idea de perder a Booker me aterroriza. Me empiezan a temblar las manos de mantener en alto el pesado rifle. Observo a Caos forcejear con el objetivo, mientras le arden los músculos.

¿Debería sacar mi pistola? ¿Placar al objetivo?

Se me pasan varias ideas por la cabeza, pero me da miedo tomar la decisión equivocada.

«No dudes. Como dudes, la palmas».

Las palabras de Kade resuenan en mi cabeza.

Nuestro equipo forma una pared junto a mí, y apuntamos todas nuestras armas hacia el objetivo.

Caos mete la mano en su equipo en busca de un cuchillo o de una pistola mientras el hombre continúa lanzando golpes desesperados. Gruñe y maldice, claramente impulsado por el odio. Antes de que una hoja afilada alcance la garganta de Caos, aprieto el gatillo, consciente del riesgo que estoy asumiendo.

Por suerte, la bala le impacta en la muñeca y lo obliga a retroceder y a soltar el arma. Booker se vuelve hacia mí con la respiración agitada y los ojos abiertos de par en par. Me quedo quieta y le doy las gracias a Dios mentalmente. Él se incorpora y le da una patada al machete mientras el resto de nuestro equipo se abalanza sobre el objetivo para inmovilizarlo. El hombre grita en el suelo, pataleando y apretando contra su pecho su brazo ensangrentado.

Caos se quita el micrófono con brusquedad y camina en mi dirección. Lo miro, sorprendida. Cuando llega hasta mí, mientras todos los demás están distraídos asegurando al objetivo, se inclina hacia mi oído. Echa un vistazo al micrófono y después a mí.

—Si no le pertenecieras a otro hombre, te besaría hasta dejarte sin aliento —me susurra con voz grave y una sonrisa burlona.

El corazón me da un vuelco. ¿Sabe lo mío con Kade?

Le suelta esta clase de bromas a todo el mundo, pero aun así...

—Cállate, Caos. No tengo ni idea de qué me estás hablando. —Le pego un empujón en el hombro y me aparto de él, pero me alcanza al cabo de un segundo.

Pasa una hora sin novedades sobre la situación de los rehenes. Estamos todos esperando fuera del edificio, rodeándolo para asegurarnos de que nadie entre ni salga. El no saber si Kade se encuentra bien me está volviendo loca.

—Deberíamos haber sabido algo ya, Caos —susurro con voz tensa, sin apartar la vista de la puerta por la que entró Kade. Me está costando la vida no desobedecer sus órdenes y correr al interior del edificio para ayudar.

—No me preocupa. Bestia se maneja bien con Karen en estas situaciones —masculla. La mención de su nombre hace que se me encoja el estómago.

La curiosidad me carcome. ¿Cuánto tiempo estuvieron saliendo? ¿Cuándo fue la última vez que se acostaron? ¿Siguen siendo amigos?

Joder. Estoy celosa. Me recuerdo que ahora mismo no es el mejor momento para gestionar esto. Total, ¿qué más da? Lo nuestro terminará tarde o temprano.

No me importa.

No me importa.

La mentira da vueltas en mi cabeza como un tiovivo y me revuelve el estómago.

Un fuerte disparo resuena dentro del edificio y se me hiela la sangre. Me vuelvo hacia Caos, que sujeta el rifle con fuerza. Me trago el sentimiento de preocupación; no tengo tiempo para ponerme en lo peor. Unos segundos más tarde, suenan tres disparos más y las preguntas inundan las comunicaciones.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Bestia? ¿Qué está pasando?

—¿Los rehenes siguen vivos?

La sangre me retumba en los oídos mientras espero. Como Kade esté herido o muerto...

Sé que está acompañado por los SEAL y por el resto de nuestro equipo, pero no puedo evitar preocuparme.

—La amenaza ha sido eliminada —responde la voz apagada de Karen.

Por fin puedo soltar el aire que estaba conteniendo y relajar los hombros. Aflojo el agarre de mi rifle y me reajusto el micrófono en la oreja, a la espera de que diga algo más.

¿Por qué suena tan seria? Es algo bueno.

Finalmente, Kade emerge de entre las sombras. Al principio me siento aliviada, pero, en cuanto veo a quién carga entre sus brazos, se me cae el alma al suelo. Mantiene la mirada clavada en la niña ensangrentada y sin vida. Camina en dirección al pueblo y un grupo de operadores especiales se adentra en el edificio para completar la investigación.

Se me llenan los ojos de lágrimas y la bilis me sube por la garganta. Me quedo tan impactada que casi se me cae el rifle. De pronto, la manta que cubre a la niña se mueve. Unos bracitos diminutos se aferran desesperadamente al cuello de Kade cuando la pequeña solloza contra su pecho.

La ha salvado. Ha conseguido salvar la vida de esa niña.

—Mató al médico con un disparo en la cara. Conseguí acabar con él antes de que le hiciera lo mismo a ella. Está cubierta de sangre. Está viva, pero necesita atención médica.

Un grupo de médicos corre en dirección a Kade. En cuanto lo alcanzan, él les entrega a la niña con cuidado. Al principio, se resiste y se niega a soltarlo entre súplicas. Sé que le está suplicando que no la deje, pero él consigue tranquilizarla y le asegura que está a salvo y todo irá bien.

Antes de que se me caigan las lágrimas, Caos me saca de mi estado emocional al pasarme un brazo sobre los hombros. Al clavar mi atención en él, aprieto los labios y lucho contra el impulso de echar a correr hacia Kade.

—La operación ha terminado. Viviremos un día más, Posa.

Capítulo 36

Violet



Una semana más tarde, llamo a la puerta de Kade. No he conseguido dormir más que un par de horas desde la misión humanitaria. La realidad de la guerra me absorbe y siento una presión en el pecho cada vez que tomo aire. Aun así, trato de controlar mis emociones antes de enfrentarme a mis superiores. El no saber lo que me espera detrás de la puerta me carcome. No estoy lista para hablar del horror que presencié. Vi llegar a todos mis compañeros con heridas de bala y bombas que les cambiarán la vida para siempre.

Castle ha perdido las piernas, han muerto niños, soldados y médicos por culpa del objetivo de alto valor que habíamos estado buscando. El Cirujano dio la orden de atacar.

Le pregunté a Booker por qué me impidió unirme a la misión aquella noche una vez que las evacuaciones médicas habían terminado. Me confesó que lo hizo porque Kade se lo pidió.

He ignorado todos los mensajes que me ha enviado, solo dos y ambos sobre trabajo. No ha ido a buscarme a mi habitación y yo a él tampoco. Estoy demasiado cabreada como para enfrentarme a él

porque temo lo que podría hacer. Intento con todas mis fuerzas empezar de cero y ser profesional.

Jugueteo con la placa de identificación que llevo colgada al cuello; froto el metal una y otra vez cuando llamo a la puerta de nuevo. Tal vez no me ha oído por la tormenta que se avecina. Finalmente, después del segundo intento, la voz de Booker retumba al otro lado.

—Adelante.

Giro el pomo y empujo la puerta. Los tres oficiales de alto rango permanecen de pie delante de un escritorio, observando una montaña de papeles. Entro con la barbilla en alto, las manos a los costados y una expresión seria.

—Sargento maestro O'Connell. —Lo saludo a él y a los demás.

—Todos fuera, necesito hablar con Isla en privado.

Los demás asienten, carraspean y abandonan la habitación. Kade se da la vuelta, como si yo no estuviera ahí, como si no me hubiera dicho que pasara, como si fuera un fantasma.

Los relámpagos iluminan la habitación en penumbra. Los truenos llegan unos segundos más tarde. El sonido hace vibrar las paredes del edificio, lo que provoca que la lámpara del techo se balancee y la luz titile.

—¿Me he metido en un lío?

Kade introduce un código de seis dígitos en un casillero y una luz verde se enciende. Lo abre y deja a la vista una botella alta y elegante de *bourbon*. Se vuelve hacia mí con dos vasos en la mano, aunque no me mira. Llena los vasos y observo cómo el líquido ámbar sube hasta casi el borde con el hielo. Cierra la botella.

—¿Cómo estás? —Sus ojos hipnóticos por fin se encuentran con los míos cuando se inclina sobre el escritorio. Se aferra con fuerza a la madera y se le tensan los músculos de los tríceps.

Abro la boca para decir:

«Estoy bien. Todo bien. No hay de qué preocuparse».

Pero no me salen las palabras.

La cierro mientras se me forma un nudo en la garganta. No me vendré abajo. No puedo. Tengo que ser fuerte.

—Violet, te he hecho una pregunta. —El mismo tono autoritario que usa cuando está al mando.

—Estoy bien.

Las palabras salen sin convicción, lo que las convierte en una mentira audible. Él aprieta la mandíbula y se lleva el vaso de *bourbon* a los labios.

Aparto la mirada de sus ojos oscurecidos y echo un vistazo por la ventana, donde la lluvia golpea con fuerza. A través del cristal, alcanzo a ver las banderas ondeando por el viento y las enormes gotas de lluvia.

Se me viene a la cabeza el cuerpo mutilado y ensangrentado de Castle y me estremezco. Después de varios minutos en los que la luz no para de parpadear, termina apagándose, y nos deja a Kade y a mí sumidos en la oscuridad, con solo un leve destello de la luz de la luna filtrándose entre las sombras.

Finalmente... me rompo.

Niego con la cabeza y aprieto los labios temblorosos con la esperanza de que eso detenga el ataque de ansiedad que amenaza con consumir mis sentidos. No obstante, da igual lo que haga, la realidad de la guerra me golpea de lleno y, en esta ocasión, no puedo evitar pensar en la posible pérdida de Castle. Las últimas noticias que tengo de ella son que estaba en estado crítico y que la Cruz Roja ha avisado a su familia.

—Estás bien —repite Kade con un tono tranquilizador y la voz grave. Lo dice como si fuera una pregunta.

—¿Cómo puedes tú estar bien? ¡Han muerto dos soldados! ¡Han muerto civiles inocentes! ¡Castle se está muriendo! Ha perdido las piernas y tú ni siquiera te inmutas. ¿Ni una lágrima? ¡¿Acaso no sientes nada?!

Mis preguntas no le provocan ni una sola reacción..., nada. Me quedo mirando el lugar donde lo vi por última vez, mientras la tenue luz de la luna apenas delinea su enorme figura. Lleva las gafas puestas y se lo ve igual de tranquilo que siempre, bebiendo como si fuera otro día más en la oficina.

No paro de llorar. Me cuesta respirar y me llevo una mano al pecho, que sube y baja sin control. Las lágrimas me caen por las mejillas mientras intento quitarme la parte de arriba del uniforme.

—¡Sé que no estuve en esa misión por tu culpa, hijo de puta! ¡No puedes detenerme solo porque nos estemos acostando! ¿Crees que eso te da derecho a arruinar mi carrera? ¿A sacarme de las operaciones? ¡Te estás cargando mi trabajo!

—Baja la puta voz —me reprende con dureza, y se le marca la vena del cuello.

—¡Debería haber estado allí, Kade! —grito. Me arden los ojos. Ese puto nudo en la garganta vuelve a aparecer, lo odio—. ¡Podría haberlos ayudado! ¡Quizá así mi mejor amiga no se estaría muriendo ni la estarían trasladando a Alemania ahora mismo! Quizá... —Sollozo—. ¿Y si...?

—Ni se te ocurra jugar al juego de «qué habría pasado». No vas a ganar. Y a Castle no le servirá de nada que te pongas a lloriquear.

—¡Que te den, Kade!

Él se echa hacia atrás, inexpresivo, y yo me desmorono por completo.

—No puedo respirar. N-no puedo respirar. —Intento permanecer firme, pero se me quiebra la voz.

«Un ataque de pánico».

—Deja que te ayude.

—¡No!

—Mariposa.

—¡No, Kade!

—¡Es una puta orden! —gruñe.

—Me importa una mierd...

—¡Sigo siendo tu superior, así que controla cómo le hablas a alguien de mayor rango!

—¡Deja de actuar como si no fuera más que otra soldado para ti!

Rodea el escritorio y se sitúa delante de mí con una expresión tan fría que podría congelar el mundo.

—¡No puedo respirar! ¡Siento que me ahogo!

Tomo aire de forma entrecortada y me desabrocho la chaqueta con estampado de camuflaje, pero se me atasca la cremallera. Gimo de frustración a la vez que sigo tirando y tirando, aunque no consigo quitármela.

Sacudo la cabeza y cedo.

—Por favor, quítamela. Quítamela, ayúdame. ¡Por favor, sargento maestro!

Kade reacciona de inmediato y sus enormes manos envuelven las mías. Tira de la cremallera con fuerza, la desatasca y me arranca la prenda. Una oleada de alivio me invade. Deja caer la chaqueta sobre su escritorio. Tomo una profunda bocanada de aire y él me envuelve entre sus brazos. Me aferro a su cuerpo firme y dejo que su olor me inunde los sentidos. Me entierro en el aroma a cedro y me desmorono.

Las imágenes de mi padre irrumpen en mi mente y me obligan a taparme los ojos con las manos.

—No pasa nada por romperse, Violet. Castle es una soldado ejemplar. Joder —susurra justo antes de depositar un beso sobre mi cabeza. Continúo sollozando contra su pecho y arañándole la espalda. Aun así, no paro de temblar y los sonidos de mi padre ahogándose con su propia sangre continúan perforándome los oídos.

—Creo que, después de todo, no estoy hecha para esto.

—Nosotros no nos rendimos —responde con un tono firme. Sigo hundiendo las uñas en su espalda y él no se resiste cuando lo hago; en cambio, me abraza con fuerza, como si quisiera llevarse todo mi dolor—. No pierdas la fe. Se pondrá bien, ¿me has oído?

—Lo siento. No me estoy rindiendo, solo que no es justo.

—La guerra no es justa, Mariposa. Es brutal y cruel. Salvamos a quien podemos.

Nos quedamos así durante lo que parecen horas. Me acaricia la espalda en círculos hasta que consigo volver a respirar con normalidad.

—¿Permiso para llamarte Kade?

Asiente.

—Kade. —Lo miro y, en cuanto lo hago, me arrepiento de inmediato.

—Violet.

—¿Cómo haces para no romperte?

Me suelta y su mirada cruel regresa. Se da la vuelta, camina en dirección a su escritorio y se bebe el *bourbon* en tres tragos. Se deja caer en la silla fulminándome con la mirada.

—No se puede romper algo que ya está roto.

Se pasa una mano por el pelo, como si quisiera añadir algo más, pero se contiene. Otro relámpago ilumina su despacho durante un segundo y después regresa la oscuridad.

—¿Cómo te acostumbras a perder soldados?

Él me observa. Su postura relajada se transforma en una oscura y atormentada.

—Turner Swanson, treinta y dos años, un Navy SEAL. Murió a causa de un artefacto explosivo improvisado. Jim Gray, dieciocho años, Boina Verde. Se pegó un tiro por el estrés. Lo hizo delante de mí. Rick Pierce, veinticinco, un soldado de las Fuerzas Especiales. Murió por una granada en una misión que yo dirigía. Damon Hawke, veintidós. Murió quemado vivo porque llegamos demasiado tarde. Owen Pearl. Murió por dos impactos de bala porque no fue capaz de reaccionar. Frederick Schofield, treinta y siete años. Murió por la guerra. ¿Entiendes ahora por qué soy tan duro con vosotros? ¿Por qué graduarse es casi imposible? ¿Por qué todos dicen que soy un capullo? ¡¿Un monstruo cruel?! ¡Es para salvaros la vida! —Golpea el vaso contra el escritorio, astillando el borde, y yo me sobresalto—. Así que, la respuesta a tu pregunta... ¿Que cómo me acostumbro a perder a mis soldados? No me acostumbro.

Balancea los hombros, como si intentara contener sus demonios. Aparta la mirada y la clava en el escritorio. Posa la mano sobre la madera y respira hondo. Cierra los ojos, como si le avergonzara mostrarse vulnerable, como si dejar ver que la guerra le afecta fuera un delito.

Esta noche es la primera vez que lo veo mostrar una emoción que no tenga nada que ver con el sexo. Ahora lo entiendo. Se preocupa muchísimo por la gente que lo rodea, y la responsabilidad de nuestras vidas pesa sobre sus hombros como una losa. No me puedo ni imaginar lo que debe de ser estar en esa posición durante casi veinte años, sin tener a alguien con quien hablar de ello. ¿Alguna vez lo habrá hecho?

Me muerdo el labio y camino hacia él.

—No eres un villano. Eres Kade O'Connell. Eres más que un operador especial. Eres un padre, un amigo, un hermano.

—Cuando todos te llaman villano y los soldados te miran con miedo... —Niega con la cabeza—. Por el amor de Dios, que hasta mi nombre en clave es «Bestia» —suelta con una sonrisa que no se le refleja en los ojos—. He empezado a creérmelo.

—No... —susurro con suavidad—. Eso que ves en sus miradas no es miedo, es respeto. Eres todo lo que acabo de decir y, lo más importante, eres un ser humano con defectos. No tienes que ser perfecto. Eres un hombre. —Le tomo el rostro y lo obligo a mirarme —. Eres un hombre al que admiro profundamente.

Se tensa. Entonces veo cómo sus pupilas se dilatan y los destellos de sus ojos heterocromáticos brillan con un deseo oscuro. En cuestión de un segundo, me levanta y me sienta de golpe sobre su escritorio. Sus labios se encuentran con los míos y no dudo en seguir sus movimientos.

—Kade —gimo entre sus labios. Su barba me araña la boca y el cuello cuando me muerde, me chupa y me marca con los dientes—. Hazme olvidar todo, fóllame hasta que no recuerde dónde estamos.

No quiero pensar en que mi mejor amiga podría morirse. Prefiero perderme en el único hombre que me hace sentir segura y protegida... como si nada ni nadie pudiera hacerme daño mientras él me toca.

Se aparta en cuanto esas palabras salen de mi boca. Sin aliento, necesitada y mojada, desearía poder decir que no me afecta que se haya retirado tan rápido.

Suspira y me recorre con la mirada cuando otro relámpago sacude el cielo.

—No. No después de... —Se pasa la mano por el rostro. Sé que le duele rechazarme, lo entiendo más de lo que cree. Resopla y juguetea con un anillo en forma de calavera que lleva en el dedo corazón. Lo hace girar una y otra vez con nerviosismo—. Necesitas tiempo para asimilar tu primer encuentro con la muerte. Ahora tengo que reunirme con el general Hallows. Va a ser una noche muy larga... —Su mirada seria se aparta de la mía, cargada de necesidad —. Solo quería asegurarme de que estabas bien antes de irme.

Y entonces, se marcha y me deja sola con mis pensamientos.

Capítulo 37

Kade



Estoy observando e investigando a El Cirujano. Ella Winters, una oficial de inteligencia de la Marina, me dio acceso a las pruebas que tenemos sobre él: un criminal de guerra, líder, extremista, asesino. Sueno como un disco rayado, pero debo recordarme todos los hechos. Mantenerlos presentes nos mantiene a todos motivados para detenerlo.

Se grabó a sí mismo decapitando y torturando a varios operadores especiales capturados. Me siento en mi despacho y me ajusto las gafas sobre el puente de la nariz mientras bebo y... observo. El general Miller me animó a llevar a cabo una investigación más intensiva. Tras horas de reuniones y entrenamientos, ni siquiera estoy un poco cansado. No me canso de trabajar. Es mi gasolina, la razón por la que me corre sangre por las venas, mi motivación para representar a los operadores mejor entrenados del ejército.

Winters permanece detrás de mí y la miro de reojo. Con las manos a la espalda se apoya contra los armarios, vestida con su uniforme de la cabeza a los pies. Su intensa mirada se clava en la pantalla que tengo delante. Claramente, le jode tanto como a mí que todavía no

hayamos pillado a este deplorable objetivo. Se le tensa la garganta y aprieta los puños.

Desvío la mirada hacia Daegan Hannibal, también conocido como Criatura. Es el mejor francotirador del ejército, con un historial impecable de no fallar ni un solo disparo. El Navy SEAL de dos metros es uno de los activos más letales en Operaciones Especiales, conocido por ser silencioso y tener un humor un tanto oscuro.

Lo veo en la pantalla del portátil, capturado..., antes de tener todas esas cicatrices y la máscara permanente que suele usar. Durante varios minutos, observo cómo lo torturan. Está atado a un poste, desnudo, herido y cubierto de sangre. Tiene el ojo por el que rumorean que no ve completamente cerrado y muy hinchado. El Cirujano lo apuñala una y otra vez por todo el cuerpo, pero él no grita. No sé cómo logró soportar todo eso, pero, sin duda, hizo honor a su reputación de permanecer en silencio. Siento náuseas al ver cómo mutilan a este hombre. Tiene el pelo negro empapado, no por el sudor, sino por la tortura del submarino. Después de los tres primeros cortes a un lado del rostro, El Cirujano le hace el más prominente: el que le pasa por encima de la ceja hasta llegarle al ojo. La sangre tiñe el blanco de su otro ojo color gris.

Cierro el portátil y pongo fin al vídeo antes de poder ver más, aunque, sinceramente, creo que ya he visto más que suficiente. Winters coge el portátil de mi escritorio y se lo coloca debajo del brazo. Lo sujeta con firmeza y se aclara la garganta.

—Ahora lo sabes —dice con tono cortante—. Ahora sabes por qué lo persigues.

Le dedico un leve asentimiento y aprieto los dientes hasta que me duelen.

Irrumpo de nuevo en su habitación para verla dormir. No puedo evitarlo. Me tiene completamente a su merced, no puedo mantenerme alejado de ella. Me costó sudor y lágrimas apartarme aquella noche en mi despacho. No me parecía bien. Cuando follemos, quiero todo: mente, cuerpo y alma..., toda su atención. La anhelo con un deseo insaciable.

Está tapada con sus mantas negras hasta la barbilla. Es tan hermosa cuando duerme. Quiero despertarla con mi polla, pero me contengo.

¿Le gustaría?

Por ahora, hemos compartido los mismos deseos oscuros. Somos tan iguales que la línea que nos separa es apenas imperceptible, por eso siento que estamos conectados en cuerpo y alma. Recibe con los brazos abiertos cada parte de mí, incluso aquellas que me dijeron que no valían nada. Yo mismo creía que no valía nada. A diferencia de la seguridad que siento en mi trabajo y en todo lo demás que me hace ser quien soy, cuando se trata de abrirme, me cierro en banda. Ella me hace sentir que podría volver a tener la opción de unirme a otra persona.

Violet empieza a gimotear.

«¡Papá, ayúdame!

»¡Papá, lo siento! No tenías que haber venido a por mí.

»¡Lo siento!».

Frunzo el ceño y la necesidad de despertarla se vuelve más fuerte cuanto más habla. Joder, no puedo verla así, me duele verla sufrir. Me acerco a ella sigilosamente, preparado para arrancarle las mantas y envolverla entre mis brazos, pero cuando llego a su lado, me detengo.

Me vibra el móvil en el bolsillo y lo silencio antes de que se dé cuenta de que he vuelto a colarme en su habitación.

Es otra reunión.

Violet se mueve, se tumba de lado mirando hacia la ventana con las persianas bajadas.

Me apresuro a salir de su habitación en silencio. Cierro la puerta detrás de mí y me llevo el teléfono a la oreja.

Capítulo 38

Violet



Querido Graham:

El otro día visité a tu tía y me presenté. Te echo tanto de menos que incluso pensé que aparecerías en tu cumpleaños. Me dijiste que yo hacía el mejor flan que habías probado en tu vida, así que lo preparé y lo envolví. Estaba muy nerviosa. Lo estropeé hasta tres veces, pero decidí llevarlo tal y como estaba y confiar en mí misma. Ella se sorprendió al verme aparecer en su casa sin invitación, pero en el buen sentido. Me contó que su sobrino no paraba de hablar de mí en las cartas que le escribía. Me hizo reír. No te preocupes, que solo dijo cosas buenas de ti.

Me contó que creciste en Texas, en un rancho de más de cuatrocientas hectáreas, cuando tu padre todavía vivía. Me dijo que te encantaba montar a caballo y ayudarle a cuidar de los animales y la tierra desde que aprendiste a caminar. Al final, sacó un álbum de fotos de tus hermanos y de ti desde que nacisteis hasta que os convertisteis en adultos. Me las enseñó todas. Nos comimos el flan mientras le contaba cómo nos conocimos. La forma en la que acaparaste toda mi atención solo con respirar

cuando entraste en el restaurante aquella noche y yo era tu camarera. Cómo hablamos durante horas, lo mucho que nos reímos y nos conocimos, y cómo la noche terminó pasada la hora de la cena mientras bailábamos sin parar. Gracias a Dios que Jerry trabajaba esa noche y me dejó cerrar. Cada vez que suena We Belong Together *en el restaurante, dejo todo lo que estoy haciendo y sonrío. Me marché cerca del mediodía y lloré al llegar a casa porque no pude evitar desear que estuvieras aquí para celebrar tu cumpleaños con nosotras. Sin embargo, lo primero que vi al llegar a tu barrio fueron los lazos amarillos atados por todo el porche de tu tía y las casas de alrededor. Estaban por todas partes. Antes de irme, le pregunté por ellos. Me dijo que el lazo amarillo simboliza el apoyo a los militares que están en el extranjero. Así que ahora pongo lazos amarillos en las ventanas todos los días.*

No me importa si mi familia y amigos no quieren que estemos juntos. Te amo y, si es necesario, te esperaré toda la vida.

Con amor,

Grace

De nuevo, traicioné los deseos de mi abuela y leí otra carta sin ella. Debía de ser muy duro esperar a Graham, un boina verde al que amaba. Sigo sin entender por qué eligió a mi abuelo en lugar de a él. Claramente, lo amaba con todo su ser. Le escribió todos los días durante meses.

Después de leerla, le envié un mensaje a mi abuela para saber cómo estaba. El abuelo dice que sigue igual, con más días malos que buenos, aunque a veces pregunta por mí. Él le dice que estoy liada en Carolina del Norte para que no se altere por mi misión.

Booker y yo empezamos a pasar más tiempo juntos después de la operación. Al no estar Castle, quería mantenerme ocupada. No me hago ningún favor a mí misma ni a los demás al preocuparme y quedarme de brazos cruzados. Estoy ansiosa por volver a la acción.

Más allá de prepararnos para la siguiente misión a la espera de las próximas órdenes, aquí no hay nada que hacer. No he visto a Kade en dos semanas, desde aquella noche en su despacho. Ha estado

demasiado liado con reuniones y papeleo con operadores especiales y generales.

Estamos en la misma base militar y lo echo de menos. No obstante, entiendo por qué me evita, sea de manera intencionada o no. Me está dando espacio para procesar mi primer contacto con la guerra en lugar de obligarme a reprimir mis emociones.

Quiero saber cómo está Anna, pero estoy esperando noticias de los superiores antes de escribirle o llamar al hospital donde se encuentra. Lo último que supe es que la habían trasladado a Alemania para someterla a varias cirugías, aunque seguía en estado crítico. Además de perder las piernas, sufrió más heridas. No es justo lo que le pasó, pero no puedo evitar que se me vengan a la cabeza pensamientos intrusivos: podría haber sido yo quien perdiera las piernas. Si Kade no hubiera intervenido, podría haber muerto o haber resultado herida igual que Anna.

De pie frente al edificio en el que me alojo, leo en el móvil un libro de suspense. Booker me envió un mensaje para decirme que iba a fumar y que me reuniera con él fuera del edificio donde se hospeda. El corazón me dio un vuelco porque esperaba ver el nombre de Kade en la pantalla. Cuanto más tiempo se mantiene alejado de mí, más me pregunto si esta es su forma de decirme que lo nuestro se ha terminado.

—¿Por qué lees tanto? —Booker rompe el silencio.

—A veces perderse en un libro es mejor que perderse en la realidad. —Me encojo de hombros y paso la página con el pulgar.

—Todos están desesperados por encontrar al responsable de todas estas tragedias sin sentido. —Suspira a la vez que sacude su cigarro y la ceniza cae al suelo.

—Lo sé. El sargento maestro está desaparecido.

Él se pone tenso durante un segundo.

—¿Qué? —pregunto con un bostezo mientras echo un vistazo a mi reloj. Casi es medianoche, me muero de ganas de meterme en la cama. Podrían llamarnos en cualquier momento, por lo que quiero estar descansada cuando nos llegue el aviso de Inteligencia.

—Nada.

Me inclino hacia delante y le doy un codazo.

—¿En qué estás pensando? Suéltalo.

Se rasca la nuca mientras se acerca a mí. Su alta figura proyecta una sombra sobre mi cuerpo.

—Pensaba en mis padres. Mi madre no deja de escribirme porque está muy preocupada. Siempre le digo que no vea las noticias, pero no puede evitarlo.

Ojalá supiera cómo se siente.

—También pienso en mi novia, que me espera en casa. Me muero de ganas por acabar el despliegue y darle una sorpresa —añade con una sonrisa traviesa, dándole otra calada a su cigarro.

—Booker, ¿tienes novia? —pregunto entusiasmada.

¿Cómo no iba a tenerla? Además de guapo, es uno de los hombres más graciosos que he conocido nunca. Siempre intenta hacernos reír cuando la cosa pinta mal, igual que hago yo a veces. El viento le despeina el cabello rubio. Mueve los hombros para hacer crujir los huesos y su espeso bigote tiembla cuando sonríe nervioso.

—¿A qué viene tanta sorpresa, Violet? Le vas a hacer daño a mi ego.

Pongo los ojos en blanco y le doy un empujón.

—¿A ti quién te espera? —husmea.

Su pregunta me afecta más de lo que esperaba. Se me borra la sonrisa de la cara al recordar el estado de mi abuela. Me muerdo el interior del labio y sacudo la cabeza. No hemos podido leer las cartas juntas. He estado demasiado ocupada con el trabajo.

—Mis abuelos —respondo con un tono distante y sin emoción.

—¿Y tu madre? ¿Algún hermano o hermana?

—Booker, no quiero hablar del tema. Lo único que te diré es que mis abuelos son mi única familia.

Él asiente antes de tirar su cigarro al cubo de basura de la entrada trasera del edificio. Se acerca lentamente a la puerta, deja caer la mano sobre el pomo y me mira por encima del hombro. Sus botas chirrían contra el suelo antes de detenerse.

—Lamento oír eso, Mariposa..., pero eso no es del todo cierto.

Levanto una ceja, curiosa, y me guardo el móvil en el bolsillo.

—¿A qué te refieres?

Sus labios se curvan en una sonrisa sincera, apenas visible bajo su espeso bigote castaño oscuro.

—Nosotros también somos tu familia, Violet. Me tienes a mí, al equipo... —Abre la puerta y una sensación de calidez me recorre el pecho. Da un paso hacia delante y las sombras se tragan la mitad de su cuerpo. Gira la cabeza hacia mí—. Y a Kade. —Me guiña un ojo con picardía antes de cerrar la puerta tras de sí.

Me quedo con la boca abierta. Aunque estoy sola, me doy la vuelta para esconder lo roja que me he puesto.

Sabe lo mío con Kade.

Antes de poder dar otro paso en dirección a mi habitación, me vibra el móvil.

Sargento maestro:
A mi despacho. Ahora.

Yo:
Trabajo? Son casi las doce.

Sargento maestro:
Es una orden. A mi despacho. No puede esperar.

Yo:
Tardo cinco minutos.

Capítulo 39

Violet



Se me va a salir el corazón del pecho. Echo de menos ver su aspecto robusto y atractivo, ese que me roba el aliento con solo una mirada arrolladora. Empiezo a caminar en dirección al alto edificio del otro lado del foso y llego en menos de cinco minutos. Levanto la mano para llamar a la puerta con un manojo de nervios en el estómago.

La puerta se abre antes de que mis nudillos impacten contra la madera. Kade aparece delante de mí con una camiseta negra y sus chapas de identificación colgadas del cuello. Unos pantalones negros de camuflaje se ajustan alrededor de sus enormes y definidos músculos. Se le marcan los bíceps y se le tensa la mandíbula. El arrepentimiento tiñe su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no podía esperar?

Entrelaza su enorme mano con la mía, tira de mí hacia el interior de la habitación y cierra la puerta. Entro tambaleándome, arrastrando los pies para recuperar el equilibrio. Me da la impresión de que a veces subestima su fuerza, casi me caigo de morros.

Me doy la vuelta y me enfrento a la gigantesca espalda de Kade. Él cierra con llave, y mi corazón late tan fuerte contra mis costillas que me da miedo que escuche el efecto que tiene sobre mí.

Me fijo en las ojeras oscuras que rodean sus preciosos iris cuando se acerca a la misma taquilla en la que guarda el *whisky*. Introduce el código y saca una botella casi vacía. Madre mía, ¿cómo es que ha bebido tanto? La última vez que la vi estaba prácticamente llena.

—Castle se ha reunido con su familia. Se recuperará —dice vertiendo el líquido ámbar en un vaso, sin mirarme.

No quiero llorar, pero una lágrima me resbala por la mejilla al saber que se pondrá bien. Se me escapa un sollozo agudo junto con un suspiro de alivio. Me llevo las manos a la cara para intentar controlar mis emociones. No puedo llorar delante de él. Al fin y al cabo, es mi jefe y por algo me llaman la Soldado Inquebrantable.

—Cuánto me alegro de oír eso —respondo, y las palabras suenan amortiguadas contra la palma de mi mano. Respiro hondo en un intento de aliviar la tensión que se acumula en mi pecho.

Él asiente, pero claramente hay algo que no me está diciendo.

—Hace mucho que no te veo. ¿Habéis descubierto dónde se encuentra El Cirujano?

Él se lleva el vaso a los labios y se lo bebe en tres tragos, como si fuera agua.

—Todavía no, aunque estamos cerca. Uno de sus seguidores nos está dando poco a poco toda la información que necesitamos. —Suspira, y los músculos de la mandíbula se le tensan con amargura. Se apoya en el escritorio con los nudillos y las serpientes y calaveras de los tatuajes de su brazo derecho se mueven cuando lo flexiona.

—Bien, eso significa que queda menos para que la misión acabe. —Me crujo los nudillos uno por uno—. Gracias por la actualización, pero debería irme para que nadie sospeche —añado al dirigirme hacia la puerta.

—Tu padre se ahogó..., ¿verdad? —comienza con suavidad.

Siento una punzada en el estómago a causa de su pregunta.

—¿Por eso te despiertas sin poder respirar?

Se me forma un nudo en la garganta y el corazón me da un vuelco. Se me revuelve el estómago, así que desvío la mirada de mis Converse a la puerta. La necesidad de salir pitando de aquí se extiende por mis piernas, pero permanezco clavada al suelo.

¿Cómo lo sabe? Esto tiene que ser cosa de mi ex.

—¿Te lo ha contado Adam? ¿Cómo lo sabes? —La ira sustituye rápidamente a la curiosidad.

—Eres una de las soldados más prometedoras que he conocido. Quedaste de las primeras en todas las pruebas. Incluso te ganaste un apodo entre tus superiores: la Soldado Inquebrantable. —Las comisuras de su boca se curvan ligeramente hacia abajo mientras se encoge de hombros, inexpresivo. Mueve la mano delante de él con indiferencia antes de continuar—: Pero fallaste la parte del agua.

Trago saliva y el dolor me golpea. Alterno la mirada entre su cuerpo y mis manos.

No puedo hablar de esto. No es asunto suyo.

—No sé a qué viene todo esto. Quiero volver a mi habitación. —Me lanzo hacia la puerta al instante. Todo el mundo tiene un motivo para unirse a las fuerzas armadas, pero yo no le he contado el mío a nadie. Quiero honrar a mi padre. Seguir sus pasos y convertirme en una soldado de las Fuerzas Especiales. No necesitaba hijos varones, yo honraré su legado.

No puedo hablar de esto con Kade.

Él se me adelanta y se planta delante de la puerta, como un muro gigante.

—No fue culpa tuya, Isla.

—Lo sé. Y ahora déjame pasar, Kade.

—Violet..., mírame. —Su tono se endurece. Acerca su mano a mi rostro y me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos; sin embargo, lo aparto de un manotazo y lo obligo a retroceder hasta que se choca con la puerta. Endereza su postura cuando intento abrirla de nuevo, pero él la bloquea con su cintura.

No permitirá que me vaya.

—No fue culpa tuya —repite, con la voz cargada de compasión. Empiezan a temblarme las piernas cuando los recuerdos de mi padre regresan para atormentarme—. Hablas de él en sueños. Fuiste tú quien me lo dijo. —Me señala con el dedo y después lo apunta hacia su pecho—. Te uniste al ejército para honrarlo, ¿verdad? Superaste todos los obstáculos y lo hiciste de puta madre, Mariposa.

Lo fulmino con la mirada y le concedo por fin la atención que busca.

—Hizo lo que cualquier padre hubiera hecho en esa situación. No. Fue. Culpa. Tuya.

—¡Tú no estabas allí! ¡Todavía seguiría vivo si yo no hubiera saltado a aquel río! ¡Está muerto por mi culpa! ¡Mi madre me odia por ello! —grito hasta que tengo la garganta seca. Frunzo el ceño y la visión se me nubla—. Yo solo quería darme un puto chapuzón y ahora está muerto —añado con una risa amarga—. Subestimé las corrientes.

—Lo sé, cariño. Pero tú no hiciste nada malo. Respira..., respira, ¿vale? —Intenta abrazarme de nuevo, pero lo rechazo.

—Que te den, Kade. —Lo empujo y no se mueve ni un poco. Permanece firme. Mantiene su preciosa mirada clavada en la mía mientras se me escapa una lágrima.

—No fue culpa tuya. ¡Dilo! —me exige entre dientes, sin dejar de mirarme.

Antes de poder tomar aire de nuevo, me desplomo contra él, rindiéndome por completo. Mis demonios caen sobre él y se hunden en el vasto vacío que me permite llenar. Sus fuertes brazos me envuelven. Acaricia los míos con sus palmas callosas para consolarme. Esas cuatro palabras disuelven la culpa con la que tanto tiempo he cargado. Me entierro en su aroma a cedro y lloro, pero en esta ocasión, no son lágrimas de dolor.

Sino de renacimiento. Un rayo de esperanza que se cuela dentro de mí.

—No fue culpa mía —susurro contra su pecho.

El muro que he construido alrededor de mi corazón se desmorona. Nunca nadie se había tomado el tiempo de decírmelo... solo él. Mi madre y mi hermana me dejaron de lado y me culparon hasta que me lo creí. Kade es la primera persona que me abre los ojos. Me está sanando en un sinfín de sentidos. Siempre me cuida, al igual que a todos aquellos a quienes quiere.

Me hace sentir a salvo.

—Tú sabes mucho más de mí que yo de ti. Permíteme entrar en tu mundo, Kade. ¿No sería lo justo?

Capítulo 40

Violet



—Basta de hablar —exige. Entonces, comenzamos a arrancarnos la ropa el uno al otro. Desliza la camiseta por encima de su cabeza y la tira al suelo. El sonido de la lluvia se mezcla con el de nuestros gemidos.

—Cuánto tiempo. —Jadeo al tirarle del pelo para pegarlo más a mí. Lo echaba de menos... echaba de menos *esto*.

—Repítelo —me ordena, y su aliento me acaricia los labios hasta que decide poner fin a la distancia que nos separa.

—¿Repetir el qué?

Otro beso.

—Lo que me dijiste la otra noche en mi despacho.

Siento mariposas en el estómago mientras hago memoria. Entonces caigo: se refiere a la noche de mi primera misión. Recuerdo cómo se le dilataron las pupilas cuando dije esas dos palabras que ablandaron su frío corazón.

—Te admiro, Kade. —Su lengua acaricia la mía durante un momento antes de apartarse. Me está provocando. Está despertando mi necesidad primaria de tocarlo.

—Necesito que te aferres a eso durante las próximas horas.

—¿Por qué?

—Porque voy a follarte como a una zorra que disfruta de que la usen.

Me quedo mirando su perfecto pecho ancho y musculoso. Los tatuajes le cubren los pectorales, el cuello y la espalda. Lo siguiente que hago es morderle el pecho mirándolo a los ojos.

—Me cago en la puta —gruñe contra mi pelo. Bajo la vista para ver cómo se le pone la polla dura y sonrío. Le encanta.

Se la acaricio con la mano y vuelvo a centrarme en su piel. Lo muerdo de nuevo, pero, esta vez, no me detengo hasta que noto el sabor de la sangre. Kade me agarra del pelo, me deshace el moño y tira de él para que lo mire. Entrecierra los ojos y me pasa el pulgar por el labio. Lo levanta para que ambos podamos ver lo que he hecho. Rojo. Su sangre me gotea por la boca y por su pulgar. Me relamo y saboreo su dulzor mientras él me observa, como si fuera su película favorita.

—Chúpalo. —Acerca el dedo a mi boca y yo lo chupo con fuerza, como haría con su polla—. Ahora me toca a mí hacerte sangrar.

Me da la vuelta sobre su escritorio y yo suelto un gritito de emoción.

—Ssh. No quiero que nadie me impida lo que estoy a punto de hacerte. Calladita, nena, o haré que te duela todavía más.

—Sí.

—¿Cómo quieres que te haga sangrar? —Introduce sus dedos en mi coño. Me embiste con ellos y me estremezco—. ¿Quieres que te haga sangrar aquí? —Con su mano libre, me acaricia el abdomen hasta llegar a mis pechos. Me aprieta uno con fuerza y después me retuerce el pezón hasta que grito de dolor. Mi excitación empieza a gotearme por la cara interna de los muslos.

Asiento, sin vergüenza.

—¿O prefieres que te haga sangrar por aquí? —Se arrodilla y echo un vistazo por encima de mi hombro para ver cómo me separa las nalgas. Pasa su lengua por mi piel ardiente antes de hundir los dientes y gimo cuando veo una marca roja. Abro los ojos de par en par y me pongo roja como un tomate. Él se da cuenta de que mi curiosidad ha aumentado y sonríe como un demonio. Se pone de pie

y se acaricia la polla. La acerca a mi culo, pero no me la mete. Me está volviendo loca.

—Podría follarme tu culo hasta que sangre. ¿Te gustaría? ¿Crees que podrías soportarlo?

Asiento, sin saber dónde me estoy metiendo.

Me pega en el culo con su polla y me tira del pelo como si fuera una correa.

—Contéstame —escupe.

—Confío en ti, Kade. Fóllame. Me da igual por dónde. No me importa sangrar, pero tócame de una puta vez, por favor.

Él deja escapar una risa seca, pero todos los sonidos que salen de entre sus labios hacen que el corazón me dé un vuelco y una ráfaga de fuego recorra cada una de las células de mi cuerpo.

—Estás confiando en un hombre jodido, cariño. Pero, madre mía, oírte suplicar es mi nueva canción favorita. Canta para mí.

Me pongo de rodillas.

—Escupe y mójala bien para que se deslice dentro de ese culito, preciosa.

Le acaricio la polla con desesperación. Él enreda los dedos en mi pelo y me la mete en la boca con brusquedad hasta provocarme una arcada. Aun así, no me detengo. Me pone muchísimo que sea tan bruto y despiadado.

La rodeo con los labios, saboreándola, porque es una puta delicia. Sin parar de sonreír, paso la lengua desde la base hasta la punta. La saliva me gotea por la barbilla. Qué ganas le tenía. El clítoris me palpita con impaciencia y la excitación me resbala por los muslos.

—¿Estás segura de que quieres que te folle así? ¿Estás preparada?

—Sí.

—Necesito metértela. Ahora mismo. —Su voz es ronca, oscura y exigente.

—Sí, por favor —suplico. Le araño la parte trasera de los muslos y se le escapa un gruñido.

—¿Por favor, qué, nena? —me provoca.

—Déjame correrme mientras me la metes por detrás, por favor.

—Hostia puta, Violet.

Me levanta de golpe. Hunde sus afilados dientes en mi cuello y gimo. Envuelvo las piernas alrededor de su cintura y él retrocede. Su espalda se topa con el escritorio y emite un fuerte golpe. Bolígrafos, papeles y carpetas vuelan por todas partes, pero estamos tan cachondos que nada me detendrá de experimentar esto con él. Las patas de madera del escritorio chirrían cuando me monto a horcajadas sobre él. La madera se me clava en las rodillas y me hace daño, pero no me importa. Kade es tan grande que apenas cabe la mitad de su cuerpo. Saca un bote de uno de los cajones. Lo abre y se echa lo que asumo que es lubricante por toda la polla. No hago preguntas. En cuanto termina, tira el bote al suelo. Un segundo más tarde, empiezo a recolocarme. Estoy encima de él, jadeando y con las mejillas rojas por lo desconocido. Sé que dolerá, pero eso me pone todavía más.

Me hundo en él y contengo la respiración; me tomo mi tiempo para acostumbrarme a su tamaño.

La tiene enorme.

La punta ya está dentro y él permanece quieto. Mi cuerpo se resiste al principio y él me acaricia la espalda hasta agarrarme del culo.

—Tócate y relájate —murmura, igual de dulce que el *whisky*.

Se desliza dentro de mí lentamente, sin parar de elogiarme, asegurándose de que me encuentro bien.

«Así se hace, nena, buena chica.

»Mira cómo se adapta tu culo a mi polla.

»Eres preciosa, Violet. Déjame follarte como a una puta.

»Ojalá pudieras ver lo guapa que estás cuando te follo».

La presión aumenta, sin embargo, el dolor se convierte en placer al saber que es Kade el que está dentro de mí, reclamándome en todos los sentidos, tal y como me prometió: destrozándome para cualquier otro hombre, pisoteando todo lo que creía saber sobre el sexo.

Me froto el clítoris hasta que el placer es cegador. Es como si el fuego y el hielo colisionaran cuando me embiste por el culo. Me toco más rápido a medida que sus movimientos se aceleran. Me siento demasiado llena. El dolor desaparece con cada embestida lenta y me

obliga a perseguir esa euforia que él mismo me provoca. Necesito más.

—Más fuerte. Más fuerte. Joder, Kade, más fuerte. Fóllame como si me desearas —ronroneo. No es suficiente. Levanta la ceja y observa cómo su polla se desliza dentro de mí, completamente embelesado por mi cuerpo.

—Te deseo. Te necesito, joder. —Me agarra del pelo y tira de él. Pega su frente a la mía y me pierdo en sus ojos fríos y desiguales.

El verde es oscuro e intenso; es hipnotizante y cálido, como el Kade que conozco cuando estamos solos. Por otro lado, el azul es contradictorio, porque me recuerda cómo lo ve el resto de la gente: un operador frío como el hielo. Aquel en el que se convierte cuando hay vidas en juego..., la versión de Bestia de la que dependen el ejército y sus hermanos.

—Mírame mientras te destrozo. Si no lo haces, no dejaré que te corras. —Se acerca y me muerde el labio hasta que siento una corriente eléctrica. Me chupa la sangre durante un instante y el sabor del hierro se acumula en mi boca.

—Me encanta ver a Bestia desmoronándose dentro de mí —lo provoco, y me paso la lengua por el pequeño corte del labio inferior mientras flexiono los tríceps. Él sonríe y se le arruga la cicatriz que le cubre la mejilla. Se muerde el labio mientras ríe, con esa sonrisa me parece el hombre más sexi del mundo al embestirme con fuerza, tal y como lo he pedido, tal y como él tanto ansía.

Me duele el cuero cabelludo con cada tirón violento al ritmo de las embestidas, como si fuera una correa y no consiguiera saciarse.

—Mi.

Embestida.

—Puta.

Embestida.

—Propiedad.

Llegados a este punto, me froto desesperadamente contra él y me masajeo el clítoris hasta que el placer me invade. Subo y bajo las caderas a toda velocidad. Encojo los dedos de los pies mientras me destroza. Lo único que me importa es perseguir el subidón que Kade me hace sentir. Un subidón que ambos necesitamos. Observo cómo

acaba conmigo. El dolor y el placer se funden en uno solo en cuanto me acostumbro a su monstruoso tamaño. Me muerde un pezón y el dolor me golpea de nuevo. Chupa y aprieta mis senos hinchados. Hunde el rostro en mi pecho y me lleva al límite.

Lo estoy cabalgando.

—¿Dónde quieres que me corra? —Jadea agarrándome por la cadera con tanta fuerza que me deja moratones. Toma el mando de la velocidad y me empuja hacia delante con sus enormes muslos. Pierdo el control y apoyo las manos sobre sus hombros, incapaz de hundirme en él como yo quiero. Me agarro con fuerza porque, cada vez que sus caderas chocan con las mías, estoy a punto de caerme. Le araño el tatuaje de la calavera que le recorre el pecho y gimo cuando me la mete hasta el fondo, tan deprisa que se me caen las lágrimas.

—Dentro. —Me estremezco mientras sigue follándome.

—¿Quieres que te llene con mis soldaditos?

Joder. Jadeo y me embiste con más fuerza. Su polla es una puta maravilla y me quita la capacidad de pensar, hablar y respirar.

—Contéstame, zorra. Quiero oírte.

—Dios, qué gusto. No pares, joder —ronroneo sensualmente.

Estoy a punto de correrme. El sonido de nuestra piel al chocar se mezcla con el de los azotes que me da hasta dejarme el culo rojo y en carne viva. Hunde los dedos en mi piel para que no me caiga del escritorio. Mañana tendré todo el cuerpo lleno de moratones.

Me aparta y nos obliga a ponernos de pie. Siempre se las arregla para levantarme y moverme sin ningún esfuerzo. Antes de que me dé tiempo de preguntar en qué posición quiere que me ponga, me estampa contra el escritorio de forma posesiva, pero con cuidado de no hacerme daño. Empuja mi cara contra la madera y yo sonrío. Me pongo de puntillas para recibirlo. El sonido de nuestra piel al chocar y el chirrido de la madera se unen a nuestros gemidos.

—¡Sí! —grito cuando el orgasmo me arrolla. La presión que siento en el vientre explota. Abro la boca y frunzo el ceño. Cierro los ojos y me transporto a un manto de oscuridad, estrellas y fuegos artificiales. Cada vez que Kade me folla, acabo en otro mundo, uno

del que no quiero regresar. Un nirvana eufórico es el resultado de cómo me venera.

Aumenta la velocidad y me golpea el coño dolorido con sus testículos. Su polla me da en un punto que no sabía ni que existía.

Voy a tener el mayor orgasmo de mi vida.

—¡Kade! —grito su nombre sin importarme si alguien se entera de que me están follando con tanta fuerza que ni siquiera soy consciente de mi propia existencia. Él cae sobre mí y su pecho se encuentra con mi espalda cubierta de sudor. Su enorme cuerpo se cierne sobre el mío y me hace sentir pequeña y delicada. Su barba me araña un lado de la cara mientras él también se corre. Su respiración agitada se une con la mía.

No se mueve, como si quisiera quedarse dentro de mí para siempre.

Creo que estoy obsesionada con todo lo que me hace este hombre. Podría quedarme mirándolo mientras respira, parpadea o me suelta la chapa más aburrida del mundo sobre los planetas o cualquier otra cosa. Probablemente caería rendida a sus pies una y otra vez, igual que el día en que lo conocí.

—Eres mi hermosa ruina —dice con voz ronca, pero cargada de cariño.

Me da la vuelta para apoyar su frente contra la mía. Mirándome a los ojos, estampa sus labios carnosos contra los míos hasta que me duelen, sin romper el contacto visual.

Gimo contra su boca y le rozo los labios con la lengua. Le acaricio la nuca hasta que una confesión se me escapa antes de poder detenerla.

—Y tú eres mi salvación, mi ancla en un océano en el que me estaba ahogando.

Kade se inclina sobre mí y se coloca encima. Nos besamos como si nunca quisiéramos dejar de tocarnos el uno al otro. Enredo los dedos en su pelo para pegarlo más a mí. Se me va a salir el corazón del pecho. Envuelvo las piernas alrededor de su cintura y ambos nos hundimos sobre el escritorio de nuevo. Me agarra del culo para acercarme más a él.

—¿Estás bien? —me pregunta sin dejar de acariciarme la espalda, lo que me provoca una oleada de escalofríos.

—Sí —asiento.

—Genial, pues a por la segunda ronda —exhala Kade.

De pronto, oímos un fuerte chasquido debajo de nosotros. Las patas del escritorio ceden y lo parten por la mitad, por lo que ambos caemos al suelo. Kade me coloca encima de él para llevarse la peor parte del golpe. La caída nos arranca todo el aire de los pulmones. El pelo me tapa la cara cuando abro los ojos como platos e inspecciono el desastre sobre el que estamos tumbados.

—Hostia puta, nos hemos cargado el escritorio. —Se queda mirando las piezas rotas. Una foto de él vestido de uniforme junto con un general yace justo al lado de su cabeza.

Sin poder evitarlo, estallo en carcajadas contra su cuello.

—Nos hemos cargado el escritorio —repito. Me sigo riendo hasta que me duele la barriga. Él me mira y sonríe. Es lo más hermoso que he visto nunca. Echa la cabeza hacia atrás y deja a la vista esos dientes blancos y perfectamente alineados. Se ríe con tanta fuerza que observo cómo se le mueve la nuez. Me encanta su risa. Una sensación cálida me recorre el pecho y el rostro al verlo feliz.

Últimamente ha estado tan estresado que creía que nunca volvería a sonreír. Lo miro como si estuviera viendo la luz sobre una superficie oscura en la que estoy atrapada. De forma involuntaria, yo también sonrío.

—Joder, ¿ahora cómo voy a explicar yo esto? —gruñe, sin parar de reír. Se pone de pie, me agarra por el brazo y tira de mí hacia él para abrazarme. Nuestra piel desnuda se calienta mutuamente. Está tan fuerte que apenas puedo rodearlo con los brazos.

De puntillas, apoyo las manos sobre su pecho y levanto la cabeza para mirar a los ojos al hombre del que me estoy enamorando. Creo que nunca en mi vida me había sentido tan feliz. Mirar a alguien y darte cuenta de que harías cualquier cosa por esa persona... Eso es enamorarse, ¿no?

Un día, nuestras almas se entrelazaron sin ni siquiera buscarlo. Solo me hizo falta dedicarle una mirada a este hombre para saber que valía la pena sangrar por él.

—Échale la culpa a Booker —bromeo, lo que lo hace reír todavía más.

Capítulo 41

Kade



¿Qué es este sentimiento? El corazón se me ralentiza cada vez que me toca. Mis demonios se desvanecen, como si jamás hubieran existido. Tengo que luchar contra el maldito impulso de sonreír cada vez que se ríe porque ¿su risa? Es una hermosa melodía que estaría dispuesto a escuchar en bucle para siempre.

Me hace reír con sus chistes malos y sarcásticos.

Me hace sentir cosas que antes no había sentido.

Y, aun así, lo nuestro es imposible. Lo sé, pero eso no significa que tenga que llegar ya a su fin. Quizá, cuando su despliegue termine, podamos hacer que funcione. ¿Le gustaría? ¿Se trasladaría a la base de Colorado Springs para estar cerca de mí? ¿Le interesaría aprender a tallar madera?

Estoy en mi habitación, sentado al escritorio, admirando mi proyecto secreto. Está acabado, aunque no consigo sacarme de encima la sensación de que le falta algo, pero no logro identificar el qué. He tardado dos meses en hacerlo por lo ocupado que estaba con el despliegue y, obviamente, por querer follarme a Violet cada vez que se me presentaba la oportunidad. Cuando esto acabe, ella

regresará con su equipo y yo me iré del ejército y me marcharé a Colorado, a las montañas, donde quiero retirarme.

Anoche no pude dormir. No dejo de pensar en el trabajo, en las misiones...

Quise follarme a Violet hasta hacerla llorar y que terminara perdiendo el conocimiento encima de mí de lo mucho que la había destrozado, como el resto de las veces, pero no pude hacerlo. En esta ocasión, su aire acondicionado estropeado no tenía la culpa. Les monté un pollo a los de mantenimiento y me encargué de que se lo arreglaran. Les ordené que lo hicieran lo antes posible, que era una prioridad. Después de nuestra conversación, trasladaron sus pertenencias y las de Castle a otra habitación. Me costó la vida no quedarme a dormir con ella, pero quería trabajar en mi talla de madera, así que me fui casi a medianoche. Ahora son las tres de la mañana y sigo aquí, sentado al escritorio, escuchando a Johnny Cash y tallando un trozo de madera en calzoncillos con las gafas en la punta de la nariz.

Me permite ayudarla a evadirse de sus preocupaciones y yo no tengo ninguna queja. Por suerte, lo último que supe fue que Castle se recuperará por completo. Todavía le queda un largo camino por delante, tendrá que someterse a muchas cirugías, pero se pondrá bien.

Le soplo a las virutas de madera que cubren mi mesa y giro la pieza varias veces mientras me pregunto si también querrá quedarse con esta. Admira mis creaciones, algo que nunca le muestro a nadie porque, la última vez que lo hice, Penny se rio y me dijo que era una pérdida de tiempo. Cuando visité a Adam en mis permisos, encontré algunas de las esculturas que le hice a mi hijo por su cumpleaños en la basura.

Sin embargo, Violet guarda el águila que tallé en su mesita de noche, junto a su cama. Un gesto que me abraza el alma más de lo que debería.

Un golpe en la puerta interrumpe mi sesión de trabajo. Levanto la muñeca para comprobar la hora. Son más de las tres de la mañana, ¿quién cojones me llama a estas horas? Booker siempre se acuesta

temprano, después de llamar a su chica. Lo sé porque no deja de hablar de ella.

Los golpes continúan, por lo que me veo obligado a quitarme las gafas. ¿Habrá tenido Violet otra pesadilla?

Mierda.

Me pongo una camiseta negra y unos pantalones de chándal lo más rápido que puedo. El invitado no deseado e impaciente continúa martilleando mi puerta con los puños. Con el cordón del pantalón a medio atar, abro con la esperanza de encontrarme con unos ojos color miel. Me cambia la cara cuando veo unos ojos azules en su lugar.

No es mi pequeña Mariposa.

—Karen —gruño, y levanto las cejas con curiosidad.

¿Qué cojones está haciendo aquí?

De pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, me lanza una mirada asesina y aprieta los labios. Estiro el cuello para comprobar que el pasillo está vacío y ella entra en mi habitación sin decir ni una sola palabra.

—Kade —escupe con tono cortante.

Cierro la puerta lentamente y me paso la mano por la nuca.

—No recuerdo haberte invitado. —Camino hacia ella arrastrando los pies—. ¿A qué debo el placer? —me burlo.

Bostezo y me apoyo contra el marco de la puerta. La noche me está pasando factura. Es raro. Quiero dormir con Violet. Echo de menos su olor y su calor. Es un sentimiento completamente nuevo para mí.

Karen se sienta en mi cama y cruza las piernas. Me lanza una mirada asesina, como si estuviera a punto de devorarme.

—¿Y bien, Karen? ¿Qué era tan importante como para no poder avisarme con una llamada o un mensaje? ¿Ni siquiera podías esperar a decírmelo mañana en horario laboral?

Permanezco en silencio a la espera de que decida abrir la boca.

—¿En serio, Kade? ¿Violet Isla? ¿Qué coño te pasa? —dice con cara de asco.

Me quedo de piedra, con el semblante serio.

¿Cómo cojones se ha enterado?

Desvío la mirada hacia mi talla de madera y una descarga eléctrica me recorre el pecho. Siento que me ahogo y, por primera vez en mi vida, no me salen las palabras.

—¿Qué pasa con ella?

—Vi cómo te miraba el día que te salvó la vida —escupe con desdén.

—Karen, ¿qué película te estás montando? Estaba haciendo su puto trabajo. Me miraba como...

Se levanta de la cama y me señala, cortándome a media frase.

—¡Como si estuviera enamorada de ti! —grita con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada—. ¡Conozco perfectamente esa mirada porque así es como te miro yo!

Le cae una lágrima por la mejilla. Karen y yo nunca tuvimos nada serio. Sin embargo, nuestra amistad empezó hace unos cinco años y, con el tiempo, pasábamos algunas noches juntos divirtiéndonos. Nunca le di motivos para creer que me ataría a ella ni a nadie. Siempre le dejé muy claro lo que quería y lo que no. Aun así, no puedo evitar sentirme mal.

—Creo que estás viendo cosas que no son. Me gusta Violet. Es mi soldado y yo soy su jefe.

—¡Y es la exnovia de tu hijo! No me puedo creer que estés tan ciego. Ella no te entiende como yo, Kade. He sido paciente, he esperado a que te des cuenta de que yo soy lo que necesitas.

«Violet es todo lo que necesito».

—Karen —gruño, enseñando los dientes—. Lo que necesito ahora mismo es que te largues de mi puta habitación. —Señalo la puerta.

—Eres el mejor soldado que ha tenido el ejército. Estás a la altura de Danny Rider. ¿Vas a mandar al traste tu carrera impecable y tu reputación por ella? ¿Por una donnadie? —Alza la voz y continúa reprendiéndome, lo que me arranca de golpe de un mundo en el que siento que merezco ser feliz. Merezco perseguir aquello que me hace sentir vivo por primera vez en mi puta vida.

Violet no es una donnadie.

Es mi todo.

—Ni se te ocurra hablar así de ella —le advierto con un tono tranquilo pero letal.

La realidad cruel me golpea de nuevo. Nunca será mía. Negando con la cabeza, cojo mi último proyecto y lo lanzo dentro de un cajón. Lo cierro de golpe, furioso, sin querer volver a verlo nunca en mi vida. ¿Cómo he podido permitir que me envolviera con sus tentadoras alas?

Siempre he sido un hombre cuidadoso. Pero aquí estoy, rompiendo las reglas por alguien que nunca podrá ser mía.

—¡Responde mi puta pregunta, sargento maestro! —escupe mi rango con burla.

—Karen, no mancillaré mi carrera por nadie —afirmo. Mi brusquedad hace que Karen agache la cabeza con sarcasmo mientras se limpia otra lágrima con el nudillo—. Nunca fuimos pareja, Karen. Te expliqué cuáles eran mis límites en cuanto nuestra amistad cambió. Nos lo pasábamos bien, sí, pero eso terminó hace meses, y mi decisión no tiene que ver con nadie más, solo conmigo.

Se le ensanchan las fosas nasales y su cuerpo tiembla. Cuanto más la rechazo, más se cabrea. Acorta la distancia y me pega una bofetada con fuerza. El golpe me gira la cara y una sensación ardiente me acaricia la piel. Me río entre dientes y doy un paso atrás.

No reacciono. Ni siquiera estoy molesto.

—En todos estos años, nunca te he visto sonreír. —Intenta entrelazar sus dedos con los míos, que permanecen estoicos—. Quiero que seas feliz, Kade. Solo desearía que fuera conmigo...

Aparto mi mano de la suya de un tirón, me acerco a la mesita de noche y cojo mi paquete de tabaco.

Me ha cruzado la cara y la tía todavía se piensa que me rendiré ante ella. ¿De verdad cree que permitiré que siga manipulándome y hablándome así? No.

¿A qué está jugando?

Ya me he hartado.

—Lárgate —mascullo por encima del hombro mientras me calzo.

Aunque sé que sabe lo mío con Violet, no quiero escucharlo. De todas formas, nunca lo admitiré.

—El operador Bestia por fin se ha enamorado. Quienes te conocen de verdad lo saben —dice, negando con decepción.

Se ríe de mí, pero no porque le haga gracia... sino porque le doy pena. Asiente con sarcasmo, rindiéndose, y pasa junto a mí. Mantengo la vista clavada en mi escritorio, donde se esconde la talla en la que he estado trabajando. Nunca se la enseñaré.

Antes de salir de mi habitación, Karen se aclara la garganta.

—Por cierto, Violet me contó que estabais juntos en secreto. Me habló de su plan de aprovecharse de ti para mejorar en su carrera. Quería aprender del maestro... pegándose a ti como una sanguijuela. En realidad, no te quiere.

Aprieto los puños y dejo que me escupa su veneno. No me la creo...

—¡Me contó lo de las duchas!

Se me corta la respiración.

¿Violet le ha hablado de nosotros?

Ella resopla.

—Sí, lo sé todo, porque le das pena, Kade. El pobrecito padre soltero. Déjala antes de que te arruine la vida.

Me pongo recto y cruzo los brazos sobre el pecho con desconfianza.

—De lo contrario, tendré que informar a tu cadena de mando..., es decir, al general. Corta con ella o me aseguraré de que ambos sufráis las consecuencias.

Cierra de un portazo. Respiro de forma agitada y jugueteo con mi anillo de calavera.

El peso de sus palabras acaba con la poca esperanza que tenía de que Violet y yo pudiéramos estar juntos. Lo último que quiero es que nuestro pequeño y oscuro secreto salga a la luz y ambos tengamos que enfrentarnos a las consecuencias. Tiene demasiado potencial y talento que ofrecerle al ejército. Además, si mi hijo se entera, nuestra relación tormentosa llegará a su fin.

¿De verdad Violet me está utilizando?

No importa. Nada de esto importa. He roto las reglas. He arruinado su carrera incluso antes de que empezara porque decidí ser un puto egoísta.

Lo nuestro se ha acabado.

Cuando Karen se va, salgo a fumar. Calada tras calada, me pierdo en mis pensamientos.

Tengo que dejarla ir.

Ambos hemos trabajado demasiado duro. No puedo permitir que la echen o la sancionen por nuestra imprudencia.

Sé lo que tengo que hacer para que todos sean felices. Es hora de actuar como un hombre y dejar de ser un puto egoísta. Ella se merece mucho más, y yo no soy capaz de dárselo.

Capítulo 42

Violet



Encontramos a El Cirujano. Todos estamos equipados, preparados para la misión, a la espera de que llegue el Chinook. La adrenalina me corre por las venas y lucho por mantener a raya el miedo que amenaza con colarse dentro de mí. En su lugar, lo usaré como motivación para contratacar con más fuerza, tal y como Kade me enseñó.

Estoy sentada junto a Slater cuando Booker vuelve a exponer el plan.

Kade no estaba en mi habitación cuando me desperté esta mañana y tampoco está aquí ahora. ¿Dónde se ha metido? Se marchó en mitad de la noche, algo que ya ha hecho en otras ocasiones, pero faltar al trabajo... eso sí que no es habitual en él. Estoy preocupada.

Yo:
Dónde estás?

Espero. Pasan los minutos y no recibo ninguna respuesta.

De pronto, el sonido de la hélice del helicóptero al cortar el aire me obliga a bloquear el móvil y guardarlo en mi taquilla.

—El pájaro está aquí. ¡Moveos! —grita Booker al señalar en dirección a la puerta. En cuanto salgo, veo una figura enorme y familiar. Kade está fumando y observando cómo aterriza el Chinook.

Ha estado fuera todo este tiempo.

Da una última calada y tira el cigarro al suelo. Lo pisa dos veces con la bota y se pone el pasamontañas.

Todos pasan corriendo a su lado mientras él juguetea con su cuchillo unos segundos antes de guardarlo en su equipo. Avanzo hasta alcanzarlo y también me pongo el pasamontañas.

—¿Kade?

No me mira. Mantiene la vista clavada en los soldados que permanecen delante de mí.

—Es sargento maestro —me corrige con un tono frío y distante. Al principio no le doy importancia. Hago todo lo posible para no dejar que me afecte.

—¿Dónde te habías metido?

—No es de tu puta incumbencia —escupe, y yo retrocedo.

Jesús. Nunca lo había visto así de cabreado.

—Guau. ¿Qué te pasa? —Doy un paso hacia delante y me pongo de puntillas. Necesito que me mire, pero no lo hace. Entrecierra los ojos de forma intimidante. Es la primera vez que veo a Kade irradiar pura rabia.

—Me mentiste. Se te da de puta madre hacer sentir especial a alguien para luego arrancarle el corazón de cuajo.

¿Qué coño dice? Trago saliva con dificultad. Hacerle daño a Kade es lo que menos quiero. Ni me lo plantearía.

—¿De qué estás hablando, Kade?

—Le contaste a Karen lo nuestro. Le restregaste en la cara nuestra relación para cabrearla. Me dijo que me estás utilizando para prosperar en tu carrera.

¿De dónde se ha sacado todo eso?

—¡No es verdad!

—¡Mentirosa! —gruñe—. Seré muchas cosas: un capullo, una mierda de persona... pero no soy mentiroso, y creía que tú tampoco —me suelta, cada palabra más rápida que la anterior.

Un sentimiento de inquietud me recorre la nuca y aprieto los labios. Siento el cuerpo pesado ante sus acusaciones, que me caen como un jarro de agua fría.

—Kade, por favor. Créeme. No te estoy utilizando —digo, sin levantar la voz.

—Conozco a Karen desde hace años. Tú y yo solo somos dos personas rotas que se autoengañan. Pero lo nuestro termina aquí y ahora. No quiero verte. No quiero escucharte. Si no es por algo relacionado con el trabajo, ni se te ocurra dirigirme la palabra. Cuando acabe esta misión, cada uno seguirá su camino. ¿Te queda claro? —ruge, incapaz de mirarme.

Siento que me arden los ojos y el corazón se me rompe en mil pedazos irreparables. Kade parece destrozado, y eso que fue él quien me repitió que no me encariñara. Sé que se refiere a esta misión, lo que significa que se marchará en cuanto terminemos.

¿Qué coño le ha contado Karen?

—Kade, lo que sea que te haya dicho es...

—¿Le hablaste sobre el incidente de las duchas?

Entrecierro los ojos; el corazón me late con tanta fuerza que casi lo noto al fondo de la garganta. Intento recordar todas las interacciones que he tenido con Karen y el único lugar en el que hablé con ella fue en The Drunken Shell. Entre dientes, mascullo avergonzada:

—Sí.

Él chasquea la lengua, asqueado.

—Escucha, no es...

—Basta. Lo nuestro era imposible desde un principio. Siempre ha estado... destinado al fracaso —escupe con la voz rota, derrotado.

Se pone los guantes negros, metiendo los dedos uno por uno. Me quedo mirando sus manos fuertes y curtidas, echando de menos su tacto sobre mi piel..., preguntándome si volveré a entrelazar mis dedos con los suyos alguna vez.

—¿Qué? —se burla con sarcasmo, como si se mofara de mi dolor —. ¿De verdad creías que tendríamos un final feliz? ¿Que replicaríamos la historia de amor de tu abuela? ¿Una chica que se

enamora de un boina verde mayor que ella? —Su mirada fría se ensancha y me hiela la sangre.

—Basta, Kade. Yo jamás te utilizaría. Si me dejaras explicártelo de una puta vez...

Doy un paso hacia delante y él retrocede, sin parar de hundir el dedo en la llaga.

Suelta una risa malvada y cruel que hace que mi corazón se encoja todavía más, entonces lo único que siento es humillación.

Se ríe.

Su pasamontañas oculta su misteriosa expresión. Ojalá pudiera verle la cara, porque me diría mucho más que sus propias palabras. Sin embargo, su tono impasible ya me ha dicho todo lo que necesitaba saber. El Kade con el que tanto me encanta estar, *mi ancla*... ha desaparecido.

—Intentaste ligarte a Booker primero, ¿no? Él fue quien te invitó al bar y tú accediste a venir. ¿Es eso lo que te va? ¿Los hombres mayores? ¿Los instructores?

Sus palabras me atraviesan mientras sigue destrozándome.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto, conteniendo las lágrimas.

—¡Sargento maestro! —ruge Slater, quien interrumpe nuestra conversación.

Él lo mira y después se acerca a mí para que solo yo lo oiga. Su arrebato de ira me inflige más daño cuanto más se acerca.

—¿No lo entiendes? Nunca podré cogerte de la mano y llevarte de cita a ver una película sin que todo el mundo nos juzgue. ¿Crees que Penny aceptará que salga con la exnovia de nuestro hijo? ¿Crees que Adam querrá saber algo de mí cuando se entere de lo que hemos hecho?

—¿A quién le importa lo que opinen los demás? —espeto.

—No son cualquier persona. Son mi familia —replica con dureza.

—¿Y yo qué soy, Kade? —gruño—. ¿No sería suficiente familia para ti? ¿No soy suficientemente buena para ti? —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Lo que tú y yo tenemos no es más que pura lujuria, por eso no funcionamos. Yo no quiero esto. No quiero tener más hijos. Me prometí que no volvería a casarme.

Sus palabras me parten el pecho en dos y se me seca la lengua y la garganta. La agonía me carcome por dentro.

—¿Y no te has parado a pensar que quizá yo no quiero todas esas cosas? ¿Que quizá solo te quiero a ti? Solo necesito un motivo para que lo nuestro funcione. No me hace falta un anillo en el dedo ni un vestido blanco. Quizá me baste con el título de pareja o de novia para ser feliz porque estoy enamorada de ti. Sé que convives con tus demonios y tu oscuridad, pero eso no me asusta. No eres tan malo como crees.

Él niega con la cabeza.

—Sabes igual que yo que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

—¿Y ya está? ¿Primero me destrozas para cualquier otro hombre y ahora me vienes con estas, Kade? —Elevo el tono.

Él resopla.

—Es sargento maestro O'Connell. Se acabó. La misión ha empezado. —Se aleja, dejándome en estado de *shock*. Con los ojos llorosos observo su fuerte espalda mientras se dirige al Chinook. Niego con la cabeza hasta que la dejo caer y apoyo todo mi peso en una pierna.

Me ha dejado.

Sabía que en algún momento acabaría, pero, en el fondo, creía que lo nuestro tenía futuro. ¿Por qué me estoy viniendo abajo cuando él ni se inmuta? ¿Por qué dejé que alguien entrara en mi corazón?

¿Y por qué Karen está haciendo esto?

Bloqueo las rodillas para no sucumbir al huracán de ira que me revuelve por dentro.

La misión es lo primero. Siempre es lo primero.

Kade se sube al helicóptero y todo el equipo lo sigue. Me apresuro a alcanzarlos y me dejo caer en el asiento más alejado de él. Observo el sitio vacío que hay a mi lado; Castle debería estar aquí para que pudiera seguirla, pero su ausencia hace que se me forme un nudo en la garganta. Slater permanece fuera del Chinook cuando la puerta se cierra y se despide. Hoy debe quedarse al mando de otra misión. Sus planes cambiaron hace un par de horas.

La risa de Booker estalla a mi derecha y giro la cabeza ante el sonido. Está sentado al lado de Kade, que permanece imperturbable con su pasamontañas de calavera. Debe sentir mi mirada deprimente y angustiosa, porque se vuelve hacia mí. Frunce el ceño y yo le sostengo la vista durante un segundo que me parece eterno. Atisbo un fuego imperdonable en sus ojos desiguales y oscuros, una mirada de odio y traición. Antes de que me dé tiempo a parpadear, gira la cabeza con brusquedad y saca su cuchillo.

Para evitar que alguien se percate de nuestra pelea, cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la pared de la cabina. Qué estúpida he sido al pensar que Kade O'Connell acabaría enamorándose de alguien como yo. Pero soy todavía más tonta por pillarme hasta las trancas de alguien con quien no debería estar.

No sé cómo lo hago, pero no permito que se me caigan las lágrimas. Ahora mismo no soy Violet Isla, soy Mariposa, y eso nadie me lo arrebatará. Tengo que cumplir con la misión.

El helicóptero despega y las náuseas me golpean a medida que ganamos altura. Inteligencia nos informó de que la zona en la que aterrizaremos debería estar libre de insurgentes y tendremos que caminar unos dieciséis kilómetros para emboscar a El Cirujano.

Permanezco callada todo el camino mientras el resto habla de sus familias, esposas e hijos. Presumen de lo que harán cuando regresen a casa. Por el contrario, la única familia que a mí me queda se está desmoronando. Saco el pequeño osito azul del bolsillo para distraerme del dolor. Es el mismo que mi abuela me envió cuando estaba en el curso. Acaricio el pelaje y el corazón se me rompe de nuevo cuando recuerdo las crueles palabras de Kade.

«¿Creías que replicaríamos la historia de amor de tu abuela? ¿Una chica que se enamora de un boina verde mayor que ella?».

Cierro los ojos e intento controlar la tristeza. En algún momento me quedo dormida, librando una batalla contra todas las palabras hirientes que me dijo. No puede sacarme de la oscuridad y arrojarme a ella de nuevo solo porque crea que nuestra relación está destinada al fracaso.

Estoy enamorada de él.

De repente, el helicóptero se sacude y hace una maniobra brusca, por lo que se me cae el osito. Me sorprendo por la inesperada turbulencia. Todos sueltan un chillido y contienen el aliento sin apartar la vista de los pilotos. El oso de mi abuela se desliza por el suelo lentamente hasta acabar a los pies de Booker. Él lo mira durante un instante; la curiosidad se cuela en sus ojos avellana. Antes de que me dé tiempo a pedirle que me lo devuelva o a desabrocharme el cinturón, unos gritos caóticos salen de la cabina.

—¡RPG! ¡Están por todas partes! ¡Nos están disparando!

¡¿Qué?!

Todos se tensan. Me agarro a mi cinturón hasta que la fricción me quema las yemas de los dedos. Llevamos alrededor de una hora en el aire, acercándonos a nuestro destino. El helicóptero vuelve a sacudirse; parece que estamos atravesando una bolsa de aire, pero eso es imposible. Me pitan los oídos. Me muerdo el carrillo hasta hacerme sangre. El estómago me da un vuelco y la bilis me arde en la garganta cuando empezamos a caer en picado. Es un intento desesperado de los pilotos por aterrizar a salvo antes de que nos derriben. Vislumbro las montañas a lo lejos cuando los pilotos mueven sus palancas para esquivar el fuego enemigo. Nos estamos acercando al suelo.

Contengo el grito que me oprime el pecho mientras busco mi osito para evitar pensar en el peor de los finales.

Estrellarnos. Morir.

Voy a vomitar.

—¡¿Qué cojones?! —gritan los Boinas Verdes ante el caos. Antes de ser consciente de lo que hago, mi mirada aterrorizada se encuentra con los ojos confiados, calmados y serenos de Kade.

Se quita el pasamontañas y yo lo imito. La necesidad de correr hacia sus brazos y cogerlo de la mano me está matando. Lo necesito, anhelo sentirme a salvo con él. Si vamos a caer, quiero estar a su lado. Puede que me odie, pero, en lo que parecen ser nuestros últimos segundos de vida, nos miramos a los ojos con un deseo que ninguno puede ocultar.

El motor del helicóptero explota y un dolor agudo me taladra los oídos. Su rostro es lo último que veo antes de que la gravedad

arrastre la aeronave hacia el suelo. El impacto hace que todos perdamos el conocimiento. Lo último que recuerdo es ver la intensa mirada de Kade y preguntarme dónde habrá acabado mi osito.

Capítulo 43

Violet



¿Estoy muerta?

No recuerdo cómo he llegado hasta aquí. La memoria me falla.

Veo todo negro. No siento el cuerpo, lo que solo puede significar que la muerte me ha alcanzado..., ¿no? Pero, entonces, el lejano sonido del motor del helicóptero regresa a mis oídos como una pesadilla amortiguada. Los recuerdos de cómo he acabado en esta situación se arrastran dentro de mí y contradicen mis pensamientos iniciales.

No es un sueño. Es mi cruda realidad.

La adrenalina me corre por las venas y abro los ojos de golpe. Estoy tumbada boca arriba, respirando de forma agitada e intentando recuperar el aliento. Me tiemblan los dedos cuando intento tocar las briznas de hierba del suelo. Parpadeo varias veces para ahuyentar la oscuridad y clavo la vista en el cielo. Tengo la visión borrosa y solo veo estrellitas.

Esto no pinta bien.

El pánico hace que tome conciencia de cómo he llegado aquí. Me tumbo de lado y un líquido caliente me cae sobre los ojos. Reacciono de inmediato e inspecciono con el dedo índice lo que me está

nublando la vista. Toco lo que espero que sea sudor, pero veo la yema teñida de rojo cuando la aparto.

Estoy sangrando.

Inclino la cabeza hacia un lado y, por fin, el entumecimiento desaparece y es reemplazado por un dolor insoportable. Gimo cuando una punzada afilada me atraviesa el tobillo al intentar doblar la rodilla. Suelto un grito seguido de quejidos ahogados. En cuanto me golpea la agonía, dejo caer el pie y el dolor se vuelve más tolerable.

—¡Mariposa!

La voz de mi superior resuena en mis oídos. Lo oigo cerca, pero a la vez muy lejos.

«¿Dónde estamos?».

—¡Mariposa! ¿Dónde estás?

Su tono me provoca ese ardor familiar en el pecho y me muero de ganas de verlo. ¿Se encontrará bien?

—Bestia —intento gritar, no obstante, su nombre en clave apenas sale de mis labios como un susurro débil y seco. Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. ¡Bestia! ¡E-estoy aquí! —Levanto la mano, esperando que eso lo ayude a localizarme. Espero unos segundos, ansiando escuchar de nuevo su voz grave y preocupada, pero no responde.

Con las palmas a ambos lados de las caderas, me incorporo hasta sentarme. Tengo que levantarme... seguimos en plena lucha. Aprieto los dientes mientras la sangre me gotea de la barbilla y cae sobre mis pantalones de camuflaje. Encuentro un árbol alto a apenas unos metros. Me arrastro hasta llegar al tronco. El corazón me da un vuelco cuando unas espantosas imágenes se me graban en la mente. Hay cuerpos ardiendo entre los restos del helicóptero. Muchos de mis compañeros están envueltos en llamas de pies a cabeza. La bilis me sube por la garganta y me entran ganas de vomitar. Me trago las náuseas y cierro los ojos. Se me hiela la sangre y la fuerza que había reunido se desvanece.

—¡Te veo! ¡No te muevas! —Sus pasos se vuelven más fuertes y sé que está cerca. Mis labios secos se curvan en una pequeña sonrisa al saber que ambos estamos vivos.

—Al menos tú puedes caminar —bromeo con los ojos cerrados. La oscuridad tira de mí y me arrastra hacia las sombras. Lucho contra ella todo lo que puedo, aunque es inútil. Frunzo el ceño e intento abrir los ojos de nuevo, pero fracaso.

Odio fracasar.

—No hables, tú encárgate de mantenerte despierta —me ordena. Siento su mano en mi tobillo y suelto un quejido, pero ya no soy capaz de abrir los ojos. La adrenalina se ha desvanecido.

—Creo que somos parte del bando de los afortunados..., no estamos muertos —le digo con un hilo de esperanza en la voz. A pesar de la terrible situación que estamos viviendo, tiene que significar algo que sigamos aquí. Todo saldrá bien.

—Kade, ¿eres tú?

Oigo la voz ahogada de Booker por encima del crepitar del fuego.

—Joder, ¿de verdad nos la hemos pegado? ¿Estoy vivo o estoy hablando con un fantasma? —Sus pasos se oyen cada vez más cerca, pero no puedo mirarlo. Cada segundo que pasa me siento más mareada.

Dios, necesito que deje de darme vueltas todo. ¡Tengo que levantarme y ayudar a los demás! Pero no puedo. Cada vez que intento abrir los ojos, me pongo peor.

—Te prometo que me levantaré, solo necesito un par de segundos —murmuro.

—Y una mierda. Quédate quieta —gruñe Kade.

El sonido de unos pasos pesados se detiene junto a mi cabeza.

—¿Está...? —Oigo a Booker tragar saliva.

—Está viva, pero se ha dado un buen golpe en la cabeza, puede que tenga un traumatismo. Se ha jodido el tobillo.

—Mierda... —dice Booker antes de toser con fuerza—. ¿Y tú? ¿Estás herido?

El sonido de Kade palpándose el cuerpo me hace abrir ligeramente los ojos.

—Creo que me he roto la muñeca izquierda, pero mientras no sea mi mano buena, me la suda. Eso sí, me he dislocado el hombro. Necesito que me lo vuelvas a colocar.

Entorno los ojos. Su brazo cubierto de calaveras y serpientes cuelga a su lado como si no tuviera ningún control sobre él. Tiene el uniforme roto por varios sitios: en el abdomen, los brazos y las piernas. Alcanzo a ver una quemadura de tercer grado bastante profunda en su tríceps. La sangre se ha secado en su nariz y ha dejado pequeñas gotas carmesíes por todo su pecho. Booker es el que mejor aspecto tiene de los tres. Es un milagro que sigamos vivos.

Booker me rodea cuando ambos se ponen de pie. Kade deja que lo agarre por la espalda y el brazo y me mira con expresión seria. Le palpita la vena del cuello mientras se prepara mentalmente para la agonía. Permanece impasible, con los pies plantados en el suelo y los muslos tensos bajo los pantalones.

—¿Preparado? Joder, se me había olvidado lo fuerte que estás, cabrón —resopla Booker, que refuerza su agarre alrededor de los enormes músculos de Kade.

—Hazlo de una puta vez —ruge.

Da un tirón rápido y se produce un fuerte chasquido. Sin vacilar, la maniobra obliga a Kade a soltar un suspiro. Aprieta la mandíbula y gruñe entre dientes.

—Perfecto, ya puedo moverlo. —Se aclara la garganta y gira el brazo hacia delante y hacia atrás. Si siente dolor, lo enmascara bajo una expresión fría y pétrea. Se arrodilla a mi lado y nuestra cercanía hace que el corazón me dé un vuelco. Dios, lo amo. Amo a este hombre y él lo ha mandado todo a la mierda. En fin, ese dolor tendrá que esperar.

Me toma del rostro con las dos manos.

Está preocupado por mí, pero necesito que crea que estoy bien, aunque no esté del todo segura. La misión sigue en pie. No puede quedarse aquí y lo sabe.

—Enseguida vuelvo. Tenemos que...

—Vete. No te preocupes por mí. Me quedaré aquí sin moverme. Este árbol y yo vamos a ser mejores amigos. —Doy palmaditas contra la corteza y él sonríe. Me obligo a bromear para calmar el ambiente. Me encanta cuando sonríe—. Además, no quiero potarte encima y estoy bastante segura de que no tardaré mucho en

hacerlo. Aunque por lo que parece, ya se me ha adelantado alguien, sargento maestro. Tenéis que ir a comprobar si los demás siguen con vida. Yo estoy bien. De puta madre. ¡Marchaos! —Señalo sin fuerza los restos del helicóptero.

—Cómo no, siempre preparada para dar órdenes en lugar de acatarlas —se burla Kade, y Booker deja escapar una risa apagada.

—Tienes toda la razón —añade este último con un leve temblor en la barbilla. Se aleja cojeando y lo vemos desaparecer en dirección al lugar del accidente detrás de la espesa maleza. Kade vuelve a mirarme y se detiene. Clava su hermosa mirada en el corte profundo que me recorre la sien. Después, se inclina hacia mí.

—Estoy bien, de verdad. No es más que un rasguño.

Él sacude la cabeza y sonríe. Se pasa la lengua por los caninos afilados.

—Bien. —Me da un beso rápido. El roce de sus labios me envía una corriente eléctrica directa al corazón. No recuerdo nuestra discusión antes del golpe, nada de eso importa ya. El estado de nuestra relación no importa.

—Estás sonriendo. —Extiendo la mano para acariciarle la barba, pero él me la baja al suelo antes de que pueda hacerlo.

—Estás viva —responde.

Acto seguido, se levanta y corre en dirección a los restos del Chinook.

Me miro el tobillo; la sangre sigue manando de la herida. Quizá no es tan grave como pensaba. Quizá puedo ayudarlos. Odio sentir que estoy fuera de combate. Ellos me necesitan.

Sin embargo, cuando lo muevo, un dolor agonizante me atraviesa y me ciega. Pierdo la fuerza en las piernas cuando vomito en la tierra toda la bilis y... sangre. Se me revuelve el estómago y un ardor me sube desde el abdomen hasta la garganta. Con la cabeza martilleándome, cierro los ojos; las estrellas me acompañan en la oscuridad y parpadean a medida que mi visión se oscurece.

Mierda. Esta no puede ser buena señal.

Pierdo el conocimiento.

—¡Papá! ¡Por favor, ayúdame! ¡Papá!

Vuelvo a encontrarme en medio del agua helada, forcejeando y suplicando por conseguir algo de aire. El agua está tan fría que me quema la nariz, los pulmones y la garganta.

—¡Mija! *¡Violet! —Sus gritos desesperados apenas se oyen con la corriente. El cuerpo de mi padre está completamente borroso y dejo de verlo cuando las olas azul oscuro me golpean una y otra vez.*

No pensé que la corriente sería tan fuerte. La subestimé y ahora estoy pagando las consecuencias. Cada vez que intento salir a la superficie, el agua me traga de nuevo.

Intento aguantar la respiración, pero me arden los pulmones. El sonido del agua ahoga mis gritos y mis súplicas mientras lucho por mi vida. Mi espalda choca con una roca afilada y la corriente me arrastra sin piedad en todas las direcciones.

Todo pasa tan rápido que las sombras se abalanzan sobre mí. Se me acaba la energía. Todo a mi alrededor se queda en silencio. Puedo sentir cómo me hundo cada vez más y acepto la derrota contra mi voluntad. Mi corazón se ralentiza cuando intento pedir ayuda de nuevo, pero no logro abrir la boca.

Lo siguiente que siento antes de perder la esperanza por completo son unos brazos alrededor de mi cintura.

Papá.

El sonido del fuego me despierta de golpe.

Seguimos en el lugar del accidente; Bestia y Caos continúan buscando más supervivientes.

Por desgracia, los restos del helicóptero estaban esparcidos entre veinte cuerpos mutilados. Estoy segura de que estas imágenes me atormentarán el resto de mi vida. Ver a nuestro equipo, los hombres más fuertes, respetados y brillantes que tuve el privilegio de conocer, desaparecer en un abrir y cerrar de ojos...

Sus familias nunca volverán a verlos: sus esposas, hijos... Algo dentro de mí se rompe y dudo que vaya a arreglarse alguna vez.

Parpadeo débilmente al ver a Kade transformarse en el instructor que siempre me intimidó. Es fuerte, serio y frío como el hielo cuando

tiene que serlo. Aunque acabemos de sobrevivir a un accidente de helicóptero, no puedo venirme abajo. No ahora, no cuando el enemigo podría estar cerca, quizá a la vuelta de la esquina, preparado para rastrear la zona y buscarnos.

Tenemos que movernos más rápido.

—¡Han abierto fuego en el cielo! Hace apenas unos instantes estábamos ahí arriba y ahora todos nuestros amigos están muertos, hermano. ¡Estamos jodidos! Mi chica me está esperando en casa y puede que nunca vuelva a verla. Mi madre, mis hermanas. Joder...

Kade se abalanza sobre él, lo agarra del chaleco y lo sacude con fuerza. Se le ensanchan las fosas nasales cuando lo mira directamente a los ojos.

—Caos. Relájate. De. Una. Puta. Vez. Bajaremos la montaña y todo saldrá de puta madre. Te reunirás con tu chica. Pero, ahora mismo, te necesito. ¿Entendido? No puedo cargar con los dos. Tienes dos piernas funcionales, así que úsalas.

Parpadeo débilmente y observo cómo Booker pasa de entrar en pánico a relajarse. Asiente y aprieta la mandíbula. El sudor le cae por el rostro sucio y cubierto de hollín. Todos tenemos el mismo aspecto.

Kade es el soldado y el hombre más fuerte que he conocido. Su capacidad de sacar a relucir nuestra fortaleza es increíble.

—Entendido, sargento maestro.

—Solo tengo mi cuchillo. Tenemos que movernos. El enemigo sabe que estamos aquí —dice Kade. Me levanta con sus fuertes brazos y me acurruco contra él todo lo que puedo para facilitarle cargar con mi peso muerto. Aunque estamos en medio del bosque, rodeados de humo, su aroma cálido me envuelve y calma mis nervios.

—¿Adónde vamos? —escupe Booker, nervioso.

—¿Cuál es el plan, sargento maestro? —logro decir con los labios secos, sin abrir los ojos.

—Te he dicho que no hables. Reserva tu energía, soldado —gruñe.

Booker carraspea.

—¿Qué quieres hacer, O'Connell?

—Caminaremos hasta la base de operaciones avanzada más cercana. Es nuestra única opción. Seguro que nos están buscando.

Puede que nos encuentren por el camino.

Se hace el silencio y mis dos superiores se miran como bestias preparadas para luchar a muerte. En lugar de dirigir su rabia contra el otro, la aprovechan para apoyarse mutuamente. La forma en la que Booker se relaja y sus lágrimas desaparecen me dice que Kade conoce a su mejor amigo como la palma de su mano. Kade es así, siempre sabe qué decir y cuándo decirlo para subirle el ánimo a alguien y que la misión no se vaya al traste.

Un zumbido letal me roza la oreja y me abrasa la piel del pómulo. Mi primer instinto es gritar, pero Kade me silencia al aplastarme contra su pecho para protegerme. Sus fuertes músculos me envuelven con firmeza.

Me han disparado en la cara.

—¡Nos están disparando, tenemos que movernos! —estalla Kade.

Capítulo 44

Violet



Al parecer, la bala solo me rozó la piel.

Justo cuando Kade y Booker terminaron de recuperar todos los cuerpos del lugar del accidente y los colocaron lejos del fuego, nos atacaron de nuevo. Todo lo demás se estaba quemando hasta quedar reducido a cenizas. Todavía llevamos con nosotros la mayor parte de nuestro equipo, pero nos faltan muchas cosas, como mi cuchillo, mi pistola y mis granadas.

Escapamos del fuego enemigo con ayuda de las granadas de humo.

Han pasado unas dos horas desde el último ataque en el lugar del accidente. Desde entonces, hemos estado caminando en silencio y yo he logrado mantenerme entera. Me permitiré sentir el dolor y la conmoción de todo lo ocurrido más tarde; ahora mismo, mi equipo me necesita. Todos mis instructores me enseñaron a ser fuerte e inquebrantable. Somos personas dispuestas a dar la vida por la misión y por los demás. Nos hemos puesto a prueba una y otra vez para situaciones como esta. Nunca nos rendimos. Encontramos un motivo para seguir luchando hasta nuestro último aliento.

Un trueno hace vibrar el suelo y los relámpagos resuenan sobre las copas de los árboles. El cielo se oscurece y se cubre de nubes. El olor a tierra mojada se vuelve más intenso y, un segundo más tarde, una lluvia torrencial cae sobre nosotros. Los sonidos de la naturaleza ayudan a silenciar nuestros movimientos.

—¡Estábamos a punto de encontrar el objetivo, joder! —masculla Booker.

El Cirujano sigue ahí fuera.

—Tiene sentido. Cuando todo el mundo busca al mismo hombre, la misión se vuelve más complicada. Lo atraparemos, Caos.

—Y encima me toca ir con los dos tortolitos. —Booker es el primero en romper el hielo, como de costumbre—. O debería llamaros... ¿demonios? Sip, vi cómo acabó ese escritorio.

—La madre que te parió, Caos —bufa Kade, y yo reúno todas mis fuerzas para tratar de contener la carcajada que se me forma en el pecho. Me duele el estómago, la cabeza y los pies.

Miro lentamente a Kade, a la espera de que diga algo.

De acuerdo.

—¿Cuál es tu película favorita? Nos conocemos desde hace más de un año y todavía no me lo has dicho... ni tu color favorito. —No llegó a darme una respuesta la primera vez que se lo pregunté en su despacho.

—Isla, no me jodas. Deberías estar descansando —me espeta Booker al saltar por encima de un tronco. Levanta el rifle y echa un vistazo por la mira. Él nos cubre las espaldas y Kade lidera al frente.

—No estoy hablando contigo. Se lo estoy preguntando al sargento maestro —respondo.

Kade se ríe por lo bajo y se pasa la lengua por los dientes. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos con fuerza.

—Creía haberte dicho que no te dirigieras a mí a menos que fuera algo relacionado con el trabajo.

Me recuerda cuál es mi lugar en su mundo y no me gusta. Me hundo contra su pecho y apoyo mi barbilla sobre su clavícula. Parece que lo nuestro de verdad ha terminado.

—*El Señor de los Anillos*, pero los libros son mejores... y el amarillo.

Se me ilumina la mirada.

—¿Por qué te uniste al ejército?

Me dedica una sonrisa dulce y el corazón me da un vuelco. Nos quedamos mirándonos durante una eternidad.

Creo que mi pregunta le ha tocado una fibra sensible.

—Al principio me parecía la mejor opción para cuidar de mi familia. Pensaba dejarlo en cuanto acabara mi primer contrato. Penny podría quedarse en casa, sacarse la carrera y cuidar a nuestro hijo, así no tendría que preocuparse por pagar las facturas. Éramos jóvenes y era lo que ella quería. Yo no vengo de una familia con dinero. Era la mejor decisión para un chico de dieciocho años sin estudios universitarios ni experiencia laboral. Nos proporcionaba un seguro médico y una pequeña casa en la base en la que me habían destinado.

Toma aire.

—Quise cuidarlos de la única forma que sabía. Sacrifiqué muchas cosas para darles una buena vida. Yo no crecí con grandes lujos. Utilizaba la misma ropa durante años porque mi madre no podía permitirse comprar ropa nueva para todos sus hijos. Compartía habitación con cuatro de mis hermanos. Mi madre dormía en una cama junto a mis dos hermanas, y mi hermano y yo dormíamos en el suelo con una manta y una almohada. Quería darle a mi hijo la oportunidad de tener su propia habitación..., algo que yo nunca tuve. Quería que tuviera una cama en la que dormir, su propia almohada. Quería poder comprarle ropa que le quedara bien a medida que creciera. Y quería que Penny pudiera terminar los estudios sin preocuparse por tener que trabajar y estudiar a la vez, además de cuidar a nuestro pequeño.

No me puedo ni imaginar lo duro que es ser padre adolescente. En ese sentido, es un hombre de los pies a la cabeza. Quería encargarse de todo para que Penny y Adam pudieran perseguir sus sueños sin preocuparse por llegar a final de mes.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que tu idea era dejarlo. ¿Por qué te alistaste de nuevo?

Entrecierra los ojos.

—Bueno, como verás, no llevo un anillo en el dedo.

Pues claro.

Su divorcio con Penny tuvo mucho que ver en esa decisión.

—Mi madre fue madre soltera, y decir que lo pasó mal sería quedarme bastante corto. También tuvo un embarazo adolescente. Así que cuando Penny se fue y se llevó a Adam con ella y le comió la cabeza con que yo no quería formar parte de su vida..., esa herida se volvió más profunda y no dejó de sangrar. Necesitaba que mi familia se mantuviera unida. Puede que parezca una gilipollez, pero lo único que quería era que me recibieran con una pancarta cada vez que volvía a casa de una misión o de un despliegue. Según Penny, era una tontería; por eso nunca lo hizo. Hasta que la verdad salió a la luz..., me estaba poniendo los cuernos con varios hombres. Dijo que era culpa mía, que trabajaba demasiado —resopla.

¿Qué?

¿Penny tuvo aventuras?

No me puedo creer que Penny y Adam nunca lo recibieran cuando volvía a casa. El corazón se me rompe un poco más después de escuchar la versión de Kade. Todas las historias tienen varias versiones, y esta es su verdad. Siento una punzada en el pecho y me pego más a él. El olor de su colonia mezclada con tabaco le impregna la piel.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

Sacudo la cabeza para quitarme el aturdimiento que llevo encima.

—A lo que me refiero es... Booker te ayudó a superar ese bache, ¿no? Porque habías perdido tu razón de ser. Porque Penny y Adam te hicieron creer que no valías la pena y que eras culpable por elegir este camino.

Silencio. Espero durante lo que me parecen minutos, pero no dice ni una palabra. Mantiene la vista al frente hasta tal punto que creo que ya no me responderá a ninguna otra pregunta. Ahora todo encaja. La razón por la que se cierra tanto emocionalmente, la razón por la que se refugia en el trabajo para no tener la opción de convertirse en un hombre de familia. Necesito que sepa que no es demasiado tarde para él... ni para *nosotros*. Quiero sacar el tema de

Karen, pero, ahora mismo, nada de eso importa. Acabamos de perder a nuestros amigos y el enemigo nos pisa los talones. Cuando Kade toma una decisión y dice que se acabó, es que se acabó.

—Estar solo no es una debilidad, Kade. Significa que no te conformas, pero no permitas que esa experiencia te haga sentir que no puedes vivir el resto de tu vida como deseas..., con alguien que te elija todos los días y que estaría dispuesto a esperarte los años que haga falta.

—Cierra la boca, Isla —me suelta, y su hombro choca con la corteza de un árbol.

—No.

—Serás cabezón —suelta Booker a nuestras espaldas.

¿El capullo está poniendo la oreja?

—¿Intentaste que lo vuestro funcionara después de la infidelidad?

Asiente.

—El matrimonio no es blanco o negro y a veces... se pone feo. No quería que la historia se repitiera. Quería que Adam supiera que tenía un padre que le quería. No quería que mi hijo creciera en un hogar roto. Que viera a su madre luchar sola. Mi madre pasó por eso y sufrió muchísimo, casi perdió la cordura en varias ocasiones porque tuvo que criarnos con poco o nada de apoyo.

—Pero, al final, te hicieron daño y acabaste solo —señalo.

Él mantiene su mirada implacable clavada al frente y aprieta la mandíbula.

—Sí, algo así —responde, distraído.

Le acaricio la cicatriz de la ceja y sonrío.

—Ya no estás solo —susurro suavemente.

«Me tienes a mí».

—Y el matrimonio no siempre es feo —murmuro.

Él enarca una ceja. Sus pestañas oscuras aletean lentamente. No puedo soportar cuando me mira así. Siempre hace que me derrita y me convierta en su prisionera. ¿Y ahora? Me sostiene entre sus brazos y el corazón me late tan fuerte que oigo el retumbar de la sangre en mis oídos.

No es el mejor momento para dejarnos llevar por nuestros deseos oscuros. Esos que alimentan nuestras almas. Pero cada vez que

estamos cerca, nuestra atracción imprudente siempre gana.

Se inclina hacia mí, sin aminorar el ritmo, mientras el aire se me atasca en la garganta. Me aferro a él con más fuerza, hundiendo los dedos en el tatuaje de su espalda bajo su camiseta marrón. Incluso a pesar del mareo, el aire que nos rodea vibra con tanta intensidad que lo siento hasta en los huesos. Sus labios rozan los míos y su barba me acaricia la mejilla. Cierro los ojos y me preparo para que estampe su boca contra la mía.

No llegamos a besarnos.

Un grito desconocido resuena a lo lejos y nos arranca de nuestra burbuja.

El enemigo nos ha alcanzado para rematarnos o capturarnos.

—Bájame —exijo. Kade no duda, me deja caer al suelo y me obligo a cargar con todo mi peso sobre el único pie que me funciona. Estoy buscando la pistola de Booker cuando él choca conmigo con fuerza.

—Bestia, creo que estamos rodeados. Me cago en la puta, ¿cómo es posible? Hermano, no puedo morir. Mi chica me está esperando. No podemos morir —clama Booker.

Kade nos hace girar de golpe. Sus músculos se tensan alrededor de mi cintura mientras permanecemos quietos para hacer un reconocimiento. Cuando Booker se vuelve hacia nosotros, recibe un balazo directo en la cabeza. La sangre y los sesos nos salpican a Kade y a mí.

«¡No!».

¡Booker no!

¡Shane no!

Extiendo la mano para cogerlo, pero su cuerpo sin vida se escurre entre mis dedos y cae al suelo. Un líquido carmesí continúa brotando del enorme agujero que tiene en la cabeza, pero el enemigo no se detiene. Apenas alcanzo a echar un vistazo rápido cuando siento un escozor infernal en los ojos. No me da tiempo a procesarlo, pero Kade confirma que está muerto al coger su cuerpo y arrastrarlo hasta el escondite más cercano.

—Está muerto. Caos está muerto. —Sacudo la cabeza con fuerza. Miro a Kade y reprimo todas mis emociones. No puedo

desmoronarme—. Sargento maestro, ¿qué necesitas? —suplica mi voz temblorosa. La adrenalina me corre por las venas y la determinación se abre paso a través de mi mente.

No me vendré abajo.

Nos han entrenado para enfrentarnos a los peores escenarios.

No. Podemos. Venirnos. Abajo.

Kade me empuja hacia atrás con la palma de la mano hasta que mi espalda se encuentra con una roca.

—Que sobrevivamos. —Me entrega el rifle de Booker. Lo sujeto mientras él lo recarga. Su mirada está vacía, perdida, pero sus movimientos son deliberados y cargados de adrenalina. Se ha puesto en modo «operador Bestia», y yo también. Esa bestia interna que Kade me enseñó a abrazar: la Soldado Inquebrantable.

Un enemigo vestido de negro de pies a cabeza intenta abalanzarse sobre Kade por la espalda apuntándolo con una pistola. Justo cuando sus dedos lo rozan, levanto mi rifle y le meto una bala entre ceja y ceja. Cae al instante. Kade lo empuja con sus botas y la amenaza cae por el borde del acantilado.

—¡Lanza una granada de humo! Es la última que queda. ¡Ahora! —gruñe Kade. Tenemos la cara manchada con la sangre de Booker, pero la lluvia nos la limpia en cuestión de segundos.

—¡A la orden, Bestia!

Me llevo una mano temblorosa al bolsillo y tiro del seguro. La lanzo con fuerza delante de mí para crear una barrera y establecer una posición defensiva.

—¿Cuál es el plan, Bestia? —Odio llamarlo por su nombre en clave, pero no podemos arriesgarnos a que escuchen nuestra verdadera identidad.

Lo miro, sin parar de disparar a izquierda y derecha, pues el ejército continúa avanzando. Estamos acorralados en este lado de la montaña. Cualquier plan o solución que elijamos acabará con ambos muertos.

Disparo contra otra amenaza, una que nos apunta directamente con un RPG. En vez de que el misil nos alcance, impacta contra sus propios hombres. Su cuerpo resbala y cae montaña abajo, llevándose el arma con él.

Mi rifle emite un chasquido: se me han acabado las balas.

—Me he quedado sin munición.

Kade continúa defendiéndonos, pero entonces su rifle emite el mismo sonido horrible que el mío. Nos hemos quedado ambos sin munición y no tenemos más que un par de segundos para improvisar una solución o morir aquí arriba... juntos.

Capítulo 45

Violet



♫ *As The World Caves In – Sarah Cothran*

Kade saca una granada cegadora de su equipo y se la lanza a los enemigos. Unos fuertes gritos siguen a la explosión. Los dejará aturdidos durante unos segundos, lo que nos dará algo de tiempo y una pequeña ventaja para seguir avanzando, aunque ambos sabemos cómo acaba esto. En cuanto dejan de disparar, aprovechamos. Saco la pistola de su pantalón y disparo. Estamos espalda contra espalda, cubriéndonos el uno al otro y abriendo fuego. Grito mientras me gotea sangre y saliva de los labios partidos.

Me duele todo.

De pronto, el arma de Kade emite ese mismo chasquido. Se vuelve hacia mí y me mira.

Necesito conseguirnos más tiempo. Echo un vistazo a mi alrededor y encuentro dos granadas en la parte trasera del pantalón de Booker. Cojo una y le lanzo la otra a Kade. Tiro de la anilla.

—¡Granada! —grito, y se la lanzo al enemigo.

Kade me imita. Me agacho y me cubro los oídos, pero sus enormes brazos me empujan contra su pecho. Me protege con su cuerpo cuando dos explosiones nos ayudan a ganar más tiempo.

—¿Crees en mí? —me pregunta al oído.

—Sí, Bestia.

—¿Confías en mí?

—Por supuesto —respondo sin dudar.

Mi respuesta lo hace sonreír. Dios, cómo me gusta cuando hace eso. Es guapísimo sin ni siquiera esforzarse, aunque esto... no es propio de él. Sus ojos agresivos se transforman en algo que no reconozco.

—Gracias, Posa. Por todo.

Retrocedo y él mantiene la vista clavada en mí. Sigo disparando en dirección a la humareda hasta que me quedo sin balas.

¡Joder! Esto no me gusta. ¿A qué viene todo esto?

—Bestia, ¿qué estás haciendo? —Agarro el arma con fuerza.

—Gracias por enseñarme que me merezco una familia. Gracias por hacerme reír más de lo que recuerdo haberlo hecho en todos estos años... Ya no soy un soldado muerto por dentro, porque tú me has enseñado que todavía puedo amar y ser amado. Que mi corazón aún funciona. Y aunque creí que nunca volvería a latir por nadie, late por ti. Eres tú quien me ha marcado tanto que no podré estar con nadie más.

—¡Deja de hablar así! ¡Vamos! —Le cojo la mano y bajo la vista al peñasco—. Podemos intentar bajar la colina juntos.

Él niega y aparta su mano de la mía. Me rechaza y se me rompe el corazón.

De verdad piensa hacerlo.

—Eres la mujer con la que quiero irme a dormir todas las noches y la primera persona a la que quiero ver cuando me despierto.

—Bestia, por favor... —Sigo intentando interrumpirlo porque sé lo que pretende y lo odio por ello.

—¿Sabes por qué tu nombre en clave es Mariposa?

—¡Cuéntamelo cuando salgamos de esta!

—Cuando eras mi alumna... te vi luchar para conseguir tus alas. Te vi pasar por una etapa de metamorfosis. Tu resiliencia y tu fuerza

me recordaban a las mariposas que perseguía cuando era niño en temporada de migración. Corría por todo el patio detrás de ellas hasta que ya no podía más. Eran fascinantes, seguras, preciosas y libres... *como tú*.

—¡Para! —Le tiro de la mano, pero él se desliza suavemente fuera de mi agarre.

—Siempre he estado corrompido por tu luz, no importa lo mucho que intente resistirme. No me arrepiento de haber roto las reglas, pero sí de no haberte dicho todas estas cosas antes.

Su tono de voz es suave. Nunca había visto a Kade mostrarse así de vulnerable, y, por una vez, ha dejado caer todos sus muros. Lo odio por hacer esto, porque sé que, pase lo que pase, tengo que confiar en él, aunque ahora mismo no me importa que sea mi superior. Ambos merecemos vivir.

—Ni se te ocurra. ¡No te atrevas a decirlo!

Me dedica una sonrisa ladeada y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me mira como si intentara grabarse este momento de nosotros dos juntos en la retina. Un segundo después vuelve a convertirse en mi superior, un soldado cruel, despiadado y al que todo el mundo teme.

—Demasiado tarde. Y ahora, ¡vete!

—¡Una puta mierda! No pienso abandonarte. Bestia, no hagas esto.

—Te he dicho que te vayas. ¡Es una orden! —gruñe, con una expresión tan seria que me mata. Su vena del cuello parece estar a punto de explotar—. Nos estamos quedando sin tiempo... como no te vayas, ambos moriremos.

Me resbala una lágrima por la mejilla.

—¡Soy una soldado estadounidense! —grito, y cierro los ojos con fuerza en un intento de que los efectos del traumatismo no me dominen.

Kade sonríe y se le llenan los ojos de lágrimas; mi visión se vuelve todavía más borrosa.

—¡Nunca dejaré atrás a un camarada caído! —escupo con rabia cuando lo señalo. Me está dando un ataque de ansiedad—. ¡Fuiste tú quien me enseñó a no rendirme, joder!

¡No puede hacer esto! No permitiré que se sacrifique.

—Violet. —Me besa con fuerza mientras el enemigo sigue disparándonos—. ¡Vete! ¡Ahora! Necesito que te salves, por favor. Nunca me has necesitado, cariño. Nunca. Eres inquebrantable.

—¡Kade, no puedo hacer esto sin ti! ¡Piensa en los demás! ¡Piensa en mí! —suplico sin parar de llorar. Sé que su plan funcionará y que sobreviviré, pero ¿a qué precio? Mi corazón se quedará para siempre en esta montaña si me obliga a hacer esto.

Me toma el rostro entre las manos y aplasta sus labios contra los míos. Cierra los ojos con fuerza, como si una agonía insoportable lo consumiera, reflejando lo que yo siento a la perfección. Saca algo de su equipo y me obliga a abrir la mano rápidamente. Obedezco y dejo que dirija mis movimientos, como siempre lo ha hecho. Algo duro y con una cadena cae sobre mi palma. Antes de que pueda ver de qué se trata, me cierra la mano para protegerlo.

—¡Estoy pensando en ti! ¡Vete! Enamórate una y otra vez. Cásate, ten muchos hijos preciosos, vive tu vida y recuerda que nada de esto fue culpa tuya, ¿de acuerdo?

Sollozo descontroladamente a medida que los disparos se acercan cada vez más y los gritos del enemigo se vuelven más fuertes. Nos están rodeando, han conseguido acorralarnos en una zona abierta. Están demasiado cerca, joder. Nos pisan los talones.

—Kade..., para, por favor. No podemos habernos quedado sin tiempo... me niego. —No hablo de la misión, me refiero a *nosotros* —. ¡No! No se nos ha acabado el tiempo, ¡ven conmigo!

—Cariño, nunca se nos acabará el tiempo. Lo que tenemos es eterno. Incluso cuando no seamos más que fantasmas con corazones que han dejado de latir. Siempre estaremos unidos, porque estamos hechos el uno para el otro.

Otra explosión estalla a nuestro alrededor. Sacude la montaña como un terremoto. Durante un momento soy incapaz de oír nada más que un pitido agudo. Un líquido caliente me baja por el cuello. Me sangran los oídos y la nariz. Quiero gritar, pero me contengo. Aprieto los dientes hasta sentir que se me astillan. Un torrente de fuego me recorre todo el cuerpo, haciendo que me tiemblen los músculos y me den calambres.

Joder, estoy muy frustrada. Ojalá tuviera más balas y más granadas, haría que todo esto terminara. Estoy fallándole a Kade porque necesito salvarlo, igual que él siempre me ha salvado a mí.

Él me cubre con sus brazos y su cuerpo y me empuja contra la pared de tierra y raíces. Sigue poniendo a los demás por delante de sí mismo. Incluso en los que podrían ser nuestros últimos momentos juntos, Kade O'Connell es el soldado más desinteresado y entregado que conozco. Me lo demuestra cada puta vez.

—¡Si haces esto, sargento maestro, te juro que nunca te lo perdonaré!

—¡Pues no lo hagas! Pero ¡nunca estaré en paz si mueres! —grita justo cuando una bala le impacta en el hombro. Su sangre me salpica la cara y me entra en la boca. Su hermoso rostro se retuerce de dolor y, antes de que pueda agarrarlo y arrastrarlo lejos de ahí, clava su enorme mano en mi chaleco.

—¡Vete! Te amo, Violet Isla. Hazlo por mí, ¿vale? Pero, lo más importante, ¡hazlo por ti! ¡Vete! —Me empuja por el borde del precipicio.

«¡No!».

Ruedo por la ladera de la montaña en plena agonía. Mi cuerpo impacta contra rocas, árboles y tierra. Me siento como la bola de un *pinball* hasta que la gravedad me gana. Me llevo la peor parte del golpe en la espalda y las piernas. Cada vez que choco con algo, grito de dolor. Intento detener la caída varias veces, pero no sirve de nada. Desciendo demasiado rápido. Me toma unos minutos recobrar el sentido cuando por fin aterrizo. En cuanto recupero el aliento, me obligo a levantarme y voy en dirección al sonido de la hélice del helicóptero cortando el aire. Los disparos aumentan y las bombas siguen causando estragos.

Entonces, lo oigo: Kade grita para atraer la atención del enemigo hacia él y no hacia mí. Hace justo lo que me dijo que haría. Me doy la vuelta y me tapo la boca para sofocar un grito desgarrador.

Lo último que veo, desde unos seis metros más abajo, es a Kade recibiendo un disparo en el pecho... *en el corazón*. Cae y desaparece entre los árboles, rodeado de más explosiones. El fuego y la tierra explotan por todas partes, sumiéndome en un manto de oscuridad.

Hundo los dientes en los nudillos para acallar el sonido de un alma rota y herida.

Nadie sobreviviría a algo así.

Ni siquiera el operador Bestia.

—Yo también te amo, Kade. Te amo... —Lloro contra la palma de mi mano—. Te amo...

Capítulo 46

Violet



Negro.

Veo todo negro.

Siento todo negro.

Una presión en el pecho me impide respirar. El sonido de un pulsómetro suena con intensidad a mi derecha y escucho el leve murmullo de unas conversaciones apagadas y distantes. El ambiente que me rodea es frío y oscuro. Debo de estar en un hospital o, al menos, en una clínica.

Pero ¿por qué estoy aquí? No me acuerdo de nada.

¿Por qué no puedo moverme ni gritar?

«Cariño, nunca se nos acabará el tiempo».

Esa voz adictiva, celestial y profunda se estrella contra mi alma sin piedad, provocándome un dolor desgarrador en el pecho. El corazón me da un vuelco cuando mi último recuerdo con el hombre al que amo me azota sin compasión.

La realidad me golpea.

Kade me empujó por el precipicio.

Me arrastré cojeando hasta que las Fuerzas de Reacción Rápida me recogieron. En cuanto me subieron al Black Hawk, me desplomé

por la deshidratación y el agotamiento, sin parar de murmurar el nombre de Kade una y otra vez.

—Booker y O'Connell murieron en combate. Ella es la única superviviente. No sabemos exactamente qué fue lo que pasó, pero estamos esperando a que despierte y pueda darnos su versión. Todo esto es un desastre. —No reconozco esa voz, pero necesito que se callen.

No.

No.

¡No!

¡Por favor, esto tiene que ser una puta pesadilla!

—Le han subido las pulsaciones. ¡Está despierta! —exclama una voz femenina, desconocida y alegre.

—Soy yo, Violet. Estoy aquí.

Adam.

Con el corazón hecho pedazos, abro los ojos de golpe. Una enfermera y un médico están en la habitación y Adam permanece a mi lado con unas ojeras muy marcadas bajo los ojos marrones. Lo observo lentamente, intentando procesar todo lo que me rodea. Lleva una camiseta de botones y unos vaqueros. Todos me miran con los hombros tensos y la boca entreabierta.

Si Adam está aquí..., eso significa que me encuentro en Alemania.

—¿Violet? ¿Sabes dónde estás? —La enfermera da un paso vacilante, manteniendo su mirada seria y compasiva clavada en mí. Sostiene un dispositivo electrónico rectangular contra su pecho y aguarda con paciencia.

Todo esto es demasiado. No puedo pensar con claridad. Me limito a dejarme llevar por el dolor que invade mi cuerpo y mi mente. Booker está muerto.

¿Y Kade?

El corazón me late a toda velocidad, se me llenan los ojos de lágrimas y respiro de forma agitada y descontrolada. El aire frío me abrasa la garganta cuando intento estabilizar mis emociones.

—Violet. Estás viva. Tranquila. Intenta mantener la calma. —Adam se acerca en una silla giratoria. Me acaricia la pierna con la palma de

la mano, dibujando círculos. Me aparto de un salto y le pego un manotazo con fuerza.

—¿Dónde está Booker? ¿Y Kade? —le pregunto al equipo médico.

En la sala entran varios hombres de uniforme. Solo reconozco a uno de los cuatro soldados que permanecen quietos con expresión rota. Slater. Sus ojos color avellana se encuentran con los míos y, por primera vez desde que lo conocí, siento una conexión con él al compartir su dolor, que coincide con el mío a la perfección.

—Mariposa. No te preocupes por eso ahora. Por favor, cuéntanos lo que ocurrió ahí fuera, nos sería de gran ayuda y... —empieza a decir un teniente general, aunque otro soldado lo interrumpe.

—El sargento Shane Booker ha muerto. —Slater da un paso al frente con los brazos tensos a ambos lados—. Y suponemos que Kade O'Connell también. Se han encontrado pruebas, pero no hemos podido recuperar su cuerpo.

Su voz grave se rompe y una lágrima le resbala por la mejilla. Todos, excepto Adam y Slater, permanecen con una expresión fría y vacía.

¿Cómo coño no se están desmoronando? Acaba de decirme que hemos perdido a dos de los mejores hombres y soldados que he conocido. Mi mundo se está viniendo tan abajo que estoy en el mismísimo infierno.

Abro la boca y grito con furia, revolviéndome y golpeando la cabeza contra la almohada. Intento arrancarme la vía.

—¡No! ¡Envíame de vuelta, Slater! ¡Puedo encontrar su cuerpo! ¡Sé dónde está! ¡Por favor! Se sacrificó por mí. ¡Dejadme ir a luchar!

Más enfermeras entran corriendo. Se abren paso entre los soldados y me rodean. Adam se levanta de la silla y se aleja tapándose la boca con una mano. Me da la espalda, sin parar de llorar.

—¡No he acabado! A Booker... le pegaron un tiro en la cabeza. Había muchísima sangre.

Las enfermeras invaden mi espacio personal cuando intento ponerme de pie. ¡Nada ni nadie me impedirá intentar recuperar su cuerpo! No puede estar muerto. Me niego a creerlo.

Mi puño impacta contra la mejilla de la enfermera más cercana. Ella cae en los brazos del médico con un jadeo. Miro a la siguiente, preparada para pelearme con cualquiera que se interponga en mi camino, pero Slater viene directo hacia mí. Se abalanza sobre mi cuerpo y me aplasta hasta dejarme casi sin aire. Me inmoviliza con la mayor delicadeza posible, aunque sin ceder. Me sujeta por los bíceps con ambas manos, me retiene y protege a las enfermeras con su enorme cuerpo.

No dice nada mientras intento sacármelo de encima. Recibe cada golpe y cada patada sin protestar. Apoya el mentón sobre mi cabeza y me respira al oído; su cuerpo se estremece con cada uno de mis golpes.

—Sedadla. Ponedle diazepam —ordena el médico.

Abro los ojos de par en par.

—¡No, por favor! ¡Parad! No... —Slater me obliga a mirar hacia otro lado para que no vea cómo me inyectan el sedante. Clavo la vista en la pared blanca; él no me suelta. Un segundo más tarde, mi respiración se calma y empiezo a ver todo negro.

—Kade y Shane están muertos, Isla. Lo siento —me susurra al oído con tristeza.

Intento negar con la cabeza, no puedo.

—Por favor. Por favor... no —murmuro, incapaz de mover los brazos y las piernas. Todo se sume en el silencio. El dolor físico desaparece, como si nunca hubiera existido. Ya no siento el peso del cuerpo de Slater y las paredes blancas desaparecen—. N-no... —balbuceo débilmente—. Kade...

Cierro los ojos y busco al único hombre que me robó el corazón y se lo llevó consigo, dejándome destrozada para el resto de mi vida. Lo último que siento antes de que las mantas de obsidiana me consuman es cómo se eleva la comisura de mis labios con una sensación de consuelo. Ya lo veo. Su enorme cuerpo vestido con una camisa negra y unos vaqueros azules. La misma ropa que llevaba aquella noche en The Drunken Shell cuando bailé la canción de Maná. Lo veo donde me besó por primera vez, permitiéndome saborear el paraíso mientras las olas rompían a su espalda. Si el único lugar donde puedo verlo es en mis sueños, entonces moriría

feliz por poder pasar una sola fracción de segundo con el hombre que me cambió para siempre.

Capítulo 47

Violet



La siguiente vez que me despierto estoy en Estados Unidos. Lo sé porque veo escrito el nombre del hospital en el puesto de las enfermeras. Es un hospital militar, uno de los mejores del país.

En esta ocasión, veo a mi madre y a mi hermana esperando a que me despierte. Mi madre está sentada en una silla, con la parte superior del cuerpo apoyada sobre mis piernas. Su cabello negro con mechones blancos descansa sobre mis espinillas como una almohada. Sus manos venosas rodean mi tobillo vendado de forma protectora.

Dulce. Tranquilo. Reconfortante.

Echaba de menos que mi madre me tocara sin molestarme. Miro a mi derecha y veo a mi hermana. Está durmiendo en el sofá, tapada con una manta blanca del hospital. Su rostro apunta en mi dirección, como si se hubiera quedado dormida mirándome.

Están aquí.

Han venido.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios cuando estiro la espalda y acomodo la cabeza en la almohada. Cuando una silueta

aparece detrás de las puertas de cristal, el dolor me golpea. Frunzo el ceño al ver al hijo de Kade.

Adam permanece junto a la puerta con los brazos a los lados. Levanta una mano y me saluda lentamente. Su sonrisa no oculta la tristeza que siente. Es la clase de dolor que siente un hijo que ha perdido a su padre. Se me cae una lágrima y aprieto las sábanas.

—*¿Mija?* —Mi madre se despierta con los brazos temblorosos. Me da un apretón suave en la pierna y se levanta de la cama. No la había oído llamarme así desde hace tiempo. Se me hace raro, ajeno, pero no tengo fuerzas para discutir con ella ahora mismo.

—Violet. —Mi hermana bosteza mi nombre y estira los brazos por encima de la cabeza. Cuando se le queda el ombligo al aire, se baja rápidamente la camiseta negra con letras blancas y amarillentas que dice: «Mi hermana es soldado».

Se sienta y me observa con cautela, como si fuera a morderla.

—Nos dijeron que te pusiste como una fiera la primera vez que te despertaste —comenta Isabella sin dejar de balancear las piernas hacia delante y atrás.

¿Es esta su forma de romper el hielo? No me apetece hablar. Solo están aquí porque son mis contactos de emergencia y para restregarme un «te lo dije» en la cara.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto. Me siento y cruzo los brazos llenos de moratones sobre el pecho. Los tengo cubiertos de costras de color granate causadas por el accidente y por rodar montaña abajo—. ¿Habéis venido para echarme en cara que me lo advertisteis? ¿Vais a decirme que sabíais que esto pasaría y a hundirme más de lo que ya lo estoy? ¿A hacerme sentir menos de lo que soy? Porque si es así, no perdáis el tiempo. Podéis largaros.

—¿Qué estás diciendo, Violet? Estamos aquí porque eres mi pequeña. Casi te perdemos. El único lugar en el que debo estar ahora mismo es este —responde mi madre. Se pone de pie e intenta abrazarme; sin embargo, la detengo con la palma de la mano.

—Eres mi hermana. Sangre de mi sangre. No puedes deshacerte de mí —añade Isabella.

—Lo siento, *mija*. Lo siento muchísimo. Sé que no merezco tu perdón, pero quizá algún día entiendas lo que es perder a quien te

mantenía entera. Durante todo este tiempo, me he sentido rota y dolida. Sé que no es excusa y que no justifica que te alejara y tratara como lo hice. Pero ahora me tienes aquí y nunca te voy a dejar sola. No puedo perderte como perdí a tu padre. No puedo... —Se rompe—. Ningún padre debería enterrar a su bebé. No puedo ni imaginarme lo que habrás tenido que vivir ahí fuera. Estoy aquí para decirte que no tienes que pasar por este proceso de sanación tú sola. Estamos aquí y nos quedaremos aquí por y para siempre.

Un sentimiento frío, vacío e inquietante se abre paso a través de mi alma al recordar a Booker y a Kade. La forma en la que Shane se vino abajo y suplicó volver a casa para ver a su madre y a sus hermanas. ¿Qué pasa con sus padres? ¿Y con los de Kade? ¿Qué se supone que les voy a decir?

No me quedan fuerzas para ceder, siento como si el sol se filtrara dentro de mí, quemándome viva. No es justo. ¿Cómo voy a encontrar una salida? Ahora mismo, me siento muy culpable. Siento que yo también debería estar muerta. No es justo que yo esté aquí, en casa, rodeada de mi familia, y ellos no. Los tres luchamos todo lo que pudimos para sobrevivir.

Bajo la mirada a mi pulsera del hospital.

—¿De verdad están muertos? ¿Mis instructores están muertos? ¿Kade y Shane se han ido? —Exhalo e intento controlar el llanto, aunque no lo consigo.

Isabella salta del sofá y se acerca a mi madre y a mí. Se aferra a la barandilla de la cama después de apartar el suero. Apoya sus manos con delicadeza sobre mi hombro. No se me pasa por alto el miedo en sus ojos marrones, su respiración superficial y sus movimientos cuidadosos... Le preocupa que vuelva a romperme.

—Sí —responde en voz baja.

Mis pulsaciones se aceleran mientras digiero la respuesta. Me parte en dos hasta que suelto un grito y me tiro del pelo.

—Mamá, ¿dónde están? Necesito verlos —suplico. Me castañean los dientes.

—Ahora mismo están contactando a sus familiares. Todavía no se ha hecho pública la información.

Ahueco las mejillas mientras mi madre y mi hermana me acarician la espalda en círculos. Tomo aire una y otra vez, pero no sirve de nada. La soldado dentro de mí quiere prenderle fuego al mundo para poder morir en él. Quiero bajarme de esta cama y acabar con mi vida.

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! —grito.

Entierro la cara entre las manos y sollozo, sin dejar de pensar en ellos. Tenían un propósito. Si muero, estaré tirando por la borda todo lo que sacrificaron.

Me repito una y otra vez las palabras que Kade me dijo antes de perderlo.

«¡Vete! Enamórate una y otra vez. Cásate, ten muchos hijos preciosos, vive tu vida...».

Él sabía que su tiempo había llegado a su fin. Por cómo lo dijo, lo había aceptado. ¿Cómo pretende que haga todo eso si él ya no está? La única forma que tenía de alcanzar mis sueños era con él a mi lado.

Me llevo una mano al vientre y agarro la bata del hospital. Quiero llevar dentro a su bebé, no al de otro hombre.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunta Isabella.

Suelto una bocanada de aire, como haría con un cigarro. Abro los ojos doloridos y me encuentro con los suyos, enrojecidos e hinchados. Abrazo el dolor que se abalanza dentro de mí y niego con la cabeza.

He perdido a mi soldado.

¿Es por esto por lo que la abuela me advirtió de que me mantuviera alejada de esta vida?

—Abuelita. ¿Cómo está la abuela? Mamá, perdí el osito que me envió. Joder —chillo, entrando en pánico—. Lo llevaba conmigo en el helicóptero, pero lo perdí cuando nos estrellamos. ¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

—Violet, sigue viva. Podemos entrar en detalles más tarde. En este momento, no es necesario que hablemos de nada más. Quiero mirar a mi hija pequeña y decirle lo mucho que la quiero —solloza sin dejar de acariciarme el pelo—. Y que estoy orgullosa de ella.

Lloro con ella en silencio. Ya había enterrado la esperanza de ganarme la aceptación de mi madre hace mucho tiempo. Sin embargo, esta frase revive nuestra relación tormentosa de entre las cenizas.

—Papá estaría orgulloso de ti.

Ahí viene. La tormenta familiar regresa y se arremolina alrededor de mi corazón. Me acurruco entre sus brazos y dejo que el dolor me invada. En esta habitación de hospital, mi madre y mi hermana me abrazan con fuerza.

Se me vienen Kade, Booker y Castle a la cabeza. Sus sonrisas preciosas y llenas de vida se vuelven oscuras y ensangrentadas. Aprieto las sábanas, cierro los ojos y el pecho se me contrae. Unos temblores apagados me sacuden el cuerpo porque he llegado a mi límite, a mi final.

—Ahora entiendo cómo te sientes, mamá —sollozo contra su hombro.

—¿A qué te refieres?

—Lo amaba —confieso—. Lo amaba con toda mi alma y ahora se ha ido.

—¿A quién, *mija*?

No puedo contestarle. Mi madre perdió al amor de su vida y yo... también.

Mientras me derrumbo, renuncio a mi apodo: la Soldado Inquebrantable.

Capítulo 48

Violet



La mañana llega tras una noche de lágrimas e incredulidad. En esta ocasión, cuando me despierto, Adam está en la esquina de la habitación. Al mirarlo, me doy cuenta de que todavía lleva la misma ropa que anoche. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Le dije a tu madre y a tu hermana que fueran a casa a darse una ducha. Estoy solo. —Adam se acerca. Nunca lo había oído hablarme con tanta dulzura. Me está mostrando una parte de él que desconocía. Normalmente se comporta como un capullo egoísta y sin empatía, pero, ahora mismo, no es más que un chico que ha perdido a su padre. Y, joder, conozco perfectamente ese sentimiento. Su vida ha cambiado para siempre porque perdió a alguien a quien había estado alejando constantemente. Estoy segura de que eso lo está consumiendo por dentro—. ¿Puedo sentarme? —Señala la silla donde ha estado durmiendo mi madre.

Asiento.

Permanecemos sentados en un silencio incómodo. El barullo de enfermeras y médicos caminando de un lado para otro, el teléfono de la UCI sonando y los pitidos de mi pulsómetro se convierten en nuestro ruido de fondo. Nos miramos el uno al otro sin abrir la boca,

como si ambos buscáramos las palabras adecuadas en medio de esta lucha contra el dolor.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa sana y salva. El médico te operó el pie cuando estabas en Alemania. Querían amputártelo, pero tu madre y Slater les metieron presión para que intentaran salvarlo. —Me mira el tobillo y pasa la yema del dedo por las sábanas—. ¿Te duele?

—Sí... —El cuchillo se hunde todavía más en mi corazón y se retuerce—. Pero no físicamente. —No puedo ocultar la falta de emoción en mi tono de voz. Trago saliva con dificultad y me masajeo las sienes doloridas mientras él acorta la distancia. Suspira y se aclara la garganta. Tiene los ojos rojos.

—¿Qué ocurrió ahí fuera? Si todavía no te sientes preparada para contarlo, lo entiendo. Solo quiero saber... c-cómo... é-él... —Adam se rompe. Se lleva un puño a la boca, avergonzado. La culpa se esconde detrás de cada sílaba. No necesita decirlo. Lo interrumpo.

Creo que nunca estaré preparada para compartir esta historia con el resto, pero Adam merece saberla.

—Inteligencia encontró la ubicación de un objetivo de alto valor. Todo el mundo lo estaba buscando, varios países, no solo Estados Unidos. Nuestro equipo se hizo cargo de la misión que lideraba tu padre. Llevábamos meses preparándonos para este momento, acercándonos cada vez más. Cuando estábamos a tan solo unos minutos de nuestro destino, unos insurgentes abrieron fuego contra nosotros. Arremetieron con todo lo que tenían para derribarnos, así que los pilotos hicieron lo que tenían que hacer: intentaron aterrizar en un lugar seguro, esquivando misiles y balas, pero un mal giro hizo que nos estrelláramos en las montañas.

—Joder —escupe, lleno de rabia.

Con la lengua seca, continúo recordando el peor día de mi vida.

—Kade, Shane Booker y yo fuimos los únicos supervivientes del accidente. Creía que habíamos tenido suerte... —Gimoteo y tuerzo el rostro en una mueca—. Pero me equivocaba. —Se me caen las lágrimas.

—Oye, Violet. No tienes que contármelo si no estás preparada. —Adam me ofrece una sonrisa triste. Me acaricia la espalda y me

aparto de forma brusca.

No, tengo que hacerlo. Necesito decirlo en voz alta y honrar mi deber.

—Tenía el pie casi arrancado por culpa del impacto. Kade tenía el hombro dislocado y Shane acabó con heridas de menor gravedad. Hicieron todo lo que pudieron para recuperar a la mayor cantidad de hermanos caídos antes de que los insurgentes nos obligaran a avanzar. —Señalo la venda de mi rostro—. Me dispararon en la cara, aunque no fue más que un rasguño. No podía caminar, por lo que el sargento maestro cargó conmigo mientras nos alejábamos a pie. Acabaron alcanzándonos horas más tarde. Se desató una tormenta, lo que lo volvió todavía más peligroso. En cuanto uno de ellos gritó en nuestra dirección para alertar a su ejército de que nos había encontrado, Shane recibió un disparo en la cabeza. Murió al instante. Kade y yo intentamos enfrentarnos a ellos, pero eran cientos de soldados... Un ejército contra dos.

Me muerdo el labio inferior al revivir la situación. Con las manos temblorosas, respiro hondo y suelto deprisa las siguientes palabras.

—Nos quedamos sin munición. —Niego con la cabeza y siento cómo vuelve a mí el mismo sentimiento de desesperanza de ese día —. Llovía muchísimo y... Kade tuvo que tomar una decisión. Hizo lo que cualquier líder habría hecho. Intenté impedírselo, pero ambos sabíamos que, si no me empujaba montaña abajo y los distraía, ambos estaríamos muertos en cuestión de segundos. Tenía que actuar rápido. Nuestros enemigos eran implacables y... despiadados.

Levanto la vista y me encuentro con su expresión rota. Me trago el nudo que se forma en mi garganta y me vuelvo de piedra. Me ahorro la parte en la que me da su último adiós.

—Cuando recuperé la conciencia después de rodar por la montaña, miré hacia arriba una última vez para ver cómo el enemigo descargaba toda su ira contra él. Le dispararon en el pecho, seguido de una explosión. No lo volví a ver. Su plan funcionó, pero sacrificó su vida por mí.

Antes de darme cuenta, Adam está encima de mí, abrazándome con fuerza y llorando contra mi cuello. Su nariz me acaricia la piel y

sus brazos me rodean. Le froto la espalda mientras me trago mis emociones y dejo que él se desahogue.

—Gracias por contármelo —solloza.

Asiento y lo abrazo más fuerte.

Permanecemos así varios minutos, consolándonos con acciones, sin palabras. Un silencio de dolor y de entendimiento.

Cuando se separa, su expresión atormentada se convierte en una de aceptación. Se lleva una mano al bolsillo y se pasa la otra por el rostro para limpiarse las lágrimas. Tiene la nariz, los ojos y las mejillas rojos. Mantiene la vista clavada en la ventana del hospital.

—No parabas de llamar a Kade —dice sin emoción, sin mirarme, observando el tráfico fuera de mi habitación.

El corazón me da un vuelco.

—Si intentabas ocultarme que estás enamorada de él, te ha salido de pena. No parabas de repetir su nombre una y otra vez, con un llanto que jamás había escuchado. Me dolió profundamente verte así. Me mató oír cómo te rompías. Está claro que tu corazón le pertenecía.

Una oleada de vergüenza y culpa me golpea cuando me encuentro con sus ojos marrones. No imaginé que este día llegaría, ni que nuestro secreto saldría a la luz para ser juzgado. Me preparo mentalmente para una retahíla de insultos (puta, zorra...), pero Adam permanece impasible. Camina lentamente hacia mí hasta agarrarse a la barandilla de la cama.

Cuando me desperté en Alemania y Slater me confirmó que habíamos perdido a Booker y a Kade, no me importó que todos me vieran convertirme en una persona vacía sin motivo para vivir. Esos motivos permanecen dentro de Kade y nunca recuperaré esas partes de mí. Ese día no me molesté en ocultar mis sentimientos, pero no me arrepiento. Ya no importa.

No tiene sentido negarlo. Así que lo admito.

—No te diré que lo siento, porque mentiría. Estoy enamorada de Kade. Lo deseo profunda, loca e insaciablemente. Él te quería a ti y a todos los soldados con los que trabajó. Deberías recordar eso porque nunca te dio una sola razón para pensar lo contrario.

Adam aparta la mirada. Aprieta la mandíbula y se le ensanchan las fosas nasales. Se lleva la mano al bolsillo delantero, saca una bolsa de pistachos medio vacía y se mete uno en la boca.

Me quedo quieta, apretando los dientes y jugueteando con mis dedos... intentando no explotar. Quiero gritar hasta quedarme sin aire. Quiero llorar hasta quedarme sin fuerzas para poder dormir y reencontrarme con él. Quiero morirme.

Lo miro de nuevo, a la espera de que explote y active su modo de ataque. Justo cuando parece que se va a poner hecho una furia y a decirme lo mala persona que soy, simplemente se lleva otro pistacho a la boca y lo mastica despacio.

—Mira, para mí sería fácil juzgar y cagarme en esta situación tan extraña de mierda, pero la verdad es que él y yo nunca estuvimos unidos y, sinceramente, dudo que algún día lo hubiéramos estado. Lo que está claro es que lo amas de una manera que el mundo nunca entenderá. Lo único que quiero es que seas feliz y te cuides. Y si mi padre siguiera vivo, le diría lo mismo.

«¿Qué?».

—¿No estás enfadado?

—Ahora mismo siento muchas cosas —responde con brusquedad, aunque permanece tranquilo—. Mi padre nunca se volvió a casar después de separarse de mi madre. Es obvio que no se permitía ser feliz y recurrió al trabajo para llenar el vacío que aceptó que le correspondía. Nunca fui capaz de entenderlo... hasta ahora. Y ya es demasiado tarde. Debería haberlo valorado más... debería...

Niego con la cabeza.

—Alguien me dijo una vez que no debemos jugar al «qué habría pasado», porque nunca ganas —lo regaño para intentar aliviar su sentimiento de culpa.

A veces, cuando los padres se divorcian, los hijos acaban siendo un daño colateral. Es un dolor que yo nunca viví, pero que entiendo. Él creció siendo hijo de un militar, y aunque Penny y Kade tienen versiones diferentes de la historia, Adam también.

Sonríe.

—¿Sabes eso que dicen de que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes? A mí no me hizo falta que se muriera para saber que lo

amaba. Lo valoré desde la primera vez que lo vi. Y recordaré todo lo que me enseñó durante el resto de mi vida.

—Ya —respondo con una sonrisa.

Le suena el móvil. Lo coge y echa un vistazo a la pantalla.

—Tu madre y tu hermana ya han vuelto, así que será mejor que me vaya —dice guardándose el teléfono en el bolsillo. Lo observo recoger sus cosas en silencio, sin saber cómo despedirme. Probablemente, la próxima vez que lo vea sea en el funeral de Kade. El pensamiento hace que se me cierre la garganta y me hierva la sangre.

—Gracias por venir —suelto sin emoción, a punto de venirme abajo.

Se detiene al llegar a la puerta, desconcertándome por un momento. Justo cuando creo que saldrá, se da la vuelta lentamente con los labios apretados. Conozco esa mirada. Está nervioso.

—He estado quedando con Olivia a tus espaldas —escupe de forma atropellada, avergonzado. Tardo un momento en procesarlo.

Me quedo con la boca abierta.

—Empezamos a quedar cuando te fuiste al Entrenamiento Básico. Soy un cabronazo, pero no puedo irme sabiendo que tú me has brindado una confesión sincera y yo no. Estoy enamorado de Olivia..., aunque no quería perderte por el camino.

«¿Olivia?»

»¿Nuestra amiga en común?

»¿Me ha puesto los cuernos?».

Siento una puñalada en el pecho. La traición duele. Se me vienen a la cabeza miles de preguntas. Debería estar furiosa. Debería gritarle por mentirme y por hacerme sentir culpable por haber seguido adelante, pero dadas las circunstancias... decido dejarlo pasar. Porque después de casi perder la vida, todo me parece insignificante. Esta es una de esas cosas que ya no tienen importancia.

Respiro hondo hasta relajar los hombros y el pecho.

—Vale —respondo sin más, y entrelazo los dedos.

Le brillan los ojos de alivio.

Dudo que sigamos en la vida del otro de ahora en adelante.

—Ah, antes de irme... —Se acerca a una bolsa negra que descansa sobre el sofá. La coge y me la tiende amablemente—. Aquí están tus cosas. Toda la ropa y el equipo que llevabas puestos cuando los Rangers te encontraron.

El corazón me da un vuelco al abrirla. El olor de esa trágica batalla en la montaña está impregnado en mi ropa destrozada. Revuelvo en su interior y Adam me observa en silencio. Lanzo mis botas a un lado cuando veo una cadena plateada. Un rayo de sol que se filtra por la ventana a mis espaldas ilumina la cadena y hace que brille.

No son mis placas de identificación...

Suelto un grito ahogado. El corazón me late a toda velocidad. Una oleada de adrenalina me invade.

Es lo que me dio Kade.

Lo saco lentamente, conteniendo el aliento mientras un reguero de lágrimas me resbala por las mejillas y me cae sin parar por los labios temblorosos. Se me escapa una risa triste cuando entiendo de qué se trata. Una emoción agridulce se aferra a mi alma, golpeándome de nuevo y empeorando mi agonía. Me estremezco y se me pone la piel de gallina.

Es una mariposa de madera, hecha a mano, que cuelga de una cadena plateada para usarla como collar. La giro y admiro los detalles de las alas. El corazón se me encoge y el alma se me deshace todavía más. En la parte de atrás, grabado en la madera, leo: Mariposa.

Capítulo 49

Violet



Un mes más tarde
♪♪Travelin' Soldier – The Dixie Chicks

Todas las noches duermo con el águila de madera que me dio Kade.

Han pasado treinta días desde que besé sus labios por última vez. Treinta días desde que vi sus ojos. Y treinta días desde que me sentí viva. Estoy completamente destrozada. No he llorado ni gritado ni dormido bien desde que me dieron el alta en el hospital. Me siento perdida en el dolor y la tragedia.

«¿Cómo sigo adelante?».

El color ya no existe. Todo se ha vuelto apagado, he perdido mi brillo, mi motivación... Ya no me queda nada. Estoy vacía.

Cada vez que mi corazón late, siento una presión en el pecho. Nada me sabe bien. He perdido siete kilos y todas las canciones me suenan igual.

Estoy viva, sí, pero todo dentro de mí está muerto.

El accidente y el ataque se convirtieron en una tragedia devastadora para muchas familias. La última noticia que recibí de

Slater fue que El Cirujano permanece escondido. Inteligencia está trabajando para encontrarlo, pero no sé nada más. Podría llevarles meses o años dar de nuevo con él.

Hoy recibí un mensaje bastante duro. Mi abuelo nos informó de que a mi abuela se le está acabando el tiempo antes de lo que esperábamos. Su corazón se está debilitando cada vez más. No podrá sobrevivir a una cirugía para extirparle el tumor y erradicar el cáncer de su cuerpo frágil. En lugar de ir a un hospital de cuidados paliativos, contrataron a una enfermera para que la cuide en su casa y pueda irse en paz.

Hoy será el primer día que la vea. Ahora que puedo caminar, con ayuda de una muleta, me he venido a Greenville. Ella todavía cree que estoy entrenando en el curso de las Fuerzas Especiales y no sabe nada del accidente de helicóptero ni de cómo la misión fallida salió en las noticias de todo el mundo.

He evitado navegar por internet como si fuera la peste. No paran de llamarme los reporteros nacionales. Yo siempre los mando al buzón de voz porque no estoy preparada para sentarme delante de una cámara y explicar lo que pasó a unos desconocidos que destrozarán mi historia. Me pongo mala solo de pensar en dar una entrevista. No puedo hablar del tema sin venirme abajo. Me despierto gritando todas las noches, pero cuando consiga controlarlo, daré el siguiente paso: reunirme con las familias de Booker y Kade.

En cuanto a mi carrera en las Fuerzas Especiales...

Dudo que pueda volver.

Durante todo este tiempo he tomado decisiones por otras personas porque creía que era lo que debía hacer. Me uní al ejército para honrar a mi padre, no porque fuera mi sueño. Y no me arrepiento..., no del todo, pero creo que ha llegado la hora de explorar un nuevo capítulo, una nueva era donde tenga la oportunidad de elegir algo que me haga feliz.

Y me gustaría empezar por ir a clases para aprender a tallar madera.

Al entrar en el dormitorio de mis abuelos, veo a mi abuela tumbada en la cama. Se endereza con lentitud. Las arrugas de las

comisuras de sus labios se levantan ligeramente cuando me sonríe. El mismo osito de peluche azul descansa sobre su regazo.

Mi abuelo me preparó para esta visita y me dijo que por la mañana suele ser el mejor momento porque, para cuando llega la tarde, ya está bastante débil y con dolor.

—Oh, Violet. Te he echado de menos, *mija*. ¿Cómo estás? —Extiende los brazos temblorosos en mi dirección y corro hacia ella para no hacerla esperar ni un solo segundo más.

—Estoy bien, abuelita —murmuro. La abrazo con fuerza y me hundo en su calidez. Abrazarla mientras su corazón sigue latiendo es un pequeño detalle que echaré mucho de menos. Su característico aroma a perfume me da la bienvenida y me devuelve a mi infancia. Entre sus brazos, se me vienen a la cabeza todos esos buenos momentos en los que era una niña sin preocupaciones. Todo lo que me hizo ser quien soy hoy se me graba en el alma mientras mi mente va a la deriva.

Las veces que me quedaba despierta hasta tarde ayudándola a hornear flan.

Cuando llegaba la Navidad y la ayudaba a decorar el árbol.

Ver juntas sus telenovelas favoritas mientras hacíamos la colada.

Ayudarla a preparar caldo de pollo en los días fríos y lluviosos.

Todo se está marchitando y no hay forma de detenerlo.

Contengo las lágrimas. No quiero moverme. No deseo apartarme, sino abrazarla un poco más. Mi abuela parece más liviana ahora que estoy aquí.

Con la poca energía que tengo, le regalo una sonrisa forzada.

—¿Lista para leer la última carta juntas, abuela? —La agito en mis manos. Ella la mira por un momento y frunce el ceño. Me preparo para que me diga que no lo recuerda, pero entonces suspira y abre más los ojos. Asiente lentamente.

Querida Grace:

Oh, Grace. Mi pequeña. No dejo de pensar en tus ojos marrones. No duermo mucho. Pero cuando lo hago, tus mejillas rosadas y tus labios rojos son los que me ayudan a encontrar

algún tipo de paz para evitar que las sombras me consuman. Acostado sobre nada más que la tierra, soportando los días teñidos de muerte, tu voz es el rayo de sol que ilumina mis días.

Después de nuestro último baile, quise arrodillarme y pedirte que fueras mi esposa. Sin embargo, fui un cobarde. Tenía miedo de que salieras corriendo si lo hacía. Así que hice todo lo posible por enterrar la única pregunta que tanto me muero por decir ahora. No sabes cuánto lo lamento. No debería estar escribiendo esto, pero aquí va mi confesión. He estado obsesionado con hacerte mía desde el primer día que me senté en el restaurante. Deberías estar entre mis brazos en Wrightsville Beach ahora mismo. Es verano. Puedo oler la arena y escuchar el romper de las olas incluso desde la zona de guerra. Deberías estar usando ese vestidito azul que llevabas en nuestra primera cita en la feria y yo debería estar arrodillándome para decirte todas las razones por las que me harías el hombre más feliz, afortunado y rico del mundo si me respondieras con esa palabra de dos letras. Espero no asustarte con esta carta. Aunque, si lo hago, moriré feliz sabiendo que me concediste días de tu tiempo. Solo te pido que cada vez que escuches nuestra canción, sin importar dónde me encuentre..., sin importar la distancia, los kilómetros o los océanos que nos separen, recuerdes que estoy a tu lado, bailando contigo.

Te veré pronto.

Con todo mi amor,

Graham

Mi abuela abraza el oso de peluche con fuerza. Las lágrimas le resbalan por las mejillas y sus dedos frágiles tiemblan contra el pelaje azul.

Permanece sentada, llorando en silencio.

—No *elegiste* al abuelo, ¿verdad? —Se me cierra la garganta. Me arden los ojos, se me llenan de lágrimas y se me nubla la visión.

Ella niega con la cabeza, incapaz de mirarme, con la vista clavada en la puerta.

—No, *mija*. No elegí a tu abuelo. Elegí a Graham.

Sus palabras me paralizan y tomo una bocanada de aire para calmarme. Sin dejar de mirar la caja marrón desgastada con arañazos, guardo la última carta y la cierro.

—Prométeme, Violet, que antes de casarte con alguien te asegurarás de que sea el indicado. O, de lo contrario, acabarás como yo: casada con un hombre que cree ser dueño de tu corazón, cuando en realidad, lo que ha reclamado es un órgano hueco y vacío.

Me quedo de piedra. Se ha pasado todo su matrimonio amando a un hombre que estaba muerto.

La puerta de la habitación se abre y estoy convencida de que se trata de mi madre, por lo que no me molesto en darme la vuelta.

Mi abuela baja la vista al osito de peluche y abre un cierre que no tenía ni idea de que existía. Saca un papel amarillento y arrugado por los años. Le da la vuelta.

Es un periódico.

Sigue sin ser capaz de mirarme. Me entrega la hoja arrugada, completamente envejecida, y me quedo con la boca abierta cuando veo a Graham por primera vez.

Graham Hunting, boina verde de las Fuerzas Especiales, muerto en acción a los veintiocho años.

Aparece con su uniforme, posando con la bandera estadounidense detrás, como en cualquier foto de graduación militar. Es en blanco y negro, pero incluso así puedo notar que tiene los ojos claros.

—¿Sabes? Te pareces mucho a mi nieta, Violet. ¡Ahora mismo está en un curso de Entrenamiento Básico!

Me tiembla el mentón cuando mi abuela inclina la cabeza.

Ya no está lúcida.

—Es una chica divertida, fuerte y le encanta cocinar postres. Os llevaríais muy bien. —Le tiembla la voz.

Se está olvidando de mí.

¿Quién cree que soy?

Hundo los hombros y la espalda mientras contengo una pena abrasadora. Quiero romperme entre sus brazos.

Todo esto es demasiado.

—¿Graham? ¿Eres tú? —Mi abuela deja caer el osito de peluche, que rueda por el suelo. Vuelve a estar confundida, lo que hace que la herida de mi alma sangre sin control.

Creía que me estaba hablando a mí, pero se dirige a alguien a mis espaldas.

Me doy la vuelta, esperando ver a mi madre, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

«Es Kade».

Está ahí, con su pelo oscuro peinado hacia atrás y un rizo rebelde que le cae sobre la frente. Sus preciosos ojos lobunos brillan más que nunca. Está igual y muy cambiado al mismo tiempo.

No puede ser.

¿Estoy soñando?

Está aquí.

Mirándome.

Kade está aquí, delante de mí, *respirando*.

¿Está vivo?

¿Estoy viendo un fantasma?

—Lo siento, mi amor. Este es Kade. Kade O'Connell. Es un amigo de Violet —dice mi abuelo, que aparece detrás de él con una expresión perpleja. Me mira, con el móvil en la mano.

Creo que me voy a desmayar. Todo me da vueltas. De pronto, la gravedad desaparece y el tiempo se detiene. Siento que floto y que estoy a punto de desaparecer en el aire. Se me seca la boca y la garganta. Las palabras se me quedan atascadas en la boca; estoy paralizada tanto por dentro como por fuera. El corazón me va tan deprisa que amenaza con salírseme del pecho. Una capa de sudor me cubre la piel a la vez que la habitación se vuelve cada vez más pequeña. Me estoy ahogando.

—Tengo que cogerlo. ¡Vuelvo enseguida! —Mi abuelo sale de la habitación y cierra la puerta con suavidad.

Separo los labios para decir algo, aunque solo emito sonidos incoherentes. Soy incapaz de formular una pregunta, tengo cientos de ellas dándome vueltas por la cabeza.

—¿K-Kade?

La abuela me interrumpe. Agarra su bastón y salta de la cama. Deja su osito y se levanta lentamente. Me acerco a ella para volver a tumbarla.

—No, *mija*. ¡Es Graham! ¡Ha vuelto! Mira, está justo detrás de ti. Ha vuelto para bailar conmigo. —Le tiembla la voz.

«Cree que Kade es Graham».

—No, abuela, no es él —murmuro con suavidad. Mis músculos se vuelven de gelatina y luchan por mantenerme en pie.

La comisura de los labios de Kade se curva cuando nuestras miradas se encuentran.

Doy un paso atrás, tentada de agarrar una lámpara y lanzársela.

—He vuelto, cariño. Siento haber tardado tanto —me dice, acortando la distancia que nos separa. Su colonia invade todos mis sentidos y el corazón me da un vuelco, como cada vez que me mira.

¡¿Qué coño está pasando?!

¿Estoy muerta?

Estoy soñando. No es más que un sueño cruel. ¡Es una pesadilla!

Mi abuela se gira hacia mí y se apoya con delicadeza en mi hombro.

—Oh..., ¿no es Graham? ¿Estás segura? —Frunce el ceño débilmente. Miro su expresión apagada, llena de dolor. No quiero tener que recordarle que Graham está muerto.

Sé que se vendrá abajo y su corazón envejecido no necesita pasar por eso.

—Abuela, por favor, vuelve a la cama.

Sus labios temblorosos se curvan hacia abajo. Un gesto cargado de dolor. Respira hondo, como si intentara distinguir la realidad de la niebla que atraviesa.

Kade se vuelve hacia mí.

—Ya me encargo yo.

Frunzo el ceño.

—Si no te importa. —Kade saca su móvil y mi abuela y yo lo observamos teclear algo en la pantalla. Unos segundos más tarde, *We Belong Together* de Ritchie Valens empieza a sonar. Coloca el teléfono sobre la mesa y se interpone entre mi abuela y yo.

—¿Me concedería este baile, señora Isla?

Sonríe, inclinándose ligeramente con la mano extendida para que ella la tome.

Mi abuela me mira y después lo observa a él. Se lo piensa durante un instante, pero a medida que la canción avanza, la tensión de su mirada desaparece y toma la mano de Kade.

Le entrego a mi abuela y ambos bailan lentamente al ritmo de la música. Me llevo un pañuelo al rostro e intento mantenerme entera, sin venirme abajo.

Mi abuela apoya la mejilla contra su pecho, disfrutando de este momento tan hermoso. Los observo balancearse y me pellizco la piel de vez en cuando.

—Graham, ¿por qué dejaste de escribirme? Me hiciste creer que ya no me querías. Llevo tanto tiempo esperándote... —Cierra los ojos y se recuesta todavía más contra su pecho.

Cuando la canción termina, mi abuela sonríe y se limpia una última lágrima.

—Pero estoy aquí ahora —le dice él, aunque mantiene la mirada clavada en mí.

—Sabía que volverías, Graham —solloza ella, echando la cabeza hacia atrás. La habitación queda sumida en un silencio pesado y triste. Tengo tanto calor que voy a desmayarme como no salga a tomar el aire en los próximos cinco segundos.

La abuela lo mira y lo agarra por los brazos con una sonrisa dulce.

—¿Podemos ir a la playa? —pregunta en voz baja, haciendo que el corazón se me retuerza dentro del pecho.

—Sí —responde Kade con esa misma voz grave que creí que nunca volvería a oír. La ayuda a meterse en la cama, coloca de nuevo el osito de peluche entre sus manos y la arropa. Ella lo admira y una oleada de paz se abre paso a través de su alma.

Nunca la había visto tan feliz.

Acurrucada en la cama, se queda callada, observándolo, con una sonrisa de oreja a oreja. Kade se da la vuelta y su rostro se endurece al encontrarse con mi mirada glacial.

Salgo de la habitación de mi abuela hecha una furia. No sé adónde voy, solo sé que necesito respirar. Los médicos me advirtieron de que podía sufrir alucinaciones por culpa del traumatismo craneoencefálico.

¡¿Estoy teniendo una en este momento?!

En cuanto abro la puerta de un tirón, salgo corriendo hacia la oscuridad. No me importa que esté lloviendo ni que me esté empapando entera. Rodeo los árboles de la casa de mi abuela mientras intento procesar lo ocurrido.

Kade me sigue, pisándome los talones. Avanzo cojeando, sin saber qué hacer o decir. Cuando intento recuperar el aliento, me tropiezo con mi bota y caigo contra un árbol. Me apoyo contra él con ambas manos.

Esto no es real.

Nada de esto tiene sentido.

Estoy delirando. Me daré la vuelta y habrá desaparecido, porque el hombre que amo murió. Todavía estoy intentando asimilar el haberlo perdido, pero ¡¿cómo voy a conseguirlo cuando estoy empezando a ver su fantasma?!

Giro sobre mis talones, esperando encontrarme con un jardín vacío... pero no.

Sigue ahí, mirándome como si también estuviera a punto de venirse abajo.

Su mirada intensa e intimidante me recorre. El fuego que posee y que tiene el poder de incendiarlo todo se cuela por debajo de mi vientre. Sigo sin poder respirar, hablar o pensar.

Nos miramos. Cada vez que parpadeo, no desaparece. De verdad está aquí, *vivo*, en Carolina del Norte. Los árboles a sus espaldas se sacuden con violencia. Los fuertes vientos me hacen tiritar todavía más. Cada segundo se vuelve más frío mientras intento entender lo que está pasando. Cuando lo miro bien, me percato de que tiene quemaduras en la clavícula.

Se me escapa un pequeño sollozo de entre los labios temblorosos.

Él camina hacia mí y yo niego con la cabeza como una loca.

—Di algo —suplica.

Cuando intenta abrazarme, le cruzo la cara, y su largo cabello oscuro y mojado azota la lluvia.

—¡Imbécil!

Guantazo.

—¡Pensé que estabas muerto!

Guantazo en el pecho.

—¡Pensé que habías muerto!

Guantazo.

—¡Te vi morir!

Guantazo en el brazo.

—Yo...

Levanto la mano para golpearlo de nuevo, pero él la atrapa en el aire. Tira de mí hacia él y estampa su cuerpo contra el mío. Su boca se abalanza sobre la mía. Me silencia con un beso violentamente hermoso. Al principio lucho contra él, pero me abraza con fuerza y se lleva todo el aire de mis pulmones. Estoy temblando cuando decido devolverle el beso. Hunde su lengua en mi boca y yo la recibo. Nos abrazamos con pasión y dejamos que la lluvia siga golpeándonos. Nuestros labios bailan juntos en un dúo perfecto.

Lo empujo y me rompo. Aunque me duele hacerlo, lo necesito. Tiene que empezar a hablar y darme respuestas. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Por qué nadie me avisó? ¡Pienso cargarme a Slater en cuanto lo vea!

Cuando nos separamos, estudio su imponente figura. Tiene varios cortes por todo el rostro y el cuello. Heridas que no tenía la última vez que lo vi...

¿Lo capturaron?

—¡Explícate! —grito señalándolo con el dedo. Él tira de mí hasta que mi pecho choca de nuevo contra el suyo, envuelve una mano alrededor de mi garganta y me la aprieta con posesividad. Se le dibuja una sonrisa preciosa en ese rostro hipnotizante, hermoso y ahora lleno de cicatrices. El corazón se me dispara hasta límites peligrosos.

—Tan cabezota como siempre. Venga, primero haré que entres en calor y te metas en mi cama. Luego, si aún te quedan fuerzas, preciosa, me pasaré toda la noche explicándotelo.

No me puedo creer lo que estoy oyendo. Decir que estoy feliz sería quedarme corta. No existen palabras para explicar lo que significa que tu soldado vuelva a casa con vida.

—¿Booker está muerto? —Entrecierro los ojos y lo miro a través de mi visión borrosa. Las gotas de lluvia siguen repiqueteando contra nuestros cuerpos.

Su sonrisa se desvanece.

—Sí. —Me acaricia el rostro y me agarra por la mandíbula. Deposito pequeños besos por toda su piel cálida y mojada.

—Esto no puede ser real. —Presiono el rostro contra su mano con más fuerza.

—Soy real —dice, y me da un beso en la frente—. Llevas puesta la mariposa que te hice —susurra suavemente.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto. Compartimos la misma sonrisa sin dejar de mirarnos a los ojos.

—Sobrevivir.

Capítulo 50

Kade



🎶*How To Save A Life – The Fray*
FLASHBACK

—¡No puedes verlo! —me grita Penny sin soltar la puerta. La usa como escudo para que no pueda ver a Adam en su cumpleaños. Oigo cómo se preparan para cantarle el *Cumpleaños feliz*. Cuando llamé a la puerta, la abrió lo justo para dejarme ver un segundo a mi hijo de once años antes de empujarme con la mano en el pecho. Los padres y las hermanas de Penny están acomodando la tarta en la mesa. Todos sus amiguitos están ahí. Es su familia por parte de madre, pero Penny se niega a dejarme entrar porque está presente su nuevo novio.

—Penny, por el amor de Dios, que soy su padre. Es la primera vez en años que puedo estar aquí el día de su cumpleaños. Además, le traigo un regalo hecho a mano.

Ella sale, cierra la puerta detrás de sí y niega con la cabeza con cara de asco. Va maquillada como una puerta, con el pelo rizado y un vestido veraniego con un cárdigan por encima. Está guapa,

aunque no es suficiente para ocultar a la persona injusta, miserable y resentida que lleva dentro.

—¿Y qué es? ¿Otra de esas chorradas de madera? —se burla, cruzándose de brazos.

La miro a los ojos y se me forma un nudo en la garganta.

Bajo la vista a la enorme caja con un lazo amarillo que dejé en el porche. He trabajado en este proyecto durante seis meses. Aprovechaba cada vez que tenía un descanso de las misiones. Es un castillo con un dragón en la torre más alta porque, la última vez que hablamos de Adam, Penny me dijo que estaba pasando por una etapa de obsesión con los dragones.

—No es una chorrada cualquiera, Penny. Por favor, déjame verlo. Solo quiero darle un abrazo y desearle feliz cumpleaños. Él también es parte de mí. No se merece esto. No sé por qué sigues metiéndote en mi relación con él. Lo quiero. Déjame verlo un puto minuto y me iré si eso es lo que quieres. ¡Por favor, merezco ver a mi hijo!

Ella me dedica una sonrisa envenenada.

—No. ¡Avery está aquí! Él sí que pasa tiempo con él y le presta la atención que tú no le das.

—¡Su padre soy yo! ¡No tu nuevo novio! ¡Y no es que no quiera, es que no puedo!

—¡No quieres! —escupe.

—Sabes que no puedo. Mi trabajo...

—Sí, sí. Ahórratelo. Te dejé porque no soporto tu trabajo. ¡Tampoco te soporto a ti!

—Penny... —Mi voz se vuelve más grave.

No puede seguir haciéndome esto. No me había dado cuenta de lo mucho que me dolían sus palabras hasta que se me empieza a nublar la vista. Parpadeo repetidamente para mantener mis emociones a raya porque si no me vendría abajo y me arrodillaría por pura frustración y desesperanza.

Antes de que pueda soltarme otro comentario hiriente, la puerta se abre y sale su hermana. Me mira y se aparta un mechón castaño del rostro.

—Vamos a cortar la tarta, Pen. —Se aclara la garganta y desaparece.

—Vale, ahora voy. Kade y yo ya hemos acabado de hablar —canturrea Penny con crueldad, y me lanza una mirada asesina. Apoya la mano en el pomo de la puerta y entra en casa.

—Por favor, déjame verlo.

Me cierra la puerta en la cara y oigo cómo pasa la llave por dentro al cabo de un segundo. Respiro hondo y me quedo mirando el regalo que le hice a mi hijo. Ni siquiera se ha molestado en cogerlo.

Antes de permitirme sentir, me llevo la mano al bolsillo y saco el móvil. Escribo un mensaje mientras me dirijo hacia mi moto.

Yo:
Booker, hoy invito yo. Quedamos en un local llamado El Devine. Debería llegar a Carolina del Norte en cuatro horas.

Booker:
Hoy estoy liado con mi madre. Tengo que arreglarle el fregadero y el aire. Si me da tiempo, nos vemos.

No respondo.

Me pongo mis gafas de aviador negras favoritas y arranco. Acelero hasta sentir la vibración en los huesos. Salgo del vecindario sintiéndome más derrotado y deprimido que nunca. Aunque me niego a hundirme en esas emociones.

Lo único que quería era mantener a mi familia unida y darle a mi hijo una vida distinta. Odiaba sentir que mi padre me había abandonado. Odiaba sentir que no valía nada y que no me merecía nada bueno. Solo quería abrazar a mi hijo y ni siquiera eso he podido hacer.

El aire cálido del verano me golpea el rostro mientras aprieto los dientes. Esta noche pienso beberme hasta el agua de los floreros con tal de dejar de sentirme solo.

Salgo tambaleándome de El Devine y entro en el aparcamiento iluminado, casi vacío. Esta noche hay luna llena y una suave brisa me acaricia la piel. Se me ha ido la olla bebiendo mientras esperaba

a Booker. Me pesan los ojos, no siento los músculos y veo todo borroso. *Whisky* tras *whisky* tras otro puto *whisky* hasta que la necesidad de venirme abajo se convirtió en un vacío de pura indiferencia. Sostengo la cerveza mientras el mundo me da vueltas. Encuentro mi moto y la miro con indecisión. Sé que no debería conducir así.

No lo haré.

Me vibra el móvil. Lo saco y le doy otro trago a mi Shiner.

Booker:
Llego en diez minutos, hermano.

Yo:
Vale.

Me lo guardo de nuevo en el bolsillo y miro hacia el final de la calle. Veo un edificio abandonado de unos quince pisos. Me llevo la cerveza a los labios mientras la última misión se repite en mi cabeza sin parar. La noche antes de que todos volviéramos a casa, Jim Gray, mi compañero, se pegó un tiro delante de mí y del resto del equipo.

La sangre. El dolor en su mirada. El sentimiento de soledad que lo consumió.

Igual que me consume a mí.

No consigo sacarme esa imagen de la cabeza.

Tres minutos después, estoy en la azotea... con ganas de saltar. Observo la calle desde el filo del edificio. Las puntas de mis botas sobresalen por el borde mientras los coches pasan a lo lejos.

Ya no puedo soportarlo más. No tengo a nadie esperándome en casa y fui yo quien quiso que así fuera para protegerme. Sin embargo, en el fondo, duele una barbaridad vivir con estos muros levantados.

Estoy borracho.

Soy un monstruo cubierto de cicatrices en la piel y en la mente. Nadie me quiere. ¿Quién podría amar a un hombre roto?

Lanzo la botella al suelo y se hace añicos.

«¡Eres una mierda!».

«¡Eres un monstruo!».

«¡No vales nada!».

Palabras que soldados y mi exmujer me han dicho.

Antes de pensar en lo que estoy haciendo, me dejo caer. Cierro los ojos y me preparo para que el suelo acabe con este dolor para siempre.

De pronto, una palma áspera me coge la mano y evita que me reúna con la muerte. Me golpeo el pecho con el borde del edificio y gruño. Levanto la vista y me encuentro los ojos color avellana de mi hermano, abiertos de par en par.

—O'Connell, ¿qué cojones estás haciendo?

Aprieto los dientes y busco el saliente de la azotea con la otra mano.

—¡¿Qué cojones te pasa?! —me reprende con el rostro rojo y enfurecido.

—No lo sé. No lo sé. Un segundo estaba aquí de pie y al siguiente estaba cayendo.

—Estás borracho como una cuba. Sé que la última misión te destrozó, porque a mí también, pero, tío, matarte no es la solución. Nunca lo es. Importas, Kade. ¡Importas, joder!

—¡Cierra la boca! Estoy bien. ¡Suéltame, Booker! Puedo subir yo solo.

—¡No!

—Booker... —gruño.

—Sé que ahora mismo las estás pasando putas, pero no es más que una tormenta. Te prometo que volverás a ver el sol. No hagas caso a esa voz que te dice que no. Puedes con esto. Y si no, estoy aquí, hermano. Está bien pedir ayuda. Porque, aunque pierdas la esperanza, yo estaré a tu lado para recordarte que no estás solo.

El día del accidente

Booker me salvó la vida aquella noche y yo no he podido salvarle la suya hoy. Está muerto, y yo voy directo a que me maten. Booker no solo era mi mejor amigo, mi compañero, un operador especial..., era

mi hermano. Gracias a él, conocí a la preciosa mariposa que entró en mi vida y me volvió incapaz de amar a otra mujer.

Violet se ha convertido en la prisión de mi alma. Hice lo que tenía que hacer para asegurarme de que mi pequeña pudiera vivir, porque tiene demasiada luz para regalar en este mundo cruel.

Me han capturado después de sufrir quemaduras y disparos por todo el cuerpo. Y, aun así, mi corazón sigue latiendo. Mis captores se aseguraron de que pareciera que estaba muerto para poder llevarme junto a El Cirujano. Ahora me encuentro en la parte trasera de un vehículo, con una bolsa negra en la cabeza. Apenas puedo respirar y mucho menos ver. Nunca supe que podía existir un dolor así, me resulta desconocido. Nunca pensé que pudiera caer más hondo en el infierno; sin embargo, perder a Shane Booker... Mariposa es mi ángel, pero mi mejor amigo fue la armadura que necesité cuando la mía se rompió aquel día.

El trayecto está lleno de baches y odio: recibo otro puñetazo en la mandíbula y la boca se me llena de sangre. Trago el sabor metálico y me pierdo en mis pensamientos.

No puedo perder también a mi pequeña mariposa. Todo este tiempo he intentado enseñarle a ser inquebrantable cuando ya lo era. En su lugar, fue ella quien me enseñó que mi vida apenas comenzaba cuando se fijó en mí.

Me han atado las manos con tanta fuerza que noto la sangre en las muñecas. Me han golpeado con sus armas y con los puños durante horas, pero tengo un plan.

Todavía no he acabado.

No me rindo. No abandono. Regresaré a casa con Violet.

No me importan los obstáculos que tengamos que atravesar para estar juntos, pienso enfrentarme a todos ellos con tal de verla una última vez. No se merece llorar mi muerte.

Epílogo

Violet



♫♪ *Chasing Cars – Snow Patrol*

Una cálida brisa de verano me revuelve el pelo mientras observo la lápida color carbón de mi abuela.

Grace Isla murió unos días después del impactante regreso de Kade. La enterramos con todas sus pertenencias favoritas, incluido el osito de peluche azul y las cartas de Graham.

La noche antes de que mi abuela falleciera, tuvo un momento de lucidez. Fue tan repentino que creí que estaba soñando. Sin embargo, cuando me miró como siempre lo hacía, con ese lazo eterno e irrompible de una abuela, y con una sonrisa dibujada en su rostro pálido y cansado..., supe que no quedaba mucho.

Fue como respirar aire fresco, sabiendo que la ola podría llegar en cualquier momento.

—¿Te da miedo morir? —le pregunté, con lágrimas en los ojos.

—No —respondió con total seguridad, sin titubear—. Antes sí, pero ya no.

—Abuela, si tú mueres, yo también. No podré soportarlo. —Le apreté la mano con fuerza mientras luchaba por contener mis sollozos.

—Es parte de la vida. Nos volveremos a ver. Ten fe. Sé fuerte. Además, siempre estaré contigo, mija*, no lo olvides.*

—No me creo que se haya ido... —murmuro. Me duelen los ojos de tanto llorar. Tengo un dolor de cabeza tan intenso que siento que me están absorbiendo el alma. Me llevo una mano al vientre cuando me viene una arcada.

—Yo... hice algo imperdonable —susurra mi abuelo.

—Abuelo, seguro que no fue para tanto. —Enarco una ceja y lo miro con compasión. Le froto la espalda para reconfortarlo.

—¿Crees que no sabía que el corazón de mi esposa le pertenecía a otro hombre?

Me quedo callada. Mi corazón se acelera.

—¿Crees que no sabía lo de Graham? —Tose con aspereza. Se lleva una servilleta a los labios y se limpia los mocos—. Dejó de recibir sus cartas porque yo se las escondía.

Abro los ojos como platos.

—¡Abuelo! —exclamo.

—Fui un malnacido, estaba celoso. Solo quería que me mirara como lo miraba a él. Quería que me extrañara como lo extrañaba a él. Así que hice algo terriblemente egoísta.

Me aparto de él, sorprendida por su confesión. Él es la razón por la que Graham y mi abuela creyeron que el tiempo y la distancia los estaban separando.

—Creyó que se había olvidado de ella. En el restaurante todos le decían que fuera feliz porque veían lo que su ausencia le estaba provocando. Le decían que era una ingenua por esperar a un hombre mayor. Un soldado que seguramente la engañaba cuando estaba lejos. Empezó a perder peso y ese brillo hermoso y alegre de sus ojos desapareció. Yo no participé en el rumor, pero sí que intervine. Pensé que lo mejor era que se olvidara de él, por lo que tomé cartas en el asunto. —Se ríe con amargura—. Empezó a sufrir

alzhéimer a los ochenta años y, aun así, era en él en quien pensaba, no en mí.

No puedo evitar sentir lástima.

—¿La abuela lo supo? —pregunto.

—Sí. Después de su funeral, un mes más tarde, le conté lo que había hecho —solloza—. Me arrepentí. Me odié por ello. Fui un desgraciado y un inmaduro. La obligué a aprender a vivir la vida sin Graham.

Me muerdo el carrillo, sin apartar la vista de la lápida.

—Fue incapaz de mirarme durante todo un año. Hasta que un día apareció en mi casa y me perdonó. Con el tiempo me dio una segunda oportunidad, aunque en el fondo... siempre me pregunté si cada vez que me besaba se estaría imaginando a Graham. Si era su voz con la que soñaba. Y los últimos momentos de su hermosa vida lo confirmaron. Siempre fue él... Yo fui la segunda opción.

Aprieto los labios y paso la mirada de la lápida de mi abuela a mis manos.

—Ella os amó a los dos. La abuela te amaba a ti y a él, no fuiste una segunda opción. Creo que es posible tener más de un gran amor en la vida.

Él niega.

—Todas esas cartas que leísteis juntas... No recibió la mayoría de ellas. Por mi culpa.

Se lleva la mano pecosa y temblorosa al bolsillo de su abrigo negro y saca un puñado de cartas. Abro los ojos al ver que son todas de Graham. Me las entrega con delicadeza.

—Cuídalas por ella.

Las abrazo con fuerza contra mi pecho mientras mi abuelo permanece hundido en su tristeza. No me puedo ni imaginar lo que es estar casado más de sesenta años con alguien que nunca superó a su primer amor. Mi abuelo amaba tanto a mi abuela que nunca le importó, se casó con ella sabiendo que su corazón seguía perteneciéndole a otro. Mientras la tuviera, era suficiente para él.

Paso los dedos por la letra de Graham y me pregunto si él supo lo mucho que ella lo amaba. Mi abuela le envió una carta para romper su relación después de que todos la convencieran de que él no la

quería... Sin embargo, me pregunto si él fue capaz de ver más allá de ese pequeño momento de duda.

Mi abuelo continúa llorando en silencio. Nos sentamos juntos, uno al lado del otro, y lloramos a mi abuela. Antes de irnos, cantamos sus canciones favoritas y recordamos lo que más nos gustaba de ella. Todas esas historias divertidas, esas recetas que siempre me salen mal porque, no importa cuántas veces las haga como ella me enseñó, la comida nunca volverá a saber igual que la suya.

Me agarro a su brazo y nos marchamos de su lugar de descanso.

Me limpio las lágrimas de los ojos hinchados y un grupo de mariposas monarca pasan volando frente a mí. Se me corta la respiración al verlas moverse tan libres, tan hermosas. Me quedo embelesada. Siento una punzada en el corazón cuando veo que dos se posan sobre la lápida de mi abuela. Abren lentamente sus alas naranjas y negras, y se me hincha el pecho.

Me ha enviado una señal.

Lo sé.

Está en el cielo, bailando con Graham en alguna playa.

Sonrío y el corazón se me encoge. Me consuela saber que mi abuela murió en casa creyendo que su soldado había regresado a su lado.

Kade



Es poco habitual, pero a veces pasa.

Estados Unidos me dio por muerto tras escuchar la historia de Violet y examinar las pruebas encontradas en la escena. Aunque en realidad, me habían capturado en la montaña. Cuando me dispararon en el pecho, mi chaleco antibalas evitó que la herida resultara letal. La explosión me provocó quemaduras de tercer grado en el pecho, la espalda y los brazos, pero, por alguna razón, sobreviví.

Me quemaron, pegaron, dispararon y torturaron.

Encontré la forma de escapar de mis captores cuando me transportaban a una ubicación desconocida. Maté a tres amenazas con mis propias manos cuando intentaron torturarme para sacarme información.

Ese día escapé. Salté del vehículo en marcha en el que me llevaban. Viajé y me orienté como pude durante semanas, sobreviviendo a duras penas, hasta que encontré ayuda en un hospital.

Desde ahí, un grupo de Rangers me rescató y me llevó de regreso a casa. Le pedí a Slater que mantuviera todo esto en secreto para poder decirle en persona a mi futura esposa que había vuelto.

Me reencontré con Adam después de Greenville. Nos hablamos, aunque tampoco lo fuerzo. Sabe lo mío con Violet, lo cual fue una conversación bastante incómoda, aunque necesaria. Al principio estaba cabreado y distante, pero con los meses se ha ido relajando.

Después de un largo despliegue en Letonia, mi avión aterriza en Carolina del Norte. Suelto un suspiro de alivio cuando el piloto lleva a cabo el aterrizaje más suave que he vivido nunca. Miro por la ventana mientras frenamos. Pasamos junto a otros aviones aparcados. Puedo ver las colinas llenas de árboles que rodean el aeropuerto.

En cuanto a El Cirujano... sigue en la lista de todos. Hay teorías de que esta misión se la pasarán a Grim Reaper y a su equipo. Danny Rider y yo entrenamos juntos durante años, pero mientras que él eligió unirse a los SEAL, yo opté por las Fuerzas Especiales. Lo entrené porque su padre, Damian Rider, me lo pidió. Nadie le dice que no a Damian, aunque tampoco me importó porque Danny y yo nos llevamos bien, lo considero un hermano pequeño. Nuestras carreras nos separaron con el paso de los años, pero siempre seremos amigos.

Esta ha sido mi última misión, y no siento ni un ápice de arrepentimiento. Pensé que sentiría algo cuando guardara mi equipo por última vez, o al despedirme de mis compañeros: miedo, rabia, culpa..., pero no. Solo un rayo de luz que me calienta el corazón cuando pienso en el próximo capítulo de mi vida.

Las ruedas del avión siguen girando y nos acercamos a la puerta de embarque. Quito el modo avión y se me llena la pantalla del móvil de mensajes. Mis hermanos y hermanas, mi hijo, Penny... y mi preciosa mujer. Se me dibuja una sonrisa en la cara.

Violet O'Connell.

Me encanta cómo suena.

Llevo siete meses sin verla. Le concedieron una baja honorífica del ejército. Ha vuelto a la universidad para estudiar la carrera de Literatura. Cada vez que pienso en ella, me siento en casa.

Me arrepiento de todo lo que le dije cuando intenté cortar con ella antes del accidente del helicóptero. Me arrepiento de haber escuchado las mentiras de Karen. En aquel momento, sentí el peso

del equipo sobre mis hombros, la misión... y nuestra relación prohibida fue algo que decidí apartar para no tener que preocuparme por ella.

Cuando solo sobrevivimos los tres al accidente, me di cuenta de lo poco que esta mujer me pedía. No quería casarse ni tener hijos, solo me quería a mí. Yo era suficiente para ella.

En cuanto se apaga la señal del cinturón, me levanto tranquilo y con paciencia. Dejo que todos los pasajeros se bajen del avión hasta quedar el último. Estoy cerca de la salida cuando veo a casi toda la tripulación esperándome frente a la cabina del piloto.

—Bienvenido a casa, soldado —dice la azafata junto a la piloto, y ambas me dedican una sonrisa acogedora.

—Gracias por su servicio —añade la piloto con un gesto amable.

Les ofrezco una media sonrisa nerviosa al acomodarme la mochila militar sobre el hombro dolorido. Nunca sé qué responder a eso, pero agradezco el gesto.

Cuando pongo un pie en la pista, me empieza a sonar el móvil.

Es Slater.

Me lo llevo a la oreja.

—¿Diga?

—¿Qué tal el vuelo, vejestorio?

Me río.

Cabronazo.

—Bastante bien. Sin turbulencias.

—Me alegro. Oye, hermano, te llamaba porque acabo de recibir un correo que dice que te van a otorgar la Estrella de Plata por lo que hiciste el año pasado.

—¿En serio?

—Sip. Booker también recibirá un reconocimiento. Su familia estará allí para recibirlo.

Se me cierra la garganta.

Mi hermano caído. No hay un solo día en el que no piense en mi mejor amigo. Una parte de mí murió esa noche. Y de no ser por Violet, dudo que yo siguiera vivo.

Slater se percata de mi silencio y cambia de tema.

—Me pasaré por tu casa esta semana para ir al campo de tiro. Y ni se te ocurra decirme que no, cabrón.

Me río y sacudo la cabeza.

—De acuerdo.

Colgamos.

Camino unos cinco minutos desde la puerta hasta las escaleras del recibidor. Es un aeropuerto pequeño y tranquilo, así que no está muy lejos. Esta vez no facturé ninguna maleta, por lo que voy directo a donde reciben a los pasajeros.

Entonces, la veo.

La mujer que me hizo creer de nuevo en el amor. Lleva puesto el mismo vestido rojo que usó aquella noche en The Drunken Shell. Abraza cada una de sus preciosas curvas y... su enorme barriga de nueve meses.

Violet sostiene una pancarta de color amarillo mostaza que dice: «Bienvenido a casa, soldado».

Es una cursi... pero es *mi* cursi.

Cuando me encuentro a unos diez pasos de ella, echa a correr hacia mí. Me río al verla trotar como puede. Antes de que choque conmigo, suelto mi mochila y la levanto en volandas mientras estampo mi boca contra la suya. Nos besamos como siempre lo hacemos. Llenos de pasión, como si solo existiéramos nosotros dos en nuestro pequeño mundo. Sin importar quién nos mire. Cuando la bajo al suelo, le doy un último beso y un leve gruñido me vibra dentro del pecho.

—¿Preparado para Colorado? —me pregunta con una mirada vidriosa y cargada de esperanza.

Le acaricio la parte baja del vientre y sonrío.

—No había estado tan preparado en toda mi vida.

FIN

Capítulo 51

Marzo de 1966

Querida Grace:

Te escribo tres veces al día. Lo primero que hago cuando me levanto es pensar en ti. Anhelar tu dulce aroma. Buscar tu cálido roce. Ocupas cada rincón de mi mente mañana, tarde y noche. Eres mi motivo para sobrevivir, porque sé que, cuando regrese, me encontraré a la mujer más hermosa y dulce esperándome. Tendré que darte trescientos sesenta y cinco besos para compensar los días que no estuve contigo para adorarte.

No sé por qué mis cartas no llegan a tus manos. Esto no se ha acabado. Si quieres poner fin a lo nuestro, lo harás cuando me tengas delante. Te escribo cada vez que tengo la oportunidad porque estoy enamorado de ti. Y hasta donde yo sé, sigues siendo mía, mi dulce Grace.

Con todo mi amor,

Graham

Capítulo 52

Junio de 1966

Querida Grace:

Cuando vuelva a casa, ¿me enseñarás a hacer flan?
No puedo dejar de pensar en él. Nunca he conocido a ninguna mujer que cocine como tú. Presumo de ti todo el tiempo con mis colegas. «Mi chica cocina de muerte», les digo. Solo sonrío cuando pronuncio tu nombre. Me muero de ganas de volver a abrazarte. No he sabido nada de ti, pero no importa, eso solo significa que, cuando nos reencontremos, podré besarte más fuerte.

Con todo mi amor,

Graham

Capítulo 53

Julio de 1966

Querida Grace:

Esta noche está lloviendo. Los truenos, los relámpagos y el viento sacuden mi tienda, pero escribirte estas cartas me produce paz. Cuando no puedo dormir, busco un bolígrafo y papel y pienso en ti. Ahora mismo estamos en medio de una patrulla, cubriéndonos y asegurando la zona. Estoy aprovechando este pequeño ratito que tengo para escribirte.

Me han herido, pero estoy bien, así que no te preocupes por mí. Nada se compara con el dolor que me consume al no estar contigo... todo lo demás no es más que ruido.

Ha pasado casi un año desde la última vez que te vi, lo que significa que en nada volveré a casa. Estoy contando los días para poder abrazarte de nuevo. La distancia y el tiempo solo hacen que mi amor se vuelva más fuerte. Me vuelves loco, pero eso es justo lo que quiero.

Te amo, Grace. Te veré pronto.

Con todo mi amor,

Graham

Para todas las familias militares:
os escucho y os veo.

Agradecimientos

A todos mis lectores, gracias por darles una oportunidad a mis historias. Os estaré eternamente agradecida.

A mi soldado, mi familia y mis amigos, gracias por vuestro apoyo incondicional y vuestro amor. Gracias también a mi abuelo, que sirvió en la guerra de Vietnam, y a mi abuela, que le escribió cartas mientras él no estaba.

A Loni, Ashlee y Jay, los encargados de diseñar la portada, gracias por esta obra de arte.

A todos los que me apoyáis, gracias.

¡Gracias por leer *Mariposa*! Si te ha gustado, por favor, déjame una reseña. El segundo libro de la bilogía *Reinas al mando* se publicará pronto.

Notas

Capítulo 3. Violet

1. En castellano en el original. (*N. del e.)*

Capítulo 17. Violet

1. En castellano en el original. (*N. del e.*)

Mariposa
Lexie Axelson

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Mariposa*
© del texto: Lexie Axelson, 2025
© de la traducción: Selena González Rodríguez, 2026
© diseño de la cubierta: The whiskey ginger, @whiskeygingergoods.
Ilustración del interior de la cubierta:
Propiedad de la autora

© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32098-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta